



La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga; una apuesta por el acceso libre al conocimiento y la cultura, que consideramos imprescindible en una sociedad en la que las desigualdades sociales también se traducen en desigualdad a la hora de acceder a los contenidos culturales. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, suelen tener importantes límites económicos, que en ocasiones afectan a su sostenibilidad o impiden asumir proyectos más costosos o arriesgados. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto:

- a) [Puedes hacerte soci@ de Virus](#) ingresando un mínimo de 50 € a modo de cuota anual, recibiendo una novedad de tu elección y obteniendo descuentos en tus compras en nuestra web.
- b) [Puedes suscribirte a Virus](#) durante un año, aportando 200 €, recibiendo todos los libros de Virus durante 12 meses, dos libros de fondo y descuentos en tus compras en nuestra web.
- c) [También puedes hacer una donación](#) de cualquier cantidad a través de Paypal.

JOSÉ LUIS ROMERO CUADRA
RAFAEL ÁLVARO VÁZQUEZ
(COORDINADORES)

ANTIPSYCHOLOGICUM

**El papel de la psicología académica:
de mito científico a mercenaria del sistema**





- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Ⓒ **Autoría-atribución:** se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar el nombre del autor/a y el del traductor/a.

Ⓒ **No comercial:** no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

Ⓒ **No derivados:** no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

- Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto.

- Estas condiciones se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/> o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EUA.

© 2006 Virus editorial

Copyright © los autores y autoras

ANTIPSYCHOLOGICUM

El papel de la psicología académica: de mito científico a mercenaria del sistema

Maquetación: Virus editorial

Cubierta: Xavi Sellès

Primera edición: julio de 2006

Edición a cargo de:

Lallevir S.L.

VIRUS editorial

C/Aurora, 23 baixos

08001 Barcelona

T./fax: 934413814

C/e: virus@pangea.org

<http://www.viruseditorial.net>

Impreso en:

Imprenta LUNA

Muelle de la Merced, 3, 2º izq.

48003 Bilbao

T.: 944167518/Fax: 944153298

I.S.B.N.: 84-96044-75-0

Depósito Legal:

Agradecimientos: agradecemos a la Librería Paradox y al Depto. de Filosofía I de la Fac. de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, así como a los autores y autoras su colaboración económica para la edición del presente libro.

Índice

Presentación, <i>José Luis Romero Cuadra y Rafael Álvaro Vázquez . . .</i>	5
Psicología y sociología: hacia una cooperación necesaria, <i>Fernando Álvarez-Uría</i>	13
El paradigma del control social en los orígenes de la psicología, <i>Óscar Daza Díaz</i>	27
De la crítica al academicismo metodológico: líneas de acción contra los desalojos sociocríticos, <i>Ángel J. Gordo López</i>	43
Versus: un proyecto colectivo en busca de otras psicologías. Investigando teorías y prácticas desde la multiplicidad, <i>Grupo de Psicología Crítica «Versus»</i>	77
Ciencia: mito e ideología, <i>José Luis Romero Cuadra</i>	99
Ingeniería bioconductual al servicio de la normalización: vigilando las fronteras del sexo, <i>Silvia García Dauder</i>	157
Menores de edad y salud mental, <i>Josep Alfons Arnau (Jau)</i>	177

Psicología y ética: entre la pesadilla del Gran Hermano y el paraíso de Walden 2, <i>José Ángel Paniago García</i>	213
Vocación psicoterapéutica y queme profesional, <i>Guillermo Rendueles Olmedo</i>	233
Que el yo no soy yo, <i>Agustín García Calvo</i>	275
Nota biográfica de los colaboradores	287

Presentación

«Conozco la facilidad con que diagnosticas la locura, toda la verdad que te desagrada, pequeño bombrecito, y cómo te consideras el espécimen acabado del homo normalis. De una manera u otra condenas a reclusión a los locos, y son ustedes las personas “normales” las que gobiernan el mundo. ¿A quién pedir cuentas de toda esta miseria? A ti, nunca. Tú apenas cumples con tu deber, y ¿quién eres tú para tener una opinión propia? Lo sé, no es necesario que lo repitas, tú no cuentas, pequeño bombrecito. Pero cuando pienso en tus hijos recién nacidos, el modo como los torturas con el fin de transformarlos en criaturas “normales”, a tu imagen y semejanza, me siento tentado de acercarme a ti nuevamente con el fin de impedir tus crímenes.»
Wilhelm Reich, ¡Escucha, pequeño bombrecito!

«La psiquiatría está ahí para evitar el viaje a los infiernos, no como debiera para guiarme a través de ellos.»
Leopoldo María Panero, Aviso a los civilizados

Se puede pasar de muchos modos por casi todas partes. Las actuales facultades y demás núcleos académicos y profesionales de la psicología (así como de la psiquiatría y restantes disciplinas psi) no son una excepción. A poco que el o la estudiante o interesado en esta materia preste atención e interés por la misma, y sume a ello una cierta actitud de apertura y razonamiento crítico, podrá comprobar cómo ante su

inicialmente ingenua mirada se despliega en dicho ámbito un panorama donde apenas tiene lugar el menor cuestionamiento del tan crucial como desafortunado papel manipulador u opresor que esta disciplina está ejerciendo, directa o indirectamente, de manera cotidiana, en los distintos ámbitos de la sociedad actual. La enseñanza y la práctica de la psicología se encuentran mayormente caracterizadas por la fáctica ausencia tanto de las pertinentes reflexiones de índole epistemológica como de aquellas críticas reales y significativas a las en verdad desgraciadas repercusiones de carácter ético y sociopolítico que a partir de ellas tienen lugar. Lejos de contribuir a los deseables procesos que gentes como Paulo Freire o Ignacio Martín-Baró caracterizaran respectivamente como «concienciación» o «conscientización», las praxis y teorías psicológicas dominantes parecen poner su mayor empeño en disputarse ante el amo (léase Sistema político-económico, léase Capital y asociados) el papel de su más fiel servidor, pugnando gremialmente entre sí por convencerle de cuál es capaz de ofrecerle los procesos alienantes y encubridores más rentables y efectivos; según parece, aunque no se acceda al solomillo, un buen hueso del festín bien puede merecer la pena.

Constatar tan lamentable situación, lo arcaico y extendido de la misma, la escasez de índices de cambio alguno y la aparente inconsciencia que al respecto abunda todavía entre los distintos agentes en ella implicados (pese a gozar de notables precedentes críticos, por lo común omitidos o tergiversados), fueron los elementos que nos llevaron a buscar y realizar, en la medida de nuestras posibilidades, aquellas iniciativas que pudieran contribuir a paliar dicha circunstancia. Fruto de ello fueron las jornadas «El papel de la psicología académica», celebradas en octubre de 2000 en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid, con más de 35 intervenciones procedentes de las más diversas partes y orientaciones presentes en la geografía ibérica.

El objetivo de dar continuidad a esta iniciativa y de trasladarla a otros niveles que diversificaran y amplificaran su

efectividad marcó la decisión de elaborar proyectos de publicación de los cuales es resultado el presente texto¹, cuya intención ha sido la de recopilar algunas de aquellas plurales críticas formuladas hacia el ámbito de la psicología y lo psi en general que podemos considerar más significativas en la actualidad, de modo que cualquiera pueda tener un acceso efectivo a dicha temática, generalmente evitada, y formarse así una adecuada opinión al respecto². En manos del inquieto lector o lectora dejamos el juicio de hasta qué punto dicho fin se ha visto o no cumplido.

El texto de Fernando Álvarez-Uría retrata, a partir del nacimiento de la ciencia moderna y con ella de los actuales campos de la psicología y la sociología, las diversas interrelaciones habidas entre ambas disciplinas, y cómo el hecho de evitar la oportuna confluencia de las mismas, favoreciendo la errónea concepción individualista y asocial del «sujeto psicológico», escatima notables elementos de apoyo al deseable objetivo emancipatorio del género humano.

1. Fruto de esta misma iniciativa ha sido también la edición del proyecto *Psicópolis: paradigmas actuales y alternativos en la psicología contemporánea* (Barcelona: Kairós, 2005), de especial interés para profesionales, estudiantes e interesados en la psicología, y cuyo objetivo paralelo de exponer aquellos enfoques tan sustancialmente relevantes como habitualmente relegados en la psicología académica actual consideramos que resulta satisfecho en la diversidad de los 25 textos presentadores de tales perspectivas y elaborados por los correspondientes especialistas que conforman dicha obra.

2. Queremos resaltar aquí la ausencia final del crucial texto de Juan Bautista Fuentes Ortega «El carácter equívoco de la institución psicológica», elaborado a partir de las mencionadas jornadas, publicado después en la revista *Psicothema* (2002, vol. 14, n.º 3) y disponible en las webs «Proyecto de Psicología Crítica» y «Antipsiquiatría y Contrapsicología» (véanse las direcciones en la nota siguiente). De forma análoga, Josep Alfons Arnau (*Jau*) tenía previsto contribuir con un pertinente texto introductorio a la antipsiquiatría y la contrapsicología que finalmente ha sido recogido en *Psicópolis* (véase la nota anterior; una versión anterior fue publicada en el n.º 1 de *El rayo que no cesa*, disponible en la web «Antipsiquiatría y Contrapsicología», véase la dirección en la nota siguiente), siendo aquí sustituido por su fundamental aportación sobre menores de edad y salud mental.

Las referencias históricas conforman igualmente el texto de Óscar Daza Díaz, quien elabora una reflexión sobre los valores, presupuestos y condiciones sociales que se plantearon en los orígenes de la psicología académica y que la modelaron como un elemento activo de control social cuyas consecuencias aún sufrimos en la actualidad.

Ángel J. Gordo López completa el análisis histórico con una descripción crítica del panorama de la propia psicología crítica en el mundo académico actual, y particularmente en los ámbitos británico y español, según sus diversas líneas de investigación, la similitud entre sus dinámicas institucionalizadoras y el modo en que las redes de las psicologías dominantes incorporan y redefinen la crítica de su quehacer, así como la confluencia de estos procesos, en apariencia enfrentados, en el marco de la cultura psicológica.

El grupo de psicología crítica «Versus» analiza, a partir de su breve pero intensa experiencia colectiva y académica, la función social de las disciplinas psi para discernir convenientemente aquellos elementos de sujeción en ellas presentes de aquellos otros que muestran una opuesta utilidad libertadora.

José Luis Romero Cuadra desgrana y muestra la falsedad del mito inherente a la concepción social y académicamente dominante de la ciencia, y cómo ocultar y mantener dicho mito cumple, en especial en el caso de las ciencias humanas como la psicología, un tan crucial como nefasto papel ideológico y alienante u opresor.

La imprescindible aportación de Silvia García Dauder recorre algunos de los hitos polémicos fundamentales con los que la psicología feminista ha confrontado a la oficialidad académica, especialmente en lo que se refiere a la construcción «psicológica», por parte de esta última, de las diferencias (hetero)sexuales «naturales» y sus supuestos correlatos de género.

Por su parte, Josep Alfons Arnau (*Jau*) realiza un inestimable recorrido por las principales cuestiones implicadas en la relación entre menores de edad y salud mental, como

son el despropósito del actual tratamiento farmacológico de supuestas patologías como la hiperactividad infantil, los factores alienantes y también los saludables en el cuidado de hijos y menores, o la vergonzosa institución del hospicio y sus posibles alternativas.

José Ángel Paniego nos invita a recorrer la senda que hace a la ciencia social y a la psicología caminar entre sueños de felicidad como Walden 2 y horrores como el Gran Hermano orwelliano, haciendo parada en las principales teorías éticas actuales y mostrando que, si bien la ciencia social y la psicología en verdad necesitan una ética para caminar, ésta resulta igualmente incompleta si aquéllas no le ayudan a formar personas realmente éticas.

Guillermo Rendueles Olmedo denuncia cómo los saberes académicos del psicólogo chocan con una práctica en la atención a la salud mental pública, presidida por unas quejas polimórficas y crónicas que buscan en el psicólogo un tutor que les enseñe a vivir, lo que deriva y transforma en «queme» profesional a buena parte de la vocación psicoterapéutica inicial.

Finalmente, Agustín García Calvo diserta, con su agudeza y crítica características, sobre la interesadamente omitida y oculta oposición entre la ciencia y la vida, entre la realidad y la acción, ejemplificando dicha oposición en el caso de la psicología y en uno de sus objetos más propios: «el yo», que no soy «yo».

Varias han sido las personas y colectivos sin cuyo apoyo habría sido difícil o imposible sacar adelante el presente proyecto, si bien es claro que los muchos defectos que sin duda tenga éste en modo alguno pueden ser a ellos atribuidos, y sí, no obstante, la práctica totalidad de las virtudes. Por supuesto y en primer lugar, debemos este resultado, y así queremos agradecerlo, a todos y cada uno de las y los autores que han participado con sus textos, así como con su paciencia y sus ideas. De entre ellos queremos mencionar especialmente a Fernando Álvarez-Uría, quien desde un primer momento nos brindó su inestimable apoyo unido a

sus siempre amables y enriquecedores consejos. Igualmente grato nos resulta señalar la impagable labor realizada por el equipo de *El rayo que no cesa*, a quienes tantos y tantas debemos en estos últimos años el despertar del sueño ingenuo al que tan habitualmente nos vemos inducidos por la psicología oficial y sus diversas variantes oficiosas. También los compañeros y compañeras del grupo «Versus» resultaron un referente ejemplar y una fuente de inestimable apoyo e inspiración³. Nuestras familias y amigos cercanos son igualmente merecedores de agradecimiento por su paciencia, comprensión y consejos en varios y distintos momentos. Y tampoco queremos dejar de agradecer, por su ayuda, consejo y apoyo en distintas fases y aspectos de este trabajo, a Manuel Júlbez, Juan José García Norro, Luis Cencillo, Román Reyes, José Luis Álvaro, María José Callejo, Lupicinio Íñiguez, Tomás Ibáñez, Miquel Domènech, Barbara Biglia, Lucila González Pazos, Ángela Conchillo, Jorge

3. El grupo de psicología crítica «Versus» (www.sindominio.net/versus) decidió tomar el relevo de las jornadas y en octubre de 2001 organizó en la Facultad de Psicología de la Universidad de Málaga el «I Encuentro estatal de perspectivas críticas en psicología, psiquiatría y otras ciencias psi», a raíz del cual tuvo lugar el surgimiento de la «Red de iniciativas críticas en salud mental» (www.elistas.net/lista/iniciativascriticas/alta), que desde entonces opera a nivel estatal permitiendo la continuidad de estas y otras iniciativas. De este modo, bajo la coordinación del colectivo de psicología crítica «Líneas de Fuga» (www.liniesdefuga.org) tuvo lugar en marzo de 2003 en la Universidad Autónoma de Barcelona el «II Encuentro estatal de iniciativas críticas en salud mental». Un año más tarde y bajo el rótulo «Psicología, poder y sociedad» se celebró el III Encuentro, nuevamente en la Universidad Complutense de Madrid; y todo indica que la dinámica tendrá su intermitente continuidad con próximos encuentros en diversas provincias del territorio peninsular. A lo largo de todo este proceso ha sido crucial el papel jugado por Javier Llamazares y su ya clásica web «Proyecto de Psicología Crítica» (www.cop.es/colegiados/O-00763), sin cuyo apoyo logístico y humano difícilmente hubiera sido posible la deseable coordinación habida. Otras referencias sin duda obligadas en el panorama ibérico de la crítica psi son la web «Antipsiquiatría y Contrapsicología» (www.antipsiquiatria.com) y el fanzine *Enajenad@s* (en la actualidad disponible en www.bsquero.net).

Puente, José Carlos Aguirre, Rafael Millán, Juan Álvarez-Ude, Jesús González, Dina Fariñas, Roberto García, Cecilia Theirs, Luis Monllor, Marianela Rojas, Erika Adánez Redondo, y un buen número de otras personas cuyos nombres resulta imposible concretar. A todos los mencionados, y a tantos otros, queremos dedicar este libro.

José Luis Romero y Rafael Álvaro

Psicología y sociología: hacia una cooperación necesaria

Fernando Álvarez-Uría

Me gustaría plantear, desde una perspectiva sociohistórica, algunas cuestiones que tienen que ver con las relaciones complejas que existen entre una concepción psicológica de la subjetividad y una concepción social o sociológica de la subjetividad. En este sentido, mi punto de partida, mi hipótesis, se puede formular de un modo un tanto brusco y provocativo afirmando que, en la medida en que la psicología es una disciplina que a su vez se subdivide en especialidades, y en la medida en que una de esas especialidades es la *psicología social*, la propia existencia de esa especialidad podría tener por función eximir de la sociabilidad al resto de las especialidades psicológicas. Con la sociología ocurre lo mismo, pues la psicología social constituye la vía real de entrada del sujeto en el pensamiento sociológico. La psicología no necesitaría por tanto propiamente de lo social, ni la sociología abordaría en sus análisis el ámbito de la subjetividad, puesto que la confluencia de lo social con lo psicológico es el campo propio de la psicología social, la disciplina específica en la que sociología y psicología se encuentran. El individuo sería por tanto el punto de anclaje de los códigos psicológicos, mientras que la sociedad sería el objeto primario y fundamental de los códigos sociológicos. Entre ambas disciplinas, la psicología social cubriría una zona intermedia y fronteriza. La sociología tiende por tanto a prescindir del sujeto, mientras que la psicología no precisaría recurrir a la mediación de las instituciones sociales para el conocimiento y estudio de la subjetividad de los sujetos.

En estos últimos veinte años, tanto psicólogos críticos como sociólogos críticos han intentado superar esa bifurcación de caminos que separan a la sociología de la psicología, con el fin de abrir un intento de mediación en esta especie de diálogo de sordos entre dos especialidades que mutuamente tienden a ignorarse. Mi intervención se inscribe en esta línea de mediación para encontrar un punto de confluencia, o mejor de cooperación. En un momento como el actual, en el que tanto se habla de complejidad, de la necesidad de recurrir a paradigmas complejos y a la hibridación de teorías, a la interdisciplinaridad, no deja de ser una ironía ese recurso a las visiones unilaterales y cerradas que dan la espalda a otros saberes, a otras formas de pensar, y contribuyen así a proporcionarnos una visión mutilada de la realidad social y psicológica.

La realidad es histórica, por eso voy a referirme a la historia. Creo que el recurso a la historia es muy importante para no naturalizar lo existente, pero también es importante para tener perspectivas de futuro, para saber de dónde venimos y adónde vamos, para saber quiénes somos. El presente no es lo contemporáneo, el presente se conforma en buena medida a partir de producciones materiales y simbólicas heredadas del pasado.

Los cuatro momentos a los que me voy a referir para analizar estas relaciones entre sociología y psicología están escalonados en el tiempo. En un primer momento me referiré al siglo XVI, es decir, al momento en el que tuvo lugar el nacimiento de la ciencia moderna en el marco del amanecer de la Modernidad. Sin el nacimiento de la ciencia moderna, la psicología y la sociología no habrían sido posibles, habrían sido inviables. En un segundo momento pasaré a analizar la dialéctica psicología-sociología en el siglo XIX, el momento en el que sus caminos se bifurcan. En un tercer momento hablaré de un punto de encuentro motivado en el siglo XX por el intento de explicar el fenómeno social del fascismo, un momento en el que la sociedad se hace abiertamente patológica. ¿Qué ocurre cuando la sociedad se patologiza, es decir,

cuando la adaptación a las normas de la sociedad se convierte en una aberración, cuando la inadaptación es un síntoma de salud mental? Y por último, me gustaría apuntar algunos debates actuales, algunos puntos de confluencia entre sociólogos y psicólogos, que nos ayuden a colaborar más estrechamente en la teoría y la práctica en el futuro.

Ciencia y Modernidad

Es muy conocido el estudio del sociólogo norteamericano Robert Merton en el que plantea que la ciencia moderna surge en la Inglaterra del siglo XVII. Max Weber, por su parte, había vinculado el nacimiento del capitalismo con el protestantismo, por lo que la tesis de Merton puede ser leída, y de hecho ha sido leída, como un complemento de la tesis de Max Weber. De este modo, el capitalismo quedaría en parte legitimado, pues ha sido el portador de la ciencia, el portador de un proceso de *racionalización* y de secularización, un proceso que parece sin retorno y que, en todo caso, ha hecho posible la Modernidad.

He defendido en otro lugar que la ciencia moderna, lejos de nacer con el capitalismo, nace contra el brutal proceso de acumulación primitiva; el nacimiento de la ciencia moderna está íntimamente vinculado con el descubrimiento de América y el descubrimiento de un derecho de humanidad, formulado en el siglo XVI por la Escuela Española de Derecho Natural.

No puede haber ciencia moderna si Dios y el Diablo se están disputando el mundo e interviniendo activamente en él. En este sentido, la ciencia moderna está íntimamente vinculada a la desaparición del diablo, al descubrimiento de una naturaleza humana natural.

La desaparición del diablo es en buena medida una consecuencia del descubrimiento del derecho natural. Si el demonio anda suelto es imposible saber dónde está la verdad y dónde está el error o la mentira, es imposible distin-

guir la verdad de la falsedad, pues el diablo, enemigo del género humano, es un ángel engañador capaz de crear simulacros, y por tanto la libertad del diablo es incompatible con el conocimiento humano verdadero.

Una vez afirmada la existencia de un orden natural, ese orden es incompatible con el orden sobrenatural. Una vez afirmada la naturaleza humana natural, era preciso fundamentar el conocimiento verdadero, lo que suponía expulsar al demonio del mundo.

La expulsión del diablo del mundo se produjo en Europa al mismo tiempo en distintos lugares; se produjo, por ejemplo, a comienzos del siglo XVII en la Península Ibérica.

En 1610 tuvo lugar en Logroño uno de los grandes procesos en el que había más de mil encausados por practicar la brujería. Y fue entonces cuando un joven inquisidor, D. Alonso de Salazar Frías, se dio cuenta, tras realizar una minuciosa encuesta, de que, si de verdad existen pactos de los brujos y brujas con los demonios, la Inquisición no puede juzgar, pues la presencia y actividad del demonio hacen imposible la validez de la prueba judicial. Salazar anticipa así en cerca de veinte años el análisis cartesiano que desecha la hipótesis del genio maligno.

La Junta Suprema de la Inquisición dio un edicto de gracia para todos los acusados de practicar pactos con los demonios que, en último término, daba la razón a Salazar. Ese edicto de gracia significaba de hecho, por parte de la Inquisición, abolir la creencia en las brujas. La desaparición del demonio tuvo lugar por tanto en los pueblos hispanos casi un siglo antes que en Inglaterra y sesenta años antes que en Francia. Así pues, el proceso de racionalización que supone la ciencia moderna no nació en la Inglaterra del siglo XVII, como erróneamente creía Merton, sino que se inició en los países católicos del sur. La ciencia moderna está vinculada a libros desmitificadores como *El Quijote*, a procesos como el de Logroño, a observaciones como las de Galileo, a planteamientos como el de Descartes, a un espacio mental abierto por el descubrimiento de la

categoría de género humano. La ciencia moderna se inscribe en el *phylum* de la ruptura epistemológica, de la revolución mental, operada fundamentalmente por la Escuela Española de Derecho Natural.

La sociología y la psicología nacen, por tanto, gracias al desencantamiento del mundo que hizo posible el surgimiento del individuo y de la sociedad.

Individuo y sociedad

En el siglo XIX, la sociología y la psicología se institucionalizaron como ciencias. Tendemos a pensar la génesis de estas ciencias apelando al peso de los padres fundadores: Wundt y su laboratorio de Leipzig en el caso de la psicología; Augusto Comte y el positivismo en el caso de la sociología. Sin embargo, en la génesis de las ciencias operan de forma clara procesos colectivos, procesos enraizados en la conciencia colectiva, procesos de naturaleza histórica y social. En cierto modo, los científicos retoman los poderes taumáturgicos que durante mucho tiempo estuvieron monopolizados por sacerdotes e inquisidores. La ciencia se hace poderosa porque son saberes instrumentalizables por los poderes. La sociología retoma de los tribunales inquisitoriales la encuesta, que es un procedimiento judicial para determinar la verdad de la prueba. La psicología y la psiquiatría retoman de los poderes religiosos los poderes de expulsar y controlar a los diablos. El diablo no se fue como por ensalmo del mundo, se escondió, se replegó en lo más profundo de las mentes erráticas, allí donde surge la voz ronca de la locura.

A finales del siglo XVIII, se produjo un importante descubrimiento: el descubrimiento de la población. Fueron los representantes de la economía política escocesa, los defensores del liberalismo económico, quienes establecieron una ecuación entre trabajo y riqueza. Si la fuente de la riqueza es el trabajo, entonces es preciso ocuparse de la población,

pues quienes trabajan son en último término los trabajadores. Psicología y sociología surgieron como saberes bajo el cielo protector de la población. Los primeros psicólogos van a estudiar la complejidad dinámica de esa poderosa máquina humana que es el trabajador. Los tiempos de reacción, la discriminación de pesos y medidas, la fatiga y el sueño, la percepción, las respuestas a la estimulación, etc., fueron asuntos abordados por los psicofisiólogos, por los primeros tasadores de cuerpos y de almas, por los primeros psicólogos.

Sociología y psicología nacen en el marco de la sociedad de los individuos. Sin embargo, mientras que los psicólogos se centran en los individuos, los sociólogos van a abordar la cuestión social, los enfrentamientos entre las clases y los problemas sociales que genera el capitalismo. Vemos, por tanto, cómo hay una división social del trabajo entre las ciencias: se produce el reparto del individuo para unos y de la sociedad para otros.

Emile Durkheim planteó en su libro sobre *El suicido* una especie de reto a los análisis de los psicólogos, pues se situó para el debate con éstos en la peor de las posiciones: ¿existe algo más personal, individual e intransferible que el suicidio? Nadie puede suicidarse por otro. Si hay un acto que exige un acto de voluntad individual es el acto del suicida. Sin embargo, Durkheim muestra con estadísticas que la tasa media de suicidios de cada país tiende a permanecer constante. Por otra parte, se suicidan más los solteros que los casados, contra todo pronóstico se suicidan más los casados sin hijos que los casados con familias numerosas, se suicidan más los protestantes que los católicos... La tasa de suicidios es inversamente proporcional a la densidad de las redes sociales. Cuanto mayor capital relacional tengan los sujetos, cuanto más densas sean sus redes relacionales, menos probabilidades de suicidio hay. Los sociólogos insisten por tanto en el peso del vínculo social, en la importancia de las relaciones sociales.

Durkheim señala que las redes sociales varían con las sociedades. Nosotros vivimos en sociedades complejas, en las sociedades de los individuos, sociedades regidas por un

tipo de solidaridad que Durkheim denomina orgánica, para diferenciarla de la solidaridad mecánica de las sociedades llamadas primitivas.

En el siglo XIX, los psicólogos se aferraron a las bases psicofísicas de la subjetividad, mientras que los sociólogos tendían a diluir la subjetividad en los vínculos sociales, hasta el punto de que Marx escribe en la Tesis VI sobre Feuerbach que «la esencia humana es el conjunto de las relaciones sociales».

Vemos por tanto que, si bien la psicología y la sociología hunden sus raíces en un proceso moderno de secularización, se bifurcan en el proceso mismo de su institucionalización, se tienden a distribuir en función de lo individual y de lo colectivo. Los psicólogos se anexionan el espacio de la subjetividad, mientras que los sociólogos reclaman para sí todo el territorio de lo social. La psicología se aproxima así a las ciencias físicas y naturales, a la fisiología, a la medicina, a la genética, etc., mientras que la sociología, por su parte, se aproxima más a las ciencias morales y políticas.

La personalidad autoritaria

Max Weber, uno de los grandes sociólogos clásicos, planteó, al igual que había hecho Emile Durkheim, algunas críticas a la concepción psicologista del sujeto. Fue, junto con Sombart, uno de los primeros en plantear la existencia de un espíritu del capitalismo, es decir, la existencia de unas raíces subjetivas en el ansia por acumular dinero propio del capitalista. Para Weber, la personalidad capitalista ha sido conformada en moldes puritanos, en moldes protestantes.

Los análisis de Weber dieron lugar a vivos debates, pero, sobre todo, se hicieron de gran actualidad cuando en Alemania se produjo la irresistible ascensión del nacionalsocialismo, del nazismo.

En los años treinta y cuarenta, toda una serie de sociólogos, siguiendo la senda marcada por Weber, van a tender puentes para establecer un diálogo entre psicología y

sociología. Se trata de analizar las raíces históricas y sociales de la subjetividad, pero sin diluir la subjetividad en las relaciones sociales, pues hay también un espacio para la libertad, para la libre elección del sujeto.

Los parados de Marienthal fue una de las primeras investigaciones realizadas en los años treinta por sociólogos y psicólogos, en la que se pone muy bien de manifiesto los efectos desmoralizadores del desempleo sobre la autoestima de los individuos, sobre la cohesión y el bienestar de las familias, en fin, sobre la comunidad en su conjunto.

Karl Mannheim, impartió en 1938, en la Universidad de Oxford, una serie de cuatro conferencias sobre las bases sociales de la personalidad. También Adorno insistió en esos mismos problemas apelando al freudomarxismo. ¿Cómo ha sido posible que la barbarie haya triunfado en Alemania por una vía democrática? ¿Por qué los alemanes eligieron, frente a la libertad, la servidumbre voluntaria? Para explicar importantes cambios sociales la psicología individual se muestra insuficiente; es preciso referirse a importantes cambios culturales e institucionales. Los estudios sobre *La personalidad autoritaria* pusieron especial énfasis en los cambios que se estaban produciendo en la institución familiar, en tanto que instancia de socialización primaria de los individuos, así como en las peculiaridades de una sociedad jerarquizada y elitista en la que unas minorías poderosas gozaban de poder y prestigio, generando una gran frustración entre el resto de los miembros de la sociedad.

Los representantes de la Escuela de Frankfurt subrayaron así el papel de la familia patriarcal en la producción de individuos conformados con una personalidad autoritaria, que se caracteriza por un superyó severo, sentimientos de culpa, debilidad respecto a la autoridad paterna, deseo y placer de dominar a personas más débiles, aceptación del sufrimiento como castigo de la propia culpa, en fin, una capacidad deteriorada para ser feliz.

El freudomarxismo constituyó un primer e importante intento de construir una sociología y una psicología críticas,

capaces de hacer visibles los mecanismos de poder y de opresión que están al servicio del orden instituido.

Hacia la confluencia de la sociología y la psicología críticas

Entramos por tanto en la última fase de nuestro largo y demasiado esquemático recorrido. De nuevo en esta etapa, que va desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad, la psicología y la sociología han seguido, por lo general, senderos que se bifurcan. Para expresarlo con brevedad, podríamos afirmar que la psicología dominante se ha elementalizado —tal es el caso del modelo behaviorista o conductual que apela al esquema estereotipado del estímulo-respuesta—, mientras que la sociología dominante, el funcionalismo, se ha psicologizado, en parte, al introducir Talcott Parsons los códigos psicoanalíticos en el modelo del estudio de los procesos de socialización.

Conductismo y funcionalismo coinciden, sin embargo, en entregar la legitimidad científica de la que gozan los códigos psicológicos y sociológicos a los pies de las instancias de poder; son saberes al servicio del poder, lo que los convierte en saberes poderosos.

Sin embargo, en los años sesenta y setenta se produjeron importantes movimientos críticos, movimientos sociales e intelectuales que reclamaban a la vez la crítica de los saberes y de los poderes, y también un cuestionamiento de la propia subjetividad, de la moral y la ética personal que nos han sido impuestas. Una importante expresión de esos movimientos fueron los movimientos antipsiquiátricos, y especialmente el movimiento antipsiquiátrico italiano, que consiguió abolir los manicomios. El objetivo era construir una ética alternativa, una moral alternativa y una sociedad no capitalistas. Para ello se precisaban a la vez análisis y prácticas emancipadoras. Era preciso cambiar las instituciones sociales para transformarnos también a nosotros mismos; era preciso rei-

vindicar lo que Foucault denominó «los saberes sometidos» para romper la simbiosis dominante existente entre poderes y saberes oficiales. Sociología y psicología críticas volvían de nuevo a confluir en un proyecto de objetivación del malestar existente y en la búsqueda de propuestas alternativas. Psicólogos, sociólogos y psiquiatras colaboraban juntos a la hora de analizar el peso de las instituciones sobre la subjetividad. Recuérdese, por ejemplo, el estudio del sociólogo Charles Lemert sobre la paranoia, en el que se toma en serio el delirio paranoico y muestra que un porcentaje muy elevado de paranoicos habían sufrido realmente en sus propias vidas un proceso de movilidad social descendente. El delirio de persecución adquiere así un enraizamiento social en la historia personal de los sujetos. Los paranoicos son en muchos casos personas que han perdido su puesto de trabajo, que han perdido a familiares que permitían que sus vidas fuesen estables, y por tanto sus delirios de persecución tienen un cierto fundamento en la realidad.

Los trabajos de sociólogos críticos como Erving Goffman, Basil Bernstein, Pierre Bourdieu, Robert Castel, Michel Foucault, Norbert Elías, por citar tan sólo a algunos de los más conocidos, han contribuido a poner de manifiesto las bases sociales de la subjetividad, así como los procesos de subjetivación que están mediados socialmente. Estos análisis son muy importantes para construir una ética personal, una ética solidaria, una ética crítica con los retazos éticos que hemos heredado del cristianismo y del puritanismo, es decir, con esas bases irracionales de las religiones a las que se refería Max Weber.

Mientras que la psicología integrada, la psicología oficial, responsabiliza a los individuos y exime del menor fallo al sistema social al considerar la sociedad como un medio natural, la sociología y la psicológica crítica tratan de objetivar las relaciones complejas entre los sujetos y su mundo social sin separarlos artificialmente.

El objetivo a conseguir es, por tanto, analizar el individuo y la sociedad conjuntamente, y no desvincular al indivi-

duo de la sociedad ni a la sociedad de los individuos. El reto estriba en elaborar una teoría compleja de la subjetividad que permita pasar del individuo aislado al mundo social, que nos permita establecer, como señala Norbert Elías, un cierto equilibrio entre el *yo* y el *nosotros*.

Vivimos en sociedades cada vez más insolidarias gracias al empuje que ha tenido en estos últimos veinte años el neoliberalismo. Los años ochenta y noventa han sido años de avance de un individualismo rabioso, de un individualismo narcisista que se pone muy bien de manifiesto en esa zona de alta velocidad en la que se mueven los ejecutivos agresivos y los denominados «amos del universo». Es en esa zona de la excelencia en donde se producen los consumos más ostentosos, en donde los sujetos cuidan su imagen, se creen únicos, singulares, y trabajan al máximo su yo al margen de las coordenadas sociales; mientras que en el otro polo, en las zonas de pobreza, en los basureros sociales, se produce lo que Robert Castel denomina el «individualismo negativo». Las personas en esta zona de relegación, lejos de definirse por sus consumos, se definen por sus carencias: no tienen trabajo —o como máximo tienen un trabajo precarizado—, no tienen amigos, no tienen apoyos sociales, no tienen familia, no tienen vivienda...; son los desafiados sociales, los excluidos sociales.

Una de las razones por las que la psicología oficialista ha crecido enormemente es que la psicología acrítica, la psicología asocial, es muy funcional al sistema, pues en último término responsabiliza exclusivamente a los sujetos de su suerte o de su mala suerte. En esto coinciden con la visión individualista de los liberales y los neoliberales. Si alguien fracasa en la escuela es que es poco inteligente o está pasando por un mal momento, por lo que necesita apoyo psicológico. Si alguien se deprime es que necesita una terapia. Al reducir todas las disfunciones al orden de la subjetividad, en absoluto, en nada se cuestionan las instituciones ni el orden social instituido. No se cuestiona el desempleo o el empleo precario, no se cuestiona la organización escolar,

no se cuestiona el campo social. La funcionalidad de la psicología dominante en relación con el sistema social es que, al responsabilizar unilateralmente a los sujetos, exime al sistema de toda responsabilidad. Se exige la adaptación a la sociedad como si la sociedad fuese un orden natural, como si la sociedad funcionase perfectamente, como si se rigiese por un equilibrio perfecto.

Cada vez son más numerosos los psicólogos críticos que ven el papel de la psicología oficial como un papel indigno que da cobertura a una sociedad intolerante e intolerable, y, por tanto, cada vez son más importantes los intentos de reflexión, de conjunción, de búsqueda de análisis en donde lo social y lo psicológico estén presentes. El objetivo sería analizar el individuo en sociedad y analizar la sociedad sin olvidar a los agentes sociales, a los sujetos, no desvinculándola de los procesos de subjetivación que tienen lugar en la sociedad. Ésta sería la propuesta a desarrollar, una propuesta que presento a la vez como objeto de trabajo y de reflexión: romper con el sujeto psicológico asocial, que como las mónadas de Leibniz no tiene ventanas ni raíces, e intentar construir teorías de la subjetividad que tengan en cuenta lo social, pues, en último término, psicólogos y sociólogos estamos aquí para servir a los ciudadanos, para que nuestros conocimientos sirvan a los sujetos y a la sociedad, con el fin de avanzar hacia una sociedad más justa, más democrática, una sociedad más vivible, en la que los sujetos sean más críticos, más lúcidos, en la que todos nos encontremos más a gusto y en la que merezca la pena vivir. Tal es el punto de encuentro en el que nosotros todos deberíamos tener la posibilidad de desarrollar en la actualidad, en cooperación, una psicología crítica y una sociología crítica.

Bibliografía

- ADORNO, T. (1968) *Introducción a la sociología*. Barcelona: Gedisa, 1996.
- (1975) *Bajo el signo de los astros*. Barcelona: Laia.
- ADORNO *et al.* (1965) *La personalidad autoritaria*. Buenos Aires: Proyección.
- ÁLVAREZ-URÍA, F. (2001) «Repensar la Modernidad. Elementos para una genealogía de la subjetividad moderna». En E. Crespo y C. Soldevilla: *La constitución social de la subjetividad*. Madrid: Libros de la Catarata, 2001.
- ÁLVAREZ-URÍA, F. y VARELA, J. (1986) *Las redes de la psicología. Análisis sociológico de los códigos médico-psicológicos*. Madrid: Ed. Libertarias.
- CASTEL, R. (1997) *Las metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- DELEULE, D. (1972) *La psicología, mito científico*. Barcelona: Anagrama.
- ELIAS, N. (1990) *La sociedad de los individuos*. Ensayos. Madrid: Península.
- FREUD, S. (1995) *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza.
- FROMM, E. (1937) «El condicionamiento social de la estructura psíquica. La misión y el método de una psicología social analítica». En E. Fromm: *Espíritu y sociedad*. Barcelona: Paidós, 1996.
- (1986) *El miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós.
- HENINGSSEN, G. (1985) *El abogado de las brujas*. Madrid: Alianza.
- LASCH, C. (1984) *Refugio en un mundo despiadado. La familia, ¿santuario o institución asediada?* Barcelona: Gedisa.
- LÉCLERC, G. (1979) *L'observation de l'homme*. París: Seuil.
- MANNHEIM, K. (1963) *Ensayos sobre sociología y psicología social*. México: FCE.
- ROSE, N. (1990) *Governing the soul: The shaping of private self*. Londres: Routledge.
- (1996) *Inventing our selves: psychology, power and personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.

El paradigma del control social en los orígenes de la psicología

Óscar Daza Díaz

*«La ciencia lo descubre, la industria lo adopta,
el hombre se adapta.»*
Lema de la Exposición Mundial de 1933

La omnipresencia de la psicología en la sociedad actual es incuestionable. Por ello se hace aún más urgente un debate abierto acerca de las funciones que desempeña y el sentido global que le podemos exigir, independientemente de las demandas que la propia sociedad de consumo le requiera. Para ello, es siempre un buen ejercicio hacer memoria y recordar todos esos puntos oscuros que en la ciencia, en general, y en la psicología, como nueva ciencia que trata de afirmar su campo propio, quedan entre brumas por no considerarlos estrictamente científicos. Los condicionantes ideológicos del inicio de la psicología experimental suelen ser abordados en casi todos los manuales de estudio, pero en vez de captar sus causas sociales se aíslan del contexto y se presentan como grandes ideas de grandes hombres. Lo que vamos a tratar de hacer en las siguientes líneas es un esfuerzo por minimizar las semblanzas ya legendarias de los fundadores y destacar lo que no se destaca a los estudiantes y futuros psicólogos. Tuvieron posiblemente más influencia en el desarrollo de la psicología el avance de la industria y los cambios políticos que muchas de las grandes ideas fundantes; éstas van siendo recuperadas con los años sólo para dar prestigio y tradición a alguna nueva tendencia de investigación.

En su famoso libro *La estructura de las revoluciones científicas*, Thomas Kuhn nos habla del «estereotipo no histórico que procede de los libros de texto científicos». En psicología, como en cualquier otra ciencia que se precie, los manuales actúan con esa misma lógica que Kuhn explicita. Dando por sentado que la ciencia es un proceso acumulativo, el historiador del manual científico se hace cargo de dos tareas: determinar el hombre y el momento en que fue descubierta cada nueva ley o teoría, y, por otra parte, aclarar por qué conjunto de mitos y errores no se había llegado a esas verdades mucho antes. En el caso de la psicología se procede del mismo modo; seguramente todos tenemos en mente multitud de ejemplos de este tipo de manual: descripción de los héroes y argumentación de por qué el nuevo descubrimiento supera al anterior, por su mayor complejidad, profundidad o simplicidad, llegado el caso. Si la historia de la ciencia presenta graves lagunas de comprensión al representarla como acumulación de hechos, mucho más absurda resulta la aplicación de este esquema a las ciencias sociales y humanas. Los historiadores de la psicología saben que no hay acumulación más que en cada escuela particular. Por utilizar la terminología de Kuhn, hay varios «paradigmas» simultáneos porque hay varias psicologías. En este artículo sólo nos ocuparemos de una de ellas, la que ha alcanzado mayor poder y éxito, esa que nuestros manuales nos suelen mostrar como la única y la más científica, cuyos paradigmas han ido superándose unos a otros a lo largo del siglo. La podríamos llamar psicología académica si estuviéramos de acuerdo en que su aprobación social —como nos suelen decir los libros de texto—, tuvo como núcleo su carácter científico. Al estudiar los orígenes de esta psicología pronto hallaremos que, muy al contrario y como era de esperar, son los intereses políticos y sociales los que guiarán la investigación científica, y la utilidad económica y no el rigor científico lo que dará a la psicología académica el prestigio que buscaba y que actualmente ha conseguido.

Vivimos en una sociedad donde la psicología tiene un papel tutor. Es el psicólogo el «experto» que orienta a los niños para su vocación y participa en la formulación de los planes de estudio en vista a demandas sociales. En las empresas da la pauta a los jefes sobre cómo estructurar la organización y qué personas contratar. En publicidad utiliza todo su aparato científico para convencernos del consumo de un producto o de un mensaje. En la justicia evalúa las capacidades de una persona ante un tribunal y la confianza que podamos dar a su testimonio. Y, por supuesto, en la vida personal es el que nos diagnostica y trata de curar enfermedades psicológicas o nos ayuda a superar ciertos problemas personales. Así, el psicólogo parece guiar las conciencias de los ciudadanos del siglo XX, hasta el punto de situarse por encima de ellos y llegar a diagnosticar cuál es el mejor ciudadano para una situación dada. El rol de tutor social no es nuevo de este siglo ni se inventa con el psicólogo. Muchas veces hemos escuchado aquello de que el psicoanalista ha sustituido al confesor, el departamento de recursos humanos al capataz; pero aún queda abierta la pregunta de si realmente el orden social actual varía mucho de aquel de siglos anteriores o, sencillamente, los únicos que han cambiado han sido los dueños del látigo. Lo dijo sintéticamente Phillip Rieff (*El triunfo de la terapia*, 1966): «el medieval, con su fe en Dios, gobernaba a través de la iglesia; el siglo XIX, con su fe en el progreso y la razón, por medio de la legislatura; con su fe atemperada por el reconocimiento de lo irracional, el siglo XX gobierna mediante el sanatorio». Frente al papel de la psiquiatría, mucho más ligada a lo fuera de la norma y su reinstitucionalización, podemos apreciar que el rol del psicólogo es aún más controlador. En la mayor parte de los casos su función no es segregar al desviado, sino la observación y reorientación del ciudadano común, o —en palabras menos placenteras— la vigilancia y manipulación con fines sociales, el control social.

Hace un siglo el control social no era para el psicólogo algo moralmente cuestionable; nuestra tesis es que uno de

los principales factores que le permiten ganarse un puesto necesario entre los poderes públicos de la sociedad es su asunción de este papel tan pronto como nacen las primeras asociaciones psicológicas. La distancia entre las doctrinas de los llamados fundadores de la psicología que aparecen en los manuales y las de sus discípulos, más ocupados en instituir la disciplina socialmente que en hacerla más rigurosa, es la distancia que hay entre lo que estudia la psicología académica y para qué o quién lo estudia. Los psicólogos de finales del siglo XIX y principios del XX van viendo con mayor claridad que el asentamiento de esta ciencia depende de la recepción más o menos acogedora de sus consecuencias prácticas en la sociedad. Sólo haciendo al psicólogo imprescindible en la sociedad, la propia psicología ganará prestigio y se afianzará como ciencia. Ésta es la historia de cómo el proyecto de los fundadores es retocado por sus discípulos y un plan de investigación científica, dedicado a «aclarar y comprender la experiencia humana», pasa a tener otros fines menos interesantes y mucho más interesados. Hasta qué punto esto se puede formular como una traición es algo irrelevante para nosotros; ésta es la psicología que hemos heredado. Sin embargo, sí nos interesa el hecho de que, actualmente, el futuro psicólogo desconozca todos estos condicionantes sociales y se los excluya de una disciplina que, por presentarse como científica, silencia su papel político en la historia.

Para recorrer esa distancia de que hablábamos hemos elegido una serie de momentos en el desarrollo de la psicología como ciencia. Trataremos de centrarnos en los más determinantes: la ciencia de los fundadores, el clima académico de las dos universidades (la alemana y la americana) y el porqué de la preeminencia americana, el cambio académico, económico, social y político en el último cuarto del siglo XIX en Estados Unidos, la fundación de la Asociación Psicológica Americana y, finalmente, su proyecto de control social explicitado ya por John Dewey en 1900.

Wilhem Wundt en sus *Elementos fundamentales de psicología fisiológica* (1873) inauguraba la psicología científica asignándole dos tareas: investigar aquellos procesos situados entre la experiencia interna y externa con la aplicación de sus respectivos métodos de observación; y la segunda, que nos habla de la finalidad de la nueva disciplina: «desde las perspectivas alcanzadas gracias a las investigaciones en este campo arrojar alguna *luz sobre los procesos vitales en su totalidad, y proporcionar quizá de este modo una comprensión total de la existencia humana*». En general, la tarea principal que los fundadores asignan a la nueva ciencia es la heredada de la psicología tradicional más el método experimental. En los Estados Unidos William James nos habla de «ciencia de la vida mental»; Freud acude al inconsciente; en definitiva y en todos los casos, es un intento de reformulación de la antigua idea de alma para lograr una comprensión científica de la misma a la altura de los tiempos. Prueba de ello fue la irónica contestación que Wundt dio a uno de nuestros protagonistas, J. M. Cattell, que por aquel entonces era uno de sus alumnos en Leipzig, cuando éste le propuso estudiar las diferencias individuales en los tiempos de reacción. Lo que Wundt contestó fue: «Demasiado americano». Y es que, sin lugar a dudas, la psicología que ha triunfado es demasiado americana en todos los sentidos. Éste es el primer punto que hay que aclarar.

En Alemania, la psicología se asienta como disciplina científica gracias a su método y rigurosidad; eso es lo que la exigente universidad le reclama. Frente al resto de Europa y América en la que la educación universitaria es privada o está separada de la investigación, los alemanes tienen una universidad potenciada tras la unificación en 1870, dirigida por el pensamiento filosófico y abierta a nuevas disciplinas que le aseguren el puesto como vanguardia de la ciencia. Por supuesto, la ciencia para ellos es el conocimiento sistematizado, y el método experimental todavía les ofrece cierta desconfianza. Por ello, el desarrollo teórico de la psicología será europeo; Wundt mismo nunca buscó una psicología

desentendida de la filosofía. Las ventajas que Alemania daba al campo teórico traen graves trabas en el práctico. En Estados Unidos, sin embargo, la universidad está dominada por centros privados, los *colleges*, habitualmente propiedad de confesiones protestantes. Tras el paso de la guerra civil, su psicología fuertemente moral y religiosa dejará paso a una enseñanza superior mucho más laica que presta más atención al estudio de las facultades intelectuales del hombre y menos a los pasajes de la Biblia: la filosofía del escocés del siglo XVIII Thomas Reid, llamada «del sentido común». Aparte de este ambiente académico, el terreno americano está socialmente abonado con otras dos influencias antiintelectualistas: la religión evangelista y la imparable industria, regida por una nueva clase dominante, el hombre de negocios frío y racional, amante de lo práctico, que pone por encima de todo sus propias metas. Veamos que aporta cada una de ellas.

Para la antigua filosofía escocesa del sentido común, la psicología es la ciencia del alma, y ésta es el fruto e imagen de Dios. Su cometido será el estudio de las diversas facultades y cómo usarlas con criterio moral. Dando por hecho que nuestras facultades son innatas —esto es, dadas por Dios— y por lo tanto absolutamente certeras, el estudio de la experiencia cotidiana no admite dudas, ya que cada facultad nos ha sido dada para conocer con fidelidad el mundo y proporcionarnos las verdades morales esenciales. El sentido común es la mejor guía para conocer la realidad, y no el escepticismo de Hume, que duda de nuestros instrumentos de conocimiento. Las ideas de Reid pasan años después a Estados Unidos por medio de un discípulo, Dugald Stewart, cuya atractiva obra se instaura rápidamente en los *colleges* religiosos como doctrina de las «ciencias morales». Vemos lo lejanas que se encuentran estas ideas del fiel puritanismo escocés, de la meticulosa y crítica filosofía europea del XIX. La tradición de pensamiento que pasa de Europa a los Estados Unidos, tal vez por ser muy útil a los antiguos colonos en un ámbito amenazante y extraño, es la más con-

fiada y simplista. Sólo el empirismo inglés, retomado con fuerza por James y los pragmatistas hará posible un buen asentamiento teórico y riguroso en el ámbito académico para el carácter práctico americano.

Más importante por su gran influencia es la religión evangelista. Frente al católico, siervo de la teología y la autoridad de la Iglesia, el protestante toma la religión como una búsqueda individual de la experiencia religiosa por encima de cualquier jerarquía. Las soluciones individuales se plantean válidas por su eficacia y no por las sanciones llegadas de instancias superiores. Contrasta la emotividad de la religión evangelista con la frialdad del hombre de negocios que, convencido por Adam Smith de que el mundo es una lucha de todos contra todos, no escatima recursos para conseguir sus fines. Como ya nos decía Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1948), el darwinismo social es un buen ámbito para hacer méritos, y el trabajo del hombre volcado a Dios dará sus frutos con el éxito y la riqueza. La filosofía del sentido común y su aceptación de lo inmediato con sencillez abundan en el antiintelectualismo americano. El marcado carácter optimista de un nuevo continente que se crea a sí mismo dará un pensamiento práctico y confiado. La novedad será la receta y el optimismo el motor para tratar de inventar un mundo nuevo y mejor que, por aquel entonces, estaba aún en su primera juventud.

Todos estos elementos del carácter, la religión y la mentalidad social americana acaban cristalizando en la segunda mitad del siglo XIX en su primera filosofía autóctona: el pragmatismo. En 1871, se reúnen en Boston una serie de jóvenes adinerados, futuros protagonistas de nuestra historia, con inquietudes filosóficas y fundan el llamado Club Metafísico. Con influencias de Darwin, Stuart Mill y el empirismo inglés, un físico llamado Charles Pierce sienta nuevas bases para el conocimiento. A partir del hecho de que nunca podemos tener certidumbre de nuestras creencias, nos propone centrar nuestra atención en sus resultados. Para él, los conceptos son el conjunto de efectos que

desencadenan, y las creencias pueden ser tomadas como reglas de acción, esto es, hábitos. Así, la verdad de una creencia sería sus consecuencias sobre la actuación de los individuos, sobre la conducta. La verdad de una creencia es el modo en que nos transforma la vida. Ya en 1862, aboga en la universidad por una psicología experimental y publicará los primeros estudios psicofísicos en América.

Para la psicología, el componente fundamental de este Club Metafísico es William James, cuyo libro *Principios de psicología* (1890) será la principal inspiración de esta ciencia en América. También crea el primer laboratorio experimental en Harvard, en 1875, y no será reconocido oficialmente hasta diez años después, simultáneamente al de Wundt en Leipzig. Tiene una idea clásica de la psicología como «ciencia de la vida mental», pero el carácter práctico americano y el pragmatismo teórico le dan un tamiz biológico y adaptativo. No le interesa lo que la consciencia contiene, sino lo que hace. La consciencia es la encargada de llevar la acción al éxito, y es debido a su eficacia por lo que resulta adaptativa: «Si alguna vez sucediera que el pensamiento no llevara a tomar medidas de acción fracasaría en su función esencial y habría que considerarlo patología o aborto. La corriente de vida que se precipita en nuestros ojos u oídos se dirige a nuestros labios, manos y pies buscando salida [...] percepción y pensamiento sólo existen con vistas a la conducta». Como vemos, dentro de esta lógica darwiniana la consciencia es, dentro de la evolución, un medio más para la supervivencia y, debido a su eficacia, dirige el pensamiento y la acción. La importancia que James da al sustrato corporal, por ejemplo con la «teoría motora de la consciencia», guarda un fino equilibrio con su voluntad de afirmar la libertad del hombre basándose en la capacidad de elección de la consciencia. No pasarán muchos años para que su legado humanista sea olvidado en favor de la predicción de las conductas y el estudio de lo observable. Pronto en la ciencia que él colaboró a fundar sólo se recordará al James del determinismo fisiológico.

En 1878, Stanley Hall es el primer doctorado de Psicología por la Universidad de John Hopkins que comenzará a dar cursos específicos. Durante la década de los ochenta la nueva psicología desbancará a la antigua en el ámbito académico, se fundarán laboratorios en todo el país, y en los «estudios de procesos mentales» al estilo de Wundt se irá dando cada vez más importancia al estudio de los resultados que al de los procesos. Aquel alumno rechazado por «demasiado americano» de Wundt, J. M. Cattell, marchará a Inglaterra a estudiar con otro de los fundadores de la psicología, Galton, y se traerá a la psicología americana la metodología estadística del inglés y su oportunismo social.

Llegados a este punto, y antes de entrar en la fundación de la organización política de la psicología americana, parece relevante hablar no sólo de los condicionamientos académicos, como hemos hecho hasta ahora, sino de los sociales y políticos del momento y su imbricación con los planteamientos a largo plazo de los psicólogos más influyentes. La década de los noventa no fue una época socialmente sencilla en Norteamérica; fue muy crítica debido a tres grandes cambios: en el tipo de vida, en el sistema económico y en la situación política.

Hay un cambio general de mentalidad y vida en la población autóctona. Los pequeños campesinos, que viven en comunidades aisladas con una economía de subsistencia, se ven obligados a viajar a las ciudades en busca de trabajo en la prometedora y emergente industria. Allí confluyen los dos movimientos de población estadounidenses, la inmigración interior y la exterior, encontrándonos en pocos años con una sociedad industrializada masivamente y que se concentra en los grandes núcleos urbanos. Podemos imaginarnos como estos y aquellos campesinos pasan de una vida familiar, repetitiva y tradicional, a la vida en la gran urbe junto a millares de desconocidos, en un ámbito donde priman esas nuevas y extrañas tecnologías. No es difícil imaginarse el cambio abrupto de paisaje y la repercusión personal que tendría en cada nuevo ciudadano.

Estos factores tienen su origen en la situación económica de Estados Unidos. Al mismo tiempo que los campesinos abandonan sus cada vez más pobres economías de subsistencia, se desarrolla, a nivel económico, la época de los grandes monopolios: el tratamiento de materias primas como el petróleo y los medios de transporte como el ferrocarril, auténticas arterias de la economía industrial por su necesaria función de circulación de hombres y mercancías. Las grandes concentraciones de capital se agigantan debido al inexistente control del Estado en este sentido. Es conocida la política de estos años respecto a la economía como de «dejar hacer», el no intervencionismo estatal en los negocios. Los empresarios utilizan cada vez más mano de obra a menor precio aprovechándose de las esperanzas de una población con ganas de salir adelante tras habersele prometido el Dorado. La consecuencia de esta urbanización a marchas forzadas es, en primer lugar, la homogeneización de experiencias. Pronto los ciudadanos de las distintas ciudades beberán, viajarán y comerán lo mismo. El ferrocarril lleva los nuevos productos para el consumo de las ciudades, surgen las grandes marcas y con ellas las grandes campañas publicitarias, cuya función es crear las necesidades de esta nueva sociedad.

Por supuesto, todo ello unido trae consigo un descontento general. En poco tiempo, unos diez años, las ciudades se han masificado, y la antigua promesa de empleo se empieza a quedar sin cumplimiento para los nuevos ciudadanos que viven en alojamientos insuficientes e inadecuados, con baja salubridad, y que son los parias de una estratificación social rígida y cada vez más polarizada. Frente a ellos y su «sueño americano» se enriquece aún más una casta adinerada de empresarios que utiliza para sus propios fines el oportunismo de los políticos. Sólo se acallan las huelgas y amenazas de revolución, en 1896, al ser aplastadas por la victoria en las elecciones presidenciales del candidato McKinley, conservador. Frente al candidato populista Jennings Bryan, voz del campesinado, revolucionario y apegado a las tradiciones religiosas de la América rural, McKinley representa la

voz de la modernidad urbana y empresarial, que promete la prosperidad acatando el cambio tecnológico y aceptando la nueva forma de vida fabril. Las consignas de su programa son las del progresismo liberal y, sospechosamente, las que tomaría para sí, casi inmediatamente después, la nueva psicología: *Reforma, Eficacia y Progreso*.

Ahora sí que podremos apreciar hasta qué punto los psicólogos de la última década del siglo XIX se desmarcan de una tradición psicológica anacrónica, como era la «psicología de las facultades», e imponen una nueva no explicitada aún, que toma elementos concretos de aquellos que llamamos fundadores de la psicología (Wundt, James, Galton, Freud, etc.) para usarlos, más que con un propósito científico, con uno bien distinto de protagonismo social. Ésa es la historia de la APA, la American Psychological Association, fundada por Stanley Hall, en 1892, que convierte a Estados Unidos en el primer país en profesionalizar la psicología, y causa indiscutible de la preeminencia sobre los alemanes, que tardarían aún doce años más (1904) en organizarse como gremio. Para entonces y para la posteridad, las bases e intereses de la psicología ya serían «demasiado americanos», y nuestro recorrido por las condiciones que forjaron gran parte de lo que hoy llamamos psicología oficial se dará por concluido en 1900, cuando John Dewey —que por otro lado en América no es nada sospechoso de conservador— lea, en su alocución presidencial ante la APA, las bases explícitas de un programa de control social para la nueva ciencia.

Cuando, junto con otros, Stanley Hall decide dar el criterio de pertenencia a un gremio concreto a los psicólogos de entonces, ya era una gran personalidad dentro de la disciplina debido a la publicación de la revista *American journal of psychology*, desde 1887. En la sociedad americana se consideraba psicología a una serie de escuelas que, con la fundación de la APA, se convertirían en pocos años en pseudociencias. El mesmerismo, la frenología y el espiritismo habían sido las principales tendencias psicológicas a nivel popular del siglo XIX. La Asociación Psicológica Americana

surge, en principio, por una necesidad de seriedad y criterio científico, y se convertirá en el terreno común donde las distintas escuelas oficiales ganen sus batallas. Es la institución que certificará quién es y quién no es psicólogo, y que asegurará el avance de la disciplina imponiendo su criterio por medio de las publicaciones surgidas a su sombra: el *American journal of psychology* y la *Psychological review*.

El primer presidente de la asociación, George Trumball Ladd, sigue todavía encasillado en la antigua psicología académica americana. En 1892, defiende en su alocución presidencial la introspección y declara que la experimentación objetiva es incompetente para abordar temas tan importantes de la psicología humana como los sentimientos religiosos. Sólo cuatro años más tarde, en el crítico año de 1896, el panorama ha cambiado enormemente. El «demasiado americano» J. M. Cattell es el nuevo presidente de la asociación, y en su discurso reclama para la psicología experimental y cuantitativa un hueco en la sociedad, proponiendo ampliar las aplicaciones prácticas de la psicología —aparte de a la medicina— a la educación, las bellas artes, la economía política y «a la organización entera de la vida». Los primeros pasos para convertir la ciencia de «la comprensión total de la experiencia humana» en la ciencia de «la organización entera de la vida» pisan sobre un suelo teórico en el que se priman los resultados sobre las ideas. El nuevo mundo académico alaba la practicidad como identidad de lo americano. Hay un mundo ahí fuera lleno de problemas a los que la psicología se puede dedicar; lo fundamental es demostrarle a ese mundo su eficacia en la satisfacción de esas necesidades. Por otro lado, hay una industria ávida de minimizar costes explotando al máximo la mano de obra y dispuesta a invertir en investigación sobre la psicología humana enfocada a la producción y el consumo. Además, consigue el prestigio de hacer avanzar la ciencia. Digamos que la entente psicólogo-sociedad está más que cantada en una sociedad como la norteamericana de finales de siglo; por eso llama aún más la atención la falta de precauciones (¿o de escrúpulos?) de los

psicólogos en su colaboracionismo. El modelo de Cattell es el primer proyecto explícito para una psicología del control social. Su programa pretende la racionalización de la sociedad, sustituir la corrupción política por la organización que aportan los principios de las grandes empresas. La modernización política de McKinley va a tener en los psicólogos un apoyo más. Pero el que mejor profetiza o proyecta el control social será John Dewey, en su alocución presidencial ante la APA. John Dewey, el gran filósofo de la democracia americana, lee en 1900 un discurso titulado «Psicología y práctica social» que nos sigue dejando atónitos por plantearnos como proyecto explícito las características de nuestra psicología actual y su presencia social. Sus máximas se pueden resumir curiosamente en tres: reforma, eficacia y progreso. Su fin, la mejora de la sociedad. Su medio, el control social.

Debemos decir, antes de comenzar a exponer lo dicho por Dewey en 1900, que no es el planteamiento suyo el más radical de la época. Ya en aras de la mejora de la sociedad, Galton había sugerido en Inglaterra un plan eugenésico de matrimonios juiciosos «gracias a una reproducción selectiva», idea que triunfaría en Estados Unidos durante el siglo XX, alimentada por sentimientos racistas, y de la que tomaría inspiración la Alemania nazi. La alternativa que Dewey nos plantea es mucho más elaborada y, sobre todo, más a largo plazo. La vamos a resumir en los siguientes puntos: la reforma educativa, el papel de la psicología y, finalmente, el progresismo y el control social.

La necesidad de convertir a las hordas de inmigrantes en ciudadanos estadounidenses, de forjar una sociedad urbana con una población divorciada de sus hábitos y tradiciones rurales, da prioridad a la educación en el planteamiento de Dewey. Los antiguos campesinos necesitan una educación apropiada para los hábitos del trabajo industrial y las nuevas habilidades que éste les exige. Así llega su propuesta de reforma de la escuela. Concibe la escuela como una sociedad en pequeño. Será la nueva comunidad que el niño tendrá en esa desarraigada sociedad industrial. La psi-

ciencia y la racionalidad se presentan como redentoras en una sociedad que ha perdido sus costumbres y valores. Ellas serán las encargadas de sustituir el hábito y la tradición de una manera consciente. Habla Dewey: «La escuela es un lugar especialmente favorable para estudiar la disponibilidad de la Psicología en la practica social». Él considera la mente como un instrumento de adaptación y, por tanto, susceptible de ser moldeado durante la experiencia escolar. «Implicándose en la educación la psicología se convertiría en una hipótesis *eficaz*». Pensemos que la psicología que nos plantea Dewey debe ser reflexiva y debe estar gobernada por una moral social. «La psicología nace cuando la moral se hace reflexiva, la moral fija los fines conscientemente y la psicología estudia los medios». Por tanto, el papel de los psicólogos será enseñar los valores del pragmatismo y la vida urbana. Estos valores son la solidaridad comunitaria y el crecimiento social; no sólo son valores para la escuela sino para todas las instituciones. Él mismo dice que eso comprometerá de manera natural a los psicólogos con la causa progresista. Como vemos, ese papel de tutor social que actualmente tiene la psicología también fue profetizado por Dewey. Para William James la conciencia individual surgía cuando una nueva circunstancia hacía imperativa al organismo la adaptación a ese medio. Dewey propone el mismo esquema para la sociedad en su conjunto. Una sociedad cambiante que se enfrenta a nuevos retos como la suya necesitaba de una conciencia de sí que la guiara en el proceso, y esta conciencia no sería otra que la psicología. Para él la psicología como conciencia social es una alternativa a la visión aristocrática y clasista de la sociedad, un relevo de la tradición y las ideas heredadas por unos nuevos principios críticos y racionales, fruto del estudio y las demandas sociales, que modele al individuo con esos requerimientos. La función del psicólogo es el estudio de las leyes científicas que rigen la conducta humana, y por ello son los psicólogos los que están en mejores condiciones de construir una sociedad más perfecta. Su antiaristo-

cratismo depende de la idea de adaptar al individuo al todo social dándole una función irreductible y diferencial: «Afirmar la independencia de la racionalidad respecto al mecanicismo es limitarla en su pleno sentido a unos pocos (los aristócratas). La nueva sociedad científica nos llevará a un creciente control de la esfera ética. La psicología capacitará al esfuerzo humano para aplicarse racionalmente, con seguridad y sensatez».

Como vemos, el «progresismo» de Dewey es muy americano, desconfía de la aristocracia y busca un tratamiento equitativo para todos los individuos. Sus fines son el control social, lo que supone imponer orden al desorden, y en la práctica, ordenar y adoctrinar a las masas informes de la sociedad americana. De los medios propuestos por los progresistas quedarán la burocracia gubernamental, gobernada por expertos, racional e impersonal. Y de su concepción de la historia nos quedará el ilimitado progreso donde los logros permanentes son siempre desplazados en favor del crecimiento continuo. «La meta final de la vida no es la perfección sino el proceso perpetuo de perfeccionamiento, maduración y refinamiento. El único fin moral es el crecimiento mismo». Dewey llegará a decir: «El pecado contra el Espíritu Santo tanto tiempo discutido se ha encontrado al fin: es rehusarse a cooperar con el principio vital de mejora».

Dewey solamente replantea de una forma metodológica los dogmas políticos del progresismo liberal. Como en ninguno de los científicos de su época el control social tiene un matiz peyorativo. Sólo el siglo XX nos enseñará hasta qué punto somos incapaces de asumir el control científico de la sociedad junto a los altos valores éticos. Lo que sí ha quedado ha sido el propio control social, ya descarnado de sus fines, pero experimentado por cada uno de nosotros en múltiples ámbitos.

Será porque la parte moral del proyecto de Dewey nunca fue tomada en serio por una ciencia excesivamente preocupada por hacerse necesaria a las demandas sociales. Será

porque la investigación estaba sufragada por las grandes empresas o los grandes intereses políticos de esa gran empresa llamada Estado (como es en el caso de las guerras). O será tan sólo que aquellos hombres no preveían las consecuencias de sus propuestas. Lo único que sabemos es que el siglo XX ha sido el más progresista y tecnológico, que nos ha llevado al límite del poder y la impotencia, y que la psicología ha escrito muchos capítulos dictados en esa historia. Tal vez la ingenuidad que sentimos en esas ideas de control social de principios de siglo y la sonrisa que nos provoca no esconda más que la ingenuidad propia de nuestra época. O tal vez, y sirva como ejemplo, la próxima vez que alguien nos hable de cómo el conductismo fue superado por el cognitivismo, nos preguntemos qué era lo que se trataba de imponer a la sociedad en ese preciso tiempo en que los psicólogos hablaban de la metáfora de la mente y el ordenador. De momento, podemos permitirnos afirmar que, al menos históricamente, nuestra actual psicología es una doctrina nacida junto a los principios del progresismo liberal americano, cuyos lemas eran y son: el control social y el estudio de los individuos para la selección y la vigilancia; la eficacia y rapidez de la producción industrial; la reforma de los individuos para adaptarlos a esa tecnología, y el progreso ilimitado de nadie sabe quién.

De la crítica al academicismo metodológico: líneas de acción contra los desalojos sociocríticos

Ángel J. Gordo López

Coincidiendo con la primera gran crisis del Estado de bienestar y las férreas políticas de ajuste adoptadas posteriormente por los gobiernos de Reagan y Thatcher, distintos autores en Gran Bretaña y Estados Unidos comenzarían a cuestionar el consenso positivista en las ciencias sociales. En la disciplina de la psicología, el cuestionamiento de los métodos y teorías positivistas surge a su vez en un momento en el que las explicaciones inspiradas en las ciencias duras comenzaban a desplazar las explicaciones psicosociales. La progresiva instauración de biologicismos, así como el asentamiento de las explicaciones universalistas y los solipsismos metodológicos ayudaron a desencadenar una paulatina ruptura con el consenso positivista en disciplinas profundamente sociales como la psicología y, en especial, en el ámbito de la psicología social (Armistead, 1974; Elms, 1975; Israel y Tajfel, 1972). En este nuevo escenario, se plantea la necesidad de otros modelos de interpretación y métodos de análisis ante las cada vez más reconocidas insuficiencias explicativas de los métodos y teorías positivistas, como los constructos representacionales y los dispositivos cognitivos, para dar cuenta de los fenómenos sociales.

En semejante marco de confluencias socioeconómicas y psicosociales, el lenguaje y, posteriormente, el «discurso» (entendido en el sentido amplio del término y en sus distintas modalidades de comunicación social) pasaron a considerarse el principal vehículo para el cuestionamiento de la

ciencia positivista experimental (Gergen, 1973; Harré, 1979; Harré y Secord, 1972; Shotter, 1975). Este «giro lingüístico» permitió a las ciencias sociales, como la psicología, reflexionar sobre el modo en que los discursos y las prácticas científicas construyen su propio objeto de estudio en el mismo proceso de llegar a conocerlo. La reflexión discursiva sobre el propio quehacer de la psicología también facilitaría la recuperación de la noción de «subjektividad» en la disciplina así como el cuestionamiento de los dispositivos de individuación imperantes en la psicología positivista. A pesar de la diversidad de enfoques que configuraba el mapa internacional de la psicología social contrario al positivismo, terminaron por imponerse los debates y los métodos liderados por la psicología anglosajona heterodoxa y, en particular, la británica. Una asimetría que obedece a los nuevos órdenes socioeconómicos y sus lógicas de desarrollo, como plantearemos a lo largo de este artículo.

Agradeciendo la invitación de los coordinadores de este volumen¹, comenzaré abordando un análisis del desarrollo de la psicología crítica británica, en particular aquella interesada en las dinámicas de poder y resistencia, con el propósito de comprender la coexistencia de dinámicas críticas y hegemónicas en el contexto actual de la psicología social en el Estado español. En este sentido, se presenta una revisión de la trayectoria de distintos recursos y tendencias críticas británicas, para pasar a plantear que las nuevas psicologías que se vislumbran en el paisaje de la psicología social española comparten un discurso reformista parecido al que se aprecia recientemente en las versiones fuertes de psicología crítica británica. Mientras que la psicología crítica británica, interesada en las relaciones de conocimiento, poder y resis-

1. Una primera versión de este artículo fue presentada en las «Jornadas sobre el papel de la psicología académica», celebradas en octubre de 2000 en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid y organizadas por R. Álvaro Vázquez y J. L. Romero Cuadra.

tencia, se halla inmersa en un creciente «psicologismo» ávido de reconocimiento disciplinar, un sector de la psicología social española —desde lo «críticamente» correcto— empieza a decir lo que se debe decir en el momento adecuado, dejando de este modo intacta la hegemonía de la psicología oficial. En la última parte, y basándome para ello en recursos a menudo acallados, esbozamos otras líneas de «acción» contra la psicologización de la cultura, así como contra los discursos críticos y críticamente correctos que participan de la misma.

La psicología crítica en Gran Bretaña

En este apartado nos basaremos en la panorámica detallada de las distintas tradiciones de investigación crítica en Gran Bretaña que proporciona I. Parker (1990), a partir del análisis de las entrevistas realizadas a las voces más representativas de los grupos de investigación crítica en la psicología y en disciplinas afines. Aunque este trabajo no llegó a publicarse por petición explícita de algunas de las personas entrevistadas, el autor ha permitido que nos refiramos aquí a este análisis, cuyo objetivo era situar estas tendencias en el mapa británico de la psicología crítica discursiva en función de sus distintos intereses en temas de reflexividad, representación, retórica y resistencia².

A finales de la década de los setenta, en el Departamento de Sociología de la Universidad de York y bajo la supervisión de M. Mulkey, se celebró un ciclo de seminarios cuyas tesis y perspectivas dieron lugar a un grupo de investigadores que compartían el interés por identificar y analizar los procesos constructivos de los distintos discursos, especial-

2. Algunos de estos argumentos se presentan en sus libros (I. Parker, 1989, 1992; I. Parker y Shotter, 1990) y en los artículos más recientes de I. Parker (1994, 1999).

mente los discursos científicos (Gilbert y Mulkay, 1984; Mulkay, 1985). Pocos años después, coincidiendo con el establecimiento profesional de algunos de sus participantes en la Universidad de Loughborough (Michael, 1989; Mulkay, Potter y Yearly, 1983; Potter y Mulkay 1982) y, posteriormente, en el Centre for Research into Innovation, Culture & Technology en la Universidad de Brunel (Ashmore, 1989; Woolgar, 1988), este grupo llegó a conocerse como el grupo discursivo de la «reflexividad».

Por su parte, las investigaciones discursivas en torno a la «representación», con sede en la Open University desde finales de los ochenta, aunaron intereses distintos procedentes de la psicología social, la sociología y los estudios culturales (Hall, 1980, 1987; Potter y Wetherell, 1987; Wetherell y Potter, 1986). El trabajo de este grupo con mayor repercusión en la psicología social fue el libro *Discourse and social psychology*, donde J. Potter y M. Wetherell (1987) abandonan los supuestos de coherencia y consistencia, prestando atención al contexto y a los distintos efectos de las acciones de los individuos (o lo que denominan «variabilidad»), en lugar de «adivinar» cuáles son las respuestas coherentes o correctas de los cuestionarios o las entrevistas.

Quizá el trabajo más representativo del tercer grupo, el del discurso y la «retórica», sea el volumen colectivo *Ideological dilemmas* (Billig *et al.*, 1988), que como gran parte del trabajo posterior de sus investigadores, se centraba en el estudio de la retórica y sus posibles aplicaciones en el análisis de una amplia variedad de temáticas comunes a las distintas ciencias sociales, entre las que se incluyen la memoria colectiva, las relaciones intergrupales, las actitudes y el comportamiento, las ideologías y las representaciones y relaciones de género en los medios de comunicación (Billig, 1987; Bowers, 1991, 1996; Edwards, 1997; Edwards y Potter, 1992; Fairclough, 1989; Gill, 1991).

El último grupo, el más interesado en las dinámicas de poder, conocimiento y «resistencia», encontraba sus refe-

rentes en trabajos que, como los de M. Foucault, comprendían el discurso como una práctica material, central para la estructuración y gobierno de las distintas formas de subjetividad y sujeción. Estas tendencias aparecen en distintos colectivos críticos en Londres (Henriques *et al.*, 1984; Rose, 1985; Walkerdine, 1988; 1987), en la ciudad de Reading (Curt, 1994; R. Stainton Rogers, 1995; W. Stainton Rogers *et al.*, 1989; R. Stainton Rogers *et al.*, 1995; R. Stainton y W. Stainton Rogers, 1997) y, entre otros centros académicos, en la Universidad Metropolitana de Manchester (lo que era anteriormente el Manchester Polytechnic [Burman, 1990, 1991; Burman y Parker, 1993; Parker, 1987, 1988, 1989, 1991]). A finales de los ochenta, en este último centro se funda el Discourse Unit, un grupo de investigación y red de apoyo cuyo propósito inicial era promover y supervisar el trabajo de los estudiantes de licenciatura y postgrado interesados en otras formas de hacer psicología, y en cuya trayectoria nos detendremos más tarde.

Un interés común a estas distintas tendencias de investigación discursiva en la psicología británica era el modo en que el lenguaje organizado en unidades de nivel superior, o discursos, refleja el mundo social además de crearlo y reproducirlo. Esta asunción, como plantea I. Parker (1990), permitió que los distintos grupos discursivos coincidieran al menos en tres aspectos: en primer lugar, en señalar la deficiencia de los métodos positivistas en las ciencias sociales; en segundo lugar, en que las investigaciones que no claudicaban con el método experimental eran relegadas a los márgenes; y por último, en la consideración de estos enfoques críticos como subversivos por parte de la psicología ortodoxa, en la medida en que suscitaban debates sobre problemáticas sociales básicas.

Entre estos trabajos, los que mayor influencia llegarían a ejercer en nuestra psicología serían aquellos realizados por el grupo de la «representación». La mayoría de estos trabajos conservaban una fe ciega en la metodología rigurosa y en la comunicación entendida como proceso de intercambio

de información, bien fuese en el sentido de significados compartidos (interaccionismo simbólico), bien en marcos estructurales (etnometodología y microsociología) (Atkinson y Heritage, 1984; Drew and Heritage, 1992; Goffman, 1971, 1981; Sarroch y Anderson, 1986)³. Esta perspectiva agrupaba aproximaciones analíticas conversacionales y discursivas, en su versión más reflexiva y etnometodológica, para el estudio de la acción social y los órdenes que la estructuran por medio de transcripciones y análisis detallados de prácticas lingüísticas (Antaki, 1986, 1994, 1995; Shotter, 1993; Shotter y Gergen, 1989). Por su parte, aquellas tendencias menos interesadas en las cuestiones de método pero comprometidas con el análisis de las relaciones de poder y gobierno de la subjetividad, como la del Discourse Unit, fueron progresivamente deslegitimadas, incluso ridiculizadas, tanto por la psicología oficial (por caer fuera de las demarcaciones científicas de la psicología) como por el resto de los grupos discursivos (que a menudo la contemplaban como la «conciencia» que pedía cuentas políticas al resto de la psicología discursiva británica).

Para estos trabajos, inmersos en el estudio de las dinámicas de poder y gobierno, la psicología crítica, lejos de contemplarse como una alternativa o respuesta a las insuficiencias y disfuncionalidades de los métodos y las teorías positivistas, o lo que se conoce como «la crisis de la psicología social», era en sí misma parte de la problemática social que otorgaba a los conocimientos y agencias psicológicas un papel y posición predominante en nuestras vidas y entornos sociales. En este sentido, la psicología crítica en cualquiera de sus formas, por críticas que fueran, era moti-

3. F. Díaz acaba de editar una excelente colección de algunos de estos recursos teóricos y metodológicos: *Erving Goffman, Harvey Sacks, Aaron Cicourel, Melvin Pollner. Sociologías de la situación* (Madrid: La Piqueta, 2000). Díaz también aporta un lista de referencias bibliográficas disponibles en castellano en la carpeta «Psicología crítica y crítica de la psicología», publicada en la revista *Archipiélago*, 34-35.

vo de continua sospecha y vigilancia. No resulta extraño, por consiguiente, que, desde esta óptica, el trabajo crítico se concibiera como una estrategia eventual para causar el mayor daño posible o la desestabilización de la disciplina psicológica y sus redes dentro y fuera del entorno académico (Gordo López y Parker, 1999; Parker, 1989).

Al igual que otras tradiciones ubicadas en el materialismo histórico, estos trabajos prestaban gran atención al estudio de los intercambios teóricos y metodológicos entre distintas disciplinas sociales y naturales, además de las correspondencias existentes entre las prácticas y los conocimientos psicológicos y las condiciones socioeconómicas. De este modo, la «transdisciplinariedad», entendida como la desestabilización de las fronteras disciplinarias, permitía el estudio de dinámicas más amplias para procurar un comprensión de los modos en que los conocimientos y las prácticas psicológicas participaban en el gobierno de las personas, sus estructuras sociales e instituciones, a través de la coordinación y el ajuste de los niveles psíquico-conductuales, científicos y sociopolíticos (como indica el término foucaultiano de «biopoder»). Una noción central para esta tradición de investigación sería la del «complejo psicológico», entendido como el conjunto de redes y conexiones entre teorías y prácticas que elaboran e implementan el conocimiento y gobierno psicológico (Álvarez-Uría y Varela, 1986; Ingleby, 1985; Parker, 1996; Rose, 1985).

Consideramos que una mirada más detallada de esta tradición puede proporcionar referentes para evitar secundar propuestas como aquellas que actualmente, en la psicología social en nuestro país, defienden la posibilidad de una nueva psicología y que, en un plano internacional, coinciden con las ansias doxológicas y la psicologización de los últimos trabajos de las figuras más representativas de la psicología crítica británica, las mismas voces que desde finales de los ochenta abanderaban la psicología discursiva de la resistencia y la subjetividad.

La psicologización de la psicología de la resistencia

La psicología crítica británica interesada en el estudio de las relaciones de poder y conocimiento, de regulación y resistencia en contextos institucionales, encuentra una de sus primeras manifestaciones en la revista *Ideology and consciousness* (Adlam *et al.*, 1977) y, en concreto, en el libro *Changing the subject: psychology, social regulation and subjectivity* (Henriques *et al.*, 1984). La tónica general de estas publicaciones continuaba siendo marxista, aunque pronto daría paso a nuevas conexiones con el feminismo y el antirracismo junto con las teorías psicoanalíticas del lenguaje y la subjetividad. Así quedaría patente en las distintas reuniones de investigadores y colectivos críticos, como la celebrada, en octubre de 1986, en la ciudad de Manchester bajo el título de «Psychology Politics Resistance (PPR)», que tomaron como punto de partida las tesis fundacionales del libro *Changing the subject*. En el folleto del encuentro figuraba como objetivo principal «proporcionar un contexto en el que se prescindiera de las mistificaciones del humanismo liberal [...] y facilitar el reconocimiento de las circunstancias políticas en las que se elabora, disemina y ejerce el conocimiento psicológico» (citado en Parker, 1995, borrador).

Tras varios años de paroxismo, PPR volvió a activarse en el verano del 1994, en un nuevo encuentro celebrado en la ciudad de Manchester, que en esta ocasión contaría con una copiosa representación internacional e interprofesional así como de distintas asociaciones antirracistas, pacifistas, gay-lesbianas y de colectivos de «supervivientes» de las instituciones mentales (por ejemplo, Hearing Voices [véase Blackman, 1998; Parker *et al.*, 1995])⁴.

4. PPR cuenta con sedes en Londres y Manchester, y se define como una organización internacional con más de 500 activistas y numerosos colectivos, cuyo propósito es denunciar los abusos de poder de la práctica, la docencia y la investigación psicológica por medio del establecimiento de redes de individuos y colectivos dispuestos a declararse y actuar en contra

Si en los setenta el trabajo crítico en las ciencias sociales se vislumbraba como una oportunidad para movilizar y promover valores sociales básicos, en las dos últimas décadas se aprecia una creciente preocupación por el reconocimiento disciplinar de su quehacer crítico. La tendencia de investigación centrada en el estudio de las relaciones entre el conocimiento y el poder, la regulación y la resistencia, no saldría ileso de sus esfuerzos por alcanzar un cierto reconocimiento disciplinar.

Después de una década de deconstrucción y análisis desestabilizadores, desde mediados de los noventa, un sector importante de la tendencia discursiva de la resistencia empezó a barajar la posibilidad de poner el trabajo crítico al servicio de la investigación-acción (Burman y Parker, 1993). Durante los últimos años este interés coincide con la creciente preocupación de algunos de sus investigadores por la inmediatez de la transformación crítica, debido en parte al deseo de acelerar los procesos de reflexión y denuncia crítica de los órdenes a los que obedecen los conocimientos y las prácticas psicológicas hegemónicas, así como a la inexorable tendencia de la disciplina psicológica por hacer que lo distinto (lo no psicológico) parezca lo mismo (psicológico). Así lo indica el interés que la psicología hegemónica lleva ya tiempo mostrando por posiciones que en un principio surgen con un potencial subversivo (como las del grupo de la representación) pero que, en última instancia, se incorporan, neutralizan y redefinen en el seno de la disciplina como innovaciones metodológicas o meras técnicas de investigación cualitativa (de modo parecido a lo que podemos apreciar en disciplinas afines como la sociología).

No es de extrañar pues que, ante estas dinámicas de inculcación e incorporación del conocimiento crítico, algu-

de semejantes abusos. Las personas interesadas en conseguir más información o suscribirse a la revista de PPR pueden dirigirse a handsellpublishing@compuserve.com (Manchester) o ajgordol@wanadoo.es (Madrid).

nos investigadores críticos acaben por sucumbir a los procesos de psicologización en la medida en que, por ejemplo, sustituyen su activismo político en entornos y frentes aparentemente ajenos⁵ a la psicología, por la articulación de nuevas formas de investigación-acción en los ámbitos y redes psicológicos académicos y profesionales. Este tipo de interés por la acción-investigación en colectivos de psicología crítica de la «resistencia» aparece igualmente como respuesta a las demandas de profesionales que, al mostrar su interés por los planteamientos de la psicología crítica, piden a los psicólogos críticos que hablen «más claro» con el propósito de que sus argumentos puedan tener algún valor y aplicación en la «vida real».

Mientras que estas demandas de inteligibilidad y aplicación deberían ser objetivos y metas deseables para todo trabajo crítico, no obstante, cobran nuevos significados cuando provienen de contextos altamente psicologizados, bien sea desde visiones muy ideologizadas (p. ej., marxismos ortodoxos), bien desde sectores educativos o clínicos. Este tipo de demandas suelen suscitar procesos de categorización y escisión entre los colectivos de investigación, así como provocar nuevas reflexiones basadas en falsas divisiones, como «teoría» y «práctica», o «dentro» y «fuera» de la psicología, como veremos a continuación.

De manera paralela a estas demandas, desde mediados de los noventa se aprecia un creciente interés por los recursos y las teorías psicoanalíticas entre los distintos colectivos del grupo discursivo de la resistencia y la subjetividad, así como un exacerbado interés por la formación y la práctica psicoterapéutica⁶. Estas inclinaciones hacia el discurso y práctica terapéutica lejos de ser un fenómeno espontáneo y aislado obedece a procesos más amplios.

5. Véase por ejemplo D. Goodley, 1999 y D. Goodley e I. Parker, 2000.

6. Es significativo que el nuevo boletín de PPR se publica ahora en colaboración con la revista *Changes*, una publicación que desde los sesenta ha

En las décadas anteriores las explicaciones psicoanalíticas, principalmente en sus formas freudo-marxistas y desde el socioanálisis inaugurado por la Escuela de Frankfurt, se concebían como una avenida para el análisis y la transformación social. Por su parte, la década de los noventa presentaría una vasta preocupación por la incorporación de la teoría lacaniana (y de Žižek, 1989) en las ciencias sociales y, en particular, la psicología crítica (Billig, 1999, 1997; Hollway, 1997, 1989; Parker, 1997; Walkerdine, 1990, 1988, 1987). En los albores del nuevo siglo, el psicoanálisis y la psicoterapia pasarían a convertirse en «el recurso», en lugar de «un» recurso teórico y crítico más. Este nuevo «psicoanálisis», adoptando la terminología de R. Castel (1973), dio paso a nociones de subjetividad cada vez más desvinculadas de las dinámicas institucionales y sociopolíticas, al tiempo que irremediamente acallaban otros recursos y orientaciones más preocupados por la identificación y la denuncia del modo en que la psicología, entendida como una poderosa constelación de prácticas, conocimientos e instituciones, se expande y coloniza otros espacios, contribuyendo así a la disolución de problemas sociales, históricos y materiales en problemas psicológicos (Rendueles, 1998).

Entre estos grupos de psicología crítica cabría, por lo tanto, resaltar el ímpetu que se aprecia hacia la investigación-acción, la derivación de la actividad y teoría crítica a sectores clínicos y educativos, el creciente interés por la teoría psicoanalítica y la práctica psicoterapéutica profesional, además de la tendencia hacia formas de subjetividad liberada característica de la *new age* y la psicología popular de los años cincuenta en los Estados Unidos (p. ej., el espiritualismo, Blackman Walkerdine, 2001). Estos procesos interrelacionados corren

manteniendo viva la expresión más humanista y terapéutica del sector crítico en la psicología y la psiquiatría, y cuyas publicaciones giran en torno al grupo de Psychology & Psychotherapy. La revista del grupo Esquicic, *El rayo que no cesa*, es equiparable a la línea editorial de *Changes*.

a su vez paralelos a la paulatina institucionalización de la investigación cualitativa en las ciencias sociales, como muestra la proliferación de un ingente número de manuales, revistas e incluso diccionarios especializados en el tema durante la pasada y presente década.

La coexistencia de estas dinámicas define a su vez las condiciones de posibilidad de las líneas editoriales de nuevas revistas especializadas en psicología crítica, así como las direcciones de grupos de investigación donde empiezan a abundar las voces que plantean la posibilidad de otorgar a la psicología crítica un estatus de subdisciplina. Estas proclamas se acompañan igualmente de la identificación, categorización y fomento de las buenas prácticas, en su mayoría procedentes de las nuevas formas de psicología crítica de corte humanista liberal que llegan desde los EE.UU. y Australia (Prilleltensky, 1994; Fox y Prilleltensky, 1997; Prilleltensky y Austin, 2001; Prilleltensky y Gonick, 1996; Sloan, 2000).

En consecuencia, sería al menos prudente preguntarse, como lo hace T. Ibáñez (1997, p. 2), si estos esfuerzos por convertir la psicología social en crítica tienen algún sentido o si «¿merecen la pena? ¿Cómo puede hacerse? ¿Qué debería criticarse? ¿Qué consecuencias esperamos? ¿Por qué embarcarse en semejante proyecto? ¿Qué garantiza que una psicología social crítica sea mejor que otra que no lo sea?» (nuestra traducción). Igualmente prudente es, a mi parecer, reflexionar sobre estas tendencias en la psicología social británica y sus correspondientes versiones de corte humanista liberal procedentes de Estados Unidos y Australia, como parte de un proceso socioeconómico más amplio que las acoge y mediatiza, en lugar de limitarnos a la mera patologización o crítica de las mismas. En este sentido, podríamos llegar a entender nuestros entornos disciplinarios (al igual que sociales) como vehículos a través de los cuales proyectar nuestros trabajos y comprensiones a dinámicas de mayor envergadura, en lugar de limitarnos a seguir reflexionando sobre nuestras orientaciones, métodos o críticas.

Aunque la mayoría de estas «reflexiones» y tendencias aparecen en el contexto de la psicología británica y, durante los últimos años, en el contexto más amplio de la psicología anglosajona, no por ello se han visto privadas de una resonancia internacional, como se ilustra a continuación en lo relativo al contexto de la psicología social en España.

La crítica en la psicología académica en España

El buen estado de salud por el que atraviesa la psicología crítica internacional se manifiesta en la reciente aparición de distintas revistas internacionales especializadas como *The international journal of critical psychology* (2001, Sydney) y *Annual review of critical psychology* (1999, Manchester). Indicativo a su vez de la cada vez mayor consolidación de la psicología crítica es el espacio que las revistas como *Theory & psychology* y *Discourse & society* le dedican regularmente. A su vez, han surgido nuevos centros y programas de tercer ciclo especializados en psicología crítica, por ejemplo, en el Bolton Institute, la Manchester Metropolitan University y el Centre for Critical Psychology en la Universidad de Western Sydney.

A pesar del aspecto situado, no generalizable y contextual, máximas para la mayoría de estas investigaciones críticas, el monopolio editorial inglés, junto con el protagonismo del mundo anglosajón en el orden mundial durante el último siglo, han contribuido a la proyección y relativa institucionalización de la psicología crítica discursiva, especialmente la británica. Nuestras geografías y centros de investigación más próximos en el Estado español no se han visto privados de semejantes resonancias.

No obstante, sería inadecuado categorizar las distintas formas de hacer psicología alternativa en nuestro Estado bajo alguna formación o tendencia disciplinaria, por inclusiva que ésta pueda resultar. Así lo indican las distintas voces consultadas, como presentamos en otro sitio (Cabru-

ja y Gordo-López, 2001), y aquellas otras que mantuvieron vivos los debates sobre la crisis de la psicología social y sus posibilidades. Entre éstas se encuentran las declaraciones de L. Íñiguez (1995, p. 21), al plantear, en la presentación de un número monográfico sobre métodos de investigación cualitativa, que el conjunto de trabajos publicados en ese monográfico, a pesar de su marcado carácter discursivo y crítico, la mayoría de ellos realizados en nuestro país, «no quiere ser, sin embargo, un grupo, ni sus miembros aparecer como abanderados/as de una causa particular». Íñiguez (ibíd.) continúa diciendo que «aun siendo representativa de un tipo de investigación que se realiza en España, esta muestra no agota todas las personas y grupos que, en el mundo académico y profesional de la psicología social, trabajan en formatos de investigación cualitativa».

También es cierto que la mayoría de los trabajos publicados en ese monográfico fueron realizados por investigadores y estudiantes del Departamento de Psicología Social y de la Salud de la Universidad Autónoma de Barcelona, en Bellaterra. Este colectivo de investigación, así como su docencia en la licenciatura y en programas de doctorado en psicología crítica y metodologías cualitativas, durante las últimas dos décadas, se ha perfilado como centro neurálgico y referente obligado para el desarrollo y promoción de la investigación crítica en nuestro país en la psicología social y en ámbitos de conocimiento afines. Más reconocido fuera que dentro de nuestra propia galaxia psicológica, este grupo en Bellaterra consiguió abrir espacios donde poder conjugar pluralismos metodológicos y teóricos desde donde poder pensar lo psicosocial a través del constructivismo social, la deconstrucción, el postestructuralismo en filosofía y en las epistemologías feministas, y el programa fuerte en sociología del conocimiento científico.

Entre los trabajos más influyentes de este grupo destacan los de T. Ibáñez sobre las relaciones de poder del conocimiento científico (Ibáñez, 1989, 1996, 1994) o la crisis de la psicología y sus posibles alternativas (Ibáñez, 1982, 1990).

Igualmente representativas son las ediciones de T. Ibáñez y L. Íñiguez (1997), el monográfico coordinado por L. Íñiguez (1995) en la *Revista de psicología social aplicada*, y el número de la revista *Anthropos* sobre la psicología social coordinado por T. Ibáñez y M. Domènech (1998). Otras de las líneas de investigación en este centro incluyen investigaciones cercanas a la sociología del conocimiento científico y la cibercultura (Domènech y Tirado, 1998a, 1998b; Tirado, 1999), los estudios de género (Pujal, 1998), la retórica científica y el cuerpo (Pujol, 1998), así como continuas colaboraciones con estudiantes de licenciatura (García-Borés *et al.*, 1995). Asimismo cabe destacar otros grupos de investigación crítica que empezaron a surgir a principios de los noventa, directa o indirectamente relacionados con el grupo de Bellaterra, como es el caso de un reducido grupo de investigadores en la Universidad Central de Barcelona (García-Borés, 1996; Serrano, 1996), en la Universidad de Girona (Cabruja, 2000) y en la Universidad Oberta (Aibar *et al.*, 2000; Tirado *et al.*, 2000).

Los distintos trabajos desarrollados desde este colectivo en Barcelona han permitido a su vez dar a conocer los trabajos igualmente influyentes de distintos colectivos sudamericanos y centroamericanos, especialmente en la psicología social entendida desde la ética de la liberación (Cordero *et al.*, 1996; Dussel, 1998, 1988; Martín-Baró, 1983, 1986; Montero, 1990; Pacheco y Jiménez, 1990), la política de la vida cotidiana (Fernández Christlieb, 1991, 1994), o el imaginario social y sus construcciones psicosociales (Correa de Jesús *et al.*, 1991; Figueroa-Sarriera *et al.*, 1994; Montero, 1994).

En este sentido, si la psicología británica ha ejercido una fuerte influencia en los debates metodológicos y teóricos, las formas de entender y vivir la psicología social y su potencial para el cambio social, que hemos aprendido de la psicología política y ética sudamericana y centroamericana, han inspirado gran parte de la investigación alternativa en el área de la psicología social y la memoria política de la psicología (Íñiguez, 1999; Sabucedo, 1984, 1996; Vázquez, 1998).

Los debates que fundamentaron la crisis de la psicología social, como hemos indicado anteriormente, supusieron un profundo cuestionamiento de los fundamentos, las metodologías y los órdenes socioeconómicos que la hacían posible y, cabe recordar, en los que participa la psicología social. En España, como señala Íñiguez (2000), hubo un número importante de publicaciones dedicadas a esta crisis en la década de los setenta (p. ej., Jiménez Burillo, 1977) y en los ochenta (Blanco, 1980; Ibáñez, 1982). No obstante, «estas aportaciones lograron definir un espacio-tiempo para la reflexión y el debate, y para la definición de algunas líneas de salida que reunían un aparentemente amplio consenso»; y aunque no del todo erradicada por los mecanismos de «contención de la crisis» de la disciplina, como continúa señalando Íñiguez (ibíd., p. 140, 141), sería reificada, «encerrada en el nicho cronológico que le corresponde en la “Historia de la disciplina”».

Reificada o no, de estas escasas heterodoxias se beneficia actualmente un reducido aunque activo grupo de nuevos investigadores en la Sección Departamental de Psicología Social en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid (Ema y García, 2000; Crespo y Soldevilla, 2001). El trabajo de estos nuevos investigadores es supervisado por reconocidas figuras de la psicología social española que contribuyeron a inaugurar los debates entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas en nuestro país, desde finales de la década de los setenta (Torregrosa y Crespo, 1984; Torregrosa y Sarabia, 1983).

Si el grupo de Bellatera aparece como máximo referente de los debates socioconstruccionistas, los trabajos de F. Álvarez-Uría y J. Varela apuntan más hacia la comprensión crítica del papel de la psicología, entendida como dispositivo de individuación y gobierno. Estos trabajos que prolongan la tradición de análisis genealógico europeo, como señala Álvarez-Uría (2001), sugieren que el estudio de la creciente participación de la psicología en la cultura, o la psicologización de la cultura, debería entenderse como un

efecto añadido de la modernización, como una «correspondencia entre el descontento de la cultura y el creciente éxito de la cultura psicológica de modo parecido a lo que ya apuntaba Durkheim en su estudio de la sociedad moderna y sus procesos de individuación emergentes». Entre sus numerosas producciones cabría destacar las coordinaciones y traducciones que estos autores han realizado para la colección «La genealogía del poder», en la editorial La Piqueta, y para la revista *Archipiélago*, así como sus análisis sociocríticos de distintos aspectos de la cultura psicológica (Álvarez Uría y Varela, 1986, 1989).

A su vez, en el ámbito universitario contamos con algunos trabajos realizados recientemente en la Universidad de Oviedo, como los de A. Ovejero (1999, 2000), desde una perspectiva similar a la de C. Soldevilla (1998) en la Universidad Complutense de Madrid. Estas líneas de investigación apuestan por una fundamentación epistemológica de una nueva psicología social postmoderna. Actualmente empiezan a aparecer distintos grupos de investigación crítica como el grupo «La Generosa» con sede en la Universidad de Granada, dirigido por D. Villuendas; el grupo de investigación en Gerona, coordinado por T. Cabruja; y los colectivos de estudiantes insatisfechos con la psicología dominante, cercanos a los nuevos movimientos sociales, antipsiquiátricos, antisistema y antiglobalización, como son los grupos «Esquicie» y «Líneas de Fuga» en Barcelona, «Versus» en Málaga, «Dipsidencia» en Madrid y el «Grupo de Estudios Sociales Asturianos» en Gijón⁷.

Entre estos distintos colectivos y recursos que coexisten bajo la etiqueta de nueva psicología, psicología alternativa o la psicología social como crítica, se advierten posturas

7. Un seguimiento y aportación a estos debates se pueden realizar en la web Proyecto de Psicología Crítica (www.cop.es/colegiados/O-00763/) de Javier Llamazares y en la lista de discusión de la Red de Iniciativas Críticas en Salud Mental (iniciativascriticas-alta@eListas.net).

que, al igual que el grupo de la resistencia, conciben la psicología crítica como una estrategia temporal o como una nueva forma de psicología. Algunos investigadores contemplan estas otras «nuevas» o «críticas» formas de contemplar la psicología social como un medio para cuestionar la creciente psicologización, mientras que otras voces plantean que es sólo una forma de abrir espacios menos restrictivos para la realización de trabajos alternativos dentro de sus distintos entornos institucionales. También aparecen visiones que, a sabiendas de que sus trabajos son marginales dentro de la psicología, señalan que estar próximo a la psicología crítica facilita la articulación de sus estrategias de camuflaje y supervivencia institucional.

Una cuestión bien distinta es si este tipo de camuflajes a menudo aferrados a cuestiones metodológicas, fácilmente reducibles a meras técnicas de investigación cualitativa, obedecen a una institucionalización de la psicología crítica. En este sentido, sería necesario reconsiderar el estado actual por el que atraviesa la corriente discursiva de la resistencia y la subjetividad en Inglaterra. Igualmente necesario, a mi entender, sería esclarecer en qué medida la psicología social española comparte lógicas similares cuando, por una parte, las huestes positivistas en distintas Facultades de Psicología, en las todavía universidades públicas, intentan desalojar la mirada sociocrítica de los planes de estudios, infringiendo así un viraje incluso más psicobiológico y experimental a nuestros conocimientos y, por tanto, psicobiologizando y controlando nuestras relaciones; y por la otra, desde la tras-tienda crítica, «aunque parezca mentira», permiten institucionalizar «apariciones» críticas en sesiones de inauguración y clausura, como las experimentadas en el último Congreso de Psicología Social celebrado en la ciudad de Oviedo (octubre 2000). Que actos tan solemnes sean presididos por cátedros representativos de la psicología crítica o de la psicología social afín a la sociología, tan a menudo descalificados por la misma disciplina, y las afiliaciones tan sospechosamente asimétricas a las que

la psicología, desde sus inicios científicas, tan fielmente asiste y reproduce, no debería entenderse lejos de las dinámicas que acontecen en otras geografías críticamente psicológicas como la británica, ni lejos de las condiciones socioeconómicas que posibilitaron y posibilitan sus resonancias tan flexiblemente homogeneizadoras.

La coexistencia de estas aparentes contradicciones cobra nuevos significados en el marco más amplio de las nuevas formas de gestionar los comportamientos y las voces críticas, manifestando que la disciplina psicológica disfruta una vez más de la flexibilidad que caracteriza las redes de control neoliberal. Esta flexibilización, no obstante, se manifiesta tras la máscara del discurso de lo políticamente correcto que, al igual que la psicología crítica, también se forjaría en el contexto de los nuevos movimientos sociales y de la nueva derecha en los Estados Unidos a finales de los setenta. Se podría decir que este tipo de discurso, parafraseando a A. Adsuara (2001), por una parte dice y deja decir lo que debería decirse, pero a su vez sirve para silenciar lo que, además de no ser rentable, podría suscitar dudas y transformación de lo que se impone como «pensamiento único» de la psicología positivista. Un discurso similar se encuentra, por ejemplo, entre aquellos que intentan suprimir o desplazar a la optatividad la troncalidad de las asignaturas sociales en los planes de estudio de las licenciaturas de psicología en pro de estudios psicobiológicos y experimentales. Estas maniobras «científicamente correctas», según sus defensores, lejos de suprimir lo social de la psicología, lo redefinen en consonancia con el retorno de los determinismos biológicos y neurogenéticos. De modo paralelo, las nuevas psicologías o críticas de la psicología formuladas desde los pequeños latifundios institucionales puede que sirvan para incorporar, por medio de visiones reformistas del neopositivismo o incluso de la nueva psicología, aquello que podría sembrar la duda.

Es igualmente probable, como sugiere T. Ibáñez (1997, p. 30) al reflexionar sobre la necesidad de una nueva psico-

logía o incluso de una psicología crítica en el contexto actual, que lleguemos a tener «una nueva psicología social dominante, que será muy distinta a la anterior en lo relativo a los contenidos y al método pero con las mismas características estructurales y los mismos efectos! El criterio definidor de lo que constituye conocimiento psicológico legítimo habrá cambiado, pero las únicas reglas del juego científico que se habrán modificado serán las reglas del funcionamiento disciplinario» (nuestra traducción).

Y es en este sentido que la corrección política que ahora manifiesta la psicología social española coincide con los procesos de institucionalización y psicologización que acaecen en contextos tan influyentes como el británico y, en concreto, entre sus grupos más radicales durante las últimas décadas. La posibilidad de que nuestra psicología social comparta órdenes y lógicas más globales invita a seguir persistiendo en la necesidad de mantener una cierta distancia y vigilancia sobre los recursos y líneas de acción. Esta posición vigilante tampoco debería evitar o impedir la posibilidad de adentrarnos en el estudio de los desarrollos y recursos fuera y dentro de la psicología oficial, y de la misma psicología crítica y sus redes. A nuestro parecer, esta distancia ha de fraguarse desde trayectorias colectivas que ensalcen las tensiones, las versiones diferentes y a veces conflictivas fuera y dentro de la academia, y fuera y dentro de la psicología.

Otros recursos y líneas de actuación

En un momento en que la psicología crítica en ámbitos tan influyentes como el británico reclama cada vez más alto un reconocimiento disciplinar, así como un viraje a la investigación-acción, sería en el mejor de los casos peligroso embarcarnos en proyectos y doxas reformistas. A mi entender, el peligro psicologizante de estas iniciativas reside tanto en la psicología dominante, como en las iniciativas reformistas

que proponen actualizar la psicología social, bien sea por medio de versiones críticas o de nuevas psicologías.

Por consiguiente, cabría pensar que la preocupación actual de gran parte de la psicología crítica, de sus investigaciones orientadas a la acción —circunscritas en su mayoría a ámbitos clínicos y educativos—, así como el nuevo psicoanálisis y, en nuestros contextos más cercanos, la proliferación de críticas o empeños doxológicos políticamente correctos, «estén más preocupados en el modo en que las conductas, los deseos y las decisiones de organizaciones y ciudadanos independientes y autónomos sean compatibles con las aspiraciones y los objetivos del gobierno», como indica N. Rose (1996, p. 122) (nuestra traducción). Semejantes preocupaciones incitan, a su vez, a repensar los vínculos constitutivos entre la psicología y los dilemas en torno al gobierno de la subjetividad que confrontan actualmente las democracias liberales, al amparo de las lógicas y las prácticas neoliberales.

Mientras que no está claro el modo en que se conjugan dichas correspondencias, resulta difícil obviar que son indistinguibles de los efectos devastadores de la disolución del Estado como una de las características sustentadoras del libre funcionamiento de los mercados transnacionales. En este orden, los valores sociales, políticos y culturales se someten a la mercantilización cuantitativa, la tecnificación de los valores (y metodologías) cualitativos, haciendo posible que las relaciones dialécticas entre lo ético y lo político sean suplantadas por la noción de funcionamiento espontáneo (Álvarez-Uría, 1998; Muguera, 1998). En semejante contexto, prima reconsiderar otros recursos y referentes para la disidencia.

Entre otros posibles, quisiera subrayar en primer lugar los análisis que indagan en los procesos históricos y socioeconómicos para llegar a comprender, por ejemplo, el modo en que la psicología, desde sus inicios como disciplina científica, impide abordar sus «inversiones» y participaciones éticas, sociales e ideológicas. En un principio, y para compren-

der semejantes impedimentos, sería conveniente seguir recurriendo a la tradición de investigación genealógica, su preocupación común en el análisis del modo en que las condiciones socioeconómicas se identifican con distintas formas de subjetividad. Desde esta óptica, convendría reconsiderar los trabajos de autores como N. Elias (1982) y M. Foucault (1971, 1975, 1979), así como la prolongación de estas líneas de trabajo en gran parte de las obras de R. Castel (1973) y de G. Lipovetsky (1986) en Francia, o las de J. Varela y F. Álvarez-Uría en nuestro país, y de autores que trabajan en líneas similares en los Estados Unidos como los estudios de C. Taylor (1989), R. Sennet (1977, 1998) y Chr. Lasch (1979), y en Inglaterra, como los trabajos de E. Burman (1994, 1995), L. Blackman y V. Walkerdine (2001), I. Hacking (1995), D. Ingleby (1985) y N. Rose (1996).

Una segunda línea de acción posible plantea que, en lugar de centrarnos en el estudio de la disciplina de la psicología, cabría tomar el camino, más largo y disperso, del estudio de la «cultura psicológica», un término que sirve para designar el modo en que la psicología opera más allá de sus límites académicos y profesionales. Desde esta segunda línea para la acción, se plantea el dilema de si deberíamos articular y apoyar la investigación-acción crítica dentro de contextos psicológicos institucionalizados, o por el contrario optar por seguir indagando en las distintas dinámicas de individuación y las formas de gestión y gobierno individual y colectivo, así como los órdenes políticos y socioeconómicos a los que obedecen y en los que participan. En definitiva, se propone la posibilidad de retomar el estudio de la cultura psicológica y de la creciente inflación de la psicología en la cultura.

La tercera línea propone ir un poco más allá del estudio de cómo la sociedad del tardocapitalismo sucumbe a los «procesos de personalización» que permiten a nuestra psicología social española, por ejemplo, mostrar últimamente cierta sensibilidad hacia la diversidad teórica y metodológica, la misma psicología social y comités científicos que cen-

suraban en su anterior congreso en Madrid, y en su tónica habitual, una propuesta de un simposio sobre psicología social crítica, a pesar de cumplir todos los requisitos y procedimientos requeridos. Se plantea pues la importancia de seguir documentando no sólo cómo lo personal y lo subjetivo es político, sino también que las relaciones internacionales, incluyendo las políticas de desarrollo internacional, son cuestiones de máxima importancia para cualquier tipo de aproximación crítica, en la medida en que se inspiran y repercuten en los recursos y los códigos disponibles para pensar y actuar sobre nuestras relaciones, nuestros cuerpos, nuestros placeres y los de los otros. Por lo tanto, esta línea de actuación invita a «internacionalizar» los modos de entender los procesos de subjetivación, como ya empieza a realizarse en distintos frentes de investigación psicosocial (por ejemplo, Chua y Bhavnani, 2001); y lleva ya tiempo siendo una línea básica de estudio en el marco de, por ejemplo, los estudios de relaciones internacionales de género, la teoría feminista postcolonial, estudios culturales, estudios de geografía crítica (siendo representativos de una o varias de estas tradiciones los trabajos de Berlant y Freeman, 1993; Braidotti, 1994; Mitter, 1986; Morton, 1996; Spivak, 1999, 1989; Steans, 1998; Warner, 1993).

Para terminar, y a modo de resumen, sea lo que sea lo que estemos haciendo, y cualquiera que sea nuestra identificación o camuflaje disciplinar, la perspectiva que estas líneas de acción perfilan, lejos de apostar por psicologías más liberadoras, psicologías críticas o nuevas psicologías o doxas, pretende inquirir en el funcionamiento de los procesos de psicologización así como en las nuevas formas de gobierno que sustenta y fomenta la sonada participación de la psicología en la cultura, una cultura que cada vez más disuelve los problemas sociales básicos en el ámbito de lo psicológico. Puede que la supuesta dimensión transgresora, al igual que los incesantes esfuerzos por legitimar la psicología crítica como una subdisciplina psicológica, estén ocultando las

propias condiciones socioeconómicas e ideológicas que las posibilitan. Es así que la psicología crítica, la crítica de la psicología social, la psicología social como crítica o la nueva psicología social, todas ellas, a su manera y desde sus muy distintas trayectorias, asumen el riesgo, incluso mayor y más aterrador, de poblar no sólo la psicología académica sino la cultura psicológica.

Los intereses disciplinares y sus renovados discursos reformistas raramente se aventuran más allá de la reproducción de los formatos, de las formas de pensar de la disciplina, sin preocuparse lo más mínimo por desarrollar una cierta distancia crítica y reflexiva hacia el modo en que construyen la misma disciplina y gobiernos, a través de sus mismas prácticas. Semejante perspectiva no implica, como cabría suponer, abandonar los enclaves institucionales, imposturas o camuflajes disciplinarios, o dejar de aprovechar la posibilidad de asistir a jornadas sobre la psicología académica como excelente oportunidad para que distintos grupos intercambien iniciativas e intereses dentro y fuera de la psicología, dentro y fuera de la universidad.

Por el contrario, lo que se ha planteado aquí es la posibilidad de seguir identificando las cambiantes correspondencias o mediaciones entre niveles de subjetividad y dinámicas institucionales y entre formas de sujeción, por críticas o nuevas que éstas sean, en el contexto actual de globalización neoliberal, así como las mediaciones entre los distintos niveles subjetivos e institucionales como, por ejemplo, entre las relaciones internacionales y la subjetividad, el género... (o entre la psicología y los medios de comunicación). Ésta última es una materia pendiente no sólo para nuestros planes de estudio, sino para gran parte de las disciplinas humanas y sociales. Poner en funcionamiento estos recursos y orientaciones no se puede conseguir sólo desde la psicología (crítica) ni desde ningún proyecto ni preocupación académica particular.

Bibliografía

- ADLAM, D.; HENRIQUES, J.; ROSE, N.; SALFIELD, A.; VENN, C. y WALKERDINE, V. (1977) Editorial Introduction. *Ideology and consciousness*, 1, pp. 5-56.
- ADSUARA, A. (2001) «Medrar», *Archipiélago*, 44, pp. 8-11.
- AIBAR, E.; MIRALLES, L. y VAYREDA, A. (2000) «Sociedad mediada por ordenador: hacia un análisis constructivista de las comunicaciones virtuales». En D. Caballero, M.ª T. Méndez y J. Pastor (eds.) *La mirada psicosociológica: grupos, procesos, lenguajes y culturas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- ÁLVAREZ-URÍA, F. (2001, en prensa) «The psychologization of the self: A sociological analysis of the discontentment in culture».
- (1998) «Retórica neoliberal», en F. Álvarez-Uría, A. G. Santesmases, J. Muguerza, J. Pastor, G. Rendueles y J. Varela (eds.) *Neoliberalismo vs. democracia*. Madrid: La Piqueta.
- ÁLVAREZ-URÍA, F. y VARELA, J. (1989) *Sujetos frágiles. Ensayos de sociología de la desviación*. México: FCE.
- (1986) *Las redes de la psicología. Análisis sociológico de los códigos médico-psicológicos*. Madrid: Libertarias.
- ANTAKI, C. (1995) «Una aproximación analítico-conversacional al fenómeno de la discusión». *Revista de psicología social aplicada*, 5 (1/2), pp. 75-92. Número monográfico en métodos cualitativos en psicología social. L. Íñiguez (coordinador)
- (1994) *Explaining and arguing*. Londres: Sage.
- (ed.) (1986) *Analysing everyday explanation: a casebook of methods*. Londres: Sage.
- ARCHIPIÉLAGO (1998) «Psicología crítica y crítica de la psicología» (carpeta), pp. 162-192.
- ARMISTEAD, N. (ed.) (1974) *Reconstructing social psychology*. Harmondsworth: Penguin.
- ASHMORE, M. (1989) *The reflexive thesis: wrighting sociology of scientific knowledge*. Chicago: University of Chicago Press.
- ATKINSON, J. M. y HERITAGE, J. (eds.) (1984) *Structures of social action: Studies in conversation analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BERLANT, L. y FREEMAN, E. (1993) «Queer nationality». En M. Warner (ed.) *Fear of a queer planet: queer politics and social theory*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- BILLIG, M. (1999) «Commodity fetishism and repression: reflections on Marx, Freud and the psychology of consumer capita-

- lism». *Theory and Psychology*, 9(3), pp. 313-352.
- (1997) «The dialogic unconscious: psycho-analysis, discursive psychology and the nature of repression». *British journal of social psychology*, 36, pp. 139-159.
- (1987) *Arguing and thinking: a rhetorical approach to social psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BILLIG, M.; CONDOR, S.; EDWARDS, D.; GANE, M.; MIDDLETON, D. y RADLEY, A. (1988) *Ideological dilemmas: a social psychology of everyday thinking*. Londres: Sage.
- BLANCO, A. (1980) «La psicología social: desorientación y aplicación a la realidad española». *Revista española de investigaciones sociológicas*, 12, pp. 159-194.
- BLACKMAN, L. (1998) «The voice-hearing experience». *Nordiske Udkast*, 1, pp. 39-49.
- BLACKMAN, L. y WALKERDINE, V. (2001) *Mass hysteria: critical psychology and media studies*. Basingstoke: Palgrave.
- BOWERS, J. (1996) «La política y práctica del discurso de los medios de comunicación: un análisis de un programa-debate radiofónico». En A. J. Gordo López y J. L. Linaza (eds.) *Psicologías, discursos y poder* (PDP) Madrid: Visor.
- (1991) «Time, representation and power/knowledge: towards a critique of cognitive science as a knowledge-producing practice». *Theory and psychology*, 1(4) Londres: Sage, pp. 543-569.
- BRAIDOTTI, R. (1994) «Feminism by any other name» (Rosi Braidotti entrevistada por Judith Butler) *Differences*, 6 (2,3), pp. 27-58.
- BURMAN, E. (1995) «The abnormal distribution of development: policies for southern women and children». *Gender place and culture*, 2(1), pp. 21-36.
- (1994) *Deconstructing developmental psychology*. Londres: Routledge.
- (1991) «What discourse is not». *Philosophical psychology*, 4(3), pp. 325-242.
- (ed.) (1990) *Feminists and psychological practice*. Londres: Sage.
- BURMAN, E.; AITKEN, G.; ALLDRED, P.; ALLWOOD, R.; BILLINGTON, T.; GOLDBERG, B.; GORDO LÓPEZ, A. J.; HEENAN, C.; MARKS, D. y WARNER, S. (1996) *Psychology discourse practice: from regulation to resistance*. Londres: Taylor and Francis.
- BURMAN, E. y PARKER, I. (eds.) (1993) *Discursive analytic research: repertoires and readings of texts in action*. Londres: Routledge.
- CABRUJA, T. (2000) «Redes de seducción, redes de sujeción, redes de resistencia (de emancipación): Sherezade y el lobo». En D. Caballero, M.^a T. Méndez y J. Pastor (eds.) *La mirada psicossociológica: grupos, procesos, lenguajes y culturas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- CABRUJA, T. y GORDO LÓPEZ, A. J. (2001) «The un/state of Spanish critical psychology». *International journal of critical psychology*, 1, pp. 128-135.
- CASTEL, R. (1973) *El psicoanalismo. El orden psicoanalítico y el poder*. Madrid: Siglo XXI, 1980.
- CHUA, P. y BHAVNANI (2001) «From critical psychology to critical development studies». *The international journal of critical studies*, 1, pp. 62-78.
- CORDERO, T.; DOBLES, I. y PÉREZ, R. (eds.) (1996) *Dominación social y subjetividad. Contribuciones de la psicología social*. Universidad de Costa Rica: San José.
- CORREA DE JESÚS, N.; FIGUEROA-SARRIERA, H. y LÓPEZ, M. (eds.) (1991) *Coloquio internacional sobre el imaginario social contemporáneo*. Recinto de Río Piedras: Universidad de Puerto Rico.
- CRESPO, E. y SOLDEVILLA, C. (2001) *La constitución social de la subjetividad*. Madrid: Catarata.
- CURT, B. (1994) *Textuality and tectonics: troubling social and psychological science*. Buckingham: Open University Press.
- DÍAZ, F. (ed. y trans.) (2000) *Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta.
- DOMÈNECH, M. y TIRADO, F. (comps.) (1998) *Sociología simétrica: ensayos sobre la ciencia, tecnología y sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- (1998) «Claves para la lectura de textos simétricos». En M. Domènech y F. Tirado (comps.) *Sociología simétrica: ensayos sobre la ciencia, tecnología y sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- DREW, P. y HERITAGE, J. (eds.) (1992) *Talk at work: Interaction in institutional settings*. Cambridge: CUP.
- DUSSEL, E. (1998) *La ética de la liberación*. México: UNAM.
- (1988) *Introducción a la filosofía de la liberación*. Bogotá, Colombia: Nueva América.
- EDWARDS, D. (1997) *Discourse and cognition*. Londres y Beverly Hills, CA: Sage.
- EDWARDS, S. y POTTER, J. (1992) *Discursive psychology*. Londres: Sage.

- ELIAS, N. (1982) *State formation and civilization: The civilizing process*. Vol. I y II. Oxford: Basil Blackwell.
- ELMS, A. (1975) «The crisis of confidence in social psychology». *American psychologist*, 30, pp. 967-975.
- EMA, J. y GARCÍA, S. (2000) «El papel mediático del construccionismo social desde lo político: fijaciones situadas de lo indecible». En D. Caballero, M.^a T. Méndez y J. Pastor (eds.) *La mirada psicosociológica: grupos, procesos, lenguajes y culturas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- FAIRCLOUGH, N. (1989) *Language and power*. Londres: Longman.
- FERNÁNDEZ CHRISTILIEB, P. (1994) *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Barcelona/Zamora (México): Anthropos.
- (1991) *El espíritu de la calle: psicología política de la cultura cotidiana*. Universidad de Guadalajara: Guadalajara, México.
- FOUCAULT, M. (1979) *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta, 2.^a ed.
- (1975) *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI, 1982.
- (1971) *Madness and civilization: a history of insanity in the age of reason*. Londres: Tavistock.
- FOX, D. y PRILLELTENSKY, I. (eds.) (1997) *Critical psychology: an introduction*. Londres: Sage.
- FIGUEROA-SARRIERA, H.; LÓPEZ, M. y ROMÁN, M.. (1994) *Más allá de la bella (in)diferencia, revisión post-feminista y otras escrituras posibles*. San Juan, Puerto Rico: Publicaciones Puertorriqueñas.
- GARCÍA-BORÉS, P. (1996) «La desarticulación de discursos y la "versión única" como fenómeno e instrumento de poder». En A. J. Gordo López y J. L. Linaza (eds.) *Psicologías, discursos y poder* (PDP). Madrid: Visor.
- GARCÍA-BORÉS, P.; PUJOL, J.; CAGIGÓS, M.; MEDINA, J. C. y SÁNCHEZ, J. (1995) *Los «no-delincuentes». Estudio sobre los modos en que los ciudadanos entienden la criminalidad*. Barcelona: Fundación la Caixa.
- GERGEN, K. (1973) «Social psychology as history». *Journal of personality and social psychology*, 26, pp. 309-20.
- GILBERT, N. y MULKAY, M. (1984) *Opening Pandora's box: a sociological analysis of scientists' discourse*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GILL, R. (1991) *Ideology and popular radio: a discourse analytic examination of disc jockeys talk*. Tesis doctoral, Loughborough University of Technology.
- GOFFMAN, E. (1981) *Forms of talk*. Oxford: Blackwell.
- (1971) *Relations in public: microstudies of the public order*. Nueva York: Basic Books.
- GOODLEY, D. (1999) «Action: self-advocacy and change». En I. Parker (ed.) *Critical textwork: an introduction to varieties of discourse and analysis*. Buckingham: Open University Press.
- GOODLEY, D. y PAKER, I. (2000) «Critical psychology and action research». *Annual review of critical psychology*, 2, pp. 3-18.
- GORDO LÓPEZ, A. J. y LINAZA, J. L. (eds.) (1996) *Psicologías, discursos y poder* (PDP). Madrid: Visor.
- GORDO LÓPEZ, A. J. y PARKER, I. (1999) «Cyberpsychology: post-disciplinary contexts and projects». En A. J. Gordo López y I. Parker (eds.) *Cyberpsychology*. Basingstoke: Macmillan.
- HACKING, I. (1995) *Rewriting the soul: multiple personality and the science of memory*. Princeton, NJ: University Press.
- HALL, S. (1980) «Cultural studies: two paradigms». *Media, culture and society*, 2, pp. 57-72.
- (1987) «Encoding and decoding». En S. Hall, et al. (eds.) *Culture, media, language*. Londres: Hutchinson.
- HARRÉ, R. (1979) *Social being: a theory for social psychology*. Oxford: Basil Blackwell.
- HARRÉ, R. y SECORD, P. F. (1972) *The explanation of social behaviour*. Oxford: Basil Blackwell.
- HENRIQUES, J.; HOLLWAY, W.; URWIN, C.; VENN, C. y WALKERDINE, V. (1984) *Changing the subject*. Londres: Methuen.
- HOLLWAY, W. (1989) *Subjectivity and method in psychology: gender, meaning and science*. Londres: Sage.
- (1997) «Who's there? Using psychoanalysis to theorize the subject». Ponencia en Social Psychology Section Annual Conference at the University of Sussex. Septiembre, Sussex.
- IBÁÑEZ, T. (1997) «Why a critical social psychology?». En T. Ibáñez y L. Íñiguez (eds.) *Critical social psychology*. Londres: Sage.
- (1996) «Construccionismo y psicología». En A. J. Gordo López y J. L. Linaza (eds.) *Psicologías, discursos y poder* (PDP). Madrid: Visor.
- (1994) *Psicología social construccionista* (editado por B. Jiménez-Domínguez). Universidad de Guadalajara, México.
- (1990) *Aproximaciones a la psicología social*. Sendai: Barcelona.
- (1989) *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona: Sendai.
- (1982) *Poder y libertad*. Barcelona: Hora.

- IBÁÑEZ, T. y DOMÈNECH, M. (eds.) (1998) «Psicología social. Una visión crítica e histórica». *Anthropos*, 177.
- IBÁÑEZ, T. e ÍÑIGUEZ, L. (eds.) (1997) *Critical social psychology*. Londres: Sage.
- INGLEBY, D. (1985) «Professionals and socializers: the “psy-complex”». *Research in law, deviance and control*, 7, pp. 79-109.
- ÍÑIGUEZ, L. (2000) «Psicología social como crítica. Emergencias de, y confrontaciones con, la psicología social académicamente definida en 2000». En A. Ovejero Bernal (ed.) *La psicología social en España al filo del año 2000: balance y perspectivas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1999) «Estudios psicosociales de la memoria, el recuerdo y el olvido: repercusión ética y política». Conferencia impartida en el XXVII Congreso Interamericano de Psicología. Caracas, Venezuela, junio-julio.
- (1995) «Métodos cualitativos en psicología social: presentación». *Revista de psicología social aplicada*, 5 (1/2), pp. 5-26. Número monográfico en métodos cualitativos en psicología social. L. Íñiguez (coordinador)
- ISRAEL, J. y TAJFEL, H. (eds.) (1972) *The context of social psychology: a critical assesment*. Londres: Academic Press.
- JIMÉNEZ BURILLO, F. (1977) «Sobre algunas cuestiones de la psicología social actual». *Revista española de la opinión pública*, 47, pp. 139-146.
- LASCH, C. (1979) *The culture of narcissims: American life in an age of diminishing expectations*. Nueva York: W.W. Norton y Co.
- LIPOVETSKY, G. (1986) *La Era del Vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- MARTÍN-BARÓ, I. (1986) «Hacia una psicología de la liberación». *Boletín de psicología*. UCA El Salvador. Vol. V, n.º 22, pp. 219-231.
- (1983) *Acción e ideología: psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA editores.
- MICHAEL, M. (1989) «Attribution and ordinary explanation: cognitivist predilection and pragmatist alternatives». *New ideas in psychology*, 7(3), pp. 231-43.
- MITTER, S. (1986) *Common fate, common bond: women in the global economy*. Londres: Pluto.
- MONTERO, M. (ed.) (1994) *Construcción y crítica de la psicología social*. Anthropos: Barcelona.
- (1990) «Psicología de la liberación: propuesta para una teoría psicosociológica». En H. Riquelme (ed.) *Otras realidades, otras vías de acceso*. Caracas, Venezuela: Nueva Sociedad.
- MORTON, D. (1996) «Changing the terms: (virtual) desire and (actual reality)». En D. Morton. *The material queer*. Colorado/Oxford: Westview Press.
- MULKAY, M. (1985) *The word and the world: explorations in the form of sociological analysis*. Londres: Allen & Unwin.
- MULKAY, M.; POTTER, J. y YEARLY, S. (1983) «Why an analysis of scientific discourse is needed». En K. Knorr-Cetina y M. Mulkay (eds.) *Science observed: perspectives on the social study of science*. Londres: Sage.
- MUGUERZA, J. (1998) «Quién define las reglas?: la sociedad frente al mercado». En F. Álvarez-Uría, A. G. Santesmases, J. Muguerza, J. Pastor, G. Rendueles y J. Varela (eds.) *Neoliberalismo vs. democracia*. Madrid: La Piqueta.
- OVEJERO, A. (2000) «Necesidad de una nueva psicología social: perspectivas para el siglo XXI». En A. Ovejero Bernal (ed.) *La psicología social en España al filo del año 2000: balance y perspectivas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1999) *La nueva psicología social y la actual postmodernidad*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.
- PACHECO, G. y JIMÉNEZ, B. (eds.) (1990) *Psicología de la liberación para América Latina*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara - ITESO.
- PARKER, I. (1999) «Critical psychology: critical links». *Annual review of critical psychology*, 1, pp. 3-18.
- (1997) *Psychoanalytic culture: psychoanalytic discourse in western society*. Londres: Sage.
- (1996) «Theoretical discourse, subjectivity and critical psychology». Conferencia Inaugural de Cátedra impartida en el Bolton Institute, 3 de octubre.
- (1995) «Qualitative research II: Resources» (capítulo 2) En *Qualitative and discourse analytic research in psychology*, borrador.
- (1994) «Reflexive research and the grounding of analysis: social psychology and the psy-complex». *Journal of community and applied social psychology*, 4, pp. 239-252.
- (1992) *Discourse dynamics: critical analysis for social and individual psychology*. Londres: Routledge.

- (1991) «The Manchester Workshop, July 9-11, 1990». *DARG Newsletter*.
- (1990, sin publicar) «DARG - Putting discourse on the map».
- (1989) *The crisis in modern social psychology, and how to end it*. Londres: Routledge.
- (1988) «Deconstructing accounts». En C. Antaki (ed.) *Analyzing everyday explanation: a casebook of methods*. Londres: Sage.
- (1987) «“Social representations”: social psychology's (mis)use of sociology». *Journal for the theory of social behaviour*, 17 (4), pp. 447-69.
- PARKER, I.; GEORGACA, E.; HARPER, D.; MCLAUGHLIN, T. y STOWELL-SMITH, M. (1995) *Deconstructing psychopathology*. Londres: Sage.
- PARKER, I. y SHOTTER, J. (eds.) (1990) *Deconstructing social psychology*. Londres: Routledge.
- POTTER, J. y MULKAY, M. (1982) «Making theory useful: utility accounting in social psychologists' discourse». *Fundamenta scientiae*, 3/4, pp. 259-78.
- POTTER, J. y WETHERELL, M. (1987) *Discourse and social psychology: beyond attitudes and behaviour*. Londres: Sage.
- PRILLELTENSKY, I. (1994) *The morals and politics of psychology: psychological discourse and the status quo*. Nueva York: SUNY Press.
- PRILLELTENSKY, I. y AUSTIN, S. (2001) «Critical psychology for critical action». *International journal of critical psychology*, 2, pp. 39-60.
- PRILLELTENSKY, I. y GONICK, L. (1996) «Politics change, oppression remains: on the psychology and politics of oppression». *Journal of political psychology*, 17, pp. 217-148.
- PUJAL, M. (1998) «Del saber feminista como práctica de poder a la resistencia postfeminista. Memorias de sujeción a la historia feminista». En T. Ibáñez y M. Domènech (eds.) *Anthropos*, 177, pp. 73-79.
- (1998) «Una aproximación a la retórica del discurso tecnocientífico». En T. Ibáñez y M. Domènech (eds.) *Anthropos*, 177, pp. 85-92.
- RENDUELES, G. (1998) «La psiquiatría como mano invisible del desorden neoliberal». En F. Álvarez-Uría, A. G. Santesmases, J. Muguerza, J. Pastor, G. Rendueles y J. Varela (eds.) *Neoliberalismo vs. democracia*. Madrid: La Piqueta.
- ROSE, N. (1996) *Inventing our selves: psychology, power, and personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1989) *Governing the soul*. Londres: Routledge.
- (1985) *The psychological complex*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- SABUCEDO, J. M. (1996) *Psicología política*. Madrid: Síntesis.
- (1984) «Psicología y participación política». *Boletín de psicología*, 5, pp. 61-77.
- SENNETT, R. (1998) *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Madrid: Anagrama.
- (1977) *The fall of public man*. Londres: Faber.
- SERRANO, J. (1996) «La psicología cultural como psicología crítico-interpretativa». En A. J. Gordo López y J. L. Linaza (eds.) *Psicologías, discursos y poder (PDP)* Madrid: Visor.
- SHARROCK, W. y ANDERSON, B. (1986) *The ethnomethodologists*. Chichester y Londres: Ellis Horwood/Tavistock Publications.
- SHOTTER, J. (1993) *Conversational realities*. Londres: Sage.
- (1975) *Images of man in psychological theory*. Londres: Methuen.
- SHOTTER, J. y GERGEN, K. J. (eds.) (1989) *Texts of identity*. Londres: Sage.
- SLOAN, T. (ed.) (2000) *Voices for a critical psychology*. Basingstoke: Macmillan.
- SOLDEVILLA, C. (1998) *Estilo de vida: hacia una teoría psicossocial de la acción*. Madrid: Entinema.
- SPIVAK, G. C. (1999) *A critique of postcolonial reason: Toward a history of the vanishing present*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- (1989) «Can the subaltern speak?». En C. Nelson y L. Grossberg (eds.) *Marxism and the interpretation of culture*. Urbana: University of Illinois Press.
- STAINTON ROGERS, R. (1995) «Q methodology». En J. A. Smith, R. Harré y L. V. Langenhove (eds.) *Rethinking methods in psychology*. Londres: Sage.
- STAINTON ROGERS, R. y STAINTON ROGERS, W. (1997) «Going critical?». En T. Ibáñez y L. Íñiguez (eds.) (1997) *Critical social psychology*. Londres: Sage.
- STAINTON ROGERS, R.; STENNER, P.; GLEESON, K. y STAINTON ROGERS, W. (1995) *Social psychology: a critical agenda*. Cambridge: Polity.

- STANTON, W.; HEVEY, D. y ASH, E. (eds.) (1989) *Child abuse and neglect: facing the challenge*. Londres: Bastford.
- STEANS, J. (1998) *Gender and international relations: an introduction*. Oxford: Polity Press.
- TAYLOR, C. (1989) *Sources of the self: the making of modern identity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- TIRADO, F. (1999) «Against social constructionist cyborgian territorialisations». En A. J. Gordo López y I. Parker (eds.) *Cyberpsychology*. Basingstoke: Macmillan Press.
- TIRADO, F.; RODRÍGUEZ-GIRALT, I. y VITORES, A. (2000) «El hilo de lo social. La tecnología como ent(r)e olvidado». En D. Cabañero, M.^a T. Méndez y J. Pastor (eds.) *La mirada psicosociológica: grupos, procesos, lenguajes y culturas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- TORREGROSA, J. R. y CRESPO, E. (eds.) (1984) *Estudios básicos de la psicología social*. Barcelona: Sandai.
- TORREGROSA, J. R. y SARABIA, B. (dir.) (1983) *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea.
- VAYREDA, A. (1998) «A propósito de la discursividad». *Anthropos*, 177, pp. 80-84.
- VÁZQUEZ, F. (1998) «Vivir con el tiempo en suspenso: notas de trabajo sobre transiciones políticas, memorias e historia». *Anthropos*, 177, pp. 67-72.
- WALKERDINE, V. (1990) *Schoolgirl fictions*. Londres: Verso.
- (1988) *The mastery of reason: cognitive development and the production of rationality*. Londres: Routledge.
- (1987) «No laughing matter: girls' comics and the preparation for adolescence sexuality». En J. M. Broughton (ed.) *Critical theories of psychology development*. Nueva York: Plenum Press.
- WARNER, M. (1993) «Introduction». En M. Warner (ed.) *Fear of a queer planet: queer politics and social theory*. Minnesota/Londres: University of Minnesota Press.
- WETHERELL, M. y POTTER, J. (1986) «Discourse analysis and the identification of interpretative repertoires». En C. Antaki (ed.) *Analysing everyday explanation: a casebook of methods*. Londres: Sage.
- WOOLGAR, S. (1988) *Knowledge and reflexivity: new frontiers in the sociology of knowledge*. Londres y Nueva York: Sage.
- ZIZEK, S. (1989) *The sublime object of ideology*. Londres: Verso.

Versus: un proyecto colectivo en busca de otras psicologías Investigando teorías y prácticas desde la multiplicidad*

La idea de este texto es mostrar cómo, en un proceso colectivo que partía del desencanto que nos producía la pobre y aburrida enseñanza universitaria de la psicología dominante, hemos esbozado, construido, problemas, problematizaciones en torno a lo que nos interesaba, a las cuestiones que realmente son esenciales para el quehacer psicológico y social que nosotras queremos llevar a cabo. Se nos hacía necesario, por tanto, construir un texto herramienta que (n)os sirviese para empezar a pensar la psicología de otra manera¹. Las cuestiones que iremos desarrollando en este texto, para la psicología dominante, no sólo no son puestas en cuestión y asumidas, sino que no son abordables desde el marco en el que son pensadas.

* El grupo de psicología crítica VERSUS, ubicado en Málaga y editores del boletín *LAPSUS (Un espacio para pensar la psicología)*, ha sido conformado por las estudiantes y licenciadas de Psicología José, Carolina, Santi, Raquel, Lidia, Payo, José Antonio, Alfredo, Beatriz, Angie, Chema, Raúl, M.^a Ángeles, Fernando, Javi, Vicky, Ana, Elena y Sole. Actualmente Versus difumina su actividad en la Asociación de Intervención Psico-Social DEVENIRES, que desarrolla su trabajo en el Centro de Primera Acogida «Grazalema» de Málaga, y en el Laboratorio transdisciplinar de producción de saberes y prácticas transversales RiZoMa. Web: www.sindominio.net/versus o <http://versus-psi.20m.com>.

1. Con esto queremos salir del paradigma de la búsqueda de la «Verdad» preexistente para introducirnos en la producción del sentido y la «producción de verdades» no totalizantes.

En un primer momento, nuestras investigaciones han tomado curiosamente el conjunto de las prácticas psicológicas actuales como objeto de estudio y no como mero instrumento a refinar; es decir, antes de llevar a cabo ninguna práctica hemos reflexionado sobre cuál es la función social de las disciplinas psi² y cuáles son los fundamentos teóricos de las corrientes de las que intentamos librarnos cotidianamente y de aquellas que nos pueden ser útiles. Por tanto, pretendemos con esto una «mezcla» de los cuestionamientos teóricos y epistemológicos de la psicología crítica y de los políticos y éticos de la psicología radical, y no un refinamiento de las técnicas o de los métodos dados por la psicología institucional.

Tanto socialmente como en el ámbito científico, los problemas se presentan ya hechos, centrándonos exclusivamente en la esclavitud de resolver las soluciones dictadas. Esto obvia que la resolución de un problema depende de la construcción del mismo, «la verdadera libertad reside en el poder de decisión de la constitución de los problemas mismos»³. Queremos mostraros brevemente algunas significaciones comunes, conceptos que hemos elaborado o agenciado en nuestras investigaciones para pensar «nuevos problemas», y esperamos que para poder ayudar a resolverlos.

Rompiendo el marco-problema

La psicología dominante (académica e institucional) nos presenta un modelo en el que la objetividad y la neutralidad son supuestamente su fundamento esencial. Se basan en modelos teóricos que se sustentan únicamente en una realidad captable, aprensible, sin tener en cuenta las apor-

2. Con disciplinas psi nos referimos a la psicología, psiquiatría, psicopedagogía, etc.

3. Gilles Deleuze: *El Bergsonismo*, Ed. Cátedra, 1996, p. 11.

taciones de la escuela constructivista que muestran con rotundidad la imposibilidad de la objetividad, ya que en el objeto que se observa siempre hay parte del observador. O como explica Deleuze⁴, cierta forma de mirar lo que puede ser mirable y enunciable en un momento dado configura, prefigura lo que vemos, lo que puede ser visto, lo que puede ser objeto de saber. Partiendo de la hipótesis objetivista y si aceptamos sus premisas, este «planteamiento del problema», la discusión se derivaría hacia el eterno problema: el buen o mal uso de las prácticas técnicas derivadas de los conjuntos teóricos psi, que nos plantea la imposibilidad de acción o cambio real de dichas prácticas, ya que el marco sólo permite el refinamiento, el perfeccionamiento de lo dado y no el cuestionamiento, sólo repetición de lo mismo, nunca diferencia, nada nuevo. O en el caso de una posición menos ingenua, las cuestiones se dirigirían hacia el origen de la demanda de tales prácticas, es decir, a qué intereses sirven esas prácticas psicológicas (¿está la psicología al servicio del poder?). No obstante, esta manera de entender la cuestión sólo nos plantearía (que no es poco) el hecho de elegir a quién servimos (a los de abajo o a los de arriba) con la psicología que queremos hacer; pero, por otra parte, esta visión dialéctica y negativa de lo que hacemos nos lleva a oponernos por identificación con lo que no queremos hacer, no a hacer algo nuevo, diferente no sólo en contenido sino también en forma. Este tipo de cuestionamiento sigue dentro de la cuestión del buen uso o mal uso de la psicología sin esquivar el carácter normativo y regulador de la psicología. (Por ejemplo, de nada sirve intentar hacer una tecnología conductista revolucionaria, ya que sus principios teóricos son deterministas, mecanicistas y reduccionistas, y los éticos son totalitarios y disciplinarios.) No es éste nuestro planteamiento, ya que todas las teorías, incluso esas que buscamos, parten de una concepción del mundo,

4. Gilles Deleuze: *Foucault*, Ed. Paidós, 1986.

del ser humano, de las relaciones sociales, y de una infinidad de cuestiones que constituyen su singularidad como sistema teórico y práctico y que determinan tanto la elección de su «objeto» de estudio como la forma de verlo y «hacerlo», con todas las consecuencias, epistemológicas, éticas, políticas, etc., que esto conlleva. Al romper con este problema ya planteado, otras nuevas preguntas se abren: ¿cómo influyen estas concepciones en unas futuras prácticas?, ¿cuál es entonces el campo de acción de la psicología? En definitiva, ¿tienen que ver psicología y política?⁵ Esta relación no hace referencia a cómo la política se puede explicar exclusivamente por procesos psicológicos (relación manoseada por la psicología social y de los grupos), sino a cómo la psicología, en todas sus formas, es una forma más de hacer política.

Vamos a intentar hacer un mapa, una cartografía de las diferentes formas de hacer política que tienen las disciplinas psi. Primero, la psicología que facilita en su función social la extracción de la plusvalía económica de los aparatos capitalistas y las tecnologías de control más sutiles del nuevo ejercicio del poder.

Sobre la psicología en los sistemas de producción

Para poder analizar el papel de la psicología en los sistemas de producción vamos a ver cómo el psicólogo irrumpe en los aparatos productivos y cómo va cambiando su función, a la vez que van surgiendo otras nuevas exigidas por las mutaciones de dichos aparatos productivos.

5. Esta última pregunta, que pretende resumir las anteriores, puede parecer inconexa si atendemos al sentido que se le da a la política en la sociedad actual: «aquello que hacen los políticos». Nosotros nos acercamos más a entender la política como la forma en que se producen las relaciones sociales en su totalidad en una sociedad dada o, como decía David Cooper, «todo aquello que influye en lo micro y en lo macro»; es decir, todo es político.

El sistema de producción fordista se caracterizaba fundamentalmente por la producción en serie, propia de las cadenas de montaje, que, mediante el acoplamiento hombre-máquina (trabajador directo - medios de producción), hacía posible la fabricación de grandes series de un único producto indiferenciado. La cadena de montaje viene a relevar a las técnicas tayloristas de medida de tiempos y movimientos, puesto que la misma organización productiva lleva en sí una distribución espacial, temporal y funcional.

Así, tanto con el taylorismo como con el fordismo, la pretensión de la burguesía es la máxima racionalización del trabajo para hacerlo cada vez más rentable y productivo (extracción de plusvalía relativa), frente a una clase obrera organizada que impediría los aumentos de la jornada laboral y otras pérdidas de derechos conseguidos. En ambos momentos, la figura del psicólogo laboral aparece como un perfecto conocedor de la naturaleza humana, capaz de optimizar el rendimiento laboral y adecuar de forma precisa el obrero a la maquinaria de producción, pero con la diferencia de que el sistema fordista se presenta a sí mismo como racional y necesita menos cotidianamente la intervención del psicólogo para la productividad, ya que cada cual lleva implícito su lugar, su tiempo, su función, etc. Esto no quiere decir que el psicólogo (o sucedáneo) no intervenga, sino que realmente su impronta, a la vez que menos visible, es más constante y determinante, ya que es el que diseña en lo concreto dicha organización productiva-racional.

Las subidas salariales debidas a las luchas obreras y a otros factores, y posibilitadas por la sensación de auge económico que se dio durante la etapa del fordismo, llevaron a un aumento masivo del consumo —por decirlo así, al consumo como sistema de vida—, creando una situación económica de crecimiento que parecía sostenerse por sí misma. Por otro lado, esta situación, a la vez que procuraba crecimiento económico, aseguraba el consenso social, ya que la organización y distribución desigual de la riqueza y la situación alienante de la fábrica eran «soportadas» y «vali-

dadas» por la posibilidad real de consecución de bienes materiales. No obstante, este proceso de consumo ilimitado comienza a caer debido a una saturación de los mercados interiores, que luego se hace extensiva al mercado internacional, y se hace necesaria una acción por parte del capital que consistiría en la diferenciación de los productos. Como señalamos anteriormente, la maquinaria de la producción fordista era capaz de producir en serie grandes cantidades de mercancías, pero todas idénticas. Los avances tecnológicos ahora permitían sustituir la maquinaria para poder producir variabilidades múltiples, incluso insignificantes, del producto base. Pero estos productos no se vendían por sí mismos, es decir, por su valor de uso, sino que necesitaban de una compleja asociación a símbolos que los diferenciaban notablemente unos de otros y fuesen significantes para el mundo de representaciones del consumidor. Se trata pues de crear un tipo de publicidad que rompa con la anterior, que se limitaba a la mera información reiterativa de las cualidades intrínsecas de los productos, dando lugar a las disciplinas asociadas al marketing propiamente dicho. Aparece aquí la psicología del consumo y el marketing como disciplina científico-teórica, pero fundamentalmente práctica, como necesidad de legitimación y optimización de tal situación. Entonces, sobre lo que el psicólogo en la organización productiva va a poner el acento no es tanto en la producción de la mercancía como en la creación de significados y afectos vinculados a las mercancías, asociando la felicidad al consumo de dichos valores simbólicos.

Los avances tecnológicos a los que hacíamos mención (robotización de la maquinaria para la posible diversificación, informatización de la industria, etc.), producidos por la necesidad del sistema para su reestructuración —y otros cambios que, por sus implicaciones y profundidad, no podemos tratar aquí—, van provocando transformaciones en la organización del trabajo en general. El trabajo material, es decir, el trabajo que produce cosas en sentido estricto

mediante herramientas materiales, comienza a perder preponderancia. Este nuevo tipo de organización y funcionamiento requiere de un nuevo tipo de «ajuste». Actualmente dichas metamorfosis sociales de los aparatos productivos (no sólo de mercancías sino también de subjetividad) han dado protagonismo a la organización postfordista del trabajo, que hace que la comunicación y el saber sean el nervio de la producción social donde podríamos hablar, tendencialmente, de trabajadores como manipuladores de símbolos y productores de subjetividad. En este contexto, los análisis propositivos de Antonio Negri posibilitan nuevos caminos de experimentación emancipadora, ya que «El trabajador hoy no necesita instrumentos de trabajo [capital fijo] puestos a su disposición por el Capital. El capital fijo más importante, el que determina los diferenciales de productividad, se encuentra en el cerebro de la gente, es la máquina herramienta que lleva cada uno consigo mismo»⁶. Aquí, en este marco, el psicólogo será requerido para otras cuestiones que tienen que ver con facilitar la identificación del trabajador con la empresa, aumentar la creatividad, la participación, la relación de los trabajadores entre sí y con sus superiores, es decir, aumentar la capacidad productiva de un trabajo esencialmente cooperativo, liberado ya de la disciplinización de la fábrica fordista pero aún atrapado por la absorción capitalista. A fin de cuentas, el psicólogo lo que hace aquí es engrasar las relaciones humanas para su «satisfacción» dentro del trabajo, justificando la figura cada vez más caduca del empresario capitalista, e intentar crear tecnologías que identifiquen al trabajador cooperativo con su freno, robando la posibilidad de la cooperación productiva de nuevos valores y nuevas subjetividades no capitalistas.

Lo que produce ya no está sólo en la fábrica. Como hemos visto, la publicidad, los discursos mediáticos, científicos y de las disciplinas psi invaden la sociedad de tal mane-

6. A. Negri, *El Exilio*, Ed. El Viejo Topo, p. 33.

ra que crea identidades, subjetividades, etc. Las relaciones sociales de producción se extienden a toda la sociedad: escuela, ocio, consumo, etc.; todo está en función de y para la producción ya que es tan valioso producir mercancías como subjetividad. De modo paradójico la fábrica pierde su lugar hegemónico como espacio de la producción, siendo sustituida por la sociedad entera que se convierte, ella misma, en «máquina compleja». De ahí la idea de fábrica difusa, que supone borrar las fronteras de la fábrica y la sociedad⁷.

Y las tecnologías de control más sutiles del nuevo ejercicio del poder

Después de haber mostrado algunas de las formas de intervención vinculadas directamente al desarrollo capitalista, ahora vamos a tratar de hacer una breve explicación de cómo las disciplinas psi se constituyen como un agente privilegiado en el funcionamiento del nuevo ejercicio del poder.

Cuando nos referimos a estas nuevas formas de ejercicio del poder debemos hacerlo remontándonos a procesos históricos para poder encuadrarlas. Más concretamente, al paso de un ejercicio del poder coercitivo-autoritario y arbitrario (represivo y negativo) en el Antiguo Régimen, legitimado por la soberanía del rey, a un poder productivo-manipulativo (positivo y normalizador), del poder que surge en el marco de las sociedades burguesas con nuevas legitimaciones (ahora más razonables) como son las nuevas ciencias en auge. Hemos pasado (estamos pasando) de las torturas, las ejecuciones públicas, los electroshocks, el encierro

7. M. Domínguez Sánchez: *Obrero masa - Obrero Social*, *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales*, en <http://www.ucm.es/info/eurotheo/terminog.htm>.

arbitrario de los locos, los vagos, los libertinos y las putas, a la reeducación de los presos, las cámaras de videovigilancia, los tests psicológicos, el uso ilimitado de los psicofármacos, la humanización de la economía de los castigos y la sofisticación de las tecnologías de control. Para entender estas nuevas formas nos servimos de la concepción del poder de Michel Foucault.

El poder es el nombre que se presta en una relación estratégica en una sociedad dada, es toda relación de lucha que se establece entre fuerzas; por tanto no se ejerce sin resistencia (contrapoder). Lo más importante es que no actúa por represión (con impedimentos, imposiciones violentas, prohibiciones), sino que actúa por normalización, vinculando al sujeto y a las poblaciones a la norma⁸, produciendo positivamente sujetos, discursos, saberes y verdades que penetran como efecto de conjunto todas las prácticas sociales y que se ramifican en una organización en red difusa y reticular, donde también hay nodos (policía, escuela, fábrica, manicomio, cárcel, etc.) que tienden (cada vez más) a disolverse en la totalidad del campo social. Todas estas redes funcionan en un ensamblaje de las estrategias, tácticas, tecnologías y dispositivos del poder. La coherencia del poder no viene dada por «una especie de supersujeto diabólico», sino que viene dada por el ensamblaje de tácticas localizadas y locales que consiguen una momentánea coherencia. Esto se sale de la concepción malévol, consciente y de clarividencia del poder, ya que el sujeto que se convierte en sujeto que efectúa determinadas prácticas del

8. Las normas son códigos médicos, psicológicos, sexológicos, sociológicos, etc., de los que los sujetos no deben salirse, desviarse. Nuestra sociedad es una sociedad de normalización donde se entrecruzan la norma disciplinaria (normativa), la norma aplicada al individuo como cuerpo-máquina rentable y la norma reguladora (mayoría) de los procesos de vida en el interior de las poblaciones. Se trata de un poder normalizador que ha tomado a su cargo el cuerpo y la vida, con un discurso específico que no es el del derecho, ni el de la ley, sino el de las ciencias humanas con un saber clínico de fondo.

poder, no lleva conscientemente un plan o proyecto determinado, sino que utiliza los códigos (médico, psicológico, etc.) y las intenciones subjetivas («llevar la salud a la población, hacer feliz a la gente», etc.) que importan poca cosa dentro de esta lógica. No hay que pensar en una perversidad, ni ser agentes de... Si precisamente la cosa funciona, no es «a pesar de que no saben lo que hacen» dichos sujetos de poder, sino precisamente porque no lo saben. El poder es más poderoso cuanto más sutil e imperceptible.

La psicología como engendro de tecnología de poder

Sirviéndonos de los análisis de Michel Foucault en *Vigilar y Castigar*, distinguimos tres tipos de tecnologías políticas que surgen en un momento determinado y con un uso particular que se generalizan en la sociedad actual y que vemos cómo se entrecruzan, constituyendo la práctica psicológica. En primer lugar, podemos hablar del modelo de la lepra que funciona por exclusión, estigmatización y expulsión. División binaria de leprosos y no leprosos. Al leproso se le rechaza extramuros de la ciudad, dejando de ser ciudadano y pasando a formar parte de una «masa amorfa». El modelo de la lepra como tecnología del poder aspira a una comunidad pura sin marcados, sin leprosos, es decir, sin psicópatas, sin esquizos, sin asociales. El segundo, el de la peste, es un modelo de ejercicio del poder basado en un control minucioso, que identifica, etiqueta, escribe, registra, clasifica y diferencia prescribiendo a cada uno su lugar. Los apestados están en una red meticulosa, individualizada, controlada y vigilada que trata de evitar el «contagio». Una lógica individualizante y diferencial que subdivide las especies de la locura, de la anormalidad y que trata de construir, encontrar, reconocer, una identidad, una figura (el predeincuente, la anoréxica...) a la que prevenir, conocer para poder vigilar y saber enseñarle cuál es su bien, qué plan de vida hay que ponerle, cómo hay que curarlo, etc.

Por último, el panóptico combina la disciplina y la vigilancia, el control de la visibilidad, donde todo está expuesto a la mirada e induce al «observado» (ya sea al estudiante, al trabajador, al loco, etc.) a la generalización de un estado permanente de visibilidad, donde se es visto pero los sujetos no ven, que garantiza automáticamente el orden; es una interiorización del control y del miedo de ser visto. La generalización del principio panóptico responde a un deseo de total visibilidad, es un ideal de transparencia donde no se oculta nada, se ve todo, y de la manera más económica.

Desde esta óptica podemos entender a las sociedades modernas como sociedades panópticas, en el sentido de que ponen por delante la visibilidad. Se es más visible cuanto más dominado, se vigila generando cada vez más saber sobre el niño, el loco, la mujer, etc. En este sentido, la mirada del guardián de la torre o del policía termina en lo que sus ojos le ponen delante y se queda bastante corta frente a la mirada del clínico, y no se puede comparar con la omnivisibilidad que están consiguiendo las ciencias humanas.

Como ya hemos dicho, estos modelos son absolutamente complementarios, y podemos observar de qué forma muchas de las prácticas psi funcionan en un entrecruzamiento de dichos modelos, como son los casos del DNI, el examen, el perfil psicológico, el diagnóstico, los tests, el espejo unidireccional, la lista de reforzadores, etc. Aparecen las disciplinas psi como una gran máquina de intervenciones prácticas que generan saberes los cuales justifican dichas intervenciones.

Algunos efectos de las prácticas de las disciplinas psi, algunas problematizaciones

Queremos mostrar algunos de los efectos que están teniendo las prácticas discursivas y no discursivas provenientes de las ciencias humanas y disciplinas psi, en lo que podríamos denominar nuevo ejercicio del poder. «Vivimos desde

el triunfo de la burguesía en el siglo XIX un lento y complejo proceso de individualización, con una tendencia a la formación de espacios privados, separados de la vida pública, consolidándose la familia monogámica, intensificando el sentimiento de intimidad y pudor. En este proceso se asignó y funcionalizó el espacio doméstico con una reestructuración de espacios sociales, creando barrios para determinados grupos sociales»⁹. Empieza a gestarse y a consolidarse la figura del «individuo» (encerrado en sí mismo) y la de la sociedad como la suma de éstos, desarrollándose una concepción individualista de las desigualdades sociales. Se abstrae a los sujetos de los condicionantes sociales del medio en que viven para hacer que triunfen concepciones ideológicas que defienden que cada uno es el único responsable de sí mismo, de sus fracasos, de sus éxitos y de su posición social, pasando a un plano secundario los conflictos sociales entre clases y grupos sociales. Ésta es una nueva estrategia del poder, que más que reprimir a las masas tenderá a fragmentar, gestionar, asistir e individualizar a los grupos y los problemas sociales. La psicología toma aquí un papel fundamental como una nueva forma de gestión silenciosa de los antagonismos sociales, que funciona bajo el fondo de la desintegración de los vínculos comunitarios, con un lenguaje «liberador», unos ideales filantrópicos-altruistas, y bajo el amparo y legitimación de la «verdad científica, objetiva y neutra». Una nueva forma individualizante se gesta mediante la psicologización de las problemáticas sociales, entendiendo por tal la atribución de causas psicológicas¹⁰ a problemáticas sociales que se derivan de la vida social. En esta progresiva desintegración de lo social se tiende a reducir los conflictos a la fragilidad del individuo.

9. F. Álvarez-Uría y J. Varela: *Las redes de la psicología*, Ed. Libertarias/Prodhufi, pp. 11-12.

10. Entendiendo tales como causas primigenias, interiores, no consecuencia de las relaciones sociales y de sus actuales desigualdades.

A fin de cuentas, es menos rentable atajar los problemas sociales como el paro, la precariedad, la pobreza, la exclusión, la alienación o el desencuentro social, que crear tecnologías codificadoras que culpen a los sujetos diagnosticándolos de depresivos, esquizofrénicos, asociales, o intervenir para mejorar el estrés, la insatisfacción laboral, etc.

Otra cuestión es la función reguladora, normalizadora de las ciencias humanas y las disciplinas psi, que responde a la necesidad de prevenir en pos del progreso social, de cuidar el futuro de las poblaciones y de la sociedad. Hay que disminuir riesgos, educar a las poblaciones para hacerlas más funcionales, y nada mejor para eso que construir un enorme aparato de poder-verdad que produzca determinadas «montañas» de discursividad reguladora de las conductas. Estos aparatos médico-psicológicos tienen unos principios imperialistas, anexionistas, ya que están en una continua lucha corporativa por hacerse con determinadas cuotas de población y espacios de intervención; es decir, siempre hay más enfermos que curar, más enfermedades a descubrir y más espacios a psicologizar. Así, desde la caída del Antiguo Régimen monárquico, como muestra Robert Castel en su obra *El orden psiquiátrico*, primero el alienismo y más tarde la medicina mental, social y organicista consiguen una imparable extensión de sus códigos, lugares de intervención y, por tanto, de su poder regulador. Los códigos médico-psicológicos lo atraviesan todo regulando, codificando las conductas, diciendo, induciendo, mostrando cómo se debe vivir, qué debemos consumir, qué tipo de vida o de hábitos debemos tener. También más rígidamente nos advierte sobre qué no debemos hacer, qué conductas son las propias de los enfermos mentales, la de los psicópatas, la de los predelinquentes, es decir, qué conductas son admisibles por los códigos médico-psicológicos, y cuáles deberán ser curadas y tuteladas. Todo esto se une a un cambio que se ha venido gestando desde la II Guerra Mundial hasta aquí, y es el paso del derecho a la salud al imperativo de salud, a la obligatoriedad moral de estar sano, ser joven,

guapo, estar en forma, etc., con lo que se llega a una especie de demanda absoluta e infinita de salud como un bien máximo. Se induce un camino progresivo de idealización de la salud que llevará a pensar como enfermedad cualquier desviación de la normalidad estadística. Vivimos, por tanto, en una sociedad omnimedicalizada, es decir, una sociedad que nos hace pensar a nosotros mismos en términos médico-psicológicos (no estoy triste, sino que estoy deprimido, por lo que ya no soy una persona sana: tengo que curarme), constituyéndonos en objeto de la medicina y la psicología. En un primer momento el único tutelable, tratable, curable, etc., era el loco, ahora lo somos todos.

Por otra parte, los incipientes y arrogantes «descubrimientos» de la psiquiatría biológica y sus disciplinas afines, en estos momentos de mayor triunfo del organicismo, tratan de poner el acento en los «supuestos» determinantes biológicos de la existencia humana, llegando a una naturalización biologizante que muestra al sujeto fuera de cualquier consideración social; o cuando se trata el contexto de éste, se hace reduciendo a «cuatro variables» la complejidad de los diferentes sistemas que interaccionan entre sí. Así, se está constituyendo la concepción de un sujeto fijo, ahistórico, que justificará no sólo el statu quo imperante sino también consideraciones biologicistas de corte determinista. Por parte de todos estos saberes se está intentando demostrar a toda costa que tanto los «rasgos de personalidad» como las «enfermedades mentales»¹¹ necesitan de una predisposición genética que condena a priori al sujeto, justificando así las represiones sociales que darán lugar a cierto tipo de sufrimientos. Con esta biologización de todos los aspectos de la vida, ya tenemos un sujeto natural, que

11. La enfermedad mental es un término que nos lleva a una reflexión mucho más compleja y extensa de lo que puede tener lugar aquí. Lo que está claro es que es un término peligroso por ser médico y apuntar a que el sufrimiento del problema pareciera provenir endógenamente de un desequilibrio bioquímico o anatómico.

puede equipararse al normal que marca el baremo estadístico. Todo lo que se desvíe de esta prefiguración sumamente artificial puede ser tratado en términos de patología, necesariamente curable, etc. Así vemos la gran cantidad de nuevas enfermedades a modificar por los psicólogos (o a medicar por los psiquiatras) que están surgiendo y que consisten en una ligera desviación de la «conducta normal», es decir, en una patologización de la diferencia. Nuestra visión se acerca a una posición que podríamos llamar antiesencialista, en la que el ser humano no puede ser pensado fuera de unas coordenadas históricas, políticas, culturales, etc., que lo constituyen, aunque sin determinarlo totalmente. Por tanto, no es reductible a un estudio aislado de un contexto social, con sus respectivas formas de subjetivación, sus formas de poder, semióticas o de producción, ya que esto reduciría al sujeto a ser un objeto puramente biológico en el sentido más corto y caduco del término.

Teniendo en cuenta todas estas reflexiones, queremos tratar de mostrar un problema en auge y silenciado: el uso indiscriminado de psicofármacos.

Hemos preferido tratar esta cuestión dejando otras, como el uso del electroshock, la lobotomía y demás técnicas (explícitamente) violentas, no porque no las denunciemos sino porque, aunque se siguen practicando, están en claro proceso de deslegitimación. Sin embargo, el problema de la psicofarmacología y la enfermedad mental gozan hoy en día de total legitimidad y, excepto por algunas voces críticas, su uso indiscriminado no está cuestionado. El cóctel imparable que forman la asunción de la enfermedad mental como un trastorno orgánico-biológico, la medicación psicofarmacológica como «el remedio» a dichas enfermedades, la generalización del uso de estos psicofármacos a toda la población (usos cosméticos de los fármacos), más la fuerza adquirida por las industrias farmacológicas a la hora de imponer ciertas investigaciones para justificar el uso de determinados medicamentos en ciertas enfermedades ya «descubiertas», nos llevan a una situación compleja y esperpéntica. Por un lado, en

la vida social, debido al aumento de los grados de malestar referidos a la sabida fragmentación y desintegración de los tejidos sociales, se está imponiendo el uso desmesurado de los psicofármacos para justificar determinados ritmos de vida. La inducción por los órdenes médicos más el imperativo de salud interiorizado por las poblaciones está llevando a que mucha gente pretenda solucionar los problemas de la vida cotidiana mediante las llamadas «píldoras de la felicidad». «Todos esos quejicas que quieren cambiar la calidad de sus vidas sin cambiar ninguna de sus circunstancias, esos individuos perezosos que sin examen de sus vidas quieren que la felicidad se les aparezca, esa colección que quieren libertad en una píldora que les evite romper con las cadenas de una horrible cotidianidad»¹². Por otro lado, en los centros de agudos y crónicos, partiendo de que la enfermedad mental es algo biológico, se ha reducido la «terapia» a la administración continua de psicofármacos, que, por otra parte, en la mayoría de los casos impiden la posibilidad de reestructuración de la experiencia del sujeto, al privarlo de la palabra y al negar el sentido de la experiencia a la vez que negar las circunstancias vitales que han llevado al sujeto a esa posición de *jaque mate*. Aquí la distinción griega entre «*zoe*», que sería la vida desnuda, natural, del cuerpo deshabitado, y «*bios*», como la vida que tiene sentido para cada cual, la vida de cada uno, nos sirve para esbozar este problema. Ya que son dos vidas superpuestas correspondientes a dos sujetos que son a la vez el mismo y a la vez diferentes. La cuestión se juega en la medida en que una vida (*zoe*, la vida genérica, de la especie) se pone absolutamente por delante de la otra vida, de la de cada cual (*bios*). Hasta qué punto tiene sentido matar la vida de cada cual (*bios*) para salvar la vida (*zoe*). ¿Es *zoe* vida digna sin *bios* o es sólo la muerte en vida? ¿Hasta dónde deben llegar las intervenciones médico-psiquiátricas en su pretensión

12. G. Rendueles: «Qué son, es decir, cómo se usan los psicofármacos», en *El rayo que no cesa: boletín de contrapsicología y antipsiquiatría*, n.º 2.

sin límites de salvar a *zoe* cueste lo cueste, por todos los medios, incluso aunque se viole, se anule la vida de cada uno, lo que da cierto sentido a la existencia particular? Todo esto no nos hace estar en contra de cualquier utilización de los psicofármacos, sino que creemos que debemos empezar a cuestionar sus usos y los principios que los sustentan.

En busca de alternativas

Desde todas estas problematizaciones que hemos ido esbozando someramente, pensamos nuestros posibles quehaceres sin que la crítica feroz a la complicidad con el poder de gran parte de las prácticas psi deba paralizarnos en la búsqueda y construcción de otras «psicologías» que no reproduzcan todo aquello que denunciamos y nos aburre. Todo esto no nos pone en situación de abandonar toda posibilidad de hacer algún tipo de práctica psicólogo-social o, como algunas de nosotras preferimos llamarla, «micropolítica de la subjetividad», sino que nos lleva a ser más prudentes, evitando desde las visiones normalizadoras, disciplinarias, humanizantes, individualistas, dogmáticas, esencialistas, capitalistas, hasta las mecanicistas, deterministas, familiaristas, etiquetadoras, fiscalistas, etc.

Seguimos pensando que existen unos «problemas» que pueden ser trabajados, pero queremos evitar tanto perspectivas psicologizantes como visiones reduccionistas o estructuralistas de la política¹³. No podemos olvidar que los

13. Nos referimos a posiciones que subestiman la posibilidad de trabajar la subjetividad de la gente dando exclusiva importancia a la lucha económica de socialización de los medios de producción y política, en cuanto a generar las condiciones para la ansiada y finalista toma del poder. Negamos que una dimensión (la económica) determine exclusivamente todas las demás; es mucho más complejo que eso. Las estructuras sociales determinan en cierta medida las relaciones sociales y la producción de subjetividad, pero está claro que también esta influencia se da al contrario.

problemas provienen de unas estructuras y relaciones sociales, y por tanto no podemos dejar de cuestionar y romper las lógicas del sometimiento social, luchando por una transformación global del estado de cosas. Sin embargo, tampoco debemos obviar que los diferentes tipos de represión y normalización social van siendo en mayor o menor medida interiorizados por los sujetos, cristalizando nudos, quistes, coagulaciones, fragmentos incrustados de represión que van constituyendo la combinatoria de la que se compone nuestra subjetividad. Lo que es exterior (el afuera, lo social) se convierte en un interior (adentro, el sujeto como pliegue de lo social) con unas significaciones, subjetivaciones y una organización del cuerpo que hay que ir deconstruyendo para volver a reconstruir aligerada de todas las identificaciones, de la culpa, del nudo de la ley y el deseo que nos fabrican, de las mistificaciones, las situaciones doblevinculantes, etc.

Para entender en qué consiste este trabajo de la micropolítica de la subjetividad vamos a intentar explicar mínimamente qué entendemos por sujeto y cómo se produce. Nosotras pensamos el sujeto como resultado de un proceso de producción, el resto que produce una determinada maquinaria social; o como dice Foucault, «el individuo es un efecto del poder» y, por tanto, resultado de procesos de subjetivación que le van inscribiendo, organizando dentro de un determinado marco con unas reglas preestablecidas. Un sujeto subjetivado que a la vez es productor y productivo. Al sujeto se lo va organizando en un cuerpo social determinado adosándole pedazos, códigos, flujos, construyéndolo como el deseo del Otro, como una pieza funcional a un sistema productivo. Esta enfermedad social de la subjetividad (que nada tiene que ver con la concepción orgánica-médica de la enfermedad mental) es un sufrimiento social que, desde esta perspectiva, serían todos esos códigos que te han ido poniendo para inscribirte en un determinado lugar de producción social y familiar. Es un proceso complejo y múltiple que irá configurando «nuestra» subjetividad, «nuestra

individualidad y singularidad» a modo de «collage». Nuestra existencia está llena de instantes, acontecimientos, que tienen para nosotros determinados grados de intensidad que nos subjetivizan, que constituyen determinada combinatoria donde funcionan muchos elementos que se mezclan: la culpa que genera determinada creencia, la identificación con tal figura paterna, la antiproduktividad de determinados bloqueos, la sumisión a la autoridad, la negación de los propios deseos, la máquina narcisista que intenta apropiarse de todo, el despotismo del señor feudal, pedazos de la historia, de su historia que le producen determinado malestar. Todo esto es, desde nuestra visión de la problemática de la subjetividad, la introyección-interiorización de las represiones provenientes de la enfermedad de lo social, del capitalismo y de los restos de las otras formaciones históricas precedentes que siguen funcionando. Pensamos, por tanto, que el trabajo «psicológico» puede ir encaminado a ir descubriendo con el paciente las opresiones que ha sufrido a lo largo de su vida, destapando las mistificaciones (engaños sobre la opresión que el sujeto termina aceptando)¹⁴ o generando con el cliente tramas narrativas que le posibiliten construir discursos alternativos a los que provocan el problema, y que pondrán en marcha trayectos de acción. Como dicen Deleuze y Guattari en *El Antiedipo*, parte de lo que habría que hacer es «destruir, destruir: la tarea del esquizoanálisis es toda una limpieza o raspado del inconsciente. Destruir a Edipo, la ilusión del yo, el fantoche del super-yo, la culpabilidad, la ley, la castración». Como decíamos antes, hacer un trabajo deconstructivo de la subjetividad para alterar la combinatoria limpiando todas estas interiorizaciones de las represiones. Cómo hacer esto es la tarea práctica de mayor importancia que está todavía por construir, aunque ya disponemos de muchas experiencias ejemplares en el tra-

14. M. A. Godino y V. Garrido: «Introducción a la Psiquiatría Radical», *Lapsus*, n.º 1.

bajo que las diferentes vertientes antipsiquiátricas han realizado, y que por muchos motivos no podemos tratar aquí.

Se trata de producir otras subjetividades no uniformantes, ni totalizantes, de destrabar el inconsciente edípico para convertirlo en un inconsciente productivo, ético y deseante que abra los puentes de conexión para que el sujeto pueda autoorganizar su experiencia y su existencia. No se trata de resolver un conflicto imaginario, individual sin intentar cambiar la totalidad de formas de producción social (económica, de subjetividad, de afectos, de singularidades); se trata de producir posibilidades reales de existencia ya que «no habrá cambio social sin que los hombres se liberen palmo a palmo de la lógica que reina en los espacios en los que opera su dominación socio-política de la que es parte fundamental su dominación corporal y psicológica»¹⁵, sin generar espacios y procesos de libertad que produzcan otras formas de producción de subjetividad colectiva. Pensamos por tanto la cura como la puesta en marcha de procesos micropolíticos revolucionarios, pero no porque le impongan al sujeto que tiene que hacer la revolución, sino porque ir destrabando todo lo que le imposibilita vivir en relación a sus deseos sirve para producir siempre otras subjetividades y por tanto otras realidades.

15. F. Álvarez-Uría y J. Varela: *Las redes de la psicología*, Ed. Libertarias/Prodhufi, p. 172.

Trabajo «político»¹⁶

Además de plantearnos la posibilidad, la necesidad de hacer este trabajo «psicológico», creemos imprescindible trabajar desde y con los movimientos sociales con la intención de extender la autoorganización social y crear redes alternativas en lo terapéutico y en lo social. Partimos de la necesidad de poner la Psicología al servicio de los de abajo, de la libertad más subversiva, del deseo más revolucionario. Crear otras psicologías que escapen de la captura mayoritaria, de los sueños totalizadores de la Ciencia, de las prácticas coercitivas, que nazcan de sus alianzas y complicidades con la investigación filosófica y política, sin modelos acabados y con intenciones siempre prácticas. Unas psicologías críticas en cuanto al cuestionamiento directo de las formas de conocimiento de las psicologías dominantes, y radicales en cuanto a su complicidad directa o indirecta con movimientos revolucionarios. Generar otros procesos personales y colectivos para crear otras formas de pensamiento, de sensibilidad, de existencia. Una búsqueda que implica un cuestionamiento crítico del propio grupo que se difumina y diluye para abrirse a otras inquietudes y subjetividades, y no cerrarse sobre sí mismo como un grupo identitario. Utilizando como una caja de herramientas las diferentes teorías, experiencias y autores, sin pretender crear un saber instituido que nos impida la investigación, el cambio y la experimentación.

16. No es cierto, no obstante, que lo planteado anteriormente no sea un trabajo político (incluso la redacción de este texto es un trabajo político), pero son claramente distintos. La necesidad de que todos estos trabajos se conjuguen se hace hoy en día cada vez más evidente.

Ciencia: mito e ideología

José Luis Romero Cuadra

El título de la presente intervención¹ obedece a los dos objetivos fundamentales de la misma: por un lado, mostrar cómo la concepción de la ciencia que predomina en la sociedad actual y, lo que es si no más grave desde luego sí más escandaloso, la concepción de la ciencia que prima en el mundo académico y científico —como es claramente el caso en las facultades de psicología— es, sencillamente, un mito, es decir, falsa; y, por otro lado, mostrar cómo mantener ese mito —como de hecho se hace— responde, desde un punto de vista objetivo, y fundamentalmente en el caso de las llamadas ciencias «humanas» —como la psicología—, a intereses sociopolíticos reaccionarios; esto es, contribuye a mantener el statu quo vigente, beneficiando así a quienes ocupan las posiciones privilegiadas del sistema. Por lo tanto, el citado mito de la ciencia, esta concepción mitológica de la realidad científica, se constituye así en ideología reaccionaria.

Debido entre otros factores a evidentes limitaciones de extensión, la exposición será por fuerza sumamente esque-

1. No quiero dejar de expresar aquí mi agradecimiento a Lola Alonso Guirado, Carlos Castrodeza Ruiz, Juan José García Norro y Mariano Rodríguez González por los oportunos comentarios y sugerencias que sobre versiones previas o parciales de este texto tuvieron a bien hacerme con esa apreciada mezcla de agudeza, amabilidad y paciencia que es en ellos tan característica.

mática con respecto a lo que el asunto en verdad requiere, centrándose en temas o tesis y no en los diversos autores de las mismas².

1. ¿A qué llamamos «ciencia»?

Delimitación del objeto de estudio

La palabra «ciencia», hoy día³, se considera que hace referencia a un tipo de conocimiento específico, el llevado a cabo por las llamadas «ciencias», pero, más concretamente, por algunas de ellas. En efecto, en su sentido fuerte o estricto, hace referencia al tipo de conocimiento que tiene en la ciencia de la física su modelo más ejemplar. La delimitación, en este sentido, de nuestro objeto de estudio, la ciencia, implica precisamente la delimitación del objeto de estudio que posee, en tanto que también conocimiento, la propia ciencia.

2. En este sentido, debe indicarse que los análisis y consideraciones aquí realizados en torno a las ya clásicas tesis o posturas adoptadas respecto al criterio de validez científica o epistémica en la ciencia (positivismo, falsacionismo, instrumentalismo o pragmatismo y relativismo) son claramente esquemáticos, y en modo alguno pretenden recoger la riqueza de matices o la evolución del pensamiento tanto de los autores considerados como genuinos representantes de dichas tesis (los cuales a menudo varían notablemente en su pensamiento y, en algunos casos, llegan incluso a posiciones contrarias a las originariamente tenidas como propias) como de cualesquiera otros.

3. Efectivamente, el sentido y realidad actual de dicho término resulta herencia directa de la así llamada «*nuova scientia*», surgida a partir del Renacimiento y afianzada en el siglo XVII con figuras como Bacon o Galileo (como veremos en algunos de sus detalles más significativos: la relación entre el conocimiento y el poder o control, o entre el lenguaje científico y el matemático), y a cuya concepción podemos oponer, en tanto que previa y distinta, aquella otra cuyo itinerario es rastreado desde su explicitación inicial en la oposición platónica entre *episteme* y *doxa* u opinión hasta algunos de sus más recientes trazos ya en el siglo XX, como fuera el caso de la connotación husserliana de la «filosofía como ciencia estricta».

Por lo tanto, como primera demarcación⁴, indicaremos que no se trata de las llamadas ciencias *formales*: la lógica y las matemáticas⁵, estudiosas de objetos ideales y sus estructuras formales. Sin embargo, el conocimiento de tales ciencias no es, en modo alguno, ignorado, sino, muy al contrario, totalmente asumido y empleado en la medida de la conveniencia. Tampoco se trata de ciencias que podemos denominar *deontológicas*, que nos hablan de cómo debería ser la realidad y de qué debemos hacer para ello, como la ética o la política. Este ámbito del conocimiento sí es —al menos en principio— totalmente ignorado. Las ciencias que estamos considerando merecen el calificativo de *empíricas*, en tanto que se ocupan de objetos de nuestra experiencia temporal, es decir, realmente existentes en el tiempo o en el tiempo y el espacio.

Pero, dentro de este campo, aún debemos rechazar el estudio de los fenómenos *ánimicos* (lo que comúnmente llamamos actos psicológicos), esto es, no espaciales sino sólo temporales —al menos en su presentación inmediata—, como sentimientos, deseos, voliciones, juicios, creen-

4. En realidad, como primera demarcación deberíamos distinguir entre aquella ciencia, conocimiento o estudio que tiene como objeto el propio conocimiento (*epistemología*) y el restante conocimiento no reflexivo o autorreferente, dentro del cual cabría distinguir, a su vez, entre una *ontología general* y las *ontologías particulares* encargadas de cada una de las «regiones» ontológicas o tipos de entidades indicadas por la primera. Por otro lado, resulta que el estudio del ente que es el sujeto cognoscente incluye el consiguiente estudio del conocimiento y la epistemología toda, por lo que es dentro de una ontología particular donde se ubica aquel saber o conocimiento que es el primero de todos, pues se presupone en todos los demás.

5. Pero también deberíamos quizá incluir aquí (o quizá no, sino aparte) el estudio de todos aquellos objetos calificados como ideales, esto es, independientes del espacio y del tiempo (al estilo de las ideas platónicas o los universales o las significaciones en general). Estas ciencias «ideales» se opondrían a las calificadas como «empíricas» y «deontológicas», pero tampoco suele ser lo que de hecho se estudia bajo los nombres de «lógica» o de «matemáticas», aunque estén en íntima relación con ellas.

cias, etc. Y lo mismo sucede con los peculiares fenómenos *axiológicos* o valores. Nos restringimos, pues, a los fenómenos *materiales*, esto es, espaciales o dotados de ubicación espacial —además de temporales—.

Sin embargo, dentro de estos fenómenos, aún es posible distinguir entre aquellos que acontecen en nuestra imaginación o *imaginarios*, aquellos que suceden en lo que llamamos nuestros sueños u *oníricos*, y aquellos que tienen lugar en lo que comúnmente llamamos realidad física o *físicos*. Sólo de estos últimos es menester ocuparse⁶.

Ahora bien, la ciencia que consideramos no se ocupa de los objetos físicos en lo referente a su *estructura formal a priori*, esto es, elaborando juicios analíticamente deducidos a partir del estudio de la forma esencial de los objetos físicos (como, por ejemplo, «todo cuerpo ocupa un lugar en el espacio» o «dos cuerpos no pueden ocupar, a la vez, el mismo lugar»). La actividad científica no se ocupa pues de los objetos físicos en lo que se refiere a sus características y comportamiento analítica o formalmente necesarios, sino en su aspecto *formalmente contingente*.

6. Casi todas estas —por otro lado, en modo alguno exhaustivas o cerradas— disquisiciones (incluidas las realizadas en las dos notas precedentes) suelen ser sistemáticamente ignoradas por la «ciencia» entendida al modo actual (que es el objeto del presente escrito), la cual habitualmente postula, incluso de forma explícita, un *cientificismo fiscalista* no ya erróneo, sino directamente absurdo y hasta ridículo, donde a la actitud de ignorancia y desprecio se añade la arrogancia y seguridad fundamentadas en el respaldo mediático e institucional (por fortuna el panorama actual ofrece también interesantes excepciones, como pueda entre otros ser el caso de la deducción escalar de las ciencias propuesta por Luis Cencillo en su *El hombre: noción científica* [Madrid: Pirámide, 1978]). Empero, las posturas científicas y fiscalistas o naturalistas suponen un *doble reduccionismo* tan evidente como ilegítimo: reduccionismo epistemológico, presuponiendo que sólo la actividad científica es susceptible de aportar conocimiento válido o auténtico; y reduccionismo ontológico, presuponiendo el carácter físico de todo lo real o existente, a la par que negando dicho estatuto de realidad auténtica donde tal carácter se halle ausente. Volveremos sobre ello.

Sin embargo, dentro de esta ausencia de necesidad formal, la ciencia no se ocupa, primeramente, del aspecto *irregular* y discontinuo de los fenómenos, sino, más bien, de su aspecto continuo y *regular*. Es esta regularidad la que permite dirigirnos al presumible carácter *nómico* del comportamiento de los fenómenos físicos, si bien se trata de una necesidad no formal, sino empírica. En base a ella tiene lugar el establecimiento de *leyes científicas*, que pretenden ser un correlato de las supuestas leyes empíricas naturales por las que se rige tal regularidad. Sólo entonces pretende la ciencia dar razón también de los comportamientos irregulares, indicando las condiciones por las cuales éstos tienen lugar y no siguen el comportamiento deducible, si partimos sólo de las leyes establecidas.

2. ¿Para qué hacemos ciencia? Los objetivos de la ciencia: explicación y predicción

La ciencia, entendida según lo descrito, es una actividad que llevamos a cabo los seres humanos (no todos y cada uno, sino algunos —los denominados «científicos»— en sociedad con los demás), al menos en los últimos siglos de nuestra llamada civilización occidental. ¿Por qué o para qué hacemos —o hacen los científicos— ciencia? ¿Para qué sirve? Dos son los objetivos que aparecen como respuesta a esta pregunta: explicación y predicción.

Comúnmente se ha dicho que la explicación consiste en *dar razón de las apariencias*, esto es, responder a la pregunta del porqué los fenómenos (físicos en este caso) son como son. El modo de hacerlo es aludir a las *relaciones causales* que los fenómenos físicos puedan mantener entre sí o con otras entidades no observadas. Por lo tanto, el «dar razón» es un dar razón causal⁷. De esta manera tiene lugar la

7. En todo momento, el vocablo «causa» será entendido aquí en el sentido

elaboración de teorías. (Así, por ejemplo, damos razón causal del fenómeno de la caída de los cuerpos acudiendo a la instancia teórica que es la fuerza de la gravedad.)

Bajo la denominación de *predicción* se engloba el otro de los aspectos motores de la actividad científica tal y como la conocemos: la búsqueda de *control* y dominio de la realidad física para poder así *operar* con ella en beneficio nuestro. La consecuencia práctica última de este aspecto es el desarrollo de la *tecnología*, efecto de la capacidad operativa o manipuladora y, a la vez, causa de su aumento. Sin embargo, en el plano teórico, la consecuencia será la elaboración de *leyes* que permitan efectuar la predicción con la mayor precisión posible.

Para llevar a cabo esta tarea predictiva, las leyes utilizan el material que les proporciona el *lenguaje matemático*, mediante el cual llevan a cabo la cuantificación de la realidad física que les permita acceder a la oportuna precisión predictiva, esto es, realizar predicciones concretas en el marco espaciotemporal (en puntos concretos del espacio y del tiempo), obteniendo el consiguiente control y operatividad. Es por ello que la ciencia tan sólo considera aquellos aspectos o propiedades de los fenómenos físicos que resultan ser matematizables o cuantificables, esto es, susceptibles de *medición*. Una propiedad medible es aquella en la cual se puede tomar una cierta cantidad o porción de la misma —que se constituye como unidad— y comparar cuántas veces se encuentra contenida dicha cantidad en otras cantidades o porciones de esa propiedad. La única propiedad que parece susceptible de tal operación es la *extensión* (concretamente, parece que sólo la longitud y también la graduación angular, si bien la geometría permite establecer correspondencia entre ambas en función del seno o el coseno). Las demás propiedades son considera-

de causa eficiente, prescindiendo de los restantes sentidos aristotélicos del término.

das en tanto que es posible establecer su equivalencia con efectos correlacionales de extensión medible, realizando entonces una medición indirecta. (Así, por ejemplo, medimos el peso en función de la longitud que recorre la aguja en la báscula, o los colores y sonidos en función de la longitud de onda; incluso el tiempo se mide en función del movimiento, que es medido en función de la longitud.)

Tales son, por lo tanto, las directrices que guían el desarrollo de la actividad científica. Ello ocurre no sólo en las llamadas ciencias físicas (esto es, en los diversos campos y áreas de la física y en la química), sino también en otras ciencias que, desde mediados o finales del siglo XIX, se han ido paulatinamente estableciendo según este modelo. Así podemos hablar del otro gran representante de las llamadas ciencias naturales, la biología, pero también de la práctica totalidad de las llamadas ciencias sociales, humanas o del espíritu, como la psicología, la sociología, la antropología o la economía. Todas ellas buscan, no sólo llevar a cabo explicaciones satisfactorias mediante teorías que den razón de los fenómenos que tratan, sino también alcanzar la efectividad predictiva que les proporcione el reconocimiento social como auténticas ciencias. Para lograr este objetivo predictivo se ven obligadas a utilizar, en la medida de lo posible, variables fenoménicas físicas y cuantificables. Por ello, cuando ciertos aspectos de su objeto de estudio no corresponden directamente con este tipo de variables, entonces, en ocasiones, se intenta la obtención de este tipo de variables mediante la reducción/identificación —por simple correlación— a tales variables de los diversos aspectos de su objeto de estudio o, en otros casos, ignorando directamente tales aspectos si tal reducción no parece posible. Ciertamente, esto no ocurre en todos los casos o en todas las áreas de las ciencias mencionadas, pero ocurre que son precisamente las partes de estas ciencias que siguen tal comportamiento (y, sobre todo, que alcanzan la capacidad predictiva perseguida) aquellas que son consideradas como los núcleos fuertes o las partes auténticamente científicas

de tales ciencias, en detrimento de aquellas secciones que no siguen tales planteamientos (y que, como mucho, habitualmente se considera que conformarían otro tipo de conocimiento). Y ello es considerado así tanto por la mayor parte de la sociedad con nociones sobre el tema, como por la propia comunidad científica, e incluso por aquellos que conforman las líneas predominantes dentro de cada uno de los campos citados. En todo caso, no es pretensión indicar aquí que tal actitud sea en principio reprochable, desde el punto de vista de la propia actividad científica, ya que, efectivamente, tales investigaciones científicas suelen progresar y obtener resultados relevantes, contribuyendo así, en ocasiones, a aumentar el conocimiento práctico efectivo que podemos tener sobre tales campos temáticos. Tan sólo se pretende de momento indicar el proceso operativo real por el que tales actividades son llevadas a cabo, permitiéndonos también, eso sí, exponer claramente la pertinencia de tomar conciencia sobre dicho proceso.

Por otra parte, es preciso resaltar que, pese a resultar en principio sorprendente, *los dos objetivos de la ciencia resultan ser independientes*. Así, es posible atender sólo el objetivo de la explicación, elaborando teorías sin necesidad de leyes que establezcan los parámetros concretos que siguen las regularidades observables (así, por ejemplo, la concepción teórica de que todo lo que pasa es debido a la acción de una entidad todopoderosa —al modo del dios o genio maligno cartesiano—, teoría ésta omniexplicativa e insuperablemente simple, pero en absoluto predictiva); y, por otro lado, es posible efectuar el establecimiento de tales leyes, llevando a cabo el control y el desarrollo tecnológico que la subsecuente predicción permita, sin haber desarrollado el menor atisbo de presupuestos causales y metafenomenológicos de teoría explicativa alguna (así, por ejemplo, constatar ciertas regularidades en los fenómenos físicos y predecir análogos fenómenos futuros a partir del presupuesto mantenimiento de dichas regularidades). Que esto es así lo muestra el análisis de ello en sí mismo, pero, en todo

caso, lo demuestra el hecho histórico de que ha habido sociedades (como la Grecia clásica) que han elaborado explicaciones teóricas en gran número y complejidad, sin apenas haber sido correspondidas por un parejo desarrollo predictivo-tecnológico, así como sociedades (como Babilonia, Egipto o China) dotadas de gran capacidad predictiva y tecnológica sin apenas teorías explicativas (al menos, no relacionadas con dicha capacidad). No obstante, es cierto que el desarrollo alcanzado por estas últimas sociedades ha sido, según parece, ampliamente superado por la nuestra, donde explicación y predicción son el objetivo perseguido. Quizá podamos decir algo sobre esto más adelante.

Llegados a este punto podemos establecer que, si la filosofía de la ciencia se ocupa de evaluar el alcance de la actividad científica, y ésta tiene como objetivos la explicación por teorías y la predicción por leyes, entonces la filosofía de la ciencia debe ocuparse de la cuestión de la validez de tales teorías y de tales leyes.

3. Filosofía de la ciencia y sociología de la ciencia

Dentro de la filosofía de la ciencia, o paralelamente a ella, se han desarrollado los estudios que, simplificando, podríamos agrupar bajo el nombre genérico de sociología de la ciencia (incluyendo aquí también investigaciones en historia de la ciencia, psicología de la ciencia, antropología de la ciencia, etc.).

Suele afirmarse que la sociología de la ciencia se ocupa de lo que se conoce como el «contexto de descubrimiento», tradicionalmente olvidado por los estudios de filosofía de la ciencia, los cuales consideran tan sólo el «contexto de justificación». Es posible establecer, de esta manera, una demarcación entre ambas disciplinas.

Sin embargo, la concepción de la ciencia que guió la delimitación de la misma como nuestro objeto de estudio nos indica lo siguiente: *ciencia es lo que los científicos dicen que*

hacen y califican como tal y como tal acepta la sociedad, y lo que los científicos hacen cuando dicen que hacen tal cosa. Así pues, un estudio filosófico de la actividad científica debería recogerla en todas sus facetas y, concretamente, en su doble vertiente de «hacer» y de «decir o creer que se hace».

Sí parece posible, entonces, distinguir entre estos dos aspectos, estableciendo así dos líneas de investigación. La primera se ocuparía de la actividad científica en tanto que normativamente considerada, esto es, lo que debería ser —o se considera que debería ser— la actividad científica con vistas a lograr sus objetivos, así como las posibilidades y limitaciones de tal finalidad. La segunda se ocuparía de la actividad científica en tanto que realmente ejecutada o llevada a cabo por los científicos en la sociedad, y comparándola con el ideal normativo objeto de la disciplina anterior.

La primera disciplina recoge el tradicional testigo de la filosofía de la ciencia, y podría ser denominada epistemología de la ciencia, pues su tarea es dilucidar el *criterio de valoración epistémica* de la ciencia. Considera, por lo tanto, el «contexto de justificación epistemológico».

Por su parte, la sociología de la ciencia tendrá como objetivo esclarecer cuál es el *criterio de valoración social* de la ciencia, trabajando, por lo tanto, en el contexto de descubrimiento, y que podríamos denominar «contexto de justificación social».

Podemos, entonces, realizar un breve análisis del campo de la sociología de la ciencia, intentado averiguar la causa por la que, en el ámbito social o histórico-social, unas teorías científicas triunfan y se mantienen, mientras otras fracasan y desaparecen (o casi desaparecen). Es posible establecer, a mi juicio, que la tesis adecuada para dar razón de estos acontecimientos sería del tipo de lo que podemos denominar como «*darwinismo social de las teorías*»⁸, sosteniendo la existen-

8. Distinto del «darwinismo epistemológico» popperiano, que operaría en función de criterios exclusivamente «racionales» o epistémicos.

cia de una «ley de la selección» de las teorías en su medio ambiente (la sociedad), por la cual tendría lugar la supervivencia y triunfo de las más aptas o adaptadas. La adaptación de una teoría a su medio dependerá de los caracteres adaptativos de dicha teoría, y la propiedad de ser adaptativos de los caracteres estará, a su vez, en función del medio concreto (que también tendrá sus características propias). Debe destacarse que la adaptación no es lo mismo que la adaptabilidad; una teoría puede ser muy adaptable pero no adaptarse a un medio concreto y desaparecer, y viceversa. La tarea de la sociología de la ciencia será establecer, en cada caso, cuáles han sido los caracteres concretos de una teoría por los cuales ésta se ha adaptado al medio. Ello exige el estudio empírico tanto de los caracteres de la teoría como del medio social concreto al cual se ha adaptado o se adaptó, así como de todos aquellos factores que hayan dado lugar a la aparición de nuevas teorías. Frente a la tesis de corte darwinista recién expuesta, y cuyo análisis y establecimiento puede llevarse a cabo de modo puramente formal y apriorístico por la filosofía de la ciencia, el estudio de cuáles puedan ser estas características adaptativas de las distintas teorías y cuáles puedan ser los factores que producen la aparición de cambios teóricos y nuevas teorías (características y factores concretos en cada caso y en función de un medio igualmente concreto), exige realizar las pertinentes investigaciones empíricas de las que se ocuparía la sociología de la ciencia.

El estudio de los parámetros adaptativos de las teorías implica, por consiguiente, la incursión en los campos de la sociología, la historia, la psicología, la antropología, la política (no en su aspecto deontológico, sino en el sociológico), la economía, etc. No obstante, podemos apuntar aquí algunas de las principales variables:

- Los intereses sociales de distinta índole que pudieran existir en la sociedad en un lugar y momento dado: ideológicos, políticos, económicos, etc.
- Los intereses personales de los científicos: ideológicos, políticos, económicos, prestigio, etc.

- Lo que a mi juicio podríamos denominar como «principio de inercia de las ideas», principio psicológico según el cual las ideas tienden a permanecer en su estado anterior de reposo pero también de movimiento o sucesión (y en este sentido va más allá del principio de tenacidad kuhniano), y con mayor resistencia al cambio de estado cuanto más haya durado dicho estado (y en este sentido va más allá del principio de inercia galileano). Ello explica el gran peso de la tradición y, en cierta medida, la vigencia que, de hecho, tiene el principio de autoridad.
- La capacidad de influencia práctica que puedan tener los diversos miembros de la comunidad científica y la comunidad científica en su conjunto: capacidad económica, capacidad retórica, poder político, capacidad comunicativa, etc.

Estas y otras variables deben ser analizadas en cada caso. Sin embargo, falta una variable imprescindible, una característica de las teorías que puede, como las demás, influir en el resultado de su aceptación social: la validez epistémica. Establecerla es la función de la epistemología de la ciencia⁹.

9. Como puede observarse, no se está aquí afirmando un sociologismo o sociologismo fuerte en filosofía de la ciencia, según el cual absolutamente todas las teorías científicas triunfan o fracasan en función de criterios exclusivamente sociológico-subjetivos (como los arriba indicados), sin dejar opción alguna a casos en los que el criterio determinante de la aceptación o el rechazo sea el parámetro objetivo de la validez epistémica (si es que tal cosa puede tener lugar, lo que está por ver aún), sino que, si bien tal cosa pudiera, en principio, acontecer, ello dependerá de las circunstancias individuales presentes en cada caso, de las condiciones concretas que tuvieran el medio social y la teoría en cuestión; y que, en última instancia, será el estudio de cada caso particular el que nos muestre las circunstancias y condiciones en que éste tuvo lugar, no siendo posible en ningún momento establecer conclusiones a priori. Los estudios histórico-sociológicos parecen indicar que la influencia de los factores sociológico-subjetivos es notablemente superior a lo que cabría esperar en un ingenuo primer momento, pero ello no legitima la enunciación de generalizaciones omniabarcantes.

4. La cuestión del criterio de validez epistémica

El problema del criterio adecuado para la valoración epistémica de las teorías y leyes científicas ha sido abordado de diversas maneras. Sin embargo, una de las más habituales maneras de clasificar las posiciones al respecto permite, generalizando, establecer cuatro posturas divergentes¹⁰:

- *Positivismo* (o positivismo lógico o neopositivismo): el criterio de validez epistémica es la *verificación* o la verificabilidad, que permite establecer la verdad de las leyes y teorías. El progreso científico consiste en la acumulación de conocimiento.
- *Falsacionismo*: el criterio de validez epistémica es la *falsabilidad*, que permite establecer la falsedad de las leyes y teorías. El progreso científico consiste en una aproximación a la verdad (convergentismo).
- *Instrumentalismo* o *pragmatismo*: el criterio de validez epistémica es la utilidad u operatividad de las leyes y teorías. El progreso científico consiste en el aumento de la capacidad predictiva y de control y operatividad, teniendo su reflejo en el progreso tecnológico.
- *Relativismo*: no es posible establecer criterio alguno de validez epistémica. No tiene ningún sentido hablar de progreso científico.

10. Véase, por ejemplo, Larry Laudan: *La ciencia y el relativismo* (Madrid: Alianza, 1993). Otras posiciones a veces proclamadas son en realidad mayormente susceptibles de ubicación en una u otra de las cuatro aquí indicadas y que consideramos como las más fundamentales y, por tanto, relevantes. Para una exposición de aquellas —así como también de éstas en más detalle y de los autores representantes de ambas— puede consultarse el manual de Javier Echeverría: *Introducción a la metodología de la ciencia. La filosofía de la ciencia en el siglo XX* (Madrid: Cátedra, 1999), posiblemente uno de los más completos en lo que refiere a actualización histórica y referencias bibliográficas (pese a su muy parcial visión de la filosofía postmoderna). Una muy interesante clasificación alternativa a la presente es la propuesta por Gustavo Bueno, por ejemplo en su breve pero denso opúsculo *¿Qué es la ciencia?* (Oviedo: Pentalfa, 1995).

Tanto el positivismo como el falsacionismo —que son académicamente los criterios claramente dominantes— suponen la afirmación de una tesis *realista* respecto del conocimiento científico, defendiendo la existencia de un criterio propiamente epistémico del mismo, según el cual es posible conocer la verdad o la falsedad de las teorías científicas, lo cual es negado por el instrumentalismo y el relativismo (si bien el instrumentalismo aún permite cierta objetividad en su criterio).

Nuestra investigación ahora debe ir encaminada hacia el objetivo de esclarecer cuál de estos criterios es (si es que alguno lo es) el adecuado.

5. El problema del relativismo: la separación entre hechos y teorías

Hasta ahora, y como suele ser habitual en la propia actividad científica, se ha venido efectuando una distinción entre los fenómenos de la experiencia (experiencia física, que ya se especificó) que se pretende explicar y las teorías mediante las cuales se llevan a cabo tales explicaciones; distinción entre hechos y teorías. Los hechos son fenómenos, objeto de nuestra experiencia o, generalizando, observables. El objetivo de la explicación es dar razón de los hechos o las apariencias. Para ello, como vimos, se establecen o postulan determinadas relaciones causales entre los fenómenos y/o entre éstos y otras entidades ajenas al campo de nuestra experiencia. Los sistemas que engloban tales relaciones capaces de dar razón de ciertos campos fenoménicos son las teorías. Las entidades postuladas, ajenas a la experiencia o metafenómicas, son entidades teóricas no-observables, por contraposición a las entidades observables no teóricas que son los hechos¹¹.

11. Como puede apreciarse, la equivalencia entre entidades teóricas y

Es posible que las entidades teóricas lleguen, en un momento dado, a ser observables. Por lo tanto, «observable» quiere decir que tenemos conocimiento del modo en que tales entidades pueden ser, de hecho, observadas, y que tenemos también la capacidad práctica para observarlas realmente y, en última instancia, que así lo hemos hecho, pues sólo el haber efectuado la observación puede servir de criterio para establecer que tal observación es posible y cómo hacerla. Por el contrario, «no-observable» quiere decir que no han llegado a ser observadas, por lo que no podemos estar seguros de saber cómo acceder a su observación, aunque sí podemos considerar que tal observación es o será posible, si bien pudiera ser que no llegara a realizarse.

Debe indicarse, no obstante, que no sólo deben ser consideradas como entidades teóricas aquellas entidades postuladas no-observables pero que quizá pudieran dejar de serlo, sino también las relaciones causales establecidas entre éstas y las entidades observables, al igual que las relaciones causales establecidas entre las entidades observables entre sí (si no parece apropiado calificar de «entidades» a las relaciones, cámbiese este término por el de «variables»). Efectivamente, toda relación causal concreta entre fenómenos físicos (recordemos que éste es el tipo de fenómenos considerados) es inobservable (como veremos a continuación), y las relaciones que pudieran darse entre entidades observables y no-observables son, obviamente, ya de entrada inobservables, al ser inobservable uno de los términos entre los cuales se darían tales relaciones. En todo caso, dado que las entidades teóricas son susceptibles de ser incluidas en el campo de la experiencia física, las rela-

entidades no-observables no es absoluta, pues sólo serán teóricas aquellas entidades no-observables postuladas para dar razón de los hechos o entidades observables mediante las correspondientes conexiones nómicas o causales.

ciones causales que pudieran mantener con las entidades observables serían, en lo que a posibilidad de observación refiere, del mismo tipo que las relaciones causales que mantienen las entidades observables entre sí.

Es preciso distinguir entre un *principio de causalidad* general, metafísico u ontológico, y las *relaciones causales concretas* que puedan tener lugar. El principio de causalidad es considerado como un principio que rige la realidad empírica en tanto que mutable (con independencia de si se considera que es un principio primero e irreductible, o derivable de primeros principios), y se constituye como condición de posibilidad de toda explicación en tanto que ésta intenta dar razón de los hechos, pues ya vimos que este dar razón de los hechos es un dar razón causal. De entre sus posibles formulaciones, quizá sea ésta, juzgo, de las más claras a la par que sencilla: todo cambio es cambio de algo y *por* algo¹². Ahora bien, establecer como accesible al conocimiento que los acontecimientos tienen sus causas, nada muestra sobre cuáles puedan ser éstas.

Tradicionalmente se han distinguido cuatro tipos de relaciones causales o de causa-efecto que, según la clasificación de los fenómenos llevada a cabo en la primera parte de este artículo, podríamos formular así: a) entre fenómenos físicos entre sí; b) entre fenómenos anímicos (o cierto tipo o complejo de fenómenos anímicos) y fenómenos físicos; c) entre fenómenos físicos y fenómenos anímicos; y d) entre fenómenos anímicos entre sí. El análisis de las distintas relaciones puede llevarnos a considerar que sí tenemos experiencia directa o percepción fenoménica inmediata de la relación de causalidad en los tres últimos casos, pues identificamos la relación de dependencia entre el fenómeno causa y el fenómeno efecto y, por tanto, la conexión

12. Si bien a la hora de explicar este «por» no parece que podamos sino enunciar que significa «a causa de», lo que no haría sino apuntar hacia su presumible estatuto de principio primero y no derivable de ningún otro.

necesaria que hay entre ambos y que permite confirmar la relación causal.

Ahora bien, con independencia de que este análisis sea o no admitido, resulta que el análisis correspondiente al primer caso (caso «a»), desde Hume habitualmente aceptado cuando conocido, no revela en modo alguno tal relación de dependencia y conexión necesaria, sino sólo relaciones de contigüidad espacio-temporal, las cuales, por sí solas, no constituyen relación causal alguna. Este caso (caso «a») es el nuestro.

Sin embargo, la totalidad de los análisis realizados en el presente apartado y por los cuales se ha establecido la distinción entre hechos y teorías, entre entidades teóricas y entidades observables, resulta seriamente afectada por la siguiente tesis: todo hecho está impregnado de teoría. Efectivamente, es frecuente argumentar que toda descripción de hechos que podamos realizar soporta el peso de cierta carga teórica. Esta *contaminación teórica de los hechos* impide llevar a cabo la distinción entre entidades teóricas y entidades observables, entre hechos y teorías.

La inmediata consecuencia de esta afirmación es la imposibilidad de identificar los hechos de los cuales se supone hay que dar razón, pues éstos, los hechos, son indistinguibles de la teoría y, por tanto, inseparables de ella. Los hechos y las teorías estarían mezclados en un todo indistinguible e inseparable (*holismo «empírico-teórico»*, es decir, de hechos y teorías), y los distintos complejos «empírico-teóricos» serían mutuamente inconmensurables o incomparables (*inconmensurabilidad* entre «teorías», esto es, entre cada todo unificado e indistinguible de hechos y teorías), pues no pueden siquiera intentar dar razón de los mismos hechos, ya que éstos forman un todo con sus respectivas teorías. Cada «teoría» (cada todo unificado e indistinguible de hechos y teorías) sólo puede dar, en realidad, razón de sí misma (de sus «hechos», que no son realmente tales, sino partes de un todo indisociablemente teórico). Para ello no es necesario que las «teorías» mues-

tren grandes diferencias entre sí; «teorías» que difieran sólo en pequeños aspectos son igualmente inconmensurables.

De ser esto así, resulta patente que estaremos abocados a admitir la verdad de la tesis relativista: no hay ni puede haber criterio alguno de validez epistémica, ni tiene sentido hablar de progreso científico. Ahora bien, veamos si realmente es así.

Cuando se afirma que todo hecho está impregnado de teoría, a veces da la impresión de que se afirma tan sólo que la descripción de todo hecho, e incluso su mera percepción o recepción consciente, implican, inevitablemente, la conceptualización de dicho hecho. Parece que se identifica «teoría» con «conceptualización» o uso de conceptos y, por lo tanto, con «significatividad». Pero esto no es teoría. Desde luego, toda recepción consciente de un hecho y toda expresión de un hecho exigen su demarcación significativa, conceptual o intensional, pero tal demarcación no tiene, en principio, por qué ir más allá del hecho mismo. Teoría implica, precisamente, ir más allá de los hechos para dar razón de ellos. No será teoría, por lo tanto, la mera demarcación conceptual o atribución significativa, sino sólo aquella que vaya más allá de la experiencia fenoménica, de lo que la inmediata percepción del hecho muestre y permita. No hay duda de que sería altamente conveniente esclarecer el proceso y relación por el cual la experiencia fenoménica permite e, incluso, exige establecer tal demarcación conceptual o significativa, pero una investigación semejante nos llevaría por caminos muy distantes de los aquí propuestos. Baste para nosotros ahora asumir que la conceptualización resulta imprescindible, siquiera sea como instrumento descriptivo. Por consiguiente, no hay problema alguno siempre y cuando la demarcación conceptual se limite a expresar únicamente aquello que es mostrado por la experiencia fenoménica inmediata.

Ahora bien, ahí reside, según parece, el problema. La cuestión es, precisamente, si es posible llevar a cabo una delimitación conceptual o significativa que se limite únicamente a lo mostrado por la inmediata experiencia. Más con-

cretamente, el problema no sería tanto que la descripción intensional no cubriera la totalidad del campo fenoménico, ya que, en ese caso, tan sólo ocurriría que no atenderíamos a la totalidad de los hechos, lo cual es un inconveniente para explicar los mismos, pero no va más allá de ellos. El problema, se afirma, es que la descripción siempre va más allá de los hechos, introduciendo connotaciones que no se corresponden con lo fenoménicamente presentado. ¿Es esto así? Desde luego, puede serlo en muchos casos, o quizá, incluso, en la amplia mayoría. Pero ¿es esto siempre necesariamente así? El dilema estriba en la posibilidad de establecer la percepción de «hechos puros», no como carentes de significatividad, sino en tanto descripciones fenoménicas que no rebasen lo mostrado por la experiencia inmediata y presente, y que sirvan, entonces, de anclaje o punto de referencia fijo como elementos de los cuales dar razón y en base a los cuales elaborar las teorías. A mi juicio, tal posibilidad es factible y, de hecho, acontece en mayor o menor medida.

Los términos y conceptos de las teorías científicas son elaborados a partir de los términos y conceptos de la vida ordinaria o cotidiana, pues es de la experiencia en éste ámbito de la cual se quiere dar razón en primera instancia. Sin embargo, es claro que la vida cotidiana suele estar plagada de elementos teóricos explicativos por los que la propia vida cotidiana intenta dar razón de su experiencia. Por otro lado, tiene lugar un proceso de retroalimentación por el que las conceptualizaciones científicas revierten, a su vez, sobre las concepciones de la vida ordinaria. Así pues, debemos analizar la posibilidad de establecer conceptualizaciones que se limiten a describir las inmediatas experiencias fenoménicas físicas que puedan tener lugar en la vida ordinaria, y en base a las cuales tienen lugar tanto las explicaciones de la cotidianidad como las explicaciones científicas. La mejor manera de afirmar la posibilidad de tales conceptualizaciones es llevarlas a cabo y poner ejemplos.

Se ha afirmado que cualquier descripción de hechos o fenómenos físicos implica componentes teóricos que van

más allá de lo meramente presente en tales hechos. De este modo, por ejemplo, se afirma (Hanson) que hablar de «cráter» supone realizar referencias a su génesis, bien por impacto, bien por erupción. Pero tales elementos teóricos pueden, creo, ser eliminados. Así, podemos describir la experiencia originaria que da pie a las distintas concepciones del Sol como una especie de disco o forma circular, luminosa, que periódicamente aparece y desaparece realizando movimientos regulares por el cielo; el cual, a su vez, es la porción del espacio situada a una determinada distancia sobre nosotros, y donde, sobre un fondo de color cambiante (azul, negro, gris, rojizo...) se mueven distintos objetos; algunos de forma periódica y regular, como el Sol o las estrellas, las cuales son como puntos brillantes que aparecen cuando apenas hay luz y el cielo está oscuro. Eso es la noche. Cuando hay luz es el día. El Sol suele aparecer de día, y por la noche suelen verse las estrellas y la Luna, que es un objeto habitualmente blanquecino, a veces de forma circular y otras veces no. En verdad, no podemos afirmar que esta mutante forma blanquecina sea la misma cada vez. Quizá tampoco el Sol y las estrellas sean los mismos cada vez. Debajo de nosotros, y en habitual contacto, está la tierra, el suelo, lo que pisamos cuando estamos de pie. La tierra es más o menos dura o sólida, lo que significa que normalmente no te hundes en ella porque no es penetrable si no realizamos ciertas acciones específicas, y se extiende hasta donde alcanza la vista o hasta donde hay agua. El agua es fácilmente penetrable, pues sus partes no se mantienen unidas por sí solas. Hay objetos sólidos que se hunden en ella y otros no. El relieve o superficie de la tierra es más o menos irregular; a veces desciende y a veces sube; a veces desciende para luego subir y a veces sube para luego descender. A veces hay extensiones de tierra más o menos circulares que descienden respecto del nivel de la tierra que las rodea, el cual puede estar, a su vez, más o menos elevado respecto del nivel de la tierra que lo rodea también. Esto sería el hecho «cráter».

En toda esta descripción no se ha aludido a si la Tierra gira alrededor del Sol o al revés, si la Tierra es redonda o plana, si el Sol es una bola o quizás un agujero en el cielo por donde pasa luz, etcétera. Y no parece necesario llevar a cabo tal tipo de alusiones para realizar estas descripciones. Si las descripciones realizadas no se han limitado —como sin duda habrá sido— al objetivo perseguido (no añadir nada a lo fenoménicamente presente), ello será debido a la posible ingenuidad con que esta tarea haya sido realizada y a los prejuicios o presupuestos inadvertidos de mi persona que han derivado en los descuidos subsiguientes, pero *no a que la labor no sea factible*¹³.

13. Quizá se afirme que, mal que pese, la descripción realizada es inevitablemente portadora de una cierta teoría implícita en la práctica totalidad de los términos utilizados (forma, circular, luminoso, aparecer, movimiento, espacio, color, azul, debajo, subir, penetrable, etc.). Reafirmaría que no es así, porque ninguno de tales términos pretende ir más allá de lo fenoménicamente presente. Se pedirá entonces la definición de los mismos para, sabiendo exactamente lo que se pretende significar con ellos, comprobar si, efectivamente, se adecuan a la experiencia de forma estricta y rigurosa. Ahora bien, dicha petición, bajo tan legítima apariencia, puede albergar una intención tan ilegítima como insaciable: exigir que, cualesquiera que sean los términos utilizados en la definición de los iniciales términos descriptivos, aquéllos sean, a su vez, definidos en función de otros términos distintos y más básicos. Esta exigencia es ilegítima por dos motivos. Primero, porque ello supondría un proceso infinito que haría absolutamente imposible realizar cualquier tipo de definición y, por consiguiente, de descripción legítima. Pero, segundo y más importante (pues, según lo anterior, quizá debiéramos pensar en claudicar honradamente), porque no todo término es, a su vez, definible en función de otros términos más básicos o anteriores, sino que, en el proceso definidor, topamos finalmente con términos que no son a su vez definibles, cuyo significado no es compuesto de otros más fundamentales o primarios —sino que es, él mismo, un significado simple y elemental (x)—, y cuya comprensión intensional tan sólo es accesible mediante las distintas pero adecuadas (pues una sólo o idénticas no bastan) percepciones fenoménicas que permitieran, simultáneamente, realizar los pertinentes y fundadores juicios deícticos, ostensivos o señalativos («esto es x »), y establecer así el correspondiente juicio existencial sobre dicho término y significado (« x existe» o «hay x »). Una vez delimitados los significados y términos simples, bási-

Incluso en los dibujos que muestran figuras que pueden ser interpretadas de varias formas (como, por ejemplo, un pato o un conejo, una vieja o una joven, un bulto o un agujero, etc.) es posible realizar una descripción de las figuras sin aludir a interpretación alguna, sino sólo a la forma y distribución de las líneas que componen la figura, y apuntando, además, que tal composición es susceptible de unas determinadas interpretaciones.

Es más, *afirmar que una descripción va más allá de los fenómenos supone la identificación, precisamente, de aquella parte de la descripción que no es reflejo fiel de la experiencia inmediata, y posibilita, de esta manera, llevar a cabo la oportuna adecuación fenoménica*. Efectivamente, la gran pregunta es: ¿cómo es posible afirmar con fundamento que la descripción de un hecho está contaminada de teoría si no es mediante la identificación de dicha teoría «invasora», lo que, por lo tanto, posibilitaría su aislamiento y posterior eliminación?

cos o primarios, entonces es posible reconstruir el significado y definición de los restantes términos compuestos y fundamentar la adecuación fenoménica de las descripciones realizadas. En este sentido, algunos de los términos empleados en la descripción llevada a cabo (circular, penetrable...) son susceptibles de definición en términos más básicos, pero otros parecen haber alcanzado ya la cota máxima de simplicidad, como los clásicos ejemplos de «azul» o «color». Así, «azul» sólo será aprehensible mediante sus sucesivas y adecuadas presentaciones acompañadas de las correlativas adjudicaciones deícticas (del tipo «esto es azul»), posibilitando así el correspondiente juicio existencial («hay algo azul»). En todo caso, incluso aquellos términos empleados dotados de naturaleza compuesta, lo son en un grado tan ínfimo que difícilmente parecen capaces de suscitar divergencias o desacuerdos reales respecto a su correlato empírico o fenoménico a pesar de su habitual ausencia de definición explícita. El análisis realizado se sitúa en la línea de las tesis suscritas en el siglo XX, por ejemplo, por el atomismo lógico (Russell, Wittgenstein), pero también en otras épocas por Descartes (análisis hasta llegar a las naturalezas simples, cognoscibles por evidencia intuitiva) o Leibniz (las mónadas o sustancias simples, elementos de las cosas), o incluso en los escritos de Platón (*Teeteto*) y Aristóteles (*Analíticos segundos*).

Por otro lado, es evidente que la descripción realizada es incompleta en el sentido de que no abarca la totalidad del campo fenoménico de la vida ordinaria. Es más, en nuestra vida ordinaria tendríamos que hablar, además del cielo y la tierra, de edificios, oficinas, coches o trenes, antes que de cráteres. Además, para nada hemos hablado de la descripción física de los procesos biológicos y sociales (y mucho menos de la descripción de las realidades o fenómenos no físicos, según la clasificación de los mismos ofertada al principio de esta exposición). La descripción de todo este complejo eleva de forma sumamente notable el nivel de dificultad aquí ofrecido. Pero no parece que tal cosa sea, en principio, imposible, si bien sí altamente difícil y costosa¹⁴.

Quizá se argumente que los fenómenos descritos pertenecen al campo de la experiencia personal de algunos sujetos, pero ni mucho menos de todos, pues habrá individuos que vivan en un medio físico muy distinto. Pero esto indica tan sólo que las descripciones por ellos realizables serían distintas en la medida en que responden a fenómenos distintos, no que sean imposibles. Por otro lado, la ciencia, en tanto pretende dar cuenta de la totalidad de los fenómenos del ámbito físico, deberá tener en cuenta todas las diversas experiencias de los distintos sujetos. Ahora bien, esto puede plantear el problema de por qué los científicos deberían incluir como variables observables aquellas que no

14. Los presupuestos son tantos y tan difícilmente detectables; la labor se muestra tan ardua y arriesgada... tan radical. ¿Quién se atreve a realizarla?, ¿la física?, ¿quizá la psicología? Viendo lo que estas y las otras ciencias son y hacen en nuestra sociedad, no parece que tengan tal disposición. ¿La filosofía de la ciencia, entonces? Pudiera ser, pero también habría de sufrir grandes cambios, hasta convertirse en algo muy distinto de lo que hasta ahora es, aunque en verdad tampoco parece que sea ésa su tarea. Todo apunta a que será la vieja filosofía quien deba recoger el testigo de un reto que nunca ha soltado y con el cual surgió, de forma autoconsciente, hará ya dos milenios y medio, tiempo durante el cual concretó ésta su labor bajo los indisolubles nombres de epistemología y ontología (o el más equívoco rótulo de metafísica), ya considerados al inicio de este texto.

han observado personalmente. Además del acto de fe o confianza que, en última instancia, tiene lugar aquí, aparece también la cuestión de hasta qué punto posee un individuo justificación fenoménica para afirmar la existencia de otros individuos observadores como él. Resulta patente que semejante problemática solipsista sobrepasa ampliamente los dominios de esta investigación y que, por lo tanto, debe ser obviada aquí.

Así pues, parece que estamos legitimados para establecer, con mayor o menor dificultad, la distinción entre entidades teóricas y entidades observables, entre hechos y teorías, y rechazar así el relativismo que resultaría de no poder establecer tal distinción. Sin embargo, ello sólo implica que no tenemos argumentos para sostener el relativismo de momento, pues hemos rechazado su supuesta fundamentación en el holismo «empírico-teórico», pero nada dice acerca de otros posibles argumentos a su favor, ni tampoco apunta, por ahora, a favor de ninguna de las tesis alternativas al relativismo¹⁵.

No obstante, podría argumentarse que tal conclusión es apresurada, pues todo el análisis realizado muestra la vigencia de la tesis holista de forma bien patente, ya que las descripciones realizadas para cada uno de los objetos descritos (Sol, tierra, etc.) hacían referencias directas a los demás, de manera que todos se implicaban mutuamente y la descripción de uno de los elementos suponía la descripción de todos ellos. Tal cosa es cierta y, por lo tanto, no parece posi-

15. Una refutación total del relativismo (como la del consiguiente escepticismo) ha de llevarse a cabo por una doble vía: negativa y positiva. Vía negativa: refutándolo por autorreferencia, mostrando sus incoherencias y contradicciones (vía insuficiente, pues un relativismo radical y «coherente» es perfectamente capaz de asumir sus «incoherencias», en las que no cree del mismo modo que tampoco cree en la coherencia). Vía positiva, que, a su vez, tiene dos vertientes: mostrando cómo no se cumple de hecho lo afirmado por el relativismo (en este caso, que no hay un supuesto holismo «empírico-teórico») y, a la vez, mostrando la posibilidad y facticidad de alternativas reales (lo que aún está por ver aquí).

ble evitar este tipo de holismo. Ahora bien, este holismo no sería, en modo alguno, un holismo «empírico-teórico», es decir, de hechos y teorías, tal y como fue expuesto en su momento. Se trata, por el contrario, de un *holismo fenoménico*, o sólo «empírico», sin presencia de connotación teórica alguna. La exposición holista o global de todo el campo fenoménico sería, como ya se indicó, difícil y trabajosa, y seguramente inalcanzable, pero no apriorísticamente imposible (salvo, claro está, por la incesante mutabilidad de dicho campo).

Por último, debemos hacernos eco de la problemática suscitada por el estatuto de aquellas entidades observables que lo son sólo mediante el uso de los aparatos y el instrumental científicos. Sin embargo, el problema queda prácticamente disuelto si nos percatamos que estas entidades son, precisamente, eso: *entidades observables mediante instrumentos* o aparatos. Se dirá que la cuestión es si estamos justificados para afirmar tales entidades como observables cuando no las observamos a través del instrumental científico, pero debe indicarse que la misma cuestión tiene lugar en el caso de las entidades directamente observables cuando no las observamos. Surge así, nuevamente, otra línea de investigación cuyo desarrollo no puede ser cursado en el presente estudio. Por otro lado, reparemos en el hecho de que también los órganos sensoriales son, en última instancia, aparatos o instrumentos de observación.

6. El criterio de la verificación

Una vez establecida la distinción entre entidades observables y entidades teóricas, retomamos el objetivo de averiguar cuál de las posiciones acerca del criterio de validez epistémica de las teorías resulta adecuado, comenzando por el positivismo.

Como vimos, el positivismo afirma que el criterio de validez epistémica es la verificación de las teorías, por la

que es posible establecer la verdad o falsedad de las mismas. El progreso científico consistía en la acumulación de conocimiento.

El positivismo no se detiene en la adecuación empírica de las teorías a los hechos que explican, de forma que den razón de ellos. Mantiene que la ciencia consta de un lenguaje descriptivo, y que este lenguaje es, en su totalidad, contrastable y verificable. Las teorías son susceptibles de contrastación empírica, con los hechos. La contrastación puede ser positiva y, en ese caso, la teoría es verificada. Las sucesivas verificaciones de hipótesis teóricas suponen necesariamente el aumento de conocimiento auténtico.

Pero la contrastación de una teoría consiste en su comparación con los hechos, no para dar razón de ellos, sino para comprobar si *todo* lo afirmado por la teoría tiene lugar en los hechos. Verificar una teoría será encontrar en los hechos todo lo que la teoría afirma. Pero la teoría consta, precisamente, de entidades teóricas y de leyes, es decir, de variables *no-observables* y, por lo tanto, *incontrastables e inverificables*. No es posible, pues, la verificación de las teorías (y sin teorías no hay ciencia como tal).

Es cierto que entidades teóricas en un momento pueden pasar a ser entidades observables en un momento posterior. Pero, precisamente, lo que ocurre entonces es que ya no son entidades teóricas; ya no forman parte de la teoría. En este sentido, la verificación de una teoría equivale a su desaparición. Las entidades teóricas, mientras lo son, no pueden ser verificadas ni, por lo tanto, justificadamente consideradas como verdaderas o falsas.

Además es posible y, de hecho, sucede que, en ocasiones, encontramos en las teorías referencias a entidades teóricas en términos no traducibles a enunciados observacionales y, por lo tanto, ya a priori imposibles de observar o verificar. Así ocurre, por ejemplo, en la física contemporánea con el espacio curvo de la teoría de la relatividad o con las diversas paradojas de la física cuántica, como los distintos estados coexistentes de una partícula.

Por lo que a las leyes concierne, ha sido reiteradamente formulada la crítica a la inducción que el establecimiento de tales leyes supone. El *método inductivo* comete una *falacia lógica* al inferir enunciados universales (leyes) a partir de enunciados particulares (hechos). La ilegitimidad de la inducción afecta tanto al aspecto sincrónico (simultáneo o espacial) como al diacrónico (sucesivo o temporal). Por otro lado, también podríamos considerarlo una variante de la «falacia naturalista», al pasar de lo que hay a lo que debe haber (si bien en un sentido nómico no deontológico). En todo caso, el establecimiento de las leyes y, en general, de la teoría, exige ir más allá de la inducción.

7. El criterio de la falsación

Como ya fue expuesto, el falsacionismo sostiene que el criterio de validez epistémica es la falsabilidad, que permite establecer la falsedad de las leyes y teorías. El progreso científico consiste en una aproximación a la verdad.

Según la tesis falsacionista, no es posible efectuar la verificación de las leyes y teorías ni, por lo tanto, establecer su verdad. Pero sí es posible comprobar si tales leyes y teorías son falsas. Ello es realizado con el llamado «método deductivo de contrastación» o el más comúnmente denominado *método hipotético-deductivo*, según el cual es posible, a partir de las leyes y demás entidades teóricas supuestas por una teoría, deducir unos determinados hechos, esto es, predecirlos. La corrección en las predicciones no implica nunca la corrección o verificación de la teoría, sino sólo su corroboración provisional. Sin embargo, por el contrario, el incumplimiento de las predicciones realizadas deductivamente a partir de la teoría sí implica la falsedad de la misma. Siguiendo esta argumentación *modus tollens*, las leyes o teorías pueden ser falsadas o refutadas.

Pero la falsación resulta ser tan ilegítima como la verificación, puesto que incluye a ésta, cayendo así también en la

consiguiente *falacia induccionista*. La falsación supone pasar de la afirmación, particular y contrastable, de que no hay ninguna condición conocida que haya influido en el proceso y por la cual éste no ha sido corroborado (es decir, no ha dado el resultado previsto según la teoría), a la afirmación universal según la cual no hay ninguna condición en absoluto, conocida o desconocida, que haya influido en el proceso e impedido su corroboración. Ahora bien, es claro que esta proposición existencial negativa universal implica un proceso inductivo tan generalizador e incontrastable como injustificado e ilegítimo.

Es imposible establecer la inexistencia de condiciones no previstas o ignoradas. O, dicho de otro modo, no es posible saber, cuando no se obtiene el resultado predicho o esperado por una teoría, si lo que es erróneo y debiera ser falsado y modificado es la teoría en cuestión o si lo son las supuestas condiciones iniciales y presupuestos teóricos más amplios donde se aplica dicha teoría (y, en ese caso, si lo son algunos o muchos y cuáles).

Es por eso por lo que, ante el incumplimiento de las previsiones de las teorías, éstas no suelen ser refutadas y rechazadas sino, más bien, complementadas con *hipótesis ad hoc* que permitan explicar las excepciones. Ello resulta, desde el punto de vista epistemológico, tan legítimo como el rechazo total¹⁶.

Por consiguiente, no resulta posible ni la contrastación positiva (verificación) ni la contrastación negativa (falsación).

Por otro lado, la afirmación de que el progreso científico consiste en un acercamiento a la verdad resulta difícilmente concebible incluso desde las propias tesis falsacionistas,

16. Un análisis más amplio de este crucial asunto puede encontrarse por ejemplo en el artículo de J. J. García Norro «Los tres sentidos del término “infalsabilidad”: las ambigüedades del racionalismo crítico», en *Revista de Filosofía*, n.º 25, pp. 161-185 (Universidad Complutense de Madrid, 2001).

según las cuales nunca es posible conocer la verdad de las teorías. Así, si no es posible conocer la verdad de las teorías, entonces tampoco será posible saber si éstas se aproximan a la verdad, pues ¿cómo podríamos saber que se aproximan a la verdad si no es porque ya sabemos la verdad (conocemos las teorías verdaderas) y comparamos?

Efectivamente, cuando se habla de «acercarse a la verdad», ello puede entenderse en dos sentidos: probabilístico o no probabilístico. En el primer sentido, no puede negarse que eliminar opciones falsas (en el caso de que tal cosa fuera posible) aumenta la *probabilidad* de acercarse (ahora en el sentido no probabilístico) o acertar con las verdaderas, pero no lo garantiza en absoluto. Y en un sentido no probabilístico, que una teoría se acerque o aproxime a la verdad sólo puede significar que aumenta el número de entidades propuestas por la teoría que son verdaderas, que las entidades propuestas por la teoría son más parecidas a las verdaderas o bien una mezcla de ambas cosas. Pero es evidente que lo indicado en cualquiera de los tres supuestos es totalmente incognoscible, pues sólo podría saberse si comparáramos las entidades supuestas por la teoría con las verdaderamente existentes en la realidad y que nos resultan desconocidas, ya que sólo entonces podríamos contrastar las pertinentes coincidencias o similitudes entre ambas entidades.

8. El caso de los cisnes blancos o los cuervos negros

Pese a lo anteriormente dicho, no resulta infrecuente oponerse a las conclusiones establecidas acerca del falsacionismo y argumentar la validez de éste mediante la exposición de hipótesis que, según se pretende, pueden ser efectivamente falsadas. Ejemplos clásicos de tales hipótesis son «todos los cisnes son blancos» o «todos los cuervos son negros». El hecho de encontrar un cisne negro (o, en todo caso, no-blanco) o un cuervo blanco (o, en todo caso, no-

negro) supondría la falsación o refutación de la hipótesis correspondiente de forma indiscutible.

Efectivamente, no hay manera de negar estos ejemplos. Ahora bien, el punto clave reside en si tales ejemplos lo son realmente, es decir, si se trata de auténticas hipótesis teóricas.

Si entendemos «hipótesis» como equivalente a «tesis» o «afirmación» en general, entonces, sin duda, estos ejemplos son hipótesis. Pero una teoría no es solamente una tesis o afirmación. Una teoría es una tesis o afirmación teórica, esto es, sobre entidades teóricas o no-observables y con vistas a explicar o dar razón de los hechos o entidades observables. Y sabemos que «dar razón» es dar razón causal, acudiendo a supuestas relaciones causales entre las diversas entidades, lo que otorga el carácter nómico o necesario de las leyes. Por lo tanto, las hipótesis que puedan valer como ejemplos de estudio deben ser hipótesis teóricas (o meramente hipótesis, pero sólo si entendemos que «hipótesis» equivale a «teoría» o «tesis teórica»). Y es precisamente aquí donde radica el desliz implicado en la exposición de los ejemplos propuestos u otros similares: los ejemplos argüidos *no son hipótesis teóricas*, pues no refieren a entidades teóricas, sino sólo a entidades observables, de las que no dan razón en modo alguno.

Podemos analizar, como ejemplo, la tesis «todos los cisnes son blancos». ¿Qué quiere decir exactamente esta tesis? Puede, en principio, decir dos cosas distintas: 1) todos los cisnes son, de derecho, blancos; y 2) todos los cisnes son, de hecho, blancos.

El primer caso, a su vez, puede significar dos cosas: 1a) que consideramos que el blanco es una propiedad esencial de los cisnes; y 1b) que hay una relación causal (ley) entre los cisnes y otras entidades (teóricas o no) por la cual los cisnes son blancos.

El caso «1a» consiste en una mera definición, por la que toda entidad, para ser cisne, debe ser blanca y, si no es blanca, entonces no es cisne. No es, por lo tanto, susceptible de falsación en modo alguno.

El caso «1b» sí constituiría una hipótesis teórica y, precisamente como tal, tampoco es falsable, pues siempre es posible argumentar, si encontramos cisnes negros o no-blancos, la intromisión de condiciones desconocidas por las que la relación causal entre los cisnes y las entidades consideradas como entidades-*causa* en dicha relación (por ejemplo, cierto material genético) no haya obtenido el efecto habitual y previsible (el blanco de los cisnes).

Si consideramos, por el contrario, el caso «2», vemos que, efectivamente, sí se trata de una proposición falsable. Pero no se trata de una proposición teórica, acerca de variables teóricas, sino de una proposición «empírica», acerca de entidades observables. Lo afirmado es que todos los cisnes son, de hecho, blancos. Pero los cisnes y su color (que es lo referido) son entidades absolutamente observables y no teóricas. Se trata, por consiguiente, de una «*generalización empírica*» y no de una hipótesis teórica.

No obstante, no tenemos seguridad de haber observado todos los cisnes, por lo que la totalidad de los cisnes, ciertamente, podría ser una entidad no observable o, en todo caso, no observada. Pero, de cualquier manera, lo afirmado por la tesis «2» no refiere en modo alguno al carácter nómico y no-observable del tipo presente en la tesis «1b». Y es precisamente dicho carácter nómico causal el que resulta imprescindible para constituir una explicación, pues sólo ello puede dar razón de los hechos o apariencias. La generalización empírica afirma hechos (quizá no observados), pero *no da razón*¹⁷ de ellos y, por lo tanto, no es una explica-

17. Podría argumentarse (como hizo Popper) que insistir en dar razón de algo supone embarcarse en un viaje sin retorno ni final, un proceso justificador infinito en el que siempre deba justificarse o dar razón de la razón o justificación que justificaba o daba razón de la anterior. Sin embargo, a lo largo de la historia ya ha sido puesto de manifiesto en distintas formas y ocasiones (Aristóteles, Descartes, Bergson, Russell, Husserl, etc.) que no toda justificación lo es en función de algo distinto de sí misma, sino que también es posible la autojustificación de algo por sí mismo, e incluso que

ción científica. Repitamos que una teoría no es simplemente una tesis sobre entidades no observables, sino una tesis sobre entidades no observables con vistas a dar razón de entidades observables o hechos, lo que implica postular relaciones causales entre las entidades observables y/o entre éstas y las teóricas. No se da razón de unos hechos afirmando que el mismo tipo de hechos tendrá lugar en el futuro o ha tenido lugar siempre (lo cual, por otro lado, no es susceptible de comprobación positiva, es decir, no es verificable). Para dar razón de los hechos afirmados, la tesis «2» debería transformarse en una tesis del tipo «1b». En el sentido de «2», la tesis «todos los cisnes son blancos» es del mismo tipo que tesis como «todos los bolsillos derechos de los pantalones cortos tienen el forro a rayas rosas y amarillas», o «la familia Pérez siempre veranea en la costa del Mediterráneo».

Podemos, también, comparar el ejemplo de los cisnes con otras tesis como «los cuerpos se atraen de una manera x ». Veremos que, en esta tesis, se implica la afirmación de una entidad teórica: una fuerza de atracción. Sólo si acudimos a esta entidad tiene la tesis auténtico sentido. Por supuesto, la tesis resulta incontrastable, esto es, inverificable e infalsable.

Pero si sustituimos la tesis anterior por otra del tipo «los cuerpos se aproximan unos a otros de una manera x », entonces tendremos que interpretar esta sentencia en alguno de los dos sentidos posibles, equivalentes a «1b» y a «2». Es decir, o bien lo afirmado es que los cuerpos, de hecho, se aproximan unos a otros de una manera x (caso equivalente a «2»), o bien que los cuerpos, de derecho, se

ello es necesario so pena de incurrir en el citado regreso infinito inhabilitador de justificación o fundamentación alguna. Así, frente a la deducción o inferencia deductiva se ha opuesto —complementando— la intuición o captación directa de lo fenoménicamente presente; frente a la demostración mediata, la inmediata *mostración*.

aproximan unos a otros de una manera x (caso equivalente a «1»). En el primer caso (equivalente a «2»), se trata de una mera constatación o de una generalización empírica sin ningún alcance teórico ni explicativo. En el segundo caso (equivalente a «1»), sólo puede entenderse en el sentido de «1b», esto es, en el sentido de que los cuerpos mantienen entre sí o con otras entidades una relación causal tal que les produce como efecto la aproximación mutua de la manera x . La relación causal y , de postularse, las entidades que no son cuerpos podrán consistir en algo análogo a la fuerza de atracción implícita en la versión original, pero no necesariamente. En todo caso, se trata de variables teóricas que dan origen, ciertamente, a una explicación, la cual, nuevamente, resulta en todo punto incontrastable.

9. El criterio instrumentalista

Como ha podido comprobarse, las teorías y explicaciones científicas no son contrastables ni por verificación ni por falsación. Por otro lado, es evidente que no son evidentes, esto es, que no se trata de juicios analíticos inferidos a partir de las demarcaciones conceptuales que reflejan la inmediata experiencia fenoménica (lo cual las constituiría en necesariamente verdaderas), pues no consideran la realidad física en su estructura formal (como se vio en la primera parte de esta exposición). Tan sólo resta, como alternativa al relativismo, la opción instrumentalista.

Como se indicó, para el instrumentalismo o pragmatismo, el criterio de validez epistémica es la utilidad u operatividad de las leyes y teorías científicas, y el progreso científico se refleja en el progreso tecnológico, resultado del aumento de la capacidad operativa.

El análisis de la realidad científica nos muestra que las explicaciones científicas (leyes y/o teorías) no son verificables ni falsables. Pero debemos recordar que la explicación no era el único objetivo de la actividad científica, sino que

ésta también buscaba la mayor capacidad predictiva posible, entendiendo por capacidad predictiva también la capacidad de control y manipulación y, en general, la capacidad operativa. También vimos cómo estos dos objetivos de la ciencia eran independientes, pues podían darse elaboraciones explicativas sin aumento de capacidad predictiva u operativa, así como predicciones sin el menor atisbo de explicación relacionada.

Ahora bien, lo que implica el instrumentalismo es que podemos dar un paso más en este análisis y sostener una relación entre los dos objetivos de la ciencia. Esta relación no es, como se ha visto, de dependencia, sino, acaso, de «conveniencia». Sería la siguiente: el objetivo de predicibilidad o *capacidad operativa constituye el criterio de validez explicativa*, mientras que, por su parte, el objetivo de la *explicación constituye un medio o instrumento sumamente útil para la operatividad*.

El objetivo de la predicción u operatividad se convierte, en la medida en que es conseguido, en criterio de validez del objetivo de la explicación, de la cual se sirve. Ello implica que la explicación es, a su vez, un medio o instrumento que puede servir para la predicción u operatividad y que, puesto que precisamente se persigue la predicción u operatividad, de hecho sirve como medio o instrumento para ella.

Esto explica por qué nuestra civilización ha alcanzado una mayor capacidad operativa que aquellas que no ligaron la búsqueda de operatividad a la finalidad explicativa: porque la explicación es un instrumento sumamente útil para la predicción cuando se pone al servicio de tal finalidad¹⁸. A

18. Por supuesto, ello en nada contradice el hecho de que la capacidad operativa y de control, aquí considerada como fin de la actividad científica, sea, en sí misma, medio o instrumento al servicio de quienes la controlan y dominan, de los cuales dependerá el buen o mal uso que se haga de la misma. Como se verá después (punto 12), la importancia de este asunto alcanza incluso a la fundamentación y establecimiento del criterio instrumentalista como criterio de carácter neutro y objetivamente válido.

su vez, también podemos explicar por qué la explicación permite, en ocasiones de forma denostativamente tildada desde el realismo (Putnam) como «milagrosa», la predicción: porque es precisamente la predicción el objetivo buscado por la explicación científica. No es que la explicación tenga como único objetivo la predicción. Sabemos que la explicación tiene como objetivo prioritario dar razón de las apariencias, y ello, por sí sólo, no implica la búsqueda de capacidad predictiva u operativa. Pero ocurre que, en la ciencia, ambos objetivos van a la par, y puesto que son múltiples (en realidad, ilimitadas, ya que no son contrastables) las explicaciones posibles capaces de dar razón de los hechos, el único criterio de selección posible es atender el grado en que tales explicaciones permiten la consecución del objetivo operativo. Las explicaciones o teorías se fundan en la realidad, ciertamente, pero en la realidad en tanto que predecible y susceptible de control.

Así pues, no «todo vale», como afirmaría el relativismo, sino que, más bien, «todo vale en la medida en que vale» o sirve, esto es, en la medida en que es operativo. Vale lo que funciona y en la medida en que funciona, y no todo funciona igual.

En realidad, ha de indicarse que quizá no sea riguroso considerar el criterio instrumental como un criterio epistémico en el sentido fuerte o habitual, en la medida en que nada dice acerca de la verdad o falsedad de las explicaciones teóricas y, por lo tanto, no mantiene una tesis realista respecto del conocimiento científico. Se trata, precisamente, de un criterio —y un conocimiento— instrumental, ni más ni menos, y se trata del único criterio objetivo (o «racional», que diríamos vulgarmente) que permite dirimir entre las citadas explicaciones teóricas, a la par que progresar en la finalidad predictiva que las alienta. En sí mismas, todas las explicaciones cumplen su objetivo (el propiamente explicativo) en la medida en que consiguen dar razón de los hechos.

No se niega que las teorías sean, en sí mismas, verdaderas o falsas. Lo que se niega es que nosotros podamos

conocer su verdad o su falsedad. Recordemos que si una teoría fuera verificada (en sus afirmaciones existenciales sobre entidades teóricas no nómicas, cuya observación futura es factible; no así en lo que a las leyes respecta), ello supondría la desaparición de la teoría como tal (o la desaparición de las entidades teóricas verificadas, que dejarían de ser teóricas). Por otro lado, también señalamos, al tratar la verificación, la posibilidad de encontrar en los enunciados teóricos términos no traducibles a enunciados observacionales.

Podemos señalar, también, cómo una mirada mínimamente detallada a la historia de la ciencia puede apoyar la tesis instrumentalista frente a las tesis positivista, falsacionista y relativista.

Sin duda que una teoría, de ser verdadera, funcionaría seguro y daría lugar a la mayor operatividad posible, pero no sería la única teoría capaz de tales logros. Siempre es posible elaborar teorías alternativas que den razón de los mismos hechos con la misma precisión. Ello nos lleva directamente a la cuestión de cómo elegir entre teorías con idéntica validez «epistémica», es decir, con la misma capacidad operativa.

10. Criterios secundarios

En lo que a explicaciones confiere, no sólo es posible elaborar distintas explicaciones que den razón de los mismos hechos, sino también elaborar explicaciones que den razón de los mismos hechos y que otorguen la misma capacidad predictiva u operativa. Esto es (si bien con las limitaciones implicadas en lo que respecta al mismo y mejor cumplimiento de la finalidad predictivo-operativa) lo que ha venido en llamarse *infradeterminación* de las teorías por o respecto de los hechos. En esos casos es preciso acudir a criterios secundarios de selección entre teorías alternativas. Los más relevantes serían los siguientes:

- *Adecuación empírica*: la teoría no debe entrar en conflicto con los hechos, tanto con aquellos de los cuales da razón, como con otros distintos.
- *Coherencia lógica interna*: la teoría no debe contener contradicciones lógicas.
- *Coherencia lógica externa*: la teoría no debe mantener contradicciones con otras teorías científicas, sino que debe ser compatible con ellas.
- *Simplicidad*: la teoría debe postular el menor número posible de entidades y tipos de entidades para dar razón de los hechos¹⁹.

Como puede comprobarse, tampoco se trata de criterios realmente epistémicos, pues nada dicen acerca de la verdad o falsedad de la teoría. Se trata, más bien, de criterios que garantizan su posibilidad lógica (los dos primeros), su coherencia explicativa (los tres primeros) y, en última instancia, son criterios de corte *pragmático* (y no realista) que facilitan la manipulación instrumental u operativa de las teorías (los cuatro). A veces suele considerarse que la simplicidad es, además, un criterio estético, y el mismo calificativo podrían perfectamente recibir los demás.

Estos criterios (y cualesquiera otros que fueran propuestos) son, tal y como han sido denominados, secundarios, lo que significa que son perfectamente *sacrificables* en aras del criterio prioritario que es la capacidad operativa.

De este modo, la simplicidad aparece claramente como un criterio práctico que sólo sirve allí donde no interfiere en la capacidad predictiva. Parece sacrificable incluso frente a los demás criterios secundarios, pues no produce ni

19. El criterio de simplicidad así propuesto se opone al popperiano, cuya formulación sería precisamente la inversa: la teoría debe postular el menor número posible de hechos para dar razón de las entidades supuestas. En lugar de ser propiamente un principio de simplicidad de las teorías, el criterio popperiano sería, más bien, un criterio de simplicidad de la aplicación o contrastación de dichas teorías.

fomenta la capacidad explicativa como sí lo hacen ellos. Tan sólo contribuye a la amplitud del alcance explicativo, entendiendo por tal la relación entre porción de hechos explicados y porción de teoría explicativa. Así, una teoría es más simple cuantos más hechos explique con menor teoría. Tal criterio es indiscutiblemente práctico.

Por su parte, los criterios de coherencia lógica, tanto externa como interna, son igualmente sacrificables si lo demanda la finalidad operativa. De ello podemos encontrar en la historia variados ejemplos de teorías coexistentes e incompatibles entre sí, e incluso en la física contemporánea comprobamos que sus dos teorías explicativas fundamentales, la teoría de la relatividad y la física cuántica, son incompatibles²⁰. También el éter tenía propiedades a veces incongruentes según los efectos de los cuales pretendía dar razón, al igual que sucede actualmente en casos como la tesis de la dualidad onda-corpúsculo (pese al Principio de complementariedad de Bohr), que intenta explicar el comportamiento de los electrones.

Respecto a la adecuación empírica, resulta claro que, si una teoría es incompatible con otra, entonces también será incompatible con los hechos de ésta (es decir, al menos con algunos). Pero, de todas formas, el análisis de la falsación realizado ya nos indicó que las teorías pueden mantenerse (y, en todo caso, complementarse con hipótesis ad hoc) pese a resultar inadecuadas respecto de algunos de los hechos de los que pretenden dar razón. El hecho de que las repetidas inadecuaciones de una teoría con los hechos tenga como resultado, a partir de un cierto número de veces, el abandono de esa teoría, no obedece en modo alguno a que la acumulación de supuestas «refutaciones» real-

20. Así, por ejemplo, la teoría de la relatividad afirma que la velocidad de la luz (300.000 km/s) es la máxima velocidad posible, mientras que la física cuántica afirma el denominado Principio de no localidad, que implica la transmisión instantánea y, por lo tanto, una velocidad infinita.

mente falsee la teoría (como cabría interpretar que postuló Lakatos), sino a que la afirmación de ésta resulta ya del todo inoperativa, incapaz desde el punto de vista predictivo, o, al menos, menos capaz que otras teorías (además de la influencia de los posibles factores sociológicos que también puedan entrar en juego en cada caso). Desde un punto de vista estrictamente epistemológico (y nada pragmático u operativo), sería perfectamente factible incluso mantener una teoría que no diera razón de ningún hecho y fuera incompatible con todos ellos, acudiendo para ello a cuantas hipótesis ad hoc resultara conveniente²¹.

Por último, señalar que otros criterios que también suelen aducirse como válidos pueden reducirse, al menos en la mayoría de los casos, a alguno de los criterios expuestos o a varios de ellos. Así, por ejemplo, un supuesto criterio de «heterogeneidad ontológica» (como el así propuesto por H. Longino como opuesto al criterio de simplicidad) resulta finalmente reducible a la adecuación empírica y a diversos criterios sociológicos como el interés político.

11. El progreso científico y la evolución de la ciencia

En función del análisis realizado, podemos afirmar que el *progreso científico* no consiste sino en el *aumento de la capacidad operativa* resultante de la aplicación de las teorías científicas. Dicho incremento operativo, además, suele tener su correlación en el *progreso tecnológico*.

Por su parte, el progreso tecnológico incrementa los límites de nuestras observaciones, haciéndolas cada vez

21. Por ejemplo, una teoría que afirmara que los cuerpos, por sí mismos, tienden a realizar movimientos opuestos a los que de hecho realizan, y que luego justificara tal desajuste acudiendo a (hipótesis ad hoc) la constante intervención de un supuesto agente externo (Dios o similar) o de tantos y tan variados agentes como sea oportuno.

más precisas y aumentando así los hechos o entidades observables de las cuales dar razón, a la par que transformando algunas entidades teóricas en observables²². Estas reconfiguraciones del panorama empírico suponen la elaboración de variantes teóricas que expliquen adecuadamente las novedades introducidas, y estas nuevas teorías explicativas tendrán, si son apropiadas, la consecuente correlación en el incremento de capacidad predictiva/operativa, así como su probable reflejo en lo que a desarrollo tecnológico se refiere. De esta manera tiene lugar un proceso de retroalimentación entre la evolución o desarrollo de las teorías científicas y el progreso tecnológico. Y dado que no podemos saber de antemano qué nuevos datos empíricos serán aportados por el progreso tecnológico, tampoco podemos saber qué teorías podrían dar razón de ellos, por lo que el curso de la evolución o desarrollo de las teorías científicas resulta del todo *impredecible*.

Además, puesto que nada parece impedir la continuidad del proceso tecnológico, el progreso científico parece ser también indefinido. Puede argumentarse que el progreso tecnológico está limitado por los recursos naturales y económicos, los cuales son limitados, por lo que llegará un momento en el que el desarrollo tecnológico deba detenerse, y con él también el desarrollo científico. Pero ¿cómo podemos saber los recursos que precisará la tecnología futura? Y además ¿no podría la tecnología, presente y futura, ayudar a la renovación de los recursos? Sería desviarnos del tema aquí tratado, pero no parece muy difícil mostrar que ya hoy día, e incluso desde tiempo atrás, hay tecnología suficiente, no sólo para no tener que llegar al agotamiento de los recursos, sino incluso para su continua regeneración, y hasta para la producción de nuevos recursos; y que si las posibilidades de este camino no son explotadas, ello

22. Lo que, ciertamente, supone un efectivo aumento del conocimiento empírico real (que no teórico o sólo instrumental).

es debido, fundamentalmente, a los diversos intereses de índole socio-político-económico que giran a su alrededor.

Por otra parte, resulta patente que no es necesario acudir al progreso tecnológico para argumentar la impredecibilidad del desarrollo teórico o explicativo de la ciencia. Basta señalar la posibilidad, siempre presente, de que tuviera lugar un cambio inexplicado o no previsto de cualesquiera de las circunstancias empíricas hasta ahora conocidas.

12. ¿Los problemas de quién?

Se ha expuesto cómo las teorías y explicaciones científicas tienen en la operatividad su único criterio de validez, operatividad que engloba cualesquiera tareas de control y predicción y sus mediaciones tecnológicas, y que se constituye como criterio de validez puramente instrumental o pragmático. Ahora bien, el citado criterio instrumental, si bien se opone a un auténtico criterio epistémico, sí permite establecerse como un criterio objetivo en lo que refiere a los resultados prácticos obtenidos por cada teoría, lo que permite elegir racional u objetivamente entre ellas, optando por aquellas que posibiliten una mayor operatividad manifiesta. Incluso sería lícito considerar que ello es propiamente un criterio epistémico, si bien el conocimiento alcanzado²³ queda restringido al ámbito del conocimiento práctico o instrumental, esto es, del saber técnico, saber hacer o saber-cómo (*know-how*).

Sin embargo, esta objetividad aparentemente indiscutible del criterio pragmático se ve seriamente afectada por una cuestión sociológica que es derivada de su propia naturaleza instrumental. El criterio instrumental refiere a la

23. Además del eventual conocimiento empírico ya citado (nota anterior) y resultante de la ampliación de la realidad observable como consecuencia del progreso tecnológico.

operatividad y lo por ella englobado (control, manipulación, predicción...). Ahora bien, ¿de qué operatividad se trata?, ¿de una cualquiera? Se tratará, claro está, de una operatividad eficaz; mas esto es casi una perogrullada, pues operatividad implica eficacia. ¿Operatividad y eficacia para qué o respecto de qué?, ¿para qué buscamos la operatividad y su eficacia? La respuesta es obvia: para resolver problemas. Pero ¿qué tipo de problemas? Como ya hemos visto, si bien las teorías sirven para resolver problemas teóricos o explicativos, el criterio pragmático sitúa como finalidad prioritaria la resolución de problemas prácticos. Y he aquí el meollo del asunto: ¿qué problemas prácticos?, ¿los problemas de quién? Sin duda que se trata de problemas importantes o así considerados, pero ¿por quién?

En principio, podríamos considerar que se trataría o debería tratarse de los problemas considerados como importantes por la mayoría de la población de las sociedades en las que, como en la nuestra, acontece la actividad científica, es decir, de aquellos problemas considerados como vitales a la par que cotidianos y cuya solución obedece al interés de la mayoría. Sin embargo, ello sólo sería necesariamente así si fuera la mayoría quien tuviera el control real de la actividad científica, cosa ésta que, de hecho, no ocurre. Como en el caso de cualquier otro medio o instrumento, *la actividad científica dirigirá sus esfuerzos a la obtención de aquellos fines determinados por quienes controlen dicha actividad*. Esto es, su objetivo será la resolución de aquellos problemas considerados como relevantes por quienes la controlan en función de cualesquiera intereses que éstos posean. ¿Y quién controla la actividad científica? Desde luego, no la base de la población. ¿Tal vez los científicos? Puede que aún sea así en ciertos casos pero, dado el cada vez más alto coste de la actividad científica, el control de la misma pasa, cada vez más, de la mano de los científicos a la de quienes proporcionan los oportunos recursos económicos: los Estados y las grandes multinacionales; es decir, la clase política y empresarial (si bien es

claro que no puede entenderse a ésta como una instancia monolítica o desvinculada, por ejemplo, de la militar o de la religiosa, en función de las circunstancias concretas de cada momento y lugar). Entonces, queda manifiesto que el desarrollo de la actividad científica se ejecuta siguiendo los intereses de la mencionada clase, los cuales, por otro lado, difícilmente coinciden con los de la mayoría de la población en gran número de casos²⁴.

Pues bien, ¿en qué medida afecta lo dicho a la objetividad del criterio instrumental de la actividad científica, esto es, a la objetividad de su alcance operativo? Responder adecuadamente a esta pregunta exige distinguir en la actividad científica entre lo concerniente propiamente a la validez u objetividad instrumental de las teorías científicas y lo concerniente al desarrollo de los distintos usos y aplicaciones prácticas de las mismas (como es el caso de los ejemplos citados en la nota anterior). En lo que respecta a esto último, está claro que podrían ser muy diferentes si el panorama sociopolítico fuera realmente distinto. Pero este asunto corresponde claramente al campo de la sociología que se ocupara de la tecnociencia, pudiendo incluirse en el ámbito de la sociología de la ciencia o junto a ella. Respecto a la objetividad del criterio instrumental o de capacidad operativa de las teorías científicas, el análisis también se introduce en el campo de la sociología y la sociología de la ciencia, ya que no es posible evitar tal incursión si queremos llegar a examinar si hay o no un vínculo real con dicho campo y, por

24. Coincidirán frecuentemente en aquellas aplicaciones tecnológicas a la vida cotidiana que permitan cierto beneficio económico con su oportuna mercantilización comercial, como son los útiles caseros, los instrumentos de trabajo, los bienes primarios y de ocio, algunos medios de transporte y energía, etc., pero ni siquiera es preciso remitir a casos como las carreras armamentística o espacial para encontrar las divergencias, pues éstas se hallan también en la práctica totalidad de los ejemplos citados y considerados como de coincidencia (así es claro actualmente en casos como las energías atómica y no renovables, el transporte privado en automóvil, los alimentos transgénicos, la propia televisión...).

lo tanto, una cierta dependencia respecto del mismo. ¿Lo hay? Y si lo hay, ¿hasta qué punto? Es decir, ¿en qué medida se ve afectada la capacidad operativa de las teorías científicas —no sólo sus aplicaciones prácticas concretas— en función del panorama sociopolítico? ¿Serían igualmente susceptibles de alcanzar operatividad o eficacia las mismas teorías en distintos marcos sociopolíticos?²⁵ Como podremos observar, la respuesta será muy distinta según cuál sea el campo de la ciencia (o sea, las ciencias concretas) que examinemos.

Así, en un lado tenemos las *ciencias propiamente físicas*, es decir, cuyo objeto es real y estrictamente físico, como la física o la química y, en general, las llamadas *ciencias naturales* (pese a la inclusión en dicho grupo de la biología, en tanto que su objeto posee características sensiti-

25. Como puede observarse aquí y a lo largo de este estudio, en el análisis de la realidad científica, los ámbitos tradicionalmente relativos a la sociología de la ciencia y a la filosofía de la ciencia —descriptivos o externos o normativos o internos— o, en definitiva, los contextos de descubrimiento (justificación social) y de justificación (justificación epistemológica) *se pueden distinguir* (frente a lo habitualmente postulado por las distintas sociologías del conocimiento científico de corte relativista como consecuencia de aplicar el «principio de naturalización» al estudio de dicho conocimiento) *pero no separar*, y ello de manera no sólo contingente o circunstancial (como podría inferirse a partir de las investigaciones sociológicas empíricas concretas o estudios de caso), pues es el caso que hay momentos de mutua *implicación lógica en ambas direcciones* entre ambos planos. Primeramente vimos (punto 3) cómo el plano sociodescriptivo debía tratar el ámbito epistemológico normativo; ahora vemos cómo éste remite nuevamente a la empiria sociopolítica. Sucede, no obstante, que tales derivas sociopolíticas de la posición instrumentalista no han sido sin embargo efectuadas por sus representantes más insignes (Laudan, van Fraassen, Rescher...), mientras que, por otro lado, las tesis en este sentido más próximas a las aquí expuestas son las mantenidas —además de por Feyerabend y por los sociólogos de la ciencia y demás autores de corte marcadamente sociologista y relativista— por distintos autores y corrientes de raigambre o inspiración marxista (Escuela de Frankfurt, Habermas, *Internationale Situationiste*, *Survivre*, Lévi Leblond, *Science for the People*...).

vas, cognoscitivas, apetitivas... que van claramente más allá de lo puramente físico). En este caso sucede que, cualesquiera que sean los fines o problemas planteados, la solución de los mismos pasa por el *mismo y único medio*, que se constituye así en el exclusivo criterio de operatividad, y que es el siguiente: el movimiento o desplazamiento y la transformación de la mayor cantidad de materia o realidad física en el menor tiempo y con el menor esfuerzo posibles. Sea cual sea el propósito marcado, éste pasa por operar con los fenómenos físicos de la manera más eficaz posible al modo descrito. En este sentido, serán las aplicaciones y operaciones realizadas, y no tanto la capacidad operativa en sí misma, lo que seguiría caminos claramente distintos de cambiar los fines u objetivos prácticos propuestos. Pero todos ellos buscarían, para su mejor cumplimiento, alcanzar la mayor operatividad posible en el campo de lo físico y, por lo tanto, echarían igualmente mano de aquellas teorías que así lo permitieran. Por lo tanto, es posible que en un marco sociopolítico diferente se hubieran desarrollado otras teorías físicas distintas, por ejemplo, de la cuántica, y quién sabe si dotadas de mayor o menor operatividad, pero ello habría obedecido a causas sociológicas ajenas al propósito instrumental u operativo, el cual sería siempre idéntico y permitiría dirimir objetivamente entre esas y cualesquiera otras teorías, en el supuesto de poder acontecer la coexistencia real de las mismas, posibilitando así su correspondiente comparación efectiva²⁶.

26. Por otro lado, es claro que ciertas teorías en ciencias naturales podrían favorecer unas ideologías frente a otras y una consiguiente mayor manipulación de ciertos grupos sociales (por ejemplo, religiosos) frente a otros, e incluso en el campo de las ciencias formales apoyar unas teorías frente a otras puede responder a intereses de grupos intracientíficos entre los cuales cabe obtener una determinada capacidad operativa, pero en ambos casos el objeto susceptible de tales manipulaciones no es el propio de tales ciencias, sino el correspondiente a las ciencias humanas y tratado a continuación.

13. La constitución de las ciencias «humanas» en ideología reaccionaria

Empero, la situación es bien distinta en el caso de aquellas *ciencias comúnmente llamadas «humanas»*, «del espíritu» o «sociales», cuyo legítimo objeto de estudio es el ser humano y la acción humana en cuanto propiamente tales, es decir, precisamente en lo que refiere a su especificidad humana, lo que, quiérase o no, desborda ampliamente el campo ontológico de lo meramente físico. Sucede en estas ciencias, al contrario que en las anteriores, que *los medios oportunos pueden ser de índole radicalmente distinta e incluso contrapuesta según los problemas planteados*, esto es, según los fines e intereses perseguidos, los cuales, como ya fue indicado, presentan una no menor divergencia y oposición en función de quién de hecho los sustenta²⁷.

En este sentido destaca el reduccionismo (ontológico) fisicalista propio del positivismo naturalista²⁸ cuasi omnipresente en las teorías dominantes también en estas ciencias, el cual tiene su inevitable correlato en un determinismo igualmente inexorable. Se admita o no, el resultado ineludible es entonces una *imagen totalmente cosificada y despersonalizada de la realidad humana*, donde no

27. Por decir escuetamente lo que tampoco parece precisar de mayor comentario: un amplio porcentaje de la gente sólo quiere ser feliz disfrutando de un cierto bienestar y causando el menor perjuicio posible a los demás; por su parte, el análisis de la realidad muestra que, con independencia de los fines que pudieran tener en una fase previa, las clases dirigentes han orientado la mayor parte de su actividad a mantener y aumentar su privilegiado estatuto socioeconómico aun a costa del perjuicio y la desgracia de la restante población, por muy mayoritaria que sea ésta.

28. O, en general, del naturalismo, entendiéndolo por tal el presupuesto ontoepistemológico según el cual el único conocimiento válido es el de las ciencias naturales y que, por lo tanto, si las ciencias humanas quieren ser conocimiento han de reducirse a ciencias naturales. Vemos así cómo ello implica directamente tanto el reduccionismo ontológico (de lo que hay) fisicalista —tratado ahora— como el reduccionismo epistemológico (del conocimiento de lo que hay) científicista —tratado a continuación—.

cabe hablar en absoluto de algo así como agentes o sujetos conscientes o intencionales, libres o responsables, eliminando cualquier oportunidad de introducir o afirmar la existencia de un plano normativo, prescriptivo o ético en un sentido auténtico, esto es, con independencia de los distintos encadenamientos causales establecidos por las diversas teorías científicas. Se trata, en definitiva, de una desvirtuación o «deshumanización» de las ciencias «humanas». A ello debe añadirse el igualmente injustificado cientificismo (reduccionismo epistemológico), que considera que sólo la imagen del mundo y la realidad ofrecida por la ciencia tiene el adecuado fundamento epistemológico y que, por lo tanto, sólo ella debe ser tenida en cuenta. Por otro lado, reparemos en que sería totalmente factible operar con teorías cuyas bases y presupuestos ontológicos y epistémicos fueran acordes a lo expresado tanto por un estricto análisis fenomenológico como por el «sentido común» (considerado en filosofía por la «filosofía del sentido común» o en psicología por la «psicología popular» o «*folk psychology*»), al menos en aquello según lo cual nos concebimos a nosotros mismos y a los demás como personas, es decir, como sujetos agentes, conscientes, libres y responsables, capaces de acceder a un plano sustantivamente normativo que nos permite distinguir entre lo bueno y lo malo, lo lícito y lo ilícito; y a esta concepción las teorías podrían añadir el estudio de las regularidades empíricas mediante la oportuna utilización de cualesquiera instrumentos y parámetros de medición, tal y como de hecho hacen, con lo que ello no afectaría lo más mínimo a su capacidad predictiva. Sin embargo, no se hace así; ni parece que pretenda hacerse.

De este modo, nos encontramos con una concepción determinista según la cual carece de todo sentido formular el menor atisbo de crítica fundamentada, pues siempre hay lo que necesariamente ha de haber y no hay opción de enfoques divergentes, promovándose así la tácita *aceptación del statu quo* vigente en cada momento. Efectivamente, la

citada aceptación del statu quo parece ser el único objetivo lógicamente coherente y deducible de una concepción de la ciencia que, como hemos visto, no resulta comparativamente más útil ni adecuada tanto en lo que se refiere al interés explicativo como en lo que concierne al predictivo. Como es obvio, ello beneficia a quienes ocupan las posiciones privilegiadas del sistema y que, precisamente, coinciden en gran o total medida con aquellos que controlan la actividad científica. Por lo tanto, parece manifiesto cómo en estas ciencias se mantienen justamente aquellas teorías que tienden a secundar (al menos en su mayor parte) los intereses prioritarios de las clases dominantes (aunque es evidente que tan preciso resulta incluir aquí las cuestiones de clase como las de género o afines), teorías que a buen seguro diferirían en aspectos muy fundamentales de servir a intereses emancipatorios y mayoritarios, pues para estos fines e intereses son muy otros los postulados y teorías que permiten la eficacia u operatividad por ellos deseada.

Así pues, llegamos a la tesis anunciada al comienzo de esta exposición: la constitución de la concepción de la ciencia imperante —especialmente en el caso de las ciencias «humanas»— y de las teorías de ella derivadas en *ideología reaccionaria*.

Como se indicaba, no es la operatividad exclusivamente predictiva y tecnológica lo que se vería afectado en un hipotético y deseable cambio en las bases y presupuestos ontoepistemológicos naturalistas de las teorías actualmente dominantes en las ciencias no estrictamente físicas (pues junto a las llamadas ciencias «humanas» también podemos situar la biología por la ya citada razón de que su objeto, el ser vivo, posee características que sobrepasan el ámbito de lo estrictamente físico), ya que dicha operatividad probablemente no cambiaría en absoluto, sino que lo directamente afectado sería aquella operatividad relativa al control y manipulación, no de la realidad física en sí misma, sino de la realidad humana en cuanto propiamente tal, esto es, de los individuos o seres humanos: de las personas. Se trata, en

efecto, de la *manipulación ideológica* contundentemente ejercida por medio de la difusión e introyección de las citadas teorías científicas y sus tan injustificados como reaccionarios postulados ontoepistemológicos entre el común de la población desinformada a este respecto (la gran mayoría), lo que se constituye en un excelente medio o instrumento al servicio de los intereses de las clases dirigentes, intereses sin duda relevantes para dichas clases, pero no para los por ellas dirigidos, quienes objetivamente tendrían como eficaces y operativas para sus propios fines e intereses a teorías de muy distintas bases ontoepistemológicas y sus correspondientes consecuencias prácticas e ideológicas. En este sentido, las tesis e investigaciones respecto a, por ejemplo, la expresión genética en biología o la función de las estructuras neocorticales en psicología, seguirían manteniendo idéntica validez y operatividad, pero no sería así en el caso de los presupuestos fisicalistas y sus equivalentes deterministas en estas y otras ciencias de la realidad humana: biologismo genético o sociobiologismo en biología, teorías de la identidad mente-cerebro, eliminacionismo, funcionalismo computacional o psicología evolucionista en psicología (pero también psicologismos de diversa índole), sociologismo, historicismo o economicismo en sus respectivas ciencias, etcétera.

En función de las características mencionadas que poseen las citadas teorías científicas en el campo de las ciencias humanas y por las cuales características dichas teorías se instrumentalizan como elementos de manipulación ideológica con fines reaccionarios, podemos ver que se trata de: 1) teorías naturalistas: los ya tratados científicismo y fisicalismo, el biologismo (afirmando, análogamente al fisicalismo, que toda realidad es de naturaleza biológica y está determinada, por ejemplo al modo de la sociobiología clásica: todo comportamiento tiene en los genes su instancia determinante última), etc.; y 2) teorías deterministas: además de las propiamente naturalistas ya citadas son también deterministas el sociologismo (entendiendo por tal la tesis

de que todo el comportamiento de los seres humanos está determinado por las condiciones sociales), el historicismo (postulando que la historia está determinada), el economismo (cuya determinista preconcepción de la economía sufrimos, por ejemplo, cada vez que los políticos nos argumentan cómo la coyuntura socioeconómica del momento «exige» que a la gente se le baje el sueldo mientras ellos se lo suben nuevamente), etc.²⁹

Si centramos ahora la mirada en el campo de la *psicología* dominante, es decir, la que gozamos-padecemos en las facultades, vemos entonces cómo la práctica totalidad de las teorías que allí florecen y se cultivan lo hacen inmersas en el más puro reduccionismo naturalista al amparo del paradigma hoy llamado «cognitivo-conductual», como son los casos de las teorías de la identidad mente-cerebro³⁰, el

29. Por otro lado, cabe indicar que la situación no difiere sustancialmente si oscilamos hasta el extremo del radical relativismo que —al menos en apariencia quizá simplificadora— invariablemente decora el aspecto o imagen pública de ciertas no menos notorias corrientes con habituales aspiraciones omniexplicativas en las ciencias humanas o sociales: evidentemente, el relativismo no presupone tesis naturalistas ni deterministas; de hecho, no presupone tesis alguna (nos referimos, claro está, al relativismo total o no parcial, es decir, aquel que afirma, no que algo es relativo — en un campo de la realidad o en algún sentido—, sino que absolutamente todo es relativo, con el consecuente escepticismo también total de ello resultante); sin embargo, el relativismo se constituye claramente también en una ideología reaccionaria porque —al igual que el determinismo— también rechaza la posibilidad de la auténtica acción humana o con sentido: si todo es relativo, ¿qué sentido tiene hacer una cosa y no su contraria? La conclusión es que, nuevamente, carece de sentido hacer cualquier cosa y que, por lo tanto, la praxis sociopolítica está fuera de lugar.

30. Convendría reparar especialmente en la teoría de la identidad mente-cerebro por ser ésta quizás la más simple a la par que extendida o conocida: pensar que vamos a llegar a averiguar *qué es* la percepción, el pensamiento, el conocimiento, la memoria, la emoción, el deseo, la voluntad, la creencia, o cualquier otro acto o realidad anímica o psicológica, pensar que vamos a llegar a saber qué son estas cosas estudiando el cerebro (o el sistema nervioso en general), es tan absurdo como pensar que vamos a averiguar qué es el tiempo analizando un reloj, o qué es el movimiento

eliminacionismo, el funcionalismo computacional, la psicología evolucionista, etc.; e igualmente con respecto a los determinismos y psicologismos, tanto conscientes como inconscientes (pues tanto da si nuestros actos o acciones se hallan determinados por una concatenación causal —y, por tanto, determinada— de actos psicológicos de los cuales tenemos consciencia como si lo son de otros de los cuales no tenemos consciencia, ya que la atribución de un supuesto gobierno inconsciente del ser humano en nada afecta a la concepción mecánico-determinista del mismo)³¹.

analizando la articulación de la rodilla o el proceso de combustión de la gasolina, o qué es sumar destripando el cableado y chips de una calculadora. Ello no significa que carezca de sentido estudiar estas cosas, pues gracias a estudiar el mecanismo de la calculadora podremos utilizarla para sumar adecuadamente, gracias a estudiar los relojes podremos construir relojes que midan el tiempo correctamente, gracias a estudiar la rodilla podremos reponernos de una lesión, etc.; e igualmente gracias a estudiar el cerebro podremos reponernos de lesiones que permitan que mis percepciones, memoria, etc., no se alteren, o mejor dicho, que no se alteren de modos o formas que no deseemos que se vean alteradas. Hace ya dos milenios y medio discutía contra igualmente torpes reducciones fiscalistas Platón en su *Fedón* (98c-99d), y no parece que se haya aprendido todavía la lección a este respecto en nuestros días.

31. Cabe resaltar aquí que el cada vez más abundante uso actual de los conceptos de azar, caos o indeterminismo como elementos explicativos de la acción humana en modo alguno producen cambios sustanciales en la situación descrita, pues arrojan una imagen igualmente cosificada y despersonalizada del ser humano (no en vano son de hecho extrapolados de la física), por lo que en realidad no son explicativos de la genuina libertad humana (cuyo complejo y pertinente análisis lamentablemente no tiene aquí cabida) a la que pretenden conceptualmente sustituir, sino, antes bien, desvirtuadores de la misma: libertad no es azar, pues no carece de sentido (una acción libre no es una acción arbitraria, sin sentido y absurda, sino que tiene motivos o razones —que no causas determinantes—); el caos en física es un determinismo complejo y por ello impredecible, pero igualmente determinismo; el indeterminismo cuántico acontecería en el plano de las partículas subatómicas, bien que sean de nuestro cerebro, y la relación explicativa postulada entre dicho plano y el de la acción humana es en todo caso una relación causal y por tanto determinista (perfectamente englobable, por ejemplo, en la teoría de la identidad mente-cerebro).

Por otro lado, los estudiantes de psicología tenemos la incomparable «oportunidad» de escuchar en incontable número de ocasiones, en casi todas las asignaturas de la carrera, lo que resulta ser una *declaración explícita y directa de intenciones reaccionarias*, cuando nos repiten insaciablemente que el objetivo del psicólogo y la psicología (como, en general, de las ciencias «humanas» vigentes) es «adaptar el individuo a la sociedad», sin que en ningún momento sea cuestionada la pertinencia o licitud tanto de la sociedad en cuestión como de la consiguiente adaptación a la misma; y no dudando dentro —y también fuera, si es que se deja hacer aún la distinción— del campo de la psicoterapia (campo común tanto a la psicología como a la psiquiatría y la medicina en general) en echar mano para tal fin de cualesquiera fármacos que resulten pertinentes (pues los electroshocks y otros medios afines parecen hoy día relegados a circunstancias más concretas y excepcionales, si bien aún presentes), en consecuencia lógica con las teorías biopsicologistas (fiscalistas) más extendidas y dominantes.

14. El mito de la ciencia

Recapitulando, tenemos la conclusión de que las explicaciones científicas no son, en definitiva, mas que *narraciones más o menos coherentes entre sí y con los hechos, y cuyo único criterio de validez estriba en la operatividad por ellas proporcionada en función de los problemas previamente determinados como relevantes, según el criterio e intereses de quienes controlan la actividad científica*.

Ello choca directamente con la concepción ampliamente difundida que de la ciencia se tiene en general en nuestra sociedad actual: la «concepción heredada» del criterio positivista. El positivismo domina, efectivamente, como paradigma explicativo de la ciencia, si bien el falsacionismo parece haberle tomado el relevo en el ámbito de la comunidad científica interesada por realizar una cierta reflexión

sobre el estatuto de su propia actividad. En todo caso, se trata de criterios realistas donde supuestamente podemos conocer la verdad o la falsedad de las teorías. Los argumentos instrumentalistas, relativistas y de corte sociológico parecen relegados al campo de las investigaciones meta-científicas, esto es, de la filosofía de la ciencia, la sociología de la ciencia, etc., donde parece haber más variedad.

Si las tesis de índole instrumentalista aquí expuestas son acertadas, entonces aparece con claridad la conveniencia de anunciarlas, a la par que de denunciar el estatuto ideológico y cuasi religioso alcanzado por las afirmaciones realizadas por la ciencia o, en todo caso, atribuidas a la ciencia, estatuto por el cual dichas afirmaciones son asumidas como ciertas e incontrovertibles. Efectivamente, podemos hablar del *mito de la ciencia*, al igual que también podemos hablar del *mito del experto o especialista* que puede ser el científico (no siempre; hay otros tipos de especialistas). El mito del experto es doble. Por un lado, consiste en la creencia de que sólo el experto es realmente experto, es decir, que sólo quien tiene el reconocimiento oficial de experto (titulación o similar) tiene los conocimientos necesarios sobre el campo en cuestión para realizar afirmaciones consistentes y fundamentadas. Pero es evidente que la posesión de un título no garantiza nada (como podemos inferir de los análisis de la ciencia y de nuestra sociedad realizados, y como sabemos, a «ciencia» cierta, quienes lo tenemos o estamos en vías de ello) y, por otro lado, resulta que, en un amplio porcentaje de nuestra sociedad, mucha gente tiene habitualmente la posibilidad de leer cualesquiera libros y saber tanto o más que el especialista oficial de un campo concreto, lo que muestra claramente la independencia entre título y conocimientos. Todo lo más, el título indica una mayor probabilidad de haber adquirido ciertos conocimientos³². Por otro

32. A ello hay que sumar la vigente tendencia educativo-formativa de crear exclusiva e indiscriminadamente especialistas al cuadrado, esto es, espe-

lado, el mito del experto consiste en la creencia de que, cuanto más experto sea el experto, mejor y más honrado y honesto es. Tanto tiempo preguntándose Platón y otros si la virtud era o no enseñable y cómo se adquiriría, y ahora resulta que basta con adquirir unos conocimientos precisos sobre un tema concreto para que, automáticamente, la bondad nos posea y se expanda hasta los límites de nuestro ser. Por otro lado, no debería sorprender el hecho de que son precisamente aquellas personas propietarias de los conocimientos más especializados, si tales conocimientos resulta que son relevantes y que sólo unos pocos los poseen, quienes serán objeto de mayores tentaciones como resultado del poder que tal conocimiento proporciona (poder que suele tener su reflejo en el cargo, el mando, o en la mera capacidad comunicativa y de persuasión social).

La manipulación susceptible de ser realizada a través de las supuestas verdades emitidas por las mitificadas ciencias y sus no menos mitificados expertos cobra especial relevancia en el caso de las ciencias biológicas y psicológicas (por no hablar de las económicas, con el postulado economicista ya indicado en el punto anterior), respecto a las que periódicamente podemos comprobar el intento de justificar la puesta en marcha de diversas decisiones políticas con una supuesta base o fundamentación científica —y por tanto indiscutible para el común de la gente— en dichas ciencias.

Así, por ejemplo, se alude a diferencias «naturales» ligadas a la raza o al sexo para justificar políticas de trabajo y educación (justificación de los roles de trabajo tradicionalmente femeninos y masculinos, ausencia de inversión educativa en colectivos étnicos o raciales, no aplicación de la discriminación positiva, etc.). También en el ámbito de la

cialistas sumamente especializados, lo que no contribuye sino a la proliferación de individuos técnicos tan sustantivamente instrumentalizados como ignorantes, pues casi nunca es sólo una frase que quien sólo sabe de una cosa ni siquiera de eso sabe.

sexualidad se nos informa de supuestos descubrimientos de, por ejemplo, el «gen de la maternidad» (cuya ausencia en los ratones al parecer provoca que mamá ratona mate a sus retoños; las mamás y papás humanos a veces hacen eso sin que les falte o quiten gen alguno) o el «gen de la homosexualidad» (presente en el 40% de los homosexuales, sin que medie explicación alguna tanto de su ausencia en el 60% restante como del $x\%$ de los heterosexuales en los que se haya presente). Igualmente se apoyan en supuestos estudios «científicos» (que luego resultan no cumplir siquiera los mínimos requisitos explícitamente exigidos por la propia comunidad científica) para justificar decisiones políticas respecto al control de ciertos hábitos sociales, como es evidente en el caso de las llamadas drogas, o para recomendar ciertos hábitos de consumo en detrimento de otros, según convenga al capital de turno, como es el caso de los sucesivos estudios contradictorios que, por ejemplo, sobre diversos tipos de tecnología (nuclear, electromagnética, transgénica...), de fármacos (del prozac a la aspirina) y de alimentos (huevos, aceites, vino y cerveza, azúcar...) suelen tener lugar. Todo esto acontece aquí y ahora.

15. La «crítica» universitaria

El panorama expuesto muestra claramente la necesidad de tomar consciencia del mismo, así como de realizar la oportuna denuncia pública. En ello, la tarea de la filosofía de la ciencia y la sociología de la ciencia cobra una importancia fundamental de cara a una labor social informativa y educativa. Pero sucede que tampoco los sujetos de estos campos están libres de los más diversos intereses. Así, por ejemplo, en un curso sobre filosofía de la ciencia, realizado el pasado verano del 99 en una conocida universidad española y hoy constituido en escuela permanente de verano, y dirigido por dos reconocidos filósofos de la ciencia de este país, pudieron escucharse afirmaciones como que la sociología

de la ciencia carece de valor sencillamente «porque los científicos no se reconocen» en ella (afirmación realizada por uno de los directores para rechazar en bloque toda tesis de corte sociologista), o que «el 90% de la filosofía que se hace actualmente es filosofía de la ciencia, y el resto es algo de ética y filosofía política» (afirmación realizada por el otro director del curso aproximadamente a los dos minutos de comenzar su primera conferencia, con la que daba comienzo el curso y como justificación del mismo). Por todo ello, tiene pleno y absoluto sentido sugerir la producción de líneas de investigación en lo que sería una sociología de la filosofía y la sociología de la ciencia.

Definitivamente, en la universidad, y salvo excepciones puntuales tan loables como escasas, la situación no merece un calificativo menor que el de vergonzosa: la actividad universitaria debería ser fomento de crítica, mientras que, por el contrario, de hecho se constituye básicamente en proceso de adoctrinamiento y fábrica colectiva de conformismo acrítico e ignorante, donde apenas hay espacio-tiempo real para el pensamiento pertinente siquiera fuera por iniciativa propia.

Por último, cabe señalar cómo en las facultades de *psicología* concretamente ello desemboca en la manifiesta ausencia de crítica tanto epistemológica como sociopolítica (de las cuales se ha intentado mostrar aquí el modo en que mantienen una estrecha relación), así como también de conocimientos de psicología propiamente: la facultad de psicología es, ciertamente, de psicología, en singular, pues comprobable es que sólo se enseña una psicología, la de enfoque denominado cognitivo-conductual y lo con él acorde, obviando así la riqueza y variedad de enfoques y escuelas que actualmente existen y operan en el campo de la psicología efectiva: fenomenológica³³, contrapsicología, humanista, psicoanálisis varios, transpersonal, gestalt, sistémica, psichistoria, transaccional, etcétera. La situación sería comparable a que en las

33. Sirva como muestra de la situación vigente la anécdota según la cual un

facultades de filosofía sólo enseñaran, por ejemplo, a Wittgenstein, rechazando sin estudiarlos a todos los demás filósofos pasados y presentes, o que en las facultades de físicas sólo enseñaran o bien la física cuántica o bien la con ella incompatible física relativista³⁴.

Son ciertamente varios los temas de abordaje aquí insatisfechos. Entre ellos, podríamos destacar la cuestión del estudio específico de las llamadas «ciencias humanas», en lo que concierne a la introducción de variables no físico-materiales (valores, creencias, deseos, voluntad...), o la cuestión acerca de la posibilidad de otras formas de conocimiento, o conocimiento de otro tipo de objetos, más auténtico o estricto, esto es, realmente susceptible de ser afirmado como verdadero y no sólo instrumental³⁵. Pero éstas y otras cuestiones exigen realizar otros análisis y, en algunos casos, alejarnos notablemente del campo de la ciencia tal y como ésta es mayormente concebida en la actualidad, y como aquí ha intentado ser tratada, espero, con alguna utilidad.

profesor explicaba en clase que la intencionalidad de la consciencia es «tener intención de hacer algo». La intencionalidad o estructura intencional de la consciencia, punto central de la psicología fenomenológica, es, dicho telegráficamente, la característica esencial de la consciencia por la que ésta consiste en un apuntar o remitir hacia algo que no es ella y de lo cual ella es consciencia (por ejemplo, si tengo consciencia *de* un vaso, dicho vaso no es mi consciencia, sino aquello a lo cual remite mi consciencia y de lo cual ella es consciencia: mi consciencia no es un vaso, sino de un vaso). Decir en psicología que la intencionalidad de la consciencia es tener la intención de hacer algo es como si en la facultad de físicas se dijera que la teoría de la relatividad es que todo es relativo.

34. No obstante, para náusea, desesperación y sensación de timo del estudiante motivado (que quedar quedan pese a todo), al acabar la carrera tiene lugar el descubrimiento de que quizás ni siquiera un solo enfoque se haya adquirido, pues resulta que un porcentaje cada vez mayor de las técnicas de aplicaciones prácticas del mismo no le son enseñadas en la carrera, sino en los correspondientes masters que, paradójicamente, son en buen número impartidos por los mismos profesores que ha tenido durante los cuatro, cinco o más años de licenciatura.

35. Así, las disquisiciones epistemológicas habrían de considerar el análisis y posibilidad de un conocimiento no teórico o hipotético, sino estrictamente descriptivo al modo de la fenomenología. En este sentido, una psicología que tuviera como objeto de estudio lo propiamente psicológico (frente a sus innegablemente importantes derivaciones conductuales) tendría como cuestiones prioritarias las investigaciones acerca de la intencionalidad o la tan traída y supuesta «introspección», fundiéndose así directamente con el campo epistemológico.

Ingeniería bioconductual al servicio de la normalización: vigilando las fronteras del sexo

Silvia García Dauder

«Los psicólogos comparados han sido extraordinariamente creativos al diseñar situaciones y tecnologías de evaluación; la industria de los tests es fundamental para la producción del orden social en las sociedades liberales, donde las prescripciones de la gestión científica deben reconciliarse con las ideologías de la democracia.»

Haraway, Primate Visions

Generar una narrativa sobre las relaciones entre la psicología y el feminismo resulta difícil cuando no se tiene muy claro qué es eso de la psicología, qué es eso del feminismo, qué es eso de ser mujer, qué es eso del sexo, del género y, a fin de cuentas, qué es eso de la ciencia y de la sociedad. Categorías analíticas que construimos performativamente cuando las nombramos y que corremos el riesgo de tratarlas como sustancias a priori perfectamente discernibles, como si fueran esos artefactos que ha construido la ciencia psicológica llamados variables dependientes o independientes. La Psicología con mayúsculas ya ha construido sus mitos y su Historia, se ha institucionalizado como disciplina y ha sedimentado un heterogéneo *corpus* teórico, extendiendo sus sentidos comunes incuestionados como una losa más aplastante que el peso de la biología. Nadie se extraña de la aburrida homogeneidad de su sujeto, de su historia: grandes fechas, grandes teorías, pero, sobre todo, grandes nombres de grandes hombres, hombres blancos,

teorías masculinas blancas transparentes y neutras. La retórica de la objetividad descontextualiza, pero también desexualiza, degenera al científico, ansioso —aburrida herencia cartesiana— del peligro epistemológico de su cuerpo, de sus sentidos, del deseo, del sexo.

No voy a narrar aquí una genealogía que trate de articular la psicología con el feminismo, pero sí voy a intentar hacer un texto feminista que recoja algunos de los debates que se han planteado desde la psicología feminista. En concreto, me centraré en la construcción psicológica de las diferencias (hetero)sexuales y los diferentes desplazamientos teóricos y metodológicos que ha inspirado dentro de la Psicología. Analizando para ello la creación en los años treinta del primer test psicológico que medía la masculinidad y la femineidad como constructos de personalidad, para posteriormente reflexionar sobre la herencia de sus presupuestos en las tesis de Robert Stoller y John Money, acuñadores respectivamente de los conceptos de *identidad de género* y *rol de género*, e inspiradores de los protocolos aplicados a la reasignación de sexo en personas transexuales y a la asignación de un «sexo verdadero» en bebés intersexuales.

I

A finales del siglo XIX, los nuevos psicólogos —tomando el relevo de frenólogos y neuroanatomistas, de alienistas, ginecólogos y neurólogos— irrumpieron como los nuevos expertos disciplinadores de cuerpos y mentes femeninas, midiendo experimentalmente diferencias sexuales en capacidad y temperamento, y no dudando en utilizar las conclusiones de sus investigaciones en una campaña implacable contra la educación superior de las mujeres. La teoría evolucionista, especialmente vía Spencer, contribuyó a esta empresa con tres argumentos fundamentales: la mayor divergencia y especialización sexual como producto del

natural progreso evolutivo, la tesis de la inversión útero-cerebro, y la menor variabilidad —física y mental— de las mujeres que demostraba su natural mediocridad. Pero si la Psicología contribuyó a crear «lo femenino», también, por reacción, fue acicate para crear a la feminista. Interpeladas por los discursos sobre la inferioridad de las mujeres, Mary Calkins, Thompson Woolley y Leta Stetter Hollingworth, pertenecientes a la primera generación de mujeres psicólogas, emplearon sus conocimientos experimentales para «demostrar» las semejanzas sexuales y la importancia de la influencia ambiental y del hábito en la construcción de las diferencias. Analizando las primeras controversias sobre diferencias sexuales —como la de Mary Calkins *versus* Joseph Jastrow, o la de Leta Hollingworth *versus* Cattell y Thorndike—, una no puede por menos que reclamar un espacio dentro de la historia de la Psicología para estas mujeres que introdujeron una lucidez social y crítica dentro de una disciplina cargada de prejuicios metafísicos sobre la «naturaleza del sexo débil» (García Dauder, 2005)

La presencia de mujeres en la Psicología —en la mayoría de los casos infiltradas en las universidades en calidad de estudiantes especiales sin un reconocimiento oficial— obligó a trasladar la cuestión de las diferencias sexuales al debate naturaleza-cultura. Sólo se podría hablar de diferencias sexuales «reales» mediante una clase especial de experimento: una situación controlada que anulase toda posible influencia del contexto, o que tuviera como trasfondo un ideal social en el que no existiesen desigualdades sociales entre varones y mujeres: la condición experimental perfecta, e imposible (Jill Morawski, 1985 y 1988)

La aplicación masiva de tests mentales, durante la Primera Guerra Mundial, contribuyó a producir nuevos datos sobre diferencias sexuales a partir ya no de experimentos de laboratorio más o menos controlados, sino mediante aplicaciones masivas de esta nueva tecnología estratificadora. En las primeras décadas del siglo XX, las mujeres se habían incorporado progresivamente a la educación supe-

rior y las diferencias sexuales en inteligencia ya no estaban tan claras: existían solapamientos, y en determinados rangos de edad las mujeres puntuaban más alto que los varones. Curiosamente, el interés por las diferencias sexuales en inteligencia fue sustituyéndose progresivamente por un nuevo interés: la medición de las diferencias en personalidad. En los años treinta, en un período conservador y económicamente crítico en Estados Unidos, y con el psicoanálisis ya cómodamente asentado hasta en las agencias de publicidad, se dieron las condiciones de posibilidad para la construcción de un test capaz de medir la *masculinidad* y la *feminidad* como dimensiones reales de personalidad (Miriam Lewin, 1984; Morawski, 1985) La «anarquía sexual» amenazaba con la ruina de la nación y de la raza: las mujeres se masculinizaban y los varones se feminizaban. Era el momento adecuado para una tecnología de regulación y normalización sexual que detectara precozmente posibles desajustes sexuales adultos. En 1936, Lewis Terman y Catherine Cox Miles construyeron el *Cuestionario de Análisis de Actitudes e Intereses* —*Attitude Interest Analysis Survey (AIAS)*—: un ambiguo título para una nueva tecnología de control sexual y sus disidencias.

Una se pregunta qué intereses profesionales y sociales llevaron a los rigurosos psicólogos científicos, en pleno auge conductista, a defender la realidad psicológica de unos constructos no observables como la masculinidad y la feminidad. Cuando el conductismo empezaba a apoderarse de la hegemonía ideológica dentro de la psicología, en el ámbito de las diferencias sexuales lo público se hace privado y personal. El fenómeno de las diferencias sexuales se interioriza y la psicología interna de lo femenino y lo masculino se hace accesible exclusivamente a la mirada del experto psicólogo. Se creaba así una nueva tecnología biopolítica, por un lado, alternativa al «experimento perfecto», que requería una reforma social no deseada, y por otro lado, accesible exclusivamente al psicólogo experimental e inalcanzable para el análisis del propio sujeto. La existencia

de un test de M/F permitía al investigador, con su autoridad, definir lo que era masculino y femenino, decidir lo que eran diferencias significativas y lo que eran preocupantes desviaciones. Desviaciones que debían ser detectadas tempranamente para su posterior corrección mediante científicos conductistas entrenados.

La retórica científica y pragmática del *determinismo biologicista* que subyacía a la aplicación de los tests mentales o de personalidad, y del *determinismo ambientalista watsoniano* que sustentaba el conductismo, convivieron —y conviven— perfectamente en la Psicología al servicio de la medición, clasificación y selección de individuos, en el primer caso, y al servicio de su entrenamiento para un ajuste social adecuado en el segundo (González García, 1993). Para los psicólogos liberales, «la igualdad consistía en el derecho de todo el mundo a ocupar su lugar natural determinado por una ciencia desinteresada. Las *diferencias* eran el objeto esencial de la nueva ciencia» (Donna Haraway, 1995: 92). Tanto el fatalismo hereditario como el automatismo que eliminaba la conciencia dejaban al individuo en un estado de indefensión sin control sobre su destino, a expensas de tecnólogos e ingenieros de la conducta humana capaces de clasificar a cada uno en la sociedad y de modificar su conducta para su adaptación. La Psicología había encontrado su lugar como disciplina del control social en una sociedad capitalista, estratificada y tecnocrática que demandaba orden y concierto: la promesa de «un mundo feliz» conductista.

II

En 1936 Lewis Terman, experto en la revisión y perfeccionamiento de los tests mentales, dio un giro a sus intereses profesionales y contrató a Catherine Cox Miles para la creación del primer test que medía de forma cuantitativa la masculinidad y la feminidad (M-F). En el libro *Sex and Persona-*

lity. *Studies in Masculinity and Femininity*, Terman y Miles describieron las características, resultados y aplicaciones del *Cuestionario de Análisis de Actitudes e Intereses (AIAS)*. Para Terman, la masculinidad y la feminidad constituían componentes esenciales de la personalidad de los individuos. Era necesario, por tanto, construir un test que operativizara dichos conceptos, ampliando así el rango de medida de las diferencias demostrables entre los dos sexos.

El AIAS estaba compuesto por siete subescalas con una puntuación global de M-F. Puntuaban de forma positiva las respuestas altas en masculinidad y de forma negativa las respuestas altas en feminidad (también existían respuestas neutras que no puntuaban)¹. Dadas las puntuaciones globales en M-F, las desviaciones se tomaron como anomalías psicológicas objeto de posteriores seguimientos: índices de posibles trastornos de homosexualidad, inadecuados ajustes sociales o problemas matrimoniales.

En *Sexo y Personalidad*, Terman y Miles describen cómo empezó la idea de la creación del AIAS. A partir de la aplicación de diferentes tareas que medían intereses, prácticas y conocimientos de niños superdotados, encontraron dife-

1. Por ejemplo, puntuaban alto en masculinidad (representada por el signo +) aquellos sujetos que respondían de forma afirmativa a preguntas como: «¿Más bien te desagrada tomar un baño?», «¿De niño eras extraordinariamente desobediente?», «¿Te desagrada la compañía del sexo opuesto?», «¿Te cansas de la gente fácilmente?», «¿A veces te sientes fuera de control?», «¿Dices lo que consideras la verdad sin mirar cómo los otros se lo pueden tomar?», «¿Alguna vez has jugado con serpientes?», etc. Puntuaban alto en feminidad (representada por el signo -) respuestas afirmativas a preguntas como: sentirse avergonzado tras haber cometido un error gramatical, pensar que las grandes fortunas deberían ser repartidas entre los pobres, reconocer el gusto por fiestas y bailes, tener el mismo sueño una y otra vez, preocuparse por las pequeñas cosas, ser feliz la mayor parte del tiempo, reconocer que te guste que la gente te cuente sus problemas, etc. Curiosamente, ante la pregunta «¿Debería existir una perfecta igualdad entre varones y mujeres en todas las cosas?», la respuesta afirmativa o la omisión eran signo de «feminidad», y la respuesta negativa signo de «masculinidad» (Terman y Miles, 1936).

rencias significativas entre niños y niñas, extrayendo índices de masculinidad y feminidad. Terman describe sorprendido el hallazgo de un caso especial de niño superdotado —a quien denomina X— cuya puntuación en masculinidad era más baja que la media de las niñas. Escribe que al principio pensaron que era un error, ya que ¡presentaba una puntuación más femenina que cualquiera de las chicas! Tras un seguimiento del caso, se dieron cuenta no sólo de que no era un error de cálculo, sino que el niño —en ese momento con 9 años de edad— se había convertido en un problema para su madre debido a su persistente deseo de desempeñar conductas y roles femeninos (¡se vestía y se pintaba como una niña!). Terman y Miles añaden que, cuando X descubrió que su conducta suponía desaprobación por parte de sus padres y compañeros, encontró una forma de mantenerla sin reproches ni críticas escribiendo guiones de obras donde él desempeñaba los papeles femeninos. Los autores realizaron un seguimiento del «extraño» caso, advirtiendo que se vestía de mujer y coqueteaba con los chicos, si bien no tenía conocimiento de su propia homosexualidad. A los 15 años, X se entera del propósito del estudio y reconoce su homosexualidad a los investigadores y a su madre. Terman escribe:

Unas pocas semanas antes de que este capítulo fuese escrito la madre de X recopiló información sobre la posibilidad de normalizar la vida emocional de su hijo por medio de la utilización de testosterona, una preparación sintética de hormona masculina recientemente desarrollada. (Terman, 1936: 15)

A partir de este primer caso de «inversión extrema» en las puntuaciones de M-F, los autores enumeran a pie de página toda una serie de acontecimientos que pudieron precipitar las tendencias homosexuales de X: señalan que su madre se casó a los treinta años largos con un hombre veinte años mayor que ella; que X era hijo único con la

sobreprotección materna que ello conllevaba; que carecía de modelos masculinos y tenía escaso contacto con su padre; todo ello, unido a su temperamento artístico y a una refinada sensibilidad. Factores que pudieron contribuir al desarrollo de una orientación sexual «invertida» que para Terman y Miles se derivaba necesariamente de puntuaciones desviadas en M-F:

El caso que acabamos de describir pone al descubierto de forma dramática la cuestión sobre la edad en la que el status de M-F de un individuo se convierte en relativamente fijo. (Terman, 1936: 15)

De esta forma, Terman ponía al descubierto otra de las preocupaciones sociales que había inspirado la construcción del AIAS: se trataba de poder detectar a tiempo los casos de «inversión» sexual que podrían derivar —según él «dramáticamente»— en tendencias homosexuales (o bien en desajustes maritales o familiares), con el fin de poder compensar o corregir dichas inclinaciones. La medición de la personalidad masculina o femenina encontraba al final del libro dos potenciales aplicaciones: la derivación de «una escala tentativa para la medida de la inversión sexual en varones» —éste era el epígrafe del capítulo XII—, y la base para una caracterización detallada del grupo invertido en comparación con los no invertidos del mismo sexo:

Por una parte, el uso del test ayudará a focalizar la atención sobre aspectos evolutivos de la anormalidad, de la misma forma que lo hicieron los tests de inteligencia en el caso de la deficiencia mental. Es bien sabido que los grados más leves de deficiencia mental pueden ahora ser detectados a edad más temprana de lo que era posible hace una generación. Lo mismo se podrá aplicar en el caso del homosexual potencial. Una identificación temprana de posteriores desviaciones es particularmente deseable, puesto que existen muchas razones

para creer que los defectos de personalidad pueden ser compensados y en cierta medida corregidos [...]. La aplicación del test a una muestra amplia y el posterior seguimiento en la vida adulta nos podrá decir si las desviaciones en puntuaciones de M-F tienen un valor de pronóstico con respecto a un posterior ajuste sexual y social [...]. Otros usos del test en el estudio de la inversión sexual: [...] la necesidad para una cooperación más básica con la bioquímica ha sido enfatizada. Debería del mismo modo dedicarse una mayor investigación a las mujeres invertidas, escasamente estudiadas excepto por el psicoanálisis. (Terman, 1936: 467-468)

La descripción de la masculinidad y la feminidad en el AIAS reproducía el esquema victoriano de las esferas separadas y complementaba perfectamente los resultados de Robert Yerkes sobre la conducta socio-sexual de primates en la década de los cuarenta. Para gran parte de los psicólogos —guiados por el *ethos* conductista— la predicción y el control representaban los componentes esenciales de la definición de la Psicología. De las instituciones necesitadas de control, el matrimonio y la vida familiar se convirtieron en focos de atención primaria como fuentes de socialización de adultos ajustados (una década después, Harlow y Bowlby se encargaron de enfatizar las trágicas consecuencias de la privación del amor materno y del desapego femenino). La aplicación del AIAS anticipaba el uso de los tests en el diagnóstico clínico y en la intervención de desajustes maritales y familiares. Pero, sobre todo, la detección del grado de «inversión del temperamento sexual» permitía identificar precoces tendencias homosexuales para su posterior corrección —la modificación de conducta cooperando con la bioquímica—. Esta nueva tecnología regulaba así un modelo de salud mental como correspondencia entre adscripciones de sexo biológico, sexo psicológico y deseo heterosexual.

En los siguientes veinte años se desarrollaron más de una docena de tests de M-F, y en la actualidad el estudio de

la masculinidad-feminidad se ha convertido en un proyecto científico prolífico. Se han realizado posteriores correcciones a muchos de los supuestos de los que partieron Terman y Miles, en especial se ha criticado la unidimensionalidad y bipolaridad del constructo, así como el sustrato biológico subyacente. En los años setenta, con el resurgir del movimiento feminista, se creó un nuevo concepto, la *androginia psicológica* (Sandra Bem, 1974), que suponía iguales proporciones de características masculinas y femeninas, tomando en consideración la masculinidad y la feminidad como dos constructos o dimensiones independientes y socioculturalmente definidas. Tras décadas de investigaciones se han reificado hasta tal punto los conceptos de masculinidad y feminidad que en ningún momento se pone en tela de juicio su existencia —y su consistencia— como entidades a priori reales, ni se analizan los factores histórico-sociales que dieron pie a la creación de ambos constructos y a los cambios en sus operativizaciones.

III

Seis años después de que Simone de Beauvoir afirmara que «no se nace mujer, se llega a serlo» (1949: 13), el psicólogo John Money (1955) introducía en la literatura psicológica el concepto *rol de género* —la expresión pública de ser varón o mujer—, diferenciándolo posteriormente de la *identidad de género* —la experiencia privada de pertenecer a uno u otro sexo—, concepto acuñado por el psiquiatra y psicoanalista Robert Stoller (1968). Ambos autores provenían de la práctica clínica, en concreto tenían experiencia en el tratamiento de casos donde no se producía la «normal» convergencia entre el sexo biológico, el sexo psicológico y el deseo heterosexual. Se requería un término que aludiera a los componentes psicosociales del sexo y que no se confundiera con el «sexo» anatómico y fisiológico: ése fue el término «género». La teoría feminista de la segunda ola se reapropió

de este nuevo artefacto conceptual como un filón que permitía escapar de la biología como destino, y así la distinción sexo/género se convirtió en una herramienta política clave para promover cambios socioculturales en la situación de las mujeres que ya no podían reducirse a una naturaleza biológica y reproductiva sexualmente dimorfa. No obstante, conviene no olvidar y reflexionar sobre el origen clínico del término «género» y sobre las consecuencias de los presupuestos normalizadores implícitos en el mismo.

A partir de su experiencia clínica con personas transexuales, Robert Stoller (1968) estableció en *Sex and Gender* la distinción entre sexo anatómico y fisiológico —ser varón o mujer— e *identidad de género*: la combinación de masculinidad y feminidad de un individuo derivada fundamentalmente de las actitudes maternas desarrolladas durante la infancia. El transexualismo representaba un conflicto entre la identidad de género y el sexo asignado, acompañado de un deseo irreversible por pertenecer al sexo opuesto. Cuando los avances en cirugía y endocrinología convirtieron el cambio de sexo anatómico en una posibilidad, Stoller creó un protocolo que establecía como paso obligado para la reasignación sexual el diagnóstico del «verdadero transexual».

La influencia del protocolo de Stoller sigue vigente hoy en día. El tránsito sexual requiere que la persona *trans* demuestre a un experto su *verdadero género* pasando por una etiqueta de «desorden mental». La identidad de género masculina o femenina se convierte así en una *sustancia* cuya naturaleza debe pasar por el peritaje de un «notario» en géneros —el psicólogo o el psiquiatra— que debe emitir un informe favorable. Lo paradójico del tema es que la persona *trans*, para operarse de genitales —requisito imprescindible hoy día en el Estado Español para la reasignación sexual oficial²— tiene que pasar por un diagnóstico negati-

2. Gracias a las movilizaciones del movimiento transexual, parece que esta

vo de trastorno mental como condición necesaria para que se le diagnostique con otra etiqueta psicopatológica llamada «disforia sexual» o, más recientemente, «trastorno de la identidad sexual» (APA, 2002). Para ello, tiene que «convencer» al terapeuta de turno de que pertenece a dicho cuadro clínico. En muchos casos adaptando su biografía o aprendiéndose el tipo de comportamientos o respuestas que se espera que dé —por ejemplo a anacrónicas escalas de masculinidad y feminidad— para probar su verdadera identidad de género, especialmente durante el llamado «test de la vida real», donde se mide su *correcta* adaptación al rol deseado (Cristina Garaizabal, 2003). Lo curioso es que muchas personas no pasaríamos por dichas pruebas si quisiéramos probar un género que se corresponde con nuestro sexo. Lo curioso también es que la persona transexual no debe presentar síntomas de homosexualidad o lesbianismo —tampoco de intersexualidad—, con lo que la identidad de género está regulada y definida en función de la orientación heterosexual: la identificación con un género necesariamente implica el deseo hacia el opuesto. Psicólogos y psiquiatras se convierten así en los policías aduaneros que vigilan la frontera de la transexualidad, conocedores expertos de su verdad, investigadores expertos de la «verdadera» identidad de género —masculina o femenina—, fija y única, sedimento inamovible de los primeros años de socialización.

En *Sexo y Personalidad*, Lewis Terman advirtió la importancia «dramática» de determinar la edad en la que el estatus de «masculinidad» y «feminidad» de un individuo se convertía en fijo e irreversible. Stoller le dio el nombre de «núcleo de identidad de género», y John Money (1955), a partir de 11 casos de reasignación sexual temprana, esta-

situación va a cambiar en breve. Esperemos que cuando se publique este libro ya sea innecesario el cambio quirúrgico para el cambio de sexo administrativo.

bleció los 18 meses como el período crítico a partir del cual quedaba impresa de forma indeleble la conciencia de la identidad de género —independientemente del sexo biológico y dependientemente de la socialización familiar primaria—. En el caso de bebés intersexuales constituía el límite de edad para imponer una reasignación de sexo, ya que la identidad de género sólo es «flexible» hasta dicho período y un cambio posterior podría derivar en trastornos mentales por desajustes sexo/género. Cuando una lee el texto original de Money, le sorprende cómo el «mito de los 18 meses» ha quedado impreso también en la memoria de la psicología evolutiva, mediante repeticiones acríticas, sin apenas controversias, y a partir de unas conclusiones cuanto menos problemáticas, si nos atenemos a los cánones de rigurosidad científica a los que tanto apego siente la Psicología. Pero la preeminencia del rol de género en las tesis de Money se interpretó como un giro progresista frente al determinismo del sexo biológico. Las condiciones psicosociales para Money eran las cruciales, por ello recomendaba el mantenimiento del género de identificación en niños mayores y adultos hermafroditas con independencia de sus genitales o sexo cromosómico. En su protocolo para estos casos, de nuevo un experto psicólogo se convertía en el punto de paso obligado para el diagnóstico del verdadero rol de género —femenino o masculino—, para así asignar el «sexo verdadero» correspondiente e intervenir hormonal y quirúrgicamente de acuerdo a ello. ¿Pero qué sucedía en el caso de bebés recién nacidos hermafroditas, con una anatomía sexual indiferenciada y sin una identificación de género determinada?

IV

«El hermafroditismo significa que un niño nace con su anatomía sexual impropriamente diferenciada. Es decir, que está sexualmente inacabado.»
Money, *Desarrollo de la sexualidad humana*

«¿Es niño o niña?». Con esta pregunta comienza todo un conjunto de dispositivos y actos preformativos de género, reactualizados a lo largo de la vida a través de constantes y rutinarias respuestas sexualmente dimorfas: el nombre propio, los pronombres, la partida de nacimiento, los vestidos, las interacciones, las expectativas, etc. La intersexualidad evidencia la incomodidad extrema que la ambigüedad sexual despierta en nuestra cultura y las trágicas consecuencias que su regulación tiene para aquellas personas cuya anatomía sexual resulta «impropriamente indiferenciada». Pero la imposición social y médica de un *único* sexo verdadero —la monosexualidad— y de la *dualidad* sexual —sólo existen dos sexos verdaderos— no ha existido siempre ni en todas las culturas. Mientras en la Edad Media y en el Renacimiento se reconocía la existencia de dos sexos en un individuo, el siglo XVIII supone la negación «ilustrada» de la existencia del hermafrodita, figura del oscurantismo popular (Vázquez y Moreno, 1997) No existen personas con dos sexos, lo que existen son deformaciones monstruosas de órganos genitales como consecuencia de problemas del desarrollo. El médico se instaure como el experto que debe desvelar y asignar «el sexo verdadero» oculto tras la deformación genital. Pero el protocolo de Money (1955), coincidente como en el caso de Stoller con avances tecnológicos en cirugía y endocrinología, no sólo implica el diagnóstico, sino también la intervención quirúrgica.

Según el modelo de Money, el nacimiento de un bebé intersexual debe ser considerado como una «emergencia psicosocial» que movilice a un equipo multidisciplinar de

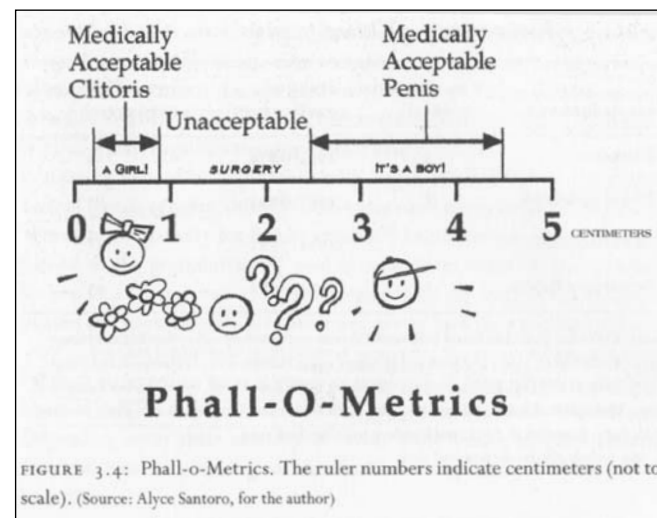
especialistas intersexuales —obstetras, genetistas clínicos, pediatras endocrinólogos, cirujanos urólogos o ginecólogos y psicólogos—. También a fotógrafos para que registren en los anales de la monstruosidad médica cómo masturban a los bebés para que sus genitales «erróneos» sean vistos en primer plano —eso sí con ojos tapados—. El equipo médico multidisciplinar debe examinar al bebé y dictaminar inmediatamente, y de forma inequívoca y definitiva, o bien «varón» o bien «mujer» como «sexo de asignación»; y entonces informar a los padres sobre cuál es el «verdadero sexo» del niño para que formen su género correspondientemente. La tecnología médica, incluyendo cirugía y tratamiento hormonal, deberá entonces ser utilizada para hacer que el cuerpo del bebé se conforme lo máximo posible a ese sexo de asignación, y así poder convertirse en una persona «ajustada socialmente». Pero, en la mayoría de los casos, los genitales ambiguos no son en sí mismos dolorosos ni dañinos para la salud. El argumento médico para justificar intervenciones quirúrgicas muy dolorosas y médicamente innecesarias es la presión y angustia de los padres, y la probabilidad esperada de que el niño sufra daño emocional debido al rechazo social. Una exitosa identidad de género depende para Money de una socialización familiar adecuada —femenina o masculina en función del sexo asignado—, de una adecuada anatomía externa conseguida mediante cirugía y hormonas —en el caso de varones implica poder mear de pie y penetrar, en el caso de mujeres ser penetradas—, y del establecimiento de un deseo heterosexual.

Pero ¿qué es eso llamado «sexo natural» que ha sido definido por oposición a un «género sociocultural»? Lo que los casos de intersexualidad nos enseñan es precisamente la multiplicidad semiótico-material del supuesto único sexo verdadero, puesta en evidencia cuando sus diferentes componentes no se corresponden. El sexo natural ¿se refiere al *sexo morfológico* genital (clítoris o pene) o a la anatomía externa (pechos, vello, etc.); se refiere a la configuración de los órganos *reproductivos* internos; se refiere al *sexo cro-*

mosómico (XX o XY); al *sexo gonadal* (ovárico o testicular) o al *sexo hormonal*?

Nuestra recomendación es que el sexo sea asignado primariamente, aunque no exclusivamente, sobre la base de los genitales externos, y como se prestan adecuadamente a una reconstrucción quirúrgica en conformidad con el sexo asignado, otorgando la debida consideración a un programa apropiado de intervención hormonal. (Money, 1955: 299)

La progresión sexo-género se invierte en el protocolo de Money como género-sexo-género. La preeminencia para la asignación médica del «sexo verdadero» son las expectativas culturales sobre el género, en concreto un ajuste social basado en la morfología externa genital —y aquí el tamaño del pene importa, e importa mucho—. Según la «falométrica» establecida por Money (ver figura), un «micropene» inferior a dos centímetros al nacer se considera socialmente inviable, con la consiguiente decisión médica de reasignación como «niña» —independientemente del sexo cromosómico— y la reducción «clitoridiana» correspondiente: el micropene pasa a describirse a partir de ahora como un clítoris inusualmente desarrollado. Así, la asignación del sexo verdadero y natural se basa en el significado sociocultural de un rasgo físico: el tamaño del pene y la capacidad de tener relaciones sexuales coitales heterosexuales (Suzanne Kessler, 1990). La conformación de lo femenino como una condición de falta, lleva a los médicos a asignar el 90% de los bebés anatómicamente ambiguos como «mujeres» mediante la eliminación de tejido genital —cliterectomías totales o parciales científicamente institucionalizadas—. Como comentaban miembros del equipo intersexual de la John Hopkins: «Puedes hacer un agujero, pero no puedes construir una verga» (Cheryl Chase, 1998: 192)



Figuras tomadas de Anne Fausto-Sterling (2000: 59)

El natural cuerpo intersexual se considera como un artificio, como un error de la naturaleza, en el que el sexo «natural» o «verdadero» debe producirse artificialmente. Es la tecnología médica la que se encarga, mediante la reconstrucción hormonal y quirúrgica, de «sexualizar» el cuerpo «no-sexuado» intersexual, ajustándolo a su «natural» y «verdadero» sexo, asignado médicamente en función de las expectativas de género —fundamentalmente la falométrica—. Una vez asignado el sexo y esculpido quirúrgicamente el cuerpo sexuado, sólo queda una ajustada identidad de género basada en expectativas sociales sobre lo femenino y lo masculino y en el deseo heterosexual.

Mientras la teoría feminista *queer* clama por la proliferación de nuevos espacios sexo-simbólicos posibles y vivibles, y denuncia la carnicería quirúrgica que impone la dicotomía sexual o de género (Judith Butler, 1990; Chase, 1998; Fausto-Sterling, 2000), la «Psicología del Género» sigue obsesio-

nada por las diferencias sexuales, teorizando la masculinidad y la feminidad como sustancias reales *a priori* y la existencia de una identidad de género «saludable», única e irreversible, basada en la correspondencia sexo-género-deseo heterosexual³. Agarrarse al género como la «construcción social» del sexo biológico no garantiza necesariamente cambios políticos feministas: el género también puede convertirse en un destino tan tirano y esencialista como lo pueda ser el sexo cromosómico u hormonal. Con las nuevas tecnologías médicas la biología hormonal o la anatomía son modificables, a veces con mayor facilidad que las normas sociales y las expectativas de género. Tras unas cuantas décadas de uso feminista del término «género» —a pesar de las resistencias de académicos de la lengua—, y de uso por parte de la teoría psicológica de una «identidad de género» fija y dicotómica, nos encontramos con *la maleable artificialidad del sexo natural y la sedimentada naturalización del género cultural*. Nos encontramos, como diría Judith Butler (1990: 40), con que «tal vez el sexo fue siempre género», y a una le viene la tentación de preguntarse también: ¿es el sexo a la cultura lo que el género a la naturaleza?

3. Los estudios sobre diferencias sexuales o psicología del género han analizado empíricamente el «sexo/género» como una variable de sujeto —*rasgo*— y como una variable de estímulo social —*situación*—. Para algunas psicólogas feministas, el auge de estos estudios y su aceptación dentro de la psicología dominante bajo los epígrafes «psicología del género» o «psicología de las diferencias sexuales» puede explicarse en gran medida por su desvinculación del análisis de poder en el estudio de las diferencias y por su adhesión rígida a los cánones metodológicos empiristas (Rachel Hare-Mustin y Jeanne Marecek, 1994). La revista *Feminism & Psychology* dedicó en 1994 un monográfico con diferentes artículos respondiendo a la pregunta: «¿Debería la Psicología estudiar las diferencias sexuales?».

Referencias bibliográficas

- BEAUVOIR, Simone de (1949/1998) *El Segundo Sexo. Vol. II. La experiencia vivida*. Madrid: Cátedra.
- BEM, Sandra L. (1974) «The measurement of psychological androgyny». *Journal of Clinical and Consulting Psychology*, 42, pp. 155-162.
- BUTLER, Judith (1990/2001) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- CHASE, Cheryl (1998) «Hermaphrodites with attitude: Mapping the emergence of intersex political activism». *Journal of Lesbian and gay studies*, 4 (2), pp. 189-211.
- APA (American Psychiatric Association) (2002) *DSM-IV-TR (Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. Texto revisado)*. Barcelona: Masson.
- FAUSTO-STERLING, Anne (2000) *Sexing the body*. Nueva York: Basic Books.
- GARIZABAL, Cristina (2003) «Algunos problemas diagnósticos de la transexualidad». En Antonio Becerra-Fernández, *Transexualidad. La búsqueda de una identidad*. Madrid: Díaz de Santos, pp. 187-198.
- GARCÍA DAUDER, Silvia (2005) *Psicología y Feminismo. Historia olvidada de mujeres en Psicología*. Madrid: Narcea.
- GONZÁLEZ GARCÍA, Marta I. (1993) «El conductismo watsoniano y la polémica herencia-ambiente». *Psicobema*, 5 (1), pp. 111-123.
- HARAWAY, Donna J. (1989) *Primate Visions. Gender, Race, and Nature in the World of Modern Science*. Londres y Nueva York: Routledge.
- (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- HARE-MUSTIN, Rachel T. y MARECEK, Jeanne (dirs.) (1994) *Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos*. Barcelona: Herder.
- KESSLER, Suzanne (1990) «The medical construction of gender: case management of intersexed infants». *Signs*, 16 (1), pp. 3-26.
- LEWIN, Miriam (1984) «“Rather Worse than Folly?” Psychology Measures Femininity and Masculinity, 1: From Terman and Miles to the Guilfords». En Miriam Lewin (ed.), *In the Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes* (pp. 155-178). Nueva York: Columbia University Press.

- MONEY, John y EHRHARDT, Anke A. (1972/1982) *Desarrollo de la sexualidad humana. Diferenciación y dimorfismo de la identidad de género*. Madrid: Morata.
- MONEY, J.; HAMPSON, J. G. y HAMPSON, J. L. (1955) «Hermaphroditism: Recommendations concerning assignment of sex, change of sex, and psychologic management». *Bulletin of the John Hopkins Hospital*, 97, pp. 284-300.
- MORAWSKI, Jill G. (1985) «The measurement of masculinity and femininity: Engendering categorical realities». *Journal of Personality*, 53 (2), pp. 196-223.
- (1988) «Impossible Experiments and Practical Constructions: The Social Bases of Psychologists' Work». En Jill G. Morawski (ed.), *The Rise of Experimentation in American Psychology*. New Haven: Yale University Press, pp. 72-93.
- STOLLER, Robert J. (1968) *Sex and Gender. The development of masculinity and femininity*. Nueva York: Science House.
- TERMAN, Lewis Madison y MILES, Catherine Cox (1936) *Sex and Personality. Studies in Masculinity and Femininity*. Nueva York: McGraw-Hill.
- VÁZQUEZ GARCÍA, F. y MORENO MENGÍBAR, A. (1997) *Sexo y razón. Una genealogía de la moral sexual en España*. Madrid: Akal.

Menores de edad y salud mental

*Josep Alfons Arnau (Jau)**

Introducción

Hace ya muchos años que ando en esto de la educación social, casi siempre desde «dentro», es decir, trabajando en instituciones del sistema: de salud mental, protección de menores o servicios sociales. En este estar interviniendo desde «dentro» acuñé el concepto de *emboscadura*¹, en tanto que —hablando metafóricamente— actuar en territorio enemigo, y os confieso que en muchas ocasiones no es nada agradable. Así que para mí significa una bocanada de aire fresco poder dirigirme a vosotras y vosotros aquí, especialmente con los que trabajéis en el «afuera» defendiendo la necesidad de la revuelta social, revuelta de la que me siento parte, porque, como dijera André Breton, de ella, y sólo de ella, nace la luz.

Menores de edad y salud mental es el tema que se me ha planteado. Como sabéis, la categoría minoría de edad es

* Texto elaborado a partir de la ponencia presentada en las Jornadas sobre Salud Mental en el Local Anarquista Magdalena (Madrid, 26/11/2005), donde también participaron gentes de Radio Nikosia, Sumendi y Enajenadxs. Agradezco la invitación a participar en dichas jornadas a sus organizadores, especialmente a los amigos Dani, Jesús, Lucía y Nando.

1. Arnau, J. A.: «Aprehender nuestra historia: las aportaciones de la Antipsiquiatría vistas desde la Contrapsicología». En: J. L. Romero y R. Álvaro (eds.): *Psicópolis. Paradigmas actuales y alternativos en la psicología contemporánea*. Barcelona: Kairós, 2005.

una construcción social. Para, por ejemplo, un pueblo del África central la minoría de edad no corresponde, ni cronológicamente respecto a la edad, ni respecto a la identidad, deberes y derechos, al mismo concepto que en Occidente; y a lo largo de la historia la minoría y mayoría de edad, sobre todo en Occidente, van cambiando en cuanto a contenidos y a franjas de edades. Actualmente, en el Estado español la minoría de edad engloba a aquellos que tienen menos de 18 años, con la contradicción flagrante de que el marco legal, sin embargo, reconoce que a partir de los 16 años se puede ejercer el derecho al trabajo (un triste deber para los de abajo), y con esa edad se puede ser también imputable penalmente (hasta hace pocos años, en efecto, así era de forma plena y generalizada; hoy en día sigue siéndolo pero de forma excepcional, con necesidad de algunas medidas especiales judiciales; pero parece que en breve, de nuevo, con la reforma de la llamada Ley del Menor, volverá a ser de forma general); sin embargo, no se tienen los derechos de los mayores, como, por ejemplo, el de poder votar.

Para entendernos, cuando me refiero a menores de edad lo hago con respecto a los más pequeños, niños y niñas y preadolescentes y adolescentes, que deben ser cuidados y protegidos por los adultos. Los seres humanos presentamos una particularidad: a diferencia de la mayoría del resto de animales, y más concretamente entre los mamíferos, durante bastantes años después de nacer somos especialmente frágiles y, por tanto, precisamos para sobrevivir de atención, o soporte, en formas específicas (yo creo que normalmente hasta los 16 años). Si se llega a la vejez, esa necesidad de cuidados especiales volverá a ser imprescindible en muchas ocasiones.

Sabemos que, durante los primeros años de vida, la existencia o no de ambientes con estímulos facilitadores son fundamentales, no sólo para la salud física sino también —y si bien no determinantes sí que básicos— para la formación de las cosmovisiones, las defensas, la creatividad, el manejo de las emociones, el lenguaje, las estructuras mentales de

cognición o conocimiento, las habilidades sociales, etc. Es decir, la forma en que se viva y experimente la infancia es fundamental para todo aquello que conformará lo que se llama carácter².

En cuanto al concepto de salud mental, a mi parecer otros/as compañeros/as, desarrollando el tema de su relación con el control social, han definido ya muy bien qué es lo que pueda ser tal cosa, si es que existe: si los comprendí bien, nos explican que salud mental es la ausencia de alienación.

2. Una concepción estática del carácter es errada pues éste —o lo que se denomina personalidad— es fluido, susceptible siempre de la posibilidad de cambio. El ambiente que se vive en la infancia es muy importante para lo que se va a ser, pero no cierra la posibilidad a cambios. Así, desde hace relativamente poco tiempo en nuestro país es cada vez más frecuente, entre los profesionales de lo terapéutico y lo social, utilizar el concepto de resiliencia, aportado hace ya más de treinta años por algunos teóricos de la psicología positiva y dinámica —Kobasa y Maddi (1972)—, como reacción a ciertas visiones deterministas y casi esencialistas del carácter como, por ejemplo, la interpretación cual inamovibles de las estructuras psíquicas construidas en la infancia y/o la caracterización de algunos casos como inabordables o perdidos. El constructo de la resiliencia puede servir para explicar, entre otras situaciones, cómo personas que en su infancia han vivido ambientes muy destructivos logran, sin embargo, reconstruir sus vidas más adelante. Los factores de resiliencia, en mi opinión, son muy variados (rescatar posibilidades de identificaciones con figuras positivas del entorno en el que se vivió aun habiendo estado muy poco tiempo en contacto con ellas, lecturas significativas, experiencias de vivencias breves pero clarificadoras y salientes...), y son difíciles de aislar dada, por suerte, su gran amplitud de posibilidades. Desde, por ejemplo, la escuela de terapia breve y/o estratégica de Palo Alto —Weakland, Fisch, Watzlawick y Bodin (1974)— y afines, hace ya mucho tiempo que se opera con una concepción fluida del carácter y con la posibilidad de cambios positivos por parte de las personas en cualquier franja de edad y sea cual sea su biografía e historia infantil. Esto no obvia que los ambientes en los que se desarrolle sobre todo la infancia y también la adolescencia sean, si bien no determinantes, sí fundamentales para el logro de una vida plena. (Respecto a la resiliencia, ver: Manciaux, M., *La resiliencia: Resistir y rehacerse*, Barcelona: Gedisa, 2005. Respecto al modelo de intervención de terapia breve y/o estratégica ver: Watzlawick, P., Weakland, J. H. y Fisch, R., *Cambio. Formación y solución de los problemas humanos*, Barcelona: Herder, 1999.)

La alienación, según G. W. F. Hegel³ y Karl Marx⁴, que son —que yo sepa— los primeros filósofos que utilizaron el término, consiste en sentirse separado —o extrañado, que es un concepto sinónimo al de alienación— del entorno tanto social como natural. Es decir, estar alienado es estar disociado en el deseo y la propia voluntad con respecto a la forma de vida que se ejerce y lo que nos rodea. De algún modo, la alienación es la antinomia de la experiencia de pertenencia.

En un sistema social basado en cuanto a lo axiológico en los axiomas de la competencia, del triunfo y de la percepción de la naturaleza y de los otros como objetos de beneficio, es decir, en una sociedad mercantilista, la alienación es altamente probable⁵.

Si se quiere se puede también definir la alienación —siguiendo en tal caso a otro de los filósofos que utilizó dicho concepto, Jean Paul Sartre⁶, en su concepción de la dialéctica de la mismidad y la alteridad, del ser para sí y ser para el otro— como el hecho de quedar fijado en el polo exclusivo de ser para el otro. Ser exclusivamente el deseo, por ejemplo, de las multinacionales, que convierten a las personas en productoras/consumidoras de objetos que no tienen que ver con sus vidas y necesidades sino con la ganancia de dichas multinacionales; o ser exclusivamente el deseo del marido o de la mujer o, como veremos, en el caso de niños ser exclusivamente el deseo de sus padres y madres y/o cuidadores.

Definidos los dos conceptos, minoría de edad y salud mental, se trataría, pues, de ver en qué medida nuestros menores están o no protegidos, y más concretamente en qué medida es, o no, cuidada su salud mental.

3. Hegel, G. W. F., *Fenomenología del Espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica, 1966.

4. Marx, K., *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid: Alianza, 1972.

5. Fromm, E., *¿Tener o ser?* Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1986.

6. Sartre, J. P., *El existencialismo es un humanismo*. Barcelona: Edhasa, 1989.

El tema puede ser muy amplio y abordado desde diferentes lugares.

Podríamos hablar de la escuela modelo fábrica, tanto arquitectónicamente como por su masificación, horarios y criterios disciplinarios de recompensas y castigos, con sus «deberes» para casa y su meritocracia de calificaciones y títulos, y los valores de competitividad en los que educa. O de los dispositivos específicos de salud mental construidos para atender a los menores y, en general, con honrosas excepciones, en la práctica meros expendedores de psicofármacos.

También podríamos charlar de por qué alrededor de un 20% de los menores de 12 años en nuestro país toman en algún momento psicofármacos (el dato lo extraigo de informaciones de maestros de escuela en Cataluña que encuentran tal proporción de consumo en alguna ocasión de medicación psicofarmacológica entre sus alumnos en las ciudades). Entre otros psicofármacos consumidos por dicho porcentaje de menores y cuando hay diagnósticos de hiperactividad, cabe señalar sustancias como el metilfenidato —similar a la anfetamina— y otros medicamentos estimulantes de tal tipo, con graves efectos secundarios como es el caso de casi todos los psicofármacos pero aquí muy claros (dependencia, insomnio, pérdida de peso, miedos paranoides, depresión, retraso en el crecimiento, problemas hepáticos y, en el síndrome de supresión brusca, posibles episodios psicóticos).

Sobre la hiperactividad —y más en concreto sobre el Trastorno por Déficit de Atención con Hiperactividad (TDAH)— quiero permitirme una digresión un tanto larga pero sintética y por ello muy concentrada.

A pesar de que estudios serios, elaborados hace mucho tiempo, sobre la utilización del metilfenidato (Ritalina) con menores diagnosticados de hiperactividad, tras años de consumirlo, mostraron que no produce ningún tipo de beneficio terapéutico (Weiss, G. y Hechtman, L., 1974; Rapaport, J. L., Bucchsbaum, M. S., Zahn, T. P., Weingartner,

M., Ludlow, C. y Mikkelsen, E. J., 1978)⁷, sigue, sin embargo, prescribiéndose en la actualidad cuando se diagnostica tal pretendida enfermedad junto a medicamentos similares por su composición química (Rubifén, Metadate, Concert o Adderal —una combinación de anfetaminas este último—), además de, en menos ocasiones, pemolina (Cylert) o sustancias de tipo dextroanfetamínico (Dexedrine), existiendo una tendencia a sumarle a tal prescripción, no sustentada en resultados, la de otros psicofármacos también muy peligrosos, no estimulantes, como la atomoxetine (Strattera) o estimulantes de «nueva generación» como la fluoxetina (Prozac). Y es que, entre otras cuestiones, el negocio de las multinacionales farmacéuticas no se aviene a las razones científicas sino a las económicas.

Se pretende que la hiperactividad sería una disfunción cerebral orgánica presente en los niños y adultos que la padecerían, pero en la práctica no se mide nunca por vía de una técnica electroencefalográfica (EEG) o una tomografía axial computerizada (TAC), o una tomografía de emisión de positrones (TEP), o una resonancia magnética nuclear (RMN), pues sería inútil ya que no se encuentra ningún tipo de huella somática diferenciada, significativa, permanente y regularizada. Sino que se valora a través de criterios completamente subjetivos. Por ejemplo, en el caso de menores con informes de los padres y madres, y/o de los maestros y/o cuidadores, sobre que el niño es muy nervioso (en jerga: que tiene conductas disruptivas y socialmente inapropiadas⁸). Con el claro peligro de estar complaciendo

7. Lewontin, R. C.; Rose, S. y Kamin, L. J., *Del control de la mente al control de la sociedad*. Murcia: Ediciones Luna Negra, 2005.

8. La prevalencia de la hiperactividad se suele situar en un 3-7% entre la población infantil y en un 2-5% entre la población adulta, y la proporción por género en 3:1 en el primer caso y 2:1 en el segundo, siendo, pues, mayor en los varones. El DSM-IV la incluye en su apartado de «Trastornos por déficit de atención y comportamiento perturbador» y distingue tres tipos: hiperactividad con déficit de atención, hiperactividad con predomi-

con tal diagnóstico, y la administración de la medicación subsiguiente, la baja tolerancia de los adultos a las conductas de un menor, que ciertamente pueden ser a veces muy molestas; y confundiendo un posible estado reactivo del niño, que puede estar causado por una situación determinada o una defensa más o menos cristalizada ante un agravio recibido en su historia biográfica reciente, confundiendo, decía, no ya sólo con un rasgo de carácter sino con una enfermedad orgánica.

En relación a que en realidad lo que se llama hiperactividad en los niños es una reacción de defensa del menor a una situación difícil en presencia o vivida en un pasado reciente, es clarificador el hecho de que, en los estudios respecto a la hiperactividad de los considerablemente variados factores de influencia de la cultura y el ambiente social (Gordon, 1991; Weimberg y Brumack, 1992), o los de la etiología del retraso de maduración por falta de estimulación ambiental (Stoney y Church, 1980), realizados incluso por autores que comparten la tesis de la base orgánica o que no la descartan, es clarificador —señalaba— que se

nio de impulsividad y la que llama combinada. Dicho manual de diagnóstico recoge diferentes síntomas a tener en cuenta —seis o más de ellos deben ser detectados para el diagnóstico firme y con duración de más de seis meses—, entre ellos el siguiente: «A menudo no sigue instrucciones y no finaliza tareas escolares, encargos u obligaciones en el centro de trabajo (no debiéndose a comportamiento negativista o incapacidad para comprender las instrucciones)». Se trata, tanto en el contenido como en la redacción, de una perla; y el «a menudo» es para ser analizado a fondo: cualquier activista social, o sindicalista, que siga el ideario de desobediencia civil de Gandhi, muestra tal «síntoma» y, deseablemente, «a menudo», no debiéndose, por cierto, a «comportamiento negativista o incapacidad para comprender las instrucciones», sino a una forma de resistencia, y cualquier niño/a que esté un poco sano muestra tal «síntoma» si se encuentra, por ejemplo, inmerso en un ambiente escolar, familiar o de residencia, rígido y autoritario, o simplemente si sufrió alguna experiencia de agravio en su biografía reciente. El resto de síntomas que recoge el DSM para diagnosticar hiperactividad en cualquiera de sus tres categorías no son, tampoco, mucho más racionales.

encuentren, siempre, entre esos factores algunos o todos los siguientes: pertenecer a una clase social baja, discordia severa entre los padres, familia de más de cuatro hijos (numerosa), padre y/o madre con conductas de vida marginales, recibir o haber recibido malos tratos físicos, y vivir en internados o casas hogares.

A todos aquellos que siguen haciendo hipótesis sobre causas biológicas, a pesar de conocer la correlación de los factores ambientales antes explicitados con la pretendida hiperactividad, cabe preguntarles en relación a lo etiológico (es decir, con respecto a las causas): ¿de qué color es el caballo blanco de Santiago? Creo que hay una alta posibilidad de que no sepan responder al acertijo; pero sí, seguramente, os contestarán correctamente a la pregunta de qué medicamentos la «moda» psiquiátrica dice actualmente que hay que prescribir a un niño que está nervioso, y conocerán la lista de los laboratorios farmacéuticos que los fabrican así como la última hipótesis biológica al uso.

A pesar de que la llamada comunidad científica reconoce que no existen más que hipótesis no demostradas sobre que la hiperactividad sea un trastorno de carácter orgánico cerebral, tales hipótesis se presentan en facultades, cursos, *masters...* y a los padres y cuidadores de los menores, por parte de los profesionales, como verdades irrefutables. A los estudiantes y neófitos no se les suele contar que las teorías sobre la base orgánica van cambiando al paño de los tiempos con mucha velocidad, es decir, son muy inconsistentes.

Por ejemplo, en los años setenta del recientemente finalizado siglo XX se defendía la existencia de un daño mínimo cerebral —hoy ya no se define así— como eufemismo para no decir abiertamente que tal supuesto daño no se puede localizar. Se relacionaba con madres fumadoras o que tomaban tóxicos durante el embarazo —a pesar de que los estudios serios no avalaban tal cosa—, y se llegó a defender que tenía que ver con la ingesta por parte de los niños de ciertos alimentos azucarados. De forma más común, se pretendía que existe una relación con la producción dopami-

nérgica —por exceso—, cosa que sigue planteándose hoy de forma mayoritaria sin que, obviamente, haya posible demostración.

Mas ahora aparecen también teorías que hablan de déficits en la serotonina (relacionadas con el intento de recetar fluoxetina y basadas en investigaciones muy sospechosas de estar sufragadas por quienes comercializan tal sustancia). Incluso se hacen pruebas con la técnica del TEP que pretenden detectar falta de glucosa en las zonas cerebrales relacionadas con los procesos atencionales, cuando se hacen ejercicios diseñados para tal medición en un laboratorio, pruebas que se reconoce que no cumplen los criterios de posible generalización puesto que no miden una falta de glucosa en general, ni incapacidad para producirla y/o recaptarla en una zona cerebral concreta, sino sólo en el momento de realizar ejercicios de determinado carácter, y sólo ese tipo determinado de ejercicios, en laboratorio; es decir, pruebas sin validez ecológica.

No hay, pues, ni siquiera concordancia entre las hipótesis que defienden que la hiperactividad sea de base orgánica, y cabe prever que mañana aparecerá cualquier otra teoría en forma, de nuevo, de mera hipótesis que, sin embargo, volverá a ser presentada como verdad absoluta.

En cualquier caso, se trataría de no confundir efectos con causas. Cualquier persona en determinado estado emocional conducido ambientalmente presentará una correlación de estado orgánico, pero eso no implica causalidad; y no es lo mismo que tener rasgos —como deficiencias— somáticos permanentes y regularizados en cuanto a pertenecer a un grupo y asimilable de ser categorizado como tal, es decir, como elemento perteneciente al conjunto que se define como equis enfermos orgánicos, por presentar ciertas características somáticas patológicas comunes y persistentes a las que se les pone, entonces, un nombre. Las conductas sin huella orgánica no pueden ser definidas como enfermedades orgánicas. Son, en caso de producir sufrimiento, problemas.

La realidad es que la hiperactividad, contradictoriamente con el hecho de considerarla de base orgánica, no se diagnóstica nunca vía pruebas somáticas, simplemente porque no se puede detectar.

El asunto es grave. Por ejemplo, en el año 2005 la oficial y nada sospechosa de radicalismo Agencia de Fármacos y Alimentos de Estados Unidos (FDA) emitió un comunicado informando de la asociación de conductas suicidas de algunos niños y adolescentes con la toma de medicamentos contra la hiperactividad; concretamente en este caso se trató del consumo de la no estimulante atomoxetine. Y esa misma FDA, entre 1990 y el año 2000, cotejó en EE.UU. 186 muertes y 569 hospitalizaciones en relación con la toma de medicamentos contra la hiperactividad, en este caso estimulantes, por sucesos en el sistema nervioso central y el periférico.

Tras este paréntesis sobre el mito de la hiperactividad y prosiguiendo con el amplio tema de los menores y la salud mental, la última vez que hablé en público y escribí sobre el mismo lo hice respecto a lo que se denomina el fenómeno de la delincuencia juvenil. Explicando entonces, hace poco menos de dos años, como los mal llamados centros educativos cerrados, en los que son internados los preadolescentes y adolescentes que cometen algún delito, son simplemente obscuras cárceles para menores nada rehabilitadoras, dado que ninguna cárcel lo es nunca, y mucho menos instructiva y educativa.

E informé, a su vez, de que esos/as menores son dopados con neurolépticos en más del 60% de los casos, sin diagnósticos siquiera que lo justifiquen y mayoritariamente por primera vez al ser internados en tales centros; y en total entre el 80 y 90% consumen en esos centros, con alta frecuencia, también los otros tipos de psicofármacos existentes además de los neurolépticos: ansiolíticos, antidepresivos e hipnóticos.

Así como saqué a la luz pública que, cual protesta desesperada por el maltrato recibido, entre el 75% y el 80% de esos/as preadolescentes y adolescentes se autolesionan en alguna ocasión en dichos centros cerrados de justicia juve-

nil, también en su mayoría con aparición de esta conducta por primera vez al ser allí internados, proporción que contrasta brutalmente con la prevalencia de la autolesión en la población en general que es de un 0,75%, e incluso con la más alta de un 34% en casos de diagnóstico de desórdenes graves de la personalidad⁹.

Pero en un tema, efectivamente, tan amplio como es el de la salud mental y los menores, he decidido finalmente acotar esta introducción al tema del hecho social de decidir tener hijos/as y/o cuidar de menores y, mucho más brevemente, a informar sobre la situación de los menores en nuestro país que están tutelados por la administración del Estado por ser considerados en situación de desamparo, así como a plantear algunas preguntas sobre la política de mantener, por parte del Estado y sus administraciones autonómicas, los hospicios para menores.

El hecho social de tener hijos/as y/o cuidar de menores, factores de alienación y factores saludables

En mi opinión, en la decisión de tener hijos, hoy por hoy y aquí en Occidente, participan dos tipos de factores. Unos de carácter alienante y muy peligrosos, puesto que pondrán en cuestión la crianza de los menores. Y otros saludables y por tanto prosociales, que los ayudarán a crecer.

Estoy convencido de que la mayoría de la población cuando decidimos tener hijos estamos atravesados por esos dos tipos de factores, los alienantes teniendo que ver con el Tánatos y los saludables con el Eros¹⁰. Tomar conciencia de

9. Arnau, J. A., «Delincuencia juvenil e imaginario social, psicofármacos y violencia institucional». En: *La violencia ¿Un mal de nuestro tiempo?* Barcelona: Acto, 2004.

10. *Tánatos* es la palabra con la que en la Grecia antigua se designaba a la Muerte, mientras que con *Eros* se designaba el amor y el dios de éste. Hablar, en tanto que metáfora, de Tánatos y Eros y de su permanente con-

ambas tendencias puede ayudar a que se imponga finalmente la del Eros, o cuando menos servir para que pese más.

Voy a analizar algunos de esos factores y empezaré por los de carácter alienante.

Cuando se hacen encuestas preguntándole a la gente por qué se casan y por qué tienen hijos, las respuestas suelen ser muy variadas en la forma, pero se encuentra un denominador común. En un tanto por ciento muy elevado la respuesta contiene la siguiente explicación: porque toca por la edad.

Así que a lo que ya sabíamos desde que nos liberamos del catolicismo más reaccionario, que los hijos no vienen del cielo, podemos añadir, desgraciadamente, que tampoco exclusivamente del amor, sino, a su vez, del cumplimiento de un mandato social marcado por la edad para hacer efectivo uno de los requisitos que se exigen en el ritual del pase a la adultez plena. Ese «porque toca», tratándose de traer al mundo a un ser vivo, hace pensar que dificultará bastante la aparición de lo que se denomina maternidad y paternidad responsables.

Si decía antes que alienación es asimilable a quedar fijado en un ser el deseo del otro, tener hijos en función de un rito social sería un claro acto de alienación, puesto que remite al deseo del marco social, a sus rituales de pase de una categoría de edad a otra, como dije, y no a una decisión reflexionada libremente.

Aclaro que yo soy partidario de tener hijos/as, que no soy pues neomalthusiano, y aclaro también que no voy a introducir en mi análisis la cuestión del impulso biológico a la maternidad en las mujeres, no porque considere que no existe —probablemente haylo—, sino porque, como reconocen hasta los sociobiólogos más ortodoxos creadores de la teoría del gen egoísta —teoría que obviamente no com-

frontación mítica, es hablar de los impulsos destructivos, los del Tánatos, y de los impulsos de vida y pro-sociales, los del Eros.

parto—, los seres humanos, a través de la organización social, la cultura y la tecnología, nos hemos liberado de la evolución (léase, por ejemplo, a Richard Dawkins¹¹); y ya nadie con dos dedos de frente se atreve a defender el determinismo genético, sino que se habla de epigenética (alrededor de la genética), pues en el deseo, la toma de decisiones y las conductas —obviamente sobre la base de nuestro genotipo, como no puede ser de otra forma— lo que prima en cuanto a los condicionantes es lo social y lo cultural.

Volviendo pues a lo razonable en la forma de abordar esta temática, lo social y cultural, desde la antipsiquiatría y desde las escuelas sistémicas de psicología se han aportado tres conceptos relacionados entre sí y que me parecen clarificadores para la cuestión sobre la que estoy disertando: los hijos vistos como una proyección del propio yo y la pre-formación de los seres humanos por parte de los progenitores y sus sistemas familiares de origen¹² con, entre otras maniobras de poder, la introyección de los denominados mitos familiares¹³.

La demencia social —como llamaba D. Cooper¹⁴ a la locura del sistema capitalista— funciona en cadena. Me explicaré. Se tiende a hacer a los demás lo que a uno le han hecho y le hacen, incluso, en muchas ocasiones, en amalgama con formas y racionalizaciones aparentemente contrarias (esto último, cuando es un mecanismo inconsciente, es asimilable a lo que los freudianos, dentro de su categoría de formaciones reactivas, designan como formaciones de compromiso¹⁵).

11. Dawkins, R., *El capellán del diablo. Reflexiones sobre la esperanza, la mentira, la ciencia y el amor*. Barcelona: Gedisa, 2005.

12. Laing, R. D. y Esterson, A., *Cordura, locura y familia. Familias de esquizofrénicos*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1978.

13. Ferreira, A. J., «Mitos familiares». En: Gregory Bateson *et al.*: *Interacción familiar*. Buenos Aires: Ediciones de la Bahía, 1980.

14. Cooper, D. *La muerte de la familia*. Barcelona: Ariel, 1976.

15. «Formación reactiva: Actitud o hábito psicológico de sentido opuesto a

Cuando se es exclusivamente el deseo de otros, y mucho más si se acepta sin rebelarse ante tal situación, se suele ver a los demás, sobre todo a lo más débiles, como objetos susceptibles de convertirse en el propio deseo en tanto que una posible compensación del yo.

Los hijos vistos, y para ello tenidos, como una proyección de uno mismo es una de las formas de ese tipo de compensación del yo.

Se trata de un proceso de conversión de sujetos en meros objetos, deseando tener hijos para que sean aquello que sus progenitores quisieron ser y no fueron y/o para que sean lo mismo que son sus padres, en tanto que intento de una especie de clonación psíquica. Así, se inculcará a los niños lo que deben estudiar, pensar, qué profesión deben elegir, qué carácter tener, qué gustos, qué opciones sexuales desarrollar... *versus* el mostrarles diferentes posibilidades sobre las que elegir.

Un extremo de tal forma de entender el tener hijos puede encontrarse en una triste y conocida historia ocurrida en nuestro país en los años treinta del pasado siglo, la de Aurora Rodríguez y su hija Hildegart¹⁶. La madre decidió tener un hijo, eligió un individuo al que consideró adecuado para que la fecundara y al que no volver a ver, y una vez nacida la niña la educó, de forma espartana, para que fuera una intelectual y revolucionaria modelo. Cuando la hija, que llegó a ser notablemente famosa, fue adulta e intentó la natural separación de la madre —entre otras formas a través de relacionarse amorosamente con hombres—, ésta intentó impedirlo y, al no conseguirlo, tomó la opción de matarla.

un deseo reprimido y que se ha constituido como reacción contra éste (por ejemplo, pudor que se opone a tendencias exhibicionistas). [...] en la formación de compromiso se encuentra siempre la satisfacción del deseo reprimido conjugada con la acción de defensa». Laplanche, J.; Pontalis, J. B. y Lagache, D., *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Paidós: 1996.

16. Rendueles Olmedo, G., *El manuscrito encontrado en Cienpozuels*. Madrid: Ediciones de la Piqueta, 1989.

Tal caso, como ya he dicho, es un ejemplo extremo, pero de un fenómeno, desgraciadamente, bastante generalizado aunque sin que suela llegar a un final tan trágico. Quién no oyó decir a los padres de un/a niño/a de apenas siete u ocho años: será veterinario, o profesora de equitación, o cualquier otra profesión que, dada su corta edad, no es posible haya elegido el/la niño/a, y que éste/a repite como afirmación propia intentando complacer el deseo materno y/o paterno.

En efecto, este tipo de cosas no suelen producir, como ocurrió con Hildegart, muertes físicas, pero sí y siempre sufrimiento y, a veces, muertes existenciales cuando ese ver a los/as hijos/as como una proyección del propio yo por parte de los progenitores es de una intensidad y temporalidad muy alta, con aparición de lo que se denomina padre y/o madre devorador/a. Muertes existenciales puesto que la persona que sufre la devoración psicológica puede verse incapaz de crear su propia obra vital, su forma de vida libremente elegida, y, encontrándose en una posición de jaque mate existencial, puede no encontrar otra opción que no sea la de la huida patológica de la «realidad» con la aparición de depresiones, toxicomanías o incluso lo que se llama psicosis¹⁷.

Los padres y/o madres devoradores suelen planificar el guión existencial de sus hijos aun antes de nacer éstos; de ahí que debamos hablar no ya de formación sino de pre-formación.

La pre-formación es, pues, la construcción de un papel a aprender por parte de los hijos que va a ser dictado por los progenitores, en una obra que está escrita antes de que nazcan los primeros y, en muchos casos, antes incluso de que nazcan los propios padres y madres. R. D. Laing decía que

17. Lucía, Alfredo y Jau, «Entrevista a Enrique González Duro: "Hace falta una nueva Antipsiquiatría"». *El Rayo Que No Cesa: Boletín de Contrapsicología y Antipsiquiatría*, n.º 3. 2001. Barcelona. (Puede consultarse en Internet: www.antipsiquiatria.com)

para comprender tal obra, es decir, para entender un sistema familiar dado, normalmente hay que remontarse varias generaciones atrás¹⁸.

En la maniobra de poder de la pre-formación los mitos familiares juegan un papel muy importante. Éstos consisten en el fenómeno de repartirse ciertas etiquetas que se otorgan entre sí los miembros de una familia y que, si se profundiza, son irreales. De ahí que se trate de mitos, como, por ejemplo, definir por parte de la mayoría de los miembros del sistema familiar como loco a uno de los componentes del mismo, a pesar de que dicha locura no sea posible de detectar por parte de un observador externo cualificado, sirviendo la asignación de dicho rol (o cualquier otro, por ejemplo el de agresivo, descuidado, etc.) para que el resto de los miembros del sistema familiar se asignen a su vez, por contraste, un contra-rol: en el ejemplo aquí aportado el contra-rol sería que ellos estarían cuerdos, cosa que puede ser absolutamente falaz.

Los mitos familiares aparecen, en efecto, en muchas ocasiones en el fenómeno de la pre-formación, y pueden consistir en el intento de hacer pervivir a los muertos reinando sobre los vivos y/o a los vivos pero ausentes sobre los presentes, a través de otorgar características y roles de los ya fenecidos y de los ausentes a aquellos que llegan por primera vez al mundo.

La costumbre de poner a un recién nacido el nombre del abuelo muerto, de la tía desaparecida, etc. (costumbre por fortuna cada vez menos frecuente), remite en muchos casos al deseo de hacer sobrevivir a tales personajes desaparecidos; y al nombre en demasiadas ocasiones le seguirá más adelante la etiqueta de poseer un carácter similar al del muerto.

Los mitos familiares, se le haya o no puesto el nombre a un niño de una persona familiar ya fenecida, suelen ser del

18. Laing, R. D., *El cuestionamiento de la familia*. Buenos Aires: Paidós, 1972.

siguiente talante: este niño es malcarado como su abuelo, o esta niña es capaz de escuchar las penas de los demás como lo hacía su tía, etc.; es decir, se le otorgan rasgos del carácter de otro/a al menor, lo que implica no que sea cierto, sino que el sistema familiar precisa de tal cosa para conservar su equilibrio interno de roles y contra-roles, para mantener, pues, lo que D. D. Jackson llamó homeostasis familiar¹⁹.

Este fenómeno de la pre-formación utilizando mitos familiares se produce, efectivamente, en la mayoría de ocasiones con referentes muertos, pero, como ya he señalado, también con personajes vivos, aunque casi siempre alejados o ausentes (por ejemplo, ex maridos y ex mujeres en casos de separaciones...), para convertir dicha ausencia en una presencia simbólica con funciones de determinación real de papeles a asumir. Por ejemplo, hace muy poco he estado trabajando, ejerciendo mi profesión de educador social, en dos casos distintos de hijos de parejas separadas y de clases sociales diferentes y con cosmovisiones e ideologías dispares, ambos con aparición de depresiones muy duras; y en uno de ellos un adolescente recibía por parte de su madre la siguiente sentencia: «Eres como tu padre y acabarás *yonki* como él»; y en el otro, un hombre joven desde la infancia sufre recriminaciones por parte de su madre de la siguiente guisa: «Eres como tu padre, egoísta e incapaz de cuidarme ni a mí ni a nadie».

Prisionero de los mitos familiares, que se van heredando de muertos a vivos, de ausentes a presentes, un nuevo ser lanzado al mundo puede entonces verse comprimido a car-

19. Don D. Jackson conceptualizó a la familia en términos de sistema interaccional, poniendo el acento en el carácter equilibrador que posee todo síntoma individual —llamando al equilibrio de dicho sistema *homeostasis*—, y desde entonces hasta nuestros días éste es el presupuesto básico con el que operan las corrientes sistémicas en psicología. (Ver: Jackson, D. D., *Communication, family and marriage*; y *Therapy, communication and change*. Volúmenes 1 y 2 de la serie Human Communication. Palo Alto: Science and Behavior, 1968.)

gar toda su vida con un rol determinante y exclusivo, impuesto y planificado para él a veces desde antes de haber nacido.

En todos los casos de pre-formación e imposición de mitos familiares los menores son, pues, convertidos en proyecciones del yo de otros/as y en meros objetos del deseo ajeno, es decir, son alienados por seres a su vez alienados en una cadena sin solución de continuidad.

Hay otros muchos factores alienantes que se nos aparecen como motores —hoy y aquí en Occidente, insisto en dicha precisión— del aparearse para reproducirse, además de estos que he comentado en primer lugar (los hijos vistos como una proyección del propio yo y la pre-formación de los seres humanos, antes de nacer, por parte de los progenitores y sus sistemas familiares de origen con, entre otras maniobras de poder, la introyección de los denominados mitos familiares) y que me parecen los principales, dado que en ellos es posible englobar a los demás. Algunos de esos otros, o demás, factores alienantes son, por ejemplo: el miedo a la soledad, el intento de solucionar las crisis de relación en las parejas teniendo hijos/as y la idea delirante de perdurar a través de la descendencia.

El miedo a la soledad es, en efecto, una de las motivaciones principales entre la mayoría de la población para la búsqueda de pareja (Parlee, 1979; Brennan, 1982) y la formación posterior de una familia.

El miedo a la soledad; la soledad no es lo mismo que el aislamiento; no es en absoluto un sentimiento natural sino algo impuesto socialmente, pues aunque construirse espacios y momentos para la soledad, una soledad abierta al mundo²⁰, sea algo imprescindible para la salud del espíritu —para la salud mental— y para lo creativo, como literatos, músicos, pintores, filósofos, poetisas y poetas... saben muy bien y no se han cansado nunca de explicar²¹, sin embargo, el cultivo de

20. Cooper, D., *op. cit.*

21. Rilke, R. M., *Cartas a un joven poeta*. Madrid: Alianza, 1999.

la soledad es percibido como peligroso por el imaginario social. Se considera peligroso que la gente dedique demasiado tiempo a hablar y conectar consigo misma, peligroso que la gente reflexione sobre su vida, que las personas dediquen tiempo a conocerse a sí mismas y que sean muy independientes. Yes que ciertamente es peligroso, pero no para las personas sino para la conformación del espíritu gregario que una sociedad de libre mercado precisa, por ejemplo, en su imposición de la moda y su correlato, el consumo; y peligroso también en cuanto a la posible aparición de disidencias con respecto a los valores de la mayoría social.

Así, desde niños se nos condiciona para no estar solos, siendo lo contrario mal visto. Se nos condiciona, pues, para la dependencia. Y cuando se es dependiente se tiende inevitablemente, en el funcionar en cadena que ya dije caracteriza al sistema capitalista y como otra de las formas de compensación del yo, a buscar que los demás dependan de nosotros. Es decir, en el tema que tratamos, cuando no se conquista el derecho a la propia soledad se siente el impulso de convertir en dependientes a nuestros menores negándoles, o simplemente no facilitándoles, espacios y tiempo para ejercer el cultivo de su soledad y no educándoles para que la aborden positivamente.

Otro de los factores alienantes en el hecho social de tener hijos consiste, como dije, en desear la llegada al mundo de éstos como una solución a las crisis de relación en las parejas. Como es sabido, y no me extenderé en ello, no sólo no se solucionará nada de tal modo, sino que tenderá a agravarse la situación utilizando a los menores como arma arrojada contra el/la otro/a y convirtiéndolos en víctimas propiciatorias del malestar de los/as adultos/as, dado que si bien, a veces, un tercero puede ayudar a solucionar los problemas de interacción entre dos personas, no es así obviamente en el caso de un recién nacido o un niño, ya que, al contrario, éste precisa ser el sujeto central de los cuidados de los adultos en forma compenetrada por parte de estos últimos.

Y, finalmente, todos sabemos de gentes que creen conseguir eternizarse, llegar a la inmortalidad, a través del rastro de la descendencia, sin tener en cuenta que no sólo es absurdo pretender existir a través de la herencia —del ADN, antes decían «la sangre»—, absurdo puesto que la existencia sin conciencia de ella no es; sino que, además, si las previsiones de la ciencia, más concretamente de la astrofísica, no son erradas, hay muy pocas opciones para lo eterno en cuanto a lo humano, dado que la vida en la Tierra no tiene posibilidad de durar siempre y cabe, a su vez, que sea cierta la hipótesis de que el tiempo del universo es finito²².

22. Parece previsible que habrá un momento (por suerte no pronto sino de aquí a mucho tiempo: miles de millones de años) en que el Sol será una estrella muerta. Y si la humanidad —de existir aún— superara tal contradicción, como hipótesis hay que tener en cuenta lo que se llama el *Big Crunch*: una posible forma de fin del universo (por suerte también esto no sería para mañana, de ocurrir, sino de aquí a millones de millones de años). Y aún cabe la ocurrencia previa, desgraciadamente, de otros muchos cataclismos geológicos y/o astronómicos. La posibilidad de lo que se llama el *Big Crunch* como singularidad en el final del universo, es, en efecto, una de las hipótesis de la astrofísica moderna, consistiendo en que a una fase de expansión como la que parece se produce desde el llamado *Big Bang*, en tanto que singularidad en el inicio del universo o explosión inicial hace unos quince mil millones de años, puede que le siga un retraimiento o contracción. La otra hipótesis es que la actual expansión continuará para siempre. (Ver respecto a ambas hipótesis: Hawking, S. W., *Historia del tiempo. Del big bang a los agujeros negros*. Barcelona: Crítica, 1988.) En todo caso, lo fundamental como antídoto a la idea delirante de perdurar en el tiempo a través de la descendencia, como dije y vuelvo a repetir, es la comprensión, que se nos aparece intuitivamente y cual producto del raciocinio, de que la existencia sin conciencia de ella no es. A este respecto, las interpretaciones sociobiologicistas simplistas de la teoría del «gen egoísta», a la que me referí ya, que pretenden que los genes son las unidades causales de la conducta y primer motor del hecho de reproducirse entre los humanos y del impulso a cuidar a los propios hijos, con explicaciones del altruismo hacia la descendencia porque el acervo genético propio quiere perdurar, no tienen en cuenta dicha cuestión. Por no tener en cuenta, ni siquiera se plantean algo tan sencillo como que cuando un padre está dispuesto a dar su vida para salvar la de un/a hijo/a (ejemplo que para los sociobiologicistas es muypreciado y citan de continuo), pre-

Las formas en que se impone a los/as niños/as el ser proyecciones del yo de los otros, la pre-formación y los mitos familiares, convirtiéndolos en el deseo ajeno e impidiéndoles cultivar su soledad, cuando se resisten, son harto conocidas. Van desde los castigos planificados como forma educativa privilegiada, los gritos constantes, las vejaciones, hasta los golpes²³ y, de una manera más sutil, la amenaza del desamor. Como una de las aportaciones del psicoanálisis freudiano conocemos que la mayor fuente de terror para un/a niño/a es la posibilidad de perder el amor de sus padres y/o cuidadores; y que esto puede generarle fantasías de negación de todo tipo, como creer que quien le sustrae el cariño que precisa tanto como el alimento, o que lo golpea, no es su padre y/o madre, sino algún ente o brujo/a que lo suplanta en esos momentos²⁴, hasta la autodestructiva de sentir que es él

tender que es por egoísmo genético, es decir, que la decisión la toman los genes para seguir existiendo, es, efectivamente, delirante, pues en algunos casos, seguramente en muchos más de lo que se piensa, el hijo no es biológico sin saberlo el padre que realiza la conducta altruista (las personas, por suerte, no hacen, hoy por hoy, análisis de paternidad, de ADN, cuando tienen hijos/as y los padres suelen fiarse de la palabra de las madres). La conducta altruista de los seres humanos hacia los hijos, tanto por parte de padres como de madres —y en general hacia los/as niños/as—, además de ser escasa, si profundizamos, es el producto de factores sociales y culturales más complejos que los genes (factores como la educación de valores, la ternura hacia lo indefenso por la corriente empática que provoca el saber de la propia vivencia como cría humana, la convivencia...). Utilizar la expresión «gen egoísta» es similar a decir la perogrullada teleológica siguiente: la niebla es egoísta pues no nos deja ver el sol. Egoístas serán aquellas personas que actúan egocéntricamente percibiendo a su descendencia como propiedad privada y excluyendo de cuidados a los niños/as que no consideran suyos/as. Los genes, por lo que la ciencia sabe hasta el momento —que no es mucho, como ya reconocen hasta los investigadores del mediático proyecto genoma—, sintetizan proteínas, no conductas, y carecen de intención.

23. Miller, A., *Por tu propio bien. Raíces de la violencia en la educación del niño*. Barcelona: Tusquets, 1998.

24. Bettelheim, B., *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Barcelona: Crítica, 2001.

mismo el responsable del desamor sufrido. Y enlazando con esto último, la doma de los niños y niñas consiste fundamentalmente en introducirles el sentimiento de culpa, que es atizado por los adultos cuando el menor no responde a sus expectativas, sobre todo en una sociedad con raíces culturales judeocristianas como en la que vivimos²⁵.

Si esto no basta, aparecen en escena los especialistas. En efecto, ya indiqué que, según informan maestros/as de escuela en Cataluña, alrededor de un 20% de los menores de 12 años de las ciudades en nuestro país toman en alguna ocasión psicofármacos, tratándose de la medicalización de un problema social. El conflicto educativo se soluciona pues, en muchos casos, vía la camisa de fuerza química, pues es del todo imposible que nos encontremos ante una epidemia de enfermedades psíquicas infantiles²⁶.

25. Cooper, D., *op. cit.* (Recuerdo, respecto a la utilización de la culpa como espada de Damocles, que una persona a la que asistí en asesoramiento comentaba: «Ya se sabe, las madres gitanas te dicen: “Te mataré si sigues haciéndome esto”; en cambio, las madres judeocristianas te espetan: “Me mataré si sigues haciéndome esto”».)

26. En las Jornadas sobre Salud Mental indicadas en la nota inicial se expuso que la prensa informó recientemente de que un 40% de los niños en nuestro país sufren estrés. Pienso que hay que ser muy cautelosos a la hora de analizar tales noticias (de un carácter alarmista parecido a pretender que la violencia crece de forma exagerada entre los menores, cosa que como profesional yo no percibo), pues pueden generar corrientes de opinión favorables a la medicalización de la infancia: ¿no aparecerá pronto otro nuevo medicamento específico para el estrés infantil, producido por una multinacional farmacéutica con conexiones con la prensa que informa de tales «noticias»? Obviamente no hay que caer en lo paranoide, pero se debe ser precavido. Se puede afirmar, por otro lado, que la utilización de psicofármacos con niños/as encuentra pocas razones firmes relacionadas con lo terapéutico para su prescripción: los niños, entre otros motivos dada la plasticidad de su cerebro en formación, tienen muchas posibilidades, más que los adultos, de solucionar los problemas psicológicos, incluso algunos neurológicos, con técnicas basadas en la palabra, el juego y la relación. Las prácticas de medicalizar a los niños/as pueden ser, en efecto, caracterizadas en muchas ocasiones de siniestras. Hace poco viví una experiencia al respecto: un psiquiatra que prescribía neurolépticos a un

Y es que sí que existe, como señalé al inicio, una peligrosa tendencia a medicalizar a la infancia. Por ejemplo, la responsable (*consellera*) de sanidad de la Generalitat de Catalunya, muy poco después de que se estrenara el gobierno autonómico tripartito, hizo unas declaraciones en una de las radios nacionales de la comunidad autónoma sobre que había que mejorar la atención sanitaria a la infancia respecto a la salud mental implementando, afirmaba, la detección en las escuelas de potenciales problemas de los niños/as, del tipo de déficits atencionales, disociabilidad, etc., para poder medicarlos —atención— antes de que dichos trastornos aparecieran. En efecto, hay una corriente muy peligrosa y siniestra entre algunos profesionales de la salud mental que, bajo el paraguas de la prevención, trabajan para construir protocolos de detección de factores de riesgo, en niños/as, de posibles futuros problemas mentales, con el objetivo de medicarlos antes de que tales «enfermedades» aparezcan. En Inglaterra se habla desde hace tiempo de hacer una ley para regular tal práctica. Permitiéndome una licencia literaria, se puede decir que el fantasma del *soma* de la novela *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, recorre intermitentemente Occidente, un *soma*, por otra parte, con muchos más efectos secundarios devastadores que el del famoso relato.

Ya su vez, proliferan, para vergüenza de la profesión, los chiringuitos privados, montados por psicólogos, pedago-

niño de once años —en el que no era posible detectar ningún síntoma psicótico en concreto, ni de enfermedad mental en general— reconocía finalmente de forma verbal, muy presionado, que medicaba al menor para tranquilizar a la madre. En el despacho de tal personaje la decoración consistía en calendarios y pósters de promoción de la empresa farmacéutica que fabrica los neurolépticos que le prescribía al menor; aunque tal vez no haya ninguna relación entre estos dos hechos, a mí me pareció significativo el «ambiente» del susodicho despacho. (Arnau, J. A., «Una experiencia de intervención en “crisis” con un menor de once años internado en un CRAE, o jugando dos, menor y educador social, juntos al ajedrez contra el síntoma». Inédito, 2005.)

gos y educadores sociales, de centros para el «repaso» ante los problemas escolares y para las terapias de todo pelaje (psicomotricidad terapéutica, ludoterapias...), dirigidas a los niños que se pretende que tienen problemas de comportamiento en general y específicamente bajas calificaciones en la escuela, tratándose, con mínimas excepciones, simplemente de negocios sin ningún otro resultado que no sea el de estigmatizar a los menores y hacer dinero. Sería bueno poder realizar un estudio de tales oscuros centros psicopedagógicos, sobre cómo influyen en los menores que en ellos —en el mejor de los casos— simplemente medran y sobre el nivel de calificación real de los profesionales que en los mismos trabajan. Los que yo conozco, que son bastantes, están titulados, sí, pero tienen unos conocimientos y experiencia muy por debajo de la media que es exigible para tratar educativa y/o terapéuticamente ya no sólo a niños, que es muy difícil, sino a cualquier persona.

Eso sí, y hay que reconocérselo, realizan funciones de guardería, como hacen también las múltiples actividades extraescolares que hoy en día practican los niños. Es decir, dan soporte a una tendencia cada vez mayor a que el tiempo de relación libre y espontánea de padres e hijos sea mínimo y a cercenar, a su vez, la posibilidad de que los/as niños/as gocen de tiempo para jugar y relacionarse entre ellos/as sin la mirada controladora de los/as adultos/as.

Si se hace un cálculo de las horas que un niño pasa en la escuela (normalmente de las 9 h a las 17 h, si se queda a comer en ella) y se les suman las de actividades extraescolares organizadas (por ejemplo, una hora diaria como media) y se le añade, a su vez, el tiempo dedicado al flagelo judeocristiano de los «deberes» escolares (por ejemplo, otra hora diaria), nos encontramos con la friolera de diez horas diarias de actividad obligatoria para los menores, planificada y controlada por los mayores, durante cinco días a la semana. Más horas, pues, que la jornada laboral legal de un adulto. ¿Cuándo, entonces, se relacionan espontáneamente con el juego no organizado —y no con la mediación de los «debe-

res»— esos niños/as con sus padres y/o cuidadores? ¿La relación con los hijos/as y/o menores al cuidado de los adultos/as es una actividad de fines de semana exclusivamente?

Por otro lado, es evidente que es bueno que los niños/as estén la mayor parte del tiempo en relación con iguales de su edad, pero no bajo el control continuo de los adultos y con actividades planificadas por éstos, pues entonces su creatividad, espontaneidad y autonomía no crecerán.

Es un claro retroceso social en lo educativo que hoy en día, y desgraciadamente desde hace muchos años ya, los niños/as no ocupen las plazas y calles jugando y que no planifiquen solos muchas de sus actividades. Dado que las ciudades y pueblos son tomados literalmente por los coches tal cosa se hace muy difícil, pero no sería imposible una solución si se realizaran reformas urbanísticas radicales en función de los intereses generales y no de los de las mafias inmobiliarias y la industria del automóvil, como ocurre en la actualidad. Pasear por las calles y plazas de nuestras ciudades y pueblos desiertas de niños/as es realmente triste; se podría decir que la forma de vida actual, por inauténtica, sufre el castigo del cuento del flautista de Hamelín, que como es sabido dejó sin niños/as a los habitantes del pueblo por no cumplir con la palabra dada, es decir, por mentirosos.

Prosiguiendo con la cuestión de los especialistas, en mi opinión, y en la de todos los que trabajan en lo social con un modelo sistémico, un buen psicoterapeuta, un buen pedagogo, un buen educador social —que afortunadamente también los hay—, cuando realmente detecta que un niño padece algún problema —que no es lo mismo que «ser» un problema—, siempre que le sea posible tenderá a focalizar su intervención en tratar a los padres y/o cuidadores del menor y a sus maestros en la escuela, mientras que al niño, si cree necesario verlo más de una vez, lo hará de forma secundaria y no principal. Es decir, tratará al niño o menor indirectamente.

Directamente, pues, como digo, un buen profesional a quien tratará es a los adultos que cuidan del menor, por dos

razones que la experiencia muestra funcionales en cuanto a los resultados en la mayoría de las ocasiones. La primera, porque los adultos suelen ser la matriz del problema que haya que abordar (sea por la causa que sea, por ejemplo, estar desbordados) y, por tanto, es en ellos/as en quien hay que incidir. Y la segunda, porque los adultos que cuidan del niño serán sus mejores terapeutas, pedagogos, educadores, potencialmente siempre y en acto si se les aconseja y entrena convenientemente, puesto que conviven cotidianamente con el menor y son, entonces, su principal fuente de influencia posible. Y en el supuesto de que excepcionalmente sea necesario ver al niño o menor con mucha frecuencia (por ejemplo, en el caso de logopedas o similares), de no haber intervención con los adultos que lo cuidan de ordinario, lo positivo que se haga con él correrá el peligro de ser neutralizado por sus cuidadores del día a día; y, a su vez, sin tal intervención no se generará el apoyo necesario para que lo que se esté trabajando con el menor dé los resultados apetecidos y lo más rápidamente posible.

No querría que de mi exposición se sacara la falsa conclusión de que culpabilizo a los padres y cuidadores de los menores, entre otras cosas porque un ser alienado no es susceptible de ser culpabilizado; el sistema que lo aliena sí que debe serlo. Pero no encuentro ninguna razón por la que se debiera sustraer de responsabilidad —que no es lo mismo que culpa— a los adultos que deciden tener hijos/as o asumir funciones de cuidado de niños o adolescentes, respecto a la relación que con éstos entablen y a los resultados que genere en la salud mental de los menores que están a su cargo. Se trata, pues, de no culpabilizar pero tampoco de quitar responsabilidad, y sí de prestar apoyo, y ello es imposible sin la aparición de la responsabilidad, que es siempre de los adultos, pues somos los que tenemos —y no los niños/as— la capacidad de responder (responsabilidad proviene etimológicamente de *respondere*).

Ya expliqué al inicio de este artículo que todos/as estamos atravesados por factores de alienación en el momento

en que decidimos tener hijos/as y/o en el desarrollo de su crianza; es decir, no es posible escapar del todo de un marco social que empuja a la alienación propia y, en consecuencia, repito que, presos de un funcionamiento en cadena, no es tampoco fácil deshacerse de la tendencia a alienar a los menores. Pero, por fortuna y evidentemente, como también señalé al principio, en la decisión de traer nuevos seres al mundo juegan un papel importante otro tipo de factores, los que adjetivé de saludables y prosociales, en los que es necesario apoyarse (también en lo profesional cuando se interviene, por ejemplo, como educador social sobre familias). Factores en los que voy a entrar ahora brevemente.

Y lo haré simplemente comentando un poema de Khalil Gibran que es muy conocido, pero que creo que vale la pena colaborar en que siga siéndolo aún más, puesto que recoge, muy certeramente, a mi entender, lo saludable en el hecho social de tener hijos/as y/o cuidar de menores. Dice así:

De los hijos. *Vuestros hijos no son vuestros hijos. Son los hijos e hijas del anhelo de la vida ansiosa por perpetuarse. Por medio de vosotros se conciben, más no de vosotros. Y aunque estén a vuestro lado no os pertenecen. Podéis darles vuestro amor, pero no vuestros pensamientos, pues ellos tienen sus propios pensamientos. Podéis abrigar sus cuerpos, pero no sus almas, porque ellas viven en la casa del mañana, cerrada para vosotros, cerrada incluso para vuestros sueños. Podéis esforzaros en ser como ellos, pero no tratéis de hacerlos semejantes a vosotros, porque la vida no retrocede ni se detiene en el ayer. Sois el arco desde el cual vuestros hijos como flechas vivas son lanzados a lo lejos. Sólo el Arquero es quien ve el blanco en el camino del infinito y quien os doblaga con su poder para que la flecha vaya rauda y lejos. Dejad que la inclinación en mano del Arquero sea para la felicidad. Porque así como ama la flecha que vuela, así ama también el arco que se tensa.*

Sostenía Antonio Machado que el lenguaje poético posee la facultad de horadar la opacidad de las cosas y, en efecto, este poema de Khalil Gibran horada, con sencillez y belleza, lo opaco de la alienación en la cuestión del hecho social de tener hijos/as. Lo hace, ciertamente, desde una posición mística que puede o no compartirse (yo no la comparto, por ejemplo, y opino que no somos el arco sino los/as arqueros/as que además no ven ni conocen el blanco pues éste será, en su momento, una decisión de la flecha), pero da en la diana en cuanto a lo nefasto de lo posesivo en la relación con los menores y muestra lo vital en el cuidado de los menores.

El deseo de tener hijos/as y/o cuidar de menores como acto de amor a la vida, la conciencia de que la realización de tal deseo nos convierte en cooperadores del ser, en tanto que cuidadores y propulsores de la vida —«Podéis darles vuestro amor [...] Podéis abrigar sus cuerpos [...] Sois el arco desde el cual vuestros hijos como flechas vivas son lanzados a lo lejos»—, incluso la posibilidad motivadora de aprender de dicha experiencia —«Podéis esforzaros en ser como ellos»— y la voluntad de desbrozar el camino de obstáculos para los/as recién llegados/as —«Dejad que la inclinación en mano del arquero sea para la felicidad»— son elementos de un goce muy elevado y que nada tiene que ver ni con el sacrificio de ser un instrumento de los genes combatiendo por persistir contra otros genes, sino que se trata de un aliarse con la vida, ni significa convertirse en mera marioneta de reproducción del marco social con el «porque toca por la edad»; al tiempo que aparece como antinómico a cualquier pretensión de utilización de los hijos/as para proyecciones del propio yo, pues desbrozar el camino de obstáculos para la felicidad no es definir el contenido de ésta, que es subjetiva y producto de la creación individual — «ellos tienen sus propios pensamientos»— en condiciones siempre diferentes para cada cual —«porque ellas [sus almas] viven en la casa del mañana, cerrada para vosotros, cerrada incluso para vuestros sueños»—.

En efecto, cuando las personas decidimos tener hijos/as y/o cuidar a menores, estamos también atravesadas por esos factores prosociales y saludables que el poeta nos recuerda y que son, insisto en ello, generadores de un elevado placer: el de traer al mundo a lo nuevo y/o cuidar a lo que nace y crece, aprendiendo de tal experiencia, incluyendo en ella la contemplación de cómo la incógnita de lo que será el nuevo ser se va desvelando mientras se le ayuda a que viva en plenitud.

Pero, entonces, ¿qué es lo que hace que los factores contrarios, los alienantes, se impongan en muchas ocasiones?

La presión de los medios de formación de masas (prensa, radio, publicidad y, sobre todo, la televisión) es uno de los elementos más importantes de la persistencia de la alienación. Una medida muy saludable, básica y recomendable para quien quiera tener hijos/as y/o cuidar a menores es, por ejemplo, no tener conexión a los canales de televisión. Mi experiencia al respecto, conviviendo con niños/as sin que haya posibilidad de conexión a los canales de televisión en la casa, me ha mostrado que los menores no la piden en absoluto, a pesar de que sus amigos/as de la misma edad sí la tengan mayoritariamente. No tener conexión a los canales de la televisión, además de ahorrarse toda la basura que emiten, permite ocupar el tiempo en la relación, el juego, ver películas interesantes y elegidas —por ejemplo, en vídeo o dvd o yendo al cine—, escuchar música, leer libros de poemas, explicarse e inventarse cuentos...; y no tener conexión a los canales de la televisión ayuda a los niños en el aprendizaje de organizarse solos actividades de recreación creativas.

Al mismo tiempo, sin lugar a dudas, la situación, digamos económica, en que coloca a muchas personas el marco social, de carencias materiales, es, si no decisiva, sí que muy importante en el hecho de que los factores saludables en la crianza de los hijos/as no sean los determinantes demasadas de las veces.

Si el marco social no ayuda materialmente a los adultos para que cuiden de los/as niños/as, y éstos se convierten en

una carga difícil de ser llevada en lo económico, y el esfuerzo por la supervivencia resulta algo demasiado exagerado en cuanto al tiempo que implica de descuento comparado con el que se puede utilizar para dedicar a uno/a mismo/a —el trabajo en esta sociedad no suele ser tiempo para uno/a mismo/a—, esto significará que la frustración y el estrés, cuando menos, aparecerán inevitablemente entre los progenitores y/o cuidadores y se abrirá una alta posibilidad de que lo paguen con los menores utilizados como chivos expiatorios del malestar de los adultos.

En nuestro país sólo los funcionarios del Estado reciben algunas pequeñas ayudas sociales mínimamente significativas en el momento de tener hijos/as. Dado que todos los especialistas relevantes, sean de la escuela psicológica o pedagógica que sean, coinciden en que el contacto intensivo del niño y la niña con sus cuidadores/as es básico en los tres primeros años de vida (Reich, Schmidt, Piaget, Vigotski, Winnicott, Flavell...), es decir, hasta la edad aproximada de la emergencia de la estructura básica del lenguaje, se debería entonces imponer la consecuencia lógica de medidas de protección de la infancia que, entre otras ayudas, dieran la baja laboral remunerada al cien por cien a, como mínimo, uno/a de los/as adultos/as que cuidan de un/a niño/a durante esos tres primeros años de vida; y se debiera contemplar, a su vez, la reducción significativa de la jornada laboral, manteniendo la remuneración al cien por cien, de dos de los/as adultos/as cuidadores/as de un/a menor hasta que deje de serlo. Esto sería, en lugar de reorganizar la jornada laboral, reducirla a mínimos.

¿Qué no hay recursos económicos para ello? Con el presupuesto para gastos militares sobra para tales cosas y para muchísimas más necesarias socialmente, y esta cuestión del cuidado de los niños y menores es suficientemente importante, por el futuro que representan, como para no escatimar recursos.

Con todo, y acabo ya con este apartado sobre el hecho social de tener hijos/as y los factores de alienación *versus*

los saludables, para pasar de inmediato y con mucha brevedad a la cuestión de la infancia declarada en desamparo; con todo, decía, lo fundamental, a mi entender, para romper la cadena y evitar ser instrumentos de la alienación de los menores pasa por la vieja máxima socrática del conócete a ti mismo/a.

En mi opinión, nadie debiera tener hijos/as, ni realizar funciones de cuidado de menores sin antes trabajarse en profundidad a sí mismo, solo o con ayuda. Sin antes trabajar sus propias miserias y cobardías. O trabajarse, en el peor de los casos, para por lo menos controlar la propia alienación, una vez que se es consciente previamente de ella —si es que no se puede ya hacerla desaparecer del todo—, a fin de no contaminar entonces a los/as menores. Con la conciencia de que ese trabajo, a veces doloroso, de conocerse a sí mismo va a tener que ser permanente. Es decir, teniendo claro que a la máxima socrática hay que añadirle la idea nietzschiana —o si se prefiere constructivista— de inventarte constantemente a ti mismo/a.

Y es que quien es capaz de conocerse y de inventarse permanentemente no necesita subyugar —alienar— a otros/as.

La vergüenza de la persistencia del hospicio en nuestro país y la necesidad y posibilidad de acabar con tal iatrogénica y obsoleta institución

En cuanto a la denominada infancia en desamparo, se acepta que unos 40.000 menores están en nuestro país tutelados por el Estado por vía de los organismos de atención a la infancia y la adolescencia, que son autonómicos.

Sobre esta cifra (unos 40.000 menores tutelados por el Estado, es decir, declarados en situación de desamparo) cabe reflexionar. Y uno de sus siniestros significados es la incapacidad del sistema social en presencia para cuidar a un importante número de los menores. No deja de ser interesante el hecho de que, por ejemplo, existan más de 50.000

presos/as, más de 40.000 psiquiatrizados/as, en nuestro país, es decir, entre 40.000 y 50.000 individuos parece ser la cifra «constante» en los últimos años de los diferentes sectores marginados, una cifra altísima, pues, y que los políticos, esos demiurgos de la sociedad del espectáculo²⁷, consideran normal, en tanto que precio asumible, para ellos/as, de sus juegos de poder.

En Cataluña los datos al respecto que el departamento de infancia (la DGAIA: *Direcció General d'Atenció a la Infancia i Adolescència*) aporta para finales de 2005 —a través de su *cap de secció de centres i programes*— son los siguientes: hay 6.585 menores en la comunidad autónoma tutelados por la administración, de ellos 2.408 viviendo acogidos por familia extensa, 573 viviendo acogidos en familia ajena, 961 viviendo con sus padres, 1.857 en residencias y el resto en otras instituciones.

Es decir, y según los datos oficiales, en Cataluña como mínimo alrededor de 2.000 menores viven en casas hogares y residencias; hospicios pues (en Cataluña se llaman Centros de acogida y CRAEs: Centros Residenciales de Acción Educativa).

Una de las acepciones de la palabra hospicio es: «Asilo en que se da mantenimiento y educación a niños pobres o huérfanos». La última república intentó acabar con el hospicio y legisló al respecto. Tras la guerra civil y con la caída de la república, el hospicio se volvió a implantar y la llegada de la democracia no ha acabado con dicha institución de segregación social. Ciertamente la ha modernizado —los CRAEs en Cataluña, por ejemplo, son unidades de generalmente 10 menores—, pero no la ha eliminado. Además, como ocurre con la mayoría ya de dispositivos sociales, lo que se ha hecho es profundizar en la privatización de la gestión del hospicio —históricamente en manos de la Iglesia en nuestro país—, dejando las residencias y casas hogares a cargo de institucio-

27. Debord, G., *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-Textos, 1999.

nes privadas (fundaciones, cooperativas, asociaciones y, cómo no, ordenes religiosas). Hay países en los que el hospicio ya no existe desde hace mucho tiempo²⁸.

Desconozco los datos sobre los hospicios existentes en todo el Estado, por ejemplo en Madrid, pero en cuanto al número de menores en ellos ingresados las cifras de Cataluña dan una idea de que la situación no debe ser muy buena tampoco.

Es reconocido por los especialistas en infancia y adolescencia que la institucionalización de un menor en una residencia, por más que los profesionales que en ella trabajen lo hagan lo mejor posible, le generará con una altísima probabilidad lo que se llama el síndrome de institucionalización con resultado de: baja autoestima, ansiedad, baja autonomía y problemas graves para la socialización. Sin embargo, se mantiene a menores durante años en las residencias, muchos de ellos hasta los 18 años²⁹.

El acogimiento en familia extensa, y no el hospicio, es la opción más saludable; y, en caso de imposibilidad, el acogimiento en familia ajena sin desafiliar³⁰.

Este cambio de orientación en la política de ayuda a la infancia (cerrar todos los hospicios —Centros de acogida y

28. Amorós, P. y Palacios, J., *Acogimiento familiar*. Madrid: Alianza, 2004.

29. Ver: «Falta de suport a la infància...». En *El Punt, diari de Girona*, 26/6/2005.

30. Acoger es amparar, mientras adoptar implica desafiliar; en el caso de las adopciones para afiliar hay que desafiliar previamente. Acoger, incluso en el caso de imposición judicial de tal medida, lo que a veces y desgraciadamente se hace necesario en función del interés del menor, no implica desafiliar, es decir, no implica quitarle un hijo/a a nadie —sí la tutela y la guarda temporalmente— y es, entonces, una opción provisional que no descarta la posibilidad —y el poner medios al respecto— de que los padres biológicos solucionen los problemas que hacen que, por el momento, no sea bueno para el menor que conviva con ellos. Vale decir que no está bien robarle a nadie los niños, ni a los países etiquetados como Tercer Mundo con las adopciones internacionales, ni a los sectores débiles socialmente del propio país.

CRAEs en Cataluña— y potenciar como instrumento privilegiado el acogimiento) exigiría, a su vez, contemplar, en algunos casos (por ejemplo, en el de menores de más de siete años o con problemáticas muy graves, del tipo agresividad), la figura de los acogedores/as profesionales.

¿Cuál es la razón, entonces, de que se mantenga el hospicio?

¿Cuál es la proporción de medios que se dedican a la adopción, incluida la internacional, con respecto al acogimiento en familia extensa o ajena?³¹

¿Por qué la legislación prima las ayudas a la adopción y en cambio éstas son menores en el caso del acogimiento —por ejemplo, en cuanto a permisos y bajas laborales de maternidad, que sí se dan por adopción y no por acogimiento—?

¿Es tan difícil reciclar a los profesionales que actualmente trabajan en casas hogares, residencias, es decir, hospicios, para que pasen a trabajar en acogimientos familiares en familia extensa o ajena y en el apoyo a las familias biológicas de los menores que se encuentren en situaciones difíciles?

31. La administración en Cataluña de vez en cuando realiza campañas publicitarias sobre el acogimiento. Al margen de lo burdas que suelen ser (en la más reciente se llamaba a acoger para ayudar al menor «en la tarea de hacer los deberes, llevarlo al fútbol...»; cualquier día añaden que se trata de acoger para acompañar a los menores a los toros y al boxeo), sobre todo, como en muchos otros casos —por ejemplo, en los de atención ginecológica y de prevención oncológica a la mujer—, se quedan en mera propaganda que no se corresponde con poner medios. A finales de 2005, en Cataluña se reforzó el apoyo profesional a las adopciones internacionales y, en contraste, los acogimientos de menores institucionalizados en hospicios deben oscilar entre un 0,2% y un 5% anual como mucho. La atención profesional a quien quiere acoger es mínima y está en manos de instituciones privadas, y el recorrido suele desmoralizar a muchos potenciales acogedores. Esa falta de apoyo y medios suele generar, a su vez, fracasos en el acogimiento, dado que no es sencillo cuidar a un menor que no puede vivir temporalmente con sus padres y exige apoyo social y profesional a los acogedores y a las familias biológicas que pierden temporalmente la tutela y la guarda del menor.

Los especialistas coinciden a su vez en que, en dos años, acabar con el hospicio debiera ser posible. El hospicio y una sociedad solidaria no casan; el hospicio casa con una sociedad clasista y vengativa.

Cabría pensar que el entramado de relaciones de la administración con un sinfín de entidades privadas dedicadas a lo social es uno de los frenos para acabar con la vergüenza de los hospicios y uno de los factores —hay obviamente otros también³²— que impiden cerrar todas las residencias y casas hogares, claramente iatrogénicas para la salud mental de los menores, y que impiden sustituir la política del hospicio por la de los acogimientos en familia extensa o ajena, cuando esto no es posible.

Finalizo aquí esperando que el presente texto pueda aportar material a un debate tan productivo como deseable.

32. Otro de los factores que produce que se mantengan los hospicios en nuestro país y no se pase a desarrollar una política de acogimientos en familia extensa o ajena, cuando esto no es posible, y que no se cree una red de familias acogedoras profesionales para casos especialmente difíciles, es que ni los menores en situación de marginación ni sus allegados y familiares votan, y por tanto son un sector de la población que no preocupa en exceso a los políticos responsables de las instituciones de protección a la infancia. Habría pues que pensar en alguna forma, o diversas e imaginativas, de «preocuparlos» lo suficiente como para conseguir acabar con la vergüenza del hospicio.

Psicología y ética: entre la pesadilla del Gran Hermano y el paraíso de Walden 2

José Ángel Paniego García

Entre la pesadilla del Gran Hermano y el paraíso de Walden 2, o cómo toda actuación psicológica implica decisiones éticas

Hace poco, una pareja de amigos en plena crisis se planteaba acudir a una terapia de familia. Una de las personas, no obstante, me comentaba: lo que yo busco no es una terapia que me lleve a salvar a toda costa mi matrimonio, sino que me ayude a clarificar si debo o no romper con él. Hace poco también, cierto terapeuta se dedicaba a «curar» la homosexualidad de un paciente. Hasta hace poco, los estudios de razonamiento moral medían lo obediente a las normas que eran las personas; hoy, por contra, se tiende a medir su capacidad crítica ante normas injustas. Como vemos, antes de una actuación, el científico social se ve impelido a responder a una serie de preguntas: ¿debemos curar la homosexualidad o es una opción respetable o incluso a fomentar?, ¿debemos salvar el matrimonio o es una institución a extinguir?, ¿hay que hacer personas obedientes y sumisas o críticas? Es decir, *en toda actuación de cualquier científico social está subyacente un conjunto de decisiones éticas de gran importancia.*

También una decisión ética tiene gran trascendencia para el avance de la ciencia social al clarificar y orientar el estudio. Retomando el ejemplo de estudios sobre razonamiento moral, cuando éste se definía como obediencia a normas teníamos dos graves problemas:

1. Metodológico. Las personas de más fuerte compromiso ético son fieles seguidores de las normas que consideran justas; pero se rebelan contra la injusticia. Un sistema que se limite a analizar si obedece o no es simplemente ridículo. Estará lleno de excepciones y de variables ajenas que limitan su potencial explicativo.

2. Escasa relevancia social. Posiblemente lleguemos a descubrir que «el tonto del pueblo», la persona lela es la más sumisa a las normas y obediente y descubriamos los factores que llevan a ser una persona lela. ¿Querremos ser el tonto del pueblo? ¡No! Por tanto, nuestro estudio no sirve para nada.

Un cambio de perspectiva, la evaluación no de la obediencia a normas, sino de la elaboración de criterios y estructuras morales, nos ha permitido clarificar conceptualmente nuestro modelo haciéndolo más simple y de más interés social. Como vemos, *sólo una opción ética adecuada permite un modelo explicativo claro y relevante.*

Si generalizamos la intervención social de un individuo a muchos individuos entramos en el campo del control social. Así, en el comunismo soviético a muchos «desviados políticamente» los mandaban a hacer terapia. En el capitalismo occidental somos más sutiles. ¿Qué pasaría si, por ejemplo, un país democrático cualquiera, llamémosle «el Imperio», quiere invadir otro país, llamémosle «País Golfo», pero resulta que la población del Imperio se muestra contraria a esa guerra (y no olvidemos que estamos en democracia)? Pues... ¡Pues no hay problema! El gobierno contrata a la mejor agencia de publicidad. Ésta hace una campaña ondeando banderas patrióticas y mostrando todas las maldades del «País Golfo». Por si no es suficiente, se añaden una serie de informaciones falsas, de modo que nos pinten al País Golfo con cuernos, tridente, rabo largo y oliendo a azufre. Paralelamente, se les recuerda a diversas asociaciones que las subvenciones del gobierno no pueden llegar a quien haga campaña contra él (fijémonos que todo

cambio de gobierno implica reajuste en subvenciones). A los periódicos se les recuerda que pueden perder su principal fuente de ingresos, los anuncios del gobierno y de empresas con intereses en esa guerra. Así se «enseña» a la población lo que debe pensar; y democráticamente se acepta tirar bonitas bombas (como luces de un árbol de Navidad, que dijera algún piloto) al país malo-malísimo. Si alguien quiere informarse más sobre el control de la información en las democracias les recomiendo consultar la obra de Noam Chomsky.

Este poder de control ha llevado a algunas personas como Orwell a imaginar el terror de un «Gran Hermano» que nos vigila día y noche y nos roba hasta las palabras. Si recordáis, en su obra *1984*, Orwell hablaba de que se eliminaban palabras como libertad, para que al no tener el concepto no deseásemos ser libres. Otros como Skinner nos prometen un futuro idílico en su *Walden 2*, donde el desarrollo de las técnicas sociales llevaría a un mundo lleno de felicidad.

¿Debemos temer o desear el futuro? ¿Qué puede hacer la ciencia social para conseguirnos más felicidad?

Pero contestar esa pregunta implica plantearnos dónde queremos llegar: ¿a curar la homosexualidad o a aceptarla?, ¿a hacer a la persona crítica u obediente? Es decir, necesitamos una clarificación ética. Debemos plantearnos entonces: ¿desde qué ética y qué valores podemos construir ese modelo social?

Habría un problema anterior, y es si existe siquiera la verdad. Pero no vamos a entrar en él. Nos limitaremos a presuponer que si estáis aquí es porque pensáis que es más fiable y válido lo que analiza un psicólogo que lo que cuenta un futurólogo iluminado o que tomar las decisiones arrojando un dado; es decir, que sí creéis que existe alguna forma de ser más verdad algo que otra cosa.

Éticas a la carta: para náufragos, para beatos, para Al Capone... y estudios psicológicos, o cómo la psicología puede abrir la puerta para una construcción ética

Hoy en día tenemos un gran conjunto de éticas:

a. Algunos frente a la confusión ética se aferran a fanatismos; pensemos en el renacer de integristas de todo tipo (religiosos, nacionalistas...). No importa cuán irracionales sean sus ideas o bárbaras sus conductas, son un camino para salir de la duda. Nos ponemos las orejeras del fanatismo y sólo vemos la zanahoria puesta al final; ya sea un paraíso más allá de este mundo, ya sea la liberación de opresiones reales o ficticias.

b. Las que en el mar de ideologías intentan tender un salvavidas en forma de algunos mínimos en que fundamentar nuestra ética. En el mar de la vida, no nos salva de tragar agua como si tuviéramos un barco mejor; pero impide al menos ahogarnos en el escepticismo.

c. Finalmente, éticas a la carta capaces de justificar cualquier cosa. Ojo, los «malos» no son como en las películas, gente perversa deseosa de hacer daño. Son gente convencida de hacer el bien y frecuentemente jaleada por sus coetáneos. Si leemos los libros de historia veremos que cada vez que un terrorista gana una guerra, se le llama héroe.

Veamos algunas de estas éticas:

1. Empecemos por las *éticas individualistas*. Postulan que ir cada uno a lo suyo genera beneficio mutuo. Adam Smith pone el ejemplo de un parroquiano sediento que para saciar su sed decide ir a la taberna; y un tabernero que le vende una pinta de cerveza para ganarse unos peniques. El ir cada uno a lo suyo hace que ambos se beneficien, concluye. Pero preguntémosnos: ¿por qué el parroquiano no estrangula al tabernero y obtiene toda la cerveza que quiere? Porque en el mejor de los casos no funciona el indivi-

dualismo puro, necesitamos ponerle freno, unas normas de juego que se imponen a todos (por ejemplo en forma de policía).

Más preguntas: ¿por qué no bebe agua en la fuente que es más barata? O al menos que compre la litrona en un todo a 100 y se la beba en casa; así ahorra peniques, ¿no? Fijémosnos que para que el sistema funcione tiene que tener una serie de ideas en torno a la bebida, desde el prestigio del que resiste mucho bebiendo, las ideas del adolescente de asociar el beber con ser adulto, hasta las ideas de beber para olvidar o las canciones de taberna. Posiblemente el agua quite la sed, pero la pena de saber que España va bien y que yo cobro cada vez menos, no ayuda a paliarla. Si, supongamos, bebe para olvidar, ¿no es el beber una orejera para que no veamos que no funciona el modelo, para que no actúemos contra el sistema? La bebida se muestra así como una droga, el soma del Mundo Feliz de A. Huxley o el pan y circo de los romanos, que, al precio de algunas cirrosis hepáticas, defiende un «statu quo» inoperante.

Más allá nos podíamos plantear, incluso en ejemplos como éste para defender el individualismo: ¿no sería más eficiente un modelo más cooperativo? Por ejemplo, imaginemos un monasterio medieval de esos que destilaban sus licores. El parroquiano (ahora seguramente monje) podría beber la cerveza que desea gratis y el tabernero no necesitaría los peniques pues a él también le dan gratis lo que necesita. Por cierto, esto permitiría que el tabernero en vez de despachar y cobrar cervezas pudiera irse a estudiar teología o pasear por el claustro, cada uno cogería la cerveza que quisiera y el tabernero sólo tendría que fregar los vasos por la tarde. Dicho más formalmente: un servidor ha desafiado a cualquier economista a que le muestre un modelo donde yo sea incapaz de encontrar una organización productiva racional que, «calculadora en mano», sea más eficiente (en términos de conseguir más calidad de vida) que el libre mercado. Si bien los economistas suelen tener cosas más importantes que hacer que responderme a mí, debo decir

que los que lo han intentado han fracasado. Suelen hacer la trampa de decir: es que los mercados no funcionan así. Esto que puede parecer una afirmación económica en realidad es una afirmación que entra en el campo de la sociología y la psicología. Traducida viene a decir: «es que las personas no cooperan y por tanto no puede funcionar un sistema que precise su cooperación». Veremos más adelante que, aunque se lo digan muy fuerte los economistas, en realidad sabemos que las personas sí pueden cooperar, con lo que la crítica al modelo económico vuelve a cobrar toda su fuerza.

Pero la pregunta más dramática es: ¿qué hacen los que no tiene peniques? Supongo que revueltas populares contra la política del FMI. Este modelo sólo funciona si se tienen peniques y, por cierto, los voceros del neoliberalismo asumen que no les funciona el sistema si no hay gente con muchos peniques y otras con muy pocos. Dicho más prosaicamente, para que Occidente viva como vive, tienen que seguir muriendo de hambre en el Sur. Y aun esto si fuera posible un mundo donde el crecimiento económico fuera infinito; lo que implica recursos que nunca se agoten y basureros que puedan aislar basura infinita, lo que es imposible como señalan diversos autores especialmente desde la ecología.

Como vemos, el individualismo es ineficaz productivamente y genera desigualdades.

2. Un paso más allá van las *éticas del respeto*. Cada cual deja que los demás realicen la felicidad a su modo, sin molestar a los demás, que la buscan de otra forma. Dos son los problemas de estas éticas.

El primero es que entre personas existe interdependencia, por lo que la idea de que cada uno al actuar no afecte a los demás es falsa. Que en el Amazonas talen árboles me afecta, mi aire es menos limpio. Que en Rusia tengan centrales nucleares obsoletas me afecta (ya vimos Chernobil). Que otros países se empobrezcan y no puedan pagar la deuda a mis bancos, me afecta. Que la mano de obra sea más barata

en China y mis empresas se trasladen allí, me afecta. O sin ir tan lejos, si las prostitutas se exhiben en la casa de campo se alzan voces diciendo que esa exhibición es un escándalo, ¡lo ven los niños! y los niños, sobre temas sexuales, deben permanecer ignorantes. Incluso, mucha gente opinamos que cosas como que en países árabes a las mujeres les prohíban conducir, les pongan velo y les quiten el clítoris, nos atañe.

El segundo problema es todavía peor. Permítaseme una parábola. Cuentan que en cierto monasterio había un fraile negro, lógicamente de la categoría más baja y encargado de las tareas más desagradables. Normalmente, alguien así se quejaría de la injusticia; pero él no. Él realizaba sus tareas contento y era tal su sumisión que llegó, en un momento de apuro económico del monasterio, a dirigirse al prior y sugerirle: «venda usted a este perro negro y así obtendrá el dinero tan necesario para el convento». ¿Alguno de los presentes desea ser vendido como esclavo? o ¿tiene algún hermano o familiar? ¡Noo! Y supongo que ese no va más allá de un mero gusto personal. Si nuestra madre o padre nos dice un día que quiere ser vendido como esclavo rápidamente le llevamos al psicólogo a que le «cure» de su idea inmoral. En el caso de nuestro monje, le habían domesticado, le habían enseñado ideas contrarias a sus propios intereses; en terminología marxista, había desarrollado falsa conciencia. Era tal como los negros debían ser (según los blancos racistas) que le hicieron santo (San Martín de Porres). En general, las ideas individuales son construidas en un entorno. Si la gente construye sus ideas viendo la TV sus ideas serán las que les interesen a los dueños de las TVs y no las que le beneficien a él (y esto es lo que pasa en Occidente). Sólo si hacemos algo para que adquiriera una capacidad crítica y desprejuiciada podremos decir que se consigue una persona que no atente contra sus propios intereses.

3. La siguiente idea es la de una *ética de mínimos*. Generamos unas normas de juego mínimas tan básicas que sean aceptables para todos, muchas veces identificadas con la

Declaración de Derechos Humanos. Fuera de esos mínimos admitimos la discrepancia. Ésta es hoy en día la teoría estrella. Si bien tiene importantes méritos que no voy a enumerar, tiene ciertas carencias.

En primer lugar presupone que existen mínimos éticos universales. Me temo que nadie ha encontrado ninguno. La propia esclavitud hemos visto que era ética para un santo como San Martín de Porres. Muchas veces se acepta el consenso a costa de la ambigüedad. Por ejemplo, ¿supongo que todos los presentes aceptan el derecho a la vida? (Artículo 3, primer derecho de la Declaración de Derechos Humanos.) Si alguien no está de acuerdo que lo diga y le matamos entre todos. Bien, parece que todos estamos de acuerdo; pero ¿y si empezamos a hablar del aborto, de la eutanasia?, ¿y si empezamos a hablar de la OTAN o de ETA que «pacifican» a bombazo limpio a los que le llevan la contraria? Y supongo que casi todos admiten al menos matar en defensa propia, aunque ni aquí hay consenso. Como vemos, ni en lo más básico hay consenso.

Fijémonos también en las consecuencias de unos mínimos. ¿Puedo pensar: ¡ojo! yo no robé y asesiné, ni siquiera insulté a nadie, yo soy ético? ¿Son acaso éticos unos mínimos que hacen que millones de personas mueran por hambre y enfermedades vinculadas a la pobreza? Y ¿qué hacer entonces? ¿Más liberalismo o más socialismo o más otra cosa? Una teoría de mínimos tiene grandes agujeros. En cuanto intento una ética que elimine incluso la injusticia más sangrante nos salimos de una teoría de mínimos y necesitamos unos máximos.

Incluso, y éste es el principal problema, aunque desaparezcan las desigualdades más groseras: ¿podemos pensar: bueno, tú tienes unos mínimos: un subsidio de desempleo (que sale de mis impuestos); y hasta televisión; luego yo me voy a mi mansión en las Bahamas y tú te quedas en tu chabola? ¿Pensamos que es justo esto? O incluso, si yo tengo unos intereses sociales o intelectuales y a ti ya te he enseñado unos mínimos: a desear no ser esclavo; ahora deseas ver

todo el día el fútbol en TV. ¿Podemos pensar que esto ha sido justo? De nuevo hay que ir más allá de unos mínimos económicos o de desarrollo personal, más allá de pan y circo para los pobres.

4. Un mecanismo corrector es la *democracia*. Votamos y se hace lo que quiere la mayoría. Por supuesto, puede incluso que sea el mayor avance político que hemos vivido. No obstante, tiene dos problemas.

El principal es el ya comentado. Existen intereses que forman las ideas de las personas para enseñarlas lo que deben pensar. La teoría de que libremente votamos es falsa. Votamos con nuestra socialización a cuestas. Y en general, a los que les va bien en el sistema, «los ricos», tienen más posibilidad de dejar oír su voz en la TV que a los que les va mal. Por ejemplo, si un economista niega que el enriquecimiento de los empresarios es bueno para la economía, que se olvide de que le den un trabajo.

El segundo problema es que en muchos casos se oprime a la minoría y se impide el progreso social. Imaginemos que en el Medioevo hubiésemos votado que la Tierra está en el centro del Universo. Nos autorizaría eso a ser geocéntricos. O, en un terreno ético, si votáramos, como en cierto cantón suizo hace unos años, que la mujer no debe tener los mismos derechos que el hombre: ¿nos obligaría eso a considerar ético el sexismo? Toda idea nueva es minoritaria y como tal rechazada democráticamente. ¡La democracia sola no basta!

¿Qué hacer pues?

Personas libres contra el Gran Hermano, o qué hay que hacer para ser realmente libre y ético

Démonos cuenta de que las personas tienen necesidades similares. Los análisis de Maslow (con una pirámide, en cuya base están las necesidades más básicas como la comida o el cobijo; más arriba hay unas necesidades de tipo social; y

en la cúspide lo que él llama autorrealización) son un primer intento de organizar las necesidades que, si bien es perfectible, nos muestra y clasifica las necesidades más fundamentales.

Fijémonos en que muchas veces identificamos la necesidad con un satisfactor particular. Un parado no está realmente pidiendo trabajo (el satisfactor), está pidiendo recursos económicos (la necesidad). Si fuera rico no le importaría lo más mínimo no ir a trabajar; no estaría en paro, estaría en ocio. Si bien socialmente se suele identificar ciertos satisfactores como la única forma de cubrir necesidades, démonos cuenta de que si con cualquier otro satisfactor cubrimos la necesidad, ésta desaparece igualmente.

Hecha esta aclaración, empecemos a construir nuestra ética. El único axioma partirá de la típica pregunta filosófica: *¿Cómo consigo yo la felicidad?* Destaquemos dos ideas:

1. La felicidad la definiremos como *el estado sostenible de máxima satisfacción personal*. Sin querer entrar de lleno en el análisis de todo lo que subyace y justifica esta definición (lo que nos impediría hablar de nada más en esta conferencia), señalaremos que parece que estados insostenibles como el del drogadicto que consigue su dosis no son ideales. Frente a «descargas puntuales de adrenalina», *el estado de sentirnos satisfechos con lo que somos, hacemos y tenemos parece universalmente deseable*.

2. Fijémonos también en que partimos del individualismo, el yo, de la satisfacción personal. No partimos de doctrinas sociales de preocupación por los demás, pues a cada afirmación «hay que ser bueno con el otro» alguien puede responder «eso será para ti». Por ello, *partimos de un axioma casi indiscutible: «yo deseo ser feliz»*. Esto parece llevarnos al individualismo más ramplón. Sin embargo, fijémonos en el siguiente hecho.

En un mundo interdependiente, *la estrategia que más permite cubrir las necesidades es la cooperación*. Un grupo que coopera hará que sus miembros consigan satisfacer sus objetivos mejor que uno que compite. En este

dato han coincidido diversos análisis, entre otros la teoría de juegos (ver por ejemplo los análisis de Axelrod, 1986). Señalemos que sólo estamos tomando de esta teoría sus análisis estratégico-matemáticos, análisis incuestionables, pero no estamos cometiendo el error de la citada teoría de supervalorar la racionalidad e hipotetizar que las personas actuarían de acuerdo a criterios racionales.

Esto nos lleva más allá del individualismo ramplón; pero incluso más allá del intercambio ramplón. Por ejemplo, un grupo de alumnos puede no pasarse los apuntes, con ello todos descenderán su nota. O puede intercambiar apuntes. Cada vez que alguien me los pide se los dejo, y así todos aumentamos la nota. Pero puede hacer algo más. Por ejemplo, yo puedo buscar bibliografía, teniendo en cuenta la que necesito para mí, o teniendo en cuenta la que necesitan todos los miembros del grupo. Esto último hará que me tope con libros útiles para los demás. Y si los demás hacen lo mismo todos salimos ganados. *Si las personas de un grupo piensan en «nosotros», en vez de pensar en «yo+yo+yo...», maximizarán su éxito*.

Claro, yo mismo he dicho que «si los demás hacen lo mismo...», pero en la realidad no suelen hacer lo mismo. Los psicólogos nos muestran que se suele competir en situaciones donde sería óptimo cooperar, los economistas nos dicen que los mercados no funcionan así (cooperativamente)... ¿Estoy acaso incitando a la doctrina de poner la otra mejilla y cooperar indiscriminadamente? Yo desde luego no. Estoy diciendo que cooperar es más eficaz. Así que el siguiente paso será plantearnos: ¿por qué no cooperamos?

Nos damos cuenta de que todas las personas tenemos nuestra forma de concebir el mundo desde nuestros prejuicios, tabúes y muchas ideas y actitudes. Gran parte de ello lo aprendimos de pequeñitos, cuando éramos poco críticos (la llamada socialización primaria), y de mayores seguimos aferrados a ella. Así, vimos que no sólo hay personas que no saben cooperar, sino incluso personas que quieren

ser esclavas, mujeres que desean que su marido les pegue y otras muchas barbaridades. Esto, ¿es inevitable o no? Y, ¿es respetable?, ¿debemos aceptar que si alguien es así no somos quienes para decirle que debe cambiar? A lo mejor estas nos parecen claras, pero hay muchas otras que no son tanto. Por ejemplo, ¿permitimos o no el aborto?; en cuyo caso: ¿quién elabora la lista de cosas que son tolerables y las que no?

Démonos cuenta de que muchas veces elegimos sin conocer o valorar alternativas, estamos acostumbrados a tomar la alternativa que nos dan sin analizar las demás posibles. Por ejemplo, la población en España es mayoritariamente cristiana, y en Arabia, islámica. ¿Por qué? Porque no nos paramos a valorar desprejuiciadamente otras religiones o formas de ateísmo. Fijémonos que un pensador cristiano (o musulmán o marxista o...), antes de que empiece a enfrentarse a un problema podemos saber que hay todo un conjunto de conclusiones que no tienen ninguna probabilidad de ser las suyas. Para desgracia de pensadores como Husserl—horrorizados por la reducción de «todo ideal y de toda norma absoluta» a lo meramente «fáctico, empírico, contingente y por lo tanto relativo»—, debemos tener en cuenta que, debajo de cada uno de los principios pretendidamente no empíricos sobre el mundo, podemos encontrar que: en muchos casos son incluso falsos; y, en el mejor de los casos, no son evidentes a priori. La misma existencia del mundo no es siquiera evidente (para muchos sólo es un sueño del Dios Brahma). Principios supuestamente apriorísticos, como que «el todo es mayor que las partes» no es apriorístico (para la mecánica cuántica no tiene nada de evidente). En muchos casos, nociones que parecían primarias, como la noción de objeto, son resultado de largas elaboraciones (ver por ejemplo Piaget, 1985). Muchas veces nuestros axiomas no son más que manifestaciones de nuestros deseos. Afirmaciones como «el mundo es absurdo si no existe una justicia en forma de x » (un cielo después de muerto, una sociedad sin clases tras la revolución...) no son más que

la pataleta de «yo quiero que sea así, y si no, lloro». Esto concuerda con los datos sobre cambio de actitud que señalan la resistencia a cambiar la actitud si no enfrentamos la dimensión emocional y nos limitamos a lo racional. Para enfrentarnos a estos problemas propondremos un *programa pedagógico*. En primer lugar establecemos una serie de pasos:

1. Vivenciar-problematizar. Vivenciar es mostrar realidades nuevas, no sólo a nivel intelectual sino acercarnos a nuestra propia piel para conocer también la dimensión afectiva y conductual. Por ejemplo, conocer el amor no es sólo conocer las teorías psicológicas sobre el amor, sino también haber sentido el enamoramiento. Problematizar es llevar a la persona a descubrir que existen inconsistencias e incoherencias entre lo que es y lo que pensamos que es o que debería ser. Posiblemente, yo piense que no debo ser sexista y de hecho pienso que no soy sexista; sin embargo, cuando me preguntan: ¿quién barre, friega o plancha en tu casa?, puedo descubrir que existe una incoherencia entre lo que pienso (no soy sexista) y lo que de hecho es (en realidad son mi mujer, hermana o madre las que hacen las tareas domésticas). Esto me lleva a pararme a buscar la coherencia.

2. El segundo paso sería una reflexión que me lleve a buscar y valorar todos los puntos de vista posibles.

3. El tercero es actuar, no quedarse en la mera especulación, sino desarrollar y entrenar nuevos comportamientos.

Este método nos lleva a evitar una dicotomía que parecía insalvable:

a. O se dejaba que la persona construyera sus valores desde una visión restrictiva que podía llevarle a asumir valores contrarios incluso a sus intereses (el método busca enriquecer la vivenciación y mostrar las incoherencias actuales para que nuestra construcción de valores sea más desprejuiciada).

b. O alguien nos decía desde fuera lo que es bueno y nos indoctrinaba según sus ideas (el método pone a la persona en disposición de construir racionalmente sus valores).

Pero, no obstante, sigue faltando algo. En efecto, todos sabemos que, sobre todo en actitudes centrales y útiles para nosotros, buscaremos a toda costa su conservación. Por ejemplo, una persona racista puede recibir información que muestre que los negros no son intelectualmente inferiores, puede conocer a personas negras con grandes logros personales y éticamente irreprochables; pero, si su racismo le permite encontrar un chivo expiatorio en quien descargar sus culpas («por los emigrantes es por lo que no encuentro trabajo»), si el racismo sigue siendo útil para aumentar su autoestima («yo soy superior a los moros, negros o mujeres»), si, en resumidas cuentas, perder su racismo le supone perder una herramienta útil, se resistirá a perderlo. Las personas que trabajan el cambio de actitud saben que es conveniente ir más allá. Por ello, proponemos una serie de niveles de trabajo:

1. En primer lugar existen una serie de realidades de nuestro entorno. Desde la política económica de Occidente hasta el racismo o los estudios universitarios, pasando por casi cualquier otra realidad social. Realidades que debemos analizar de forma holística, mostrando sus interrelaciones.

2. Pero sabemos que para construir nuestras ideas al respecto nos hemos basado en unos medios de socialización, desde las personas más cercanas (familia, amistades) hasta los medios de masas como la TV. Por ello, debemos hacer un análisis crítico de los medios que nos lleve a una postura de no aceptación pasiva de los valores y actitudes que nos inculcan.

3. Pero si mencionamos esa actitud crítica, es preciso que tengamos en cuenta que ésta se hace. Por ello, debemos fomentar una serie de habilidades instrumentales que incluyen:

- La capacidad crítica y de desobediencia constructiva. Se aprende y entrena el ser crítico.
- El prejuicio, descubriendo que existen perspectivas distintas de la nuestra y estando abierto a ellas; sólo así

se podrá evolucionar en nuestras actitudes y conductas desde las asentadas acríticamente en la infancia.

- La capacidad de regular conflictos. De nuevo, para poder estar abiertos a ideas de personas contrarias a nosotros es preciso saber actuar ante la discrepancia.
- La capacidad de tomar decisiones. Hay que aprender a decidir, para no tener miedo de construir nuestras decisiones.

4. Pero, normalmente, estamos inmersos en una comunidad (desde el grupo de compañeros de un aula, hasta los vecinos de un pueblo). Este grupo suele ser usado como referencia y a veces construye conjuntamente nuevas actitudes. El cambio de actitudes se dificulta enormemente si no vemos realizable en el entorno cercano valores y actitudes que proponemos a niveles superiores. Si no sabemos cooperar con el vecino difícilmente pensaremos en la cooperación internacional. Ello pasa por trabajar el conocimiento, la comunicación, la confianza y la cooperación.

5. Y finalmente, en la base de todo se encuentra la persona con sus características. Las variables personales son cruciales en la construcción de actitudes desprejuiciadas. Esto no significa que sean ni anteriores ni más importantes; sería un grave error caer en un psicologismo reduccionista. Significa que la actuación en el nivel más global debe llevar aparejado un trabajo de la dimensión personal; pero, paralelamente, un trabajo de la dimensión personal debe proyectarse en la dimensión más global. Si bien hemos identificado diversas variables, destacaremos la incidencia de:

- El control emocional para no dejarnos llevar por la emocionalidad o la primera idea. Si conseguimos pensar ya tenemos un paso para salir del dogmatismo.
- La empatía para comprender a otras personas e ideas. Si nos ponemos en la piel de otro no podemos sentir que es un hereje al que negar de forma absoluta quemándolo en la hoguera.
- La autoestima para sentirnos seguros de nosotros, no tener miedo de las ideas nuevas y ser capaz de automo-

tivarnos. Sólo la persona segura de sí se atreve a adentrarse por la senda no transitada de las ideas nuevas.

- La creatividad para pensar e imaginar ideas nuevas. Sólo así podremos intuir nuevos valores y actitudes.

Un programa pedagógico lógicamente se puede desarrollar en instituciones pedagógicas. Por ejemplo, en los niveles no universitarios se debería teóricamente hablar de estos temas. La reforma educativa surgida de la Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema Educativo (LOGSE) ordena incluirlos. Si bien la práctica es que encontrar una escuela que trabaje bien estos temas es más difícil que encontrar vida en Marte (todas las evaluaciones que se han parado a evaluar los valores coinciden en este dato). Pero no sólo se trata de la necesidad de la educación obligatoria. Si aceptamos que un programa pedagógico tal es útil, debería impulsarse un modelo reflexivo similar en todos los medios formativos, desde la Universidad (que precisa formar buenos profesionales) hasta en programas de TV (pensemos en la diferencia entre ver *Barrio Sésamo* o *Los Electroduendes* a ver *Pokemon* o *Dragonball*). Es decir, generar una conciencia global en la ciudadanía, mostrar que la democracia no es dar un voto cada cuatro años sino votar día a día interesándonos, formándonos y actuando.

Un pesimista es un optimista mal informado, o cómo el presente esperanzador nos muestra un camino, no al fin de la historia, pero sí al final de la prehistoria de inmoralidad, violencia y desigualdad en que vivimos

Pero... ¿realmente es útil un programa tal? Analizar los resultados de programas complejos como el propuesto es más complejo que analizar los resultados de experimentos cuánticos, y posiblemente nos falte una metodología de investigación capaz de enfrentarse a lo complejo (quizás algo similar a lo que en física fue la matemática de los fractales para domar

el caos). No sirven las metodologías clásicas que miden si en x sesiones se ha aumentado tanto o cuanto la tasa T. Muchas veces un cambio rápido es enemigo de un cambio profundo, global y a largo plazo. Sin embargo, existen diversos programas con evaluaciones fiables que comparten: a) poner a las personas en situación de una reflexión más profunda; b) trabajar una serie de dimensiones similares a las expuestas; c) exponer a la persona a entornos enriquecidos donde se enfrenten a múltiples formas de pensar; d) proponer cambios profundos, globales y a largo plazo.

Podemos citar los trabajos de Kohlberg desde la psicología (en Hersh *et al.*, 1988) o de Lipman desde la filosofía (Lipman, 1998), así como los de un servidor (Paniego *et al.*, 1998). Los resultados parecen mostrar, en primer lugar, un mayor desarrollo de la solidaridad hacia los demás, es decir, lo que señalábamos como mayor capacidad cooperativa.

Señalamos que esto implicaba usar la estrategia más eficaz y, por tanto, debería en nuestro supuesto alcanzar mayor éxito personal (ser más felices). Sin embargo, la relación entre ambas variables es más compleja.

Por una parte, cualquier desviación de la norma social es reprimida con, por lo menos, el rechazo. Si dices que no te gusta el fútbol, te mirarán como si fueras un marciano. Mas allá de la broma, pensemos en lo duro que sería ser demócrata en tiempos de Franco, ser insumiso a los ejércitos en tiempos de la democracia...

Por otro lado, un mayor desarrollo personal implica elaborar estrategias mejores que implican más éxito.

Volviendo a Axelrod (1986), una persona cooperativa aislada puede que no tenga éxito en un entorno competitivo. Pero un grupo de personas que cooperen, al interactuar con una estrategia más exitosa, consiguen una mejor satisfacción de sus necesidades y una más alta dosis de felicidad.

Y quiero terminar fundamentando un cierto optimismo: «lo que funciona bien, funciona mejor que lo que funciona mal». Te habrás quedado calvo de pensar, supongo que diréis. Sí, por una parte yo mismo me digo a veces que,

de puro tautológica, la afirmación es una tontería. Sin embargo, otras veces pienso que la proposición señala que si un sistema social, intelectual... funciona mal, generará tensiones, presiones al cambio... hasta que se derrumba. Por el contrario, si un modelo funciona bien, mostrará más eficacia, la gente se «convertirá» en devotos del nuevo modelo y será mucho más estable. Por ello, al menos a largo plazo, parece que debemos ser optimistas. Y a corto plazo debemos luchar por esa clarificación ética y conceptual que haga de las ciencias sociales ciencias útiles, que ayuden al progreso social y nos lleven más bien a mayores cotas de satisfacción (lo que seguramente se parece poco a un paraíso tan cerrado ideológicamente como Walden 2) más que a un infierno como el orwelliano. No estoy hablando de que alcancemos el final de la historia tantas veces prometido y que diversos pensadores quisieron identificar con, por ejemplo, el imperio romano, la iglesia cristiana o, recientemente, con la democracia capitalista; pero sí espero el final de la prehistoria de inmoralidad, violencia y desigualdad en que vivimos.

Bibliografía

- AXELROD, R. (1986). *La evolución de la cooperación*. Madrid: Alianza.
- CHOMSKY, N. (1989). *Ilusiones Necesarias*. Madrid: Libertarias/Prodhufi.
- HERSH, R.; REIMER, J. y PAOLITTO, D. (1988). *El crecimiento moral de Piaget a Kohlberg*. Madrid: Narcea.
- LIPMAN, M. (1998). *Pensamiento complejo y educación*. Madrid: Ed. De la Torre.
- PIAGET, J. (1985). *La construcción de lo real en el niño*. Barcelona: Crítica.
- PANIEGO, J. A.; SEVILLA, B. y BOLLAÍN, S. (1998). «Educapaz. Una formación integral de actitudes para el cambio social». En S. Sánchez Torrado, *Ciudadanía sin fronteras. Cómo pensar y aplicar una educación en valores*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1998.

Vocación psicoterapéutica y queme profesional

Guillermo Rendueles Olmedo

Los determinantes de la elección profesional ni son generalizables —el azar de la selectividad determina muchas carreras mas allá de cualquier subjetividad— ni, en la post-modernidad, se parecen ya al modelo weberiano de la vocación que veía en ella un digno sucesor de la vieja llamada a la vida religiosa (también, todo hay que decirlo, un sucedáneo a través del trabajo de las viejas mortificaciones conventuales vividas hoy a mayor provecho de la productividad). El mundo está lo suficientemente desencantado para no buscar en él, y menos aún en el mundo de las carreras profesionales, aquel viejo «desarrollo de lo más propio y único de cada cual» con el que soñó la Ilustración.

Desde Bordieu conocemos bien el papel determinante de la herencia del capital cultural a la hora de «encontrar» o «elegir» el lugar social determinado por la estructura económica. Se trata de ese deseo y necesidad de estar *en su sitio* de cada escolar que, como el obrero en un gran hotel, sabe que aunque en la escuela tenga «igualdad de oportunidades», aspirar al ingreso en una facultad de ingenieros de caminos o de arquitectura es soñar con un lugar «que no es para él».

Bajo el embozo del sentido común, ese *habitus* orienta el gusto de cada cual para que desee lo que debe desear en virtud de su herencia social o de su situación económica, y es entre la pequeña burguesía donde aparecen sus máximas contradicciones. Dentro de esta clase social —presidida por los valores de la meritocracia, la teoría del esfuerzo y

la justicia en la retribución del trabajo bien hecho— los individuos están en un lugar fronterizo de lo social que les lleva a vivir y desear «por encima de sus posibilidades». La familia pequeñoburguesa, atrapada por el deseo de lograr que sus retoños asciendan de clase, vivirá sumida en un esfuerzo permanente. Ya desde la planificación del número de hijos a concebir, para evitar dispersar gastos, concentrará la inversión económica en la «buena educación» de uno o dos hijos en los que se tratará de plasmar el ansiado sueño de ascender de clase, insistiendo desde la cuna en la incitación a un hábito de pretensiones: moralina, confianza en el premio al esfuerzo y trabajo duro serán sus lemas.

Mediante este *habitus* se intenta refinar el gusto desde la cuna a fin de lograr una subjetividad no dependiente de las necesidades, como la de los obreros, sino una estructura de deseos que aspira a la distinción de la clase superior. Naturalmente la dificultad del proyecto consiste en su artificio, con la consiguiente dificultad de vivir en una perpetua vigilancia contra la espontaneidad para obligar al embrión pequeñoburgués a no ceder «a lo fácil» y hacerle aspirar a la excelencia de la alta cultura.

Esa continua imitación de los gustos de las clases altas, ese forzado deseo de consumos artísticos, esa trabajosa construcción de una bella alma, choca para su desgracia con el deber de calcular el precio —económico y simbólico— de cada actividad. En definitiva, se trata de que el principal rasgo que distingue al auténtico rico se opone totalmente al duro trabajo de maximalización de sí mismo, de búsqueda de distinción, que caracteriza al pequeñoburgués. El rico muestra una total despreocupación por el juicio ajeno, despilfarra el tiempo y el dinero propio o colectivo y no presta mayor atención a los valores de un futuro que obviamente sabe seguro.

Así pues, para el imaginario pequeñoburgués, el atractivo de nuevas profesiones como la psicoterapia residiría en la posibilidad de progresar; se trata de oficios que pertenecen a un territorio todavía no conquistado —dado su nacimiento

tardío— por los monopolios de los viejos patrones «enredados» en la tarea de transmitir y conservar el poder tradicional. Quien se decide por alguna de estas profesiones, prolongando así la lucha escolar, parece tratar de oponerse al aserto de Bourdieu: «el sistema escolar es a la sociedad burguesa en su fase actual lo que otras formas de legitimación del orden social, la transmisión hereditaria de los privilegios, fueron para las sociedades previas. ¿Acaso no contribuyen todas ellas a convencer a cada sujeto social de que permanezca en el lugar que le corresponda, a que se atenga a él y con él se contente?». Las nuevas disciplinas académicas, como el rol de terapeuta, parecen dar a cada individuo la oportunidad de competir en condiciones de mayor igualdad, es decir, de oponer el talento a la herencia cultural y de progresar más allá del destino al que su nacimiento lo determinaba.

Por otro lado, la elección de la carrera de psicoterapeuta posee otro atractivo para el gusto pequeñoburgués: forma parte de lo que Berger llama las «profesiones del sentido», esos oficios que recogen la vieja ambición de los clérigos de descifrar el sentido de la vida. El objetivo último es ejercer de hermeneutas tanto de las conductas patológicas como, cada vez más, de las normales. El carácter romántico de la vocación psicoterapéutica se plantea ya en las viejas obras psicopatológicas: cuando Jaspers escribe *Genio y locura*, nos está diciendo que en los locos podemos encontrar verdades importantes sobre el sentido de la vida. En las viejas relaciones entre locura y criminalidad o entre melancolía y vida auténtica se refleja el mismo deseo de la vocación psicoterapéutica: llegar a esas profundidades del alma humana que, al informarnos del mal o del suicidio, contestan a las viejas preguntas filosóficas sobre el sentido de la vida.

Obviamente, esta orientación vocacional puede frustrarse ya desde los primeros cursos de carrera, cuando el aprendiz de psicoterapeuta choca contra unos programas universitarios que tratan de imitar lo científico-natural y las manipulaciones tecnocráticas de la conducta, y que abortan la vocación psicoterapéutica antes de nacer.

Quien persevere en su gusto por la psicoterapia —ya desde muy pronto al margen de la academia— y en su pretensión hermenéutica, lo hará en general combinando el *habitus* pequeñoburgués con la asunción de unos riesgos de elección profesional muy cercanos al de los oficios artísticos. Cuando alguien decide hacerse pintor, sabe que la academia puede ofrecerle, en el mejor de los casos, la introducción a una cultura y unas artesanías de las que él deberá, finalmente, independizarse. Para ello tendrá que recorrer, con enormes riesgos, un camino de alguna manera desconocido, tanto en lo que toca a la elección de maestros y escuelas como en sus esperanzas respecto a sus futuros logros económicos.

Todo ello comporta una importante inversión de tiempo y dinero en su autoperfeccionamiento sin ninguna garantía de éxito y sin saber, a diferencia del opositor a una profesión normal, si el resultado de tanto trabajo alcanzará recompensa: la mayoría de los bailarines, tras ímprobos sudores y sacrificios, jamás llegarán a formar parte de un ballet. Esa adscripción de la vocación terapéutica a las profesiones de riesgo, a las carreras en las que es preciso «apostar por uno mismo» —como ocurre con la decisión de ser artista y desarrollar el proyecto de vida futura dentro de ese marco de distinción pequeñoburguesa—, caracteriza con precisión la elección inicial de la mayoría de psicoterapeutas con los que he tratado.

En ese sentido, el futuro terapeuta vive su paso por el mundo académico como un tributo que debe pagar para lograr un título que le permita ejercer una profesión cuyos saberes reales y técnicas específicas se encuentran en otro sitio: en las escuelas de psicoterapia a las que la institución académica está sorda (la literatura sobre la incompatibilidad y el fracaso de la integración de la formación psicoanalítica, más allá de la teoría, en la universidad es definitiva). La adquisición de esa maestría en terapia se deja para ese aprender a trabajar en la salida al mundo tras los años de universidad.

De ahí que el malestar real, que ya se percibía en ese deseo tan singular de llegar a ser psicoterapeuta, cristaliza en los primeros años de trabajo clínico. Los técnicos lo llaman «queme profesional» o, los más académicos, *burnt out*. Creo que de su estudio podemos aprender algo de esa pretensión, tan desmesurada, de ser psicoterapeuta (una de las tres tareas imposibles de las que hablaba Freud).

Malestar por el trabajo psicoterapéutico

Una parte del malestar por el trabajo psicoterapéutico no es sino una versión de esa malaria general que consiste en aceptar para un trabajo vocacional las condiciones de horario, jerarquía y sumisión a la burocracia propias del trabajo real, que se resumen, como dice García Calvo, en aceptar cambiar la vida —eso que fluye, que no es mía sino que pasa por mí y que únicamente «cuando espero la muerte se mide»— por «tiempo de labor y ocio» y, ya puesto el culo a azotes, vender ese tiempo por dinero.

La larguísima discusión psicoanalítica sobre si es posible tratar con psicoterapia y no cobrar, con la consiguiente respuesta negativa de la ortodoxia freudiana (trabajar y no cobrar es masoquismo para el terapeuta y dependencia para el paciente), apunta en el sentido de que la hermenéutica de lo íntimo sólo puede encuadrarse en el marco del intercambio dinerario que ya es algo tan profundo como las heces, y que eludir ese horror del dinero como valor vital universal y decisorio de las conductas humanas imposibilita la cura.

Pero hay otro contexto, quizá más específico, para analizar el malestar por el trabajo terapéutico. Así, estaría emparentado con los esfuerzos absurdos, con las motivaciones más cercanas a los oscuros masoquismos de la tarea sin sentido. De hecho, el origen del término «quemado», en su uso metafórico, se remonta al campo del entrenamiento deportivo profesional.

El deportista «quemado» es aquel que, más allá del fin absurdo de escalar la montaña, «porque está ahí y me gusta», se afana en un entrenamiento cada vez más intenso a pesar del cual no prospera en sus objetivos de lograr progresar deportivamente.

«Trabajador quemado» será entonces un término que connotará el doble horror de trabajo con una finalidad tonta y sobreesfuerzo no productivo, que genera no sólo fatiga o sensación de vender la vida como tiempo, sino un absurdo parecido al tormento de Sísifo: subir con gran esfuerzo piedras hasta la cima de un monte y ver cómo se desploman una vez alcanzada la cima para tener que volver a subirlas.

El *burnt out* en los trabajadores psiquiátricos es por ello un tópico que guarda relación con el viejo chiste del curador más loco que sus pacientes y con las estadísticas de suicidios, rupturas matrimoniales y otros indicadores de mala salud psíquica sobrerrepresentados en nuestro gremio; y que traduce la vieja historia del que se dedica a lo psi porque está mal de la cabeza y trabajando con locos se pone aún peor.

¿Es entonces el síndrome del quemado una de tantas psiquiatrizaciones, uno de tantos bautizos como enfermedad psíquica de artificios que la observación-descripción descontextualizada crea, como el «síndrome del niño golpeado» o el «síndrome del ama de casa»?

Sí y no

Sí en el sentido de que las descripciones habituales, cuya genealogía trataré de criticar, como dice Karger, pertenecen a «una literatura descriptiva e impresionista de síntomas conductuales o afectivos carentes de estructura», o como dice entre nosotros Fernández Ríos, al presentar su trabajo sobre *burnt out* en trabajadores de salud gallegos, «la medida del *burnt out* carece de rigor metodológico».

No si consideramos el *burnt out* en psiquiatría como la expresión de un malestar que refleja una crisis moral y cognitiva, que traduce la incapacidad para mantener a largo plazo un trabajo fundado en contradicciones tales como gerenciar lo íntimo y, a la vez, cumplir objetivos administrativos, trabajar como artesanos y pretender saberes científicos, implicarse afectivamente con personas infames, rotular vicios y maldades como enfermedades o juzgar la cantidad de voluntariedad que hay en un delito.

La posibilidad o la imposibilidad de una tarea psicoterapéutica es un tema clásico desde que Sócrates polemizó contra los sofistas —aquellos maestros que cobraban por enseñar a vivir—, afirmando en el *Protágoras* que las virtudes —ser un ciudadano— no eran algo que se añadía al hombre, sino algo que se lograba o no en el curso de la vida. Mentirían según él quienes vendían enseñanza de habilidades retóricas como sucedáneos de virtudes (hoy diríamos autoestima o bienestar psi), que no eran sino consecuencias del éxito en llevar una buena vida.

Estudiar el resultado que la terapia produce en sus practicantes nos puede servir también para ver cómo se desarrolla *el gusto y la vocación* por un estilo de vida «psicológico» y cómo supone un desclasamiento respecto al mundo laboral clásico. De ahí que la patología de ese trabajo terapéutico en sus actores produce no fatiga, como en el trabajo normal que cansa, sino ruina del yo, cuando se percibe como inútil.

En suma, la tesis que creo genera mi interés por el queme profesional y que tendría sus fuentes iniciales en trabajos italianos que reflejan la debacle de la Psiquiatría Democrática se podría formular así:

El efecto *burnt out* se produce cuando un trabajador de salud mental percibe que la práctica lógico-gerencial, que siempre ha sido uno de los polos de su trabajo, se impone a la lógica terapéutica en que basaba su vocación, y evalúa su rutina diaria como la de un burócrata sin autoestima que repite rituales terapéuticos en los que no confía.

Genealogía del término «quemado»

«Quemado» es un término que nace en el argot deportivo y que se refiere al atleta sobreentrenado y sobremotivado que no logra los progresos esperados, fracasando precisamente por sobreinvertir energías y deseos de triunfo.

El deporte, fuera de su primitiva finalidad religiosa en Grecia, consiste precisamente en el prototipo de actividad sin fines reales a nivel inmediato y usada con fines disciplinarios a nivel mediato (la vieja metáfora del buen militar inglés formado en los campos deportivos de Eton), fijando poblaciones al consumo del espectáculo deportivo y sirviendo de identidad en la barbarie a millones de personas.

Desde ese ámbito deportivo, el término «quemado» se emplea por primera vez en el campo psi a partir del análisis del trabajo social con poblaciones pobres, en una publicación de Fredenberg, en 1974, para referirse al malestar de «profesionales que prestan atención directa a personas con quienes establecen compromisos afectivos prolongados y que obtienen escasos éxitos en resolver las necesidades de esas personas».

Fredenberg señala ya algunos rasgos que persistirán como clásicos en la definición del quemado: «trabajadores jóvenes, críticos con la sociedad, que supeditan su bienestar personal al logro de tareas sociales». La descripción revela que nuestro autor tiene en mente el estereotipo del profesional post-68 al que el propio Fredenberg designa como visionario, y que entra en la dinámica que Reissman llama «la paradoja del ayudador»: un trabajador social neurótico que busca autoestima y sentimiento de omnipotencia en su trabajo, obteniendo ventaja neurótica en el sacrificio por los pacientes.

Desde los trabajadores sociales el término «quemado» pasa al gremio psiquiátrico en el congreso de 1977 de la APA, donde causa tal entusiasmo que lleva a convocar, para cuatro años más tarde, una conferencia monográfica en Fila-

delfia sobre el psicoterapeuta quemado que se convierte en el acta de nacimiento psiquiátrico del *burnt out*.

La definición más aceptada del síndrome del quemado es la formulada por Masloch y Jackson, que consideran el *burnt out* como «una respuesta inadecuada al estrés, en forma de trastorno emocional crónico, cuyos rasgos centrales serían: agotamiento físico y psicológico, una actitud fría y despersonalizada en relación con el usuario, y un sentimiento de profunda inadecuación con la tarea que se realiza y que lleva a un deterioro de la autoestima».

Como es habitual en psicología a partir de la definición-descripción de un término, las interpretaciones del síndrome a nivel psicodinámico, psicosocial, conductual y cognitivo se multiplican en una bibliografía de escaso interés u originalidad, por lo que intentaré reflejar el proceso de malestar real que, en mi opinión, se inicia cuando el futuro terapeuta trata de responder a la siguiente pregunta.

¿Cómo me hago psicoterapeuta?

Dado que existen unos cientos de escuelas de psicoterapia con diferentes rangos de prestigio, rigores de formación o costes de aprendizaje, y todas ellas se anuncian como verdaderas y eficaces, la pregunta clave en el momento de iniciar mi vocación de terapeuta es ¿cómo elegir escuela psicoterapéutica? La respuesta habitual, consistente en el consejo de leer tratados eclécticos, poco puede aportar al joven aprendiz: las escuelas más prestigiosas (el psicoanálisis es su paradigma), como el conde del romance, sólo dicen su canción «al que conmigo va».

Ya la solicitud de información excesiva o la afición teórica puede ser indicadora de «resistencias» y llevar a no ser admitido como candidato a terapeuta, pues, como en las iniciaciones religiosas, es la propia experiencia terapéutica como neófito la única vía real para conocer una práctica —de nuevo el psicoanálisis didáctico es el modelo de formación

del que el resto de escuelas terapéuticas sólo hace variantes— que habilitará como terapeuta. Es decir, sólo del paso como discípulo con maestro es posible obtener la habilidad terapéutica que inicia más un rito de autovalidación que de adquisición de habilidades técnicas.

En caso de búsqueda más empírica—«buscaré y practicaré la técnica que más éxitos produzca»—, el examen de la búsqueda choca ya con la percepción de unos pseudoresultados que encubren un desacuerdo semántico de base: mejoría o curación con tal terapia significa muchas cosas—cese en el síntoma, cambio caracterial, ganancia creativa— y ninguna en el ámbito psíquico.

Si la búsqueda va dirigida por caminos racionalistas de buscar una escuela que emparente con los sistemas filosóficos generales que profeso y que sea más coherente con mis valores, la semántica ocasionará fuertes sorpresas al neófito. Las llamadas terapias racionales nada tienen que ver con el racionalismo filosófico, que siempre renegó de una vida de espaldas a la verdad, aunque sea feliz: en la terapia y prevención de la depresión, escuelas que se apellidan racionales hacen llamadas a un aprendizaje del optimismo, lo que significa una negación de nuestro real control del futuro en aras de un pensamiento eficaz para enfrentar la vida. Felicidad sería su lema, aunque sea basada en la mentira.

Por ello, los aprendices de psicoterapia más prácticos se dirán que, como en el *bricolaje*, lo mejor es coger de aquí y allá técnicas que cubran un amplio espectro de trastornos—nadie sabe qué objetos llegarán al campo psicoterapéutico (ludópatas, anoréxicos) o lo dejarán (epilépticos)—. De ahí la necesidad de ser un empírico poseedor de técnicas de terapias múltiples que permitirán buscar correspondencias entre el estilo y las necesidades del paciente y las habilidades artesanales del terapeuta: desde el psicoanálisis para el sofisticado burgués con *spleen*, a la implosión para el fóbico con necesidad de coger el avión mañana. En ese caso, el acumulo de masters en función de modas terapéuticas, la intuición, las afini-

dades emocionales o el azar, será lo que decida la elección del eclecticismo como escuela.

Si, por el contrario, nuestro aprendiz ya estuviese decidido por una escuela terapéutica, comprobaría cómo, más que incluirse en un grupo donde adquirir una práctica científica—basada siempre en ofertar hipótesis para su falsación por toda la comunidad de practicantes que seleccionará las ciertas y desechará las falsas—, está metido en un grupo que blinda su saber a cualquier comprobación externa, a la que atribuirá siempre incompetencia intelectual o moral. Por ello, más que una teoría, está adquiriendo una Ideología. Es decir, una visión global del mundo que le puede guiar, no sólo a nivel clínico, sino vital, ético y estético. Si la elección es, por ejemplo, la terapia racional-emotiva, la ideología aparecerá de forma literal: hay una forma de pensar racional o correcta y una incorrecta, hay una filosofía—el estoicismo— verdadera y hay unos pensamientos irracionales que comparten la mayoría de las escuelas psicoterapéuticas rivales, a menos que estén haciendo terapia racional-emotiva sin saberlo.

La etiqueta de resistencia intelectual, racionalización, desplazamiento, que aplica generosamente el psicoanálisis tanto en público como en privado, que recae sobre el terapeuta en formación crítico con su escuela y que augura poco porvenir en la misma, encubre habitualmente una maniobra de descalificación a cualquier discusión que no se limite al «intramuros» o no respete las jerarquías y ritualizaciones de esta escolástica freudiana.

Poco que decir de las terapias de orientación sistémica, que suelen reducir cualquier búsqueda de verdad a un juego de poder que permite, al unirlo a un constructivismo ingenuo, justificar cualquier mentira como paradoja pragmática, preguntarse sobre la realidad de lo real o reducir el Sermón de la Montaña a unos juegos de poder de Jesús de Galilea.

Y, para colmo, si la observación del elector de escuela terapéutica se produce en un equipo de salud mental—lejos

de comprobar en esa práctica las confrontaciones de paradigmas—, la necesidad de convivir con otras escolásticas en esos territorios comunes del «trabajo» lleva a aceptarse en diversidad de escuelas terapéuticas como se toleran las diferencias ideológicas: son mis ideas, así trato yo a mis pacientes y yo merezco respeto (nótese la contradicción con el universo científico, donde el único respeto real es urgirte a que compruebes los cálculos que descubren tus errores, y donde el teórico opuesto a mí es el único aliado en la búsqueda de la verdad y no de «tu verdad»).

La escuela del psicoterapeuta será por ello, para su devoto, un paradigma autovalidado e inmune a cualquier criterio de cambio por convencimiento científico. Frente a esa rigidificación epistemológica, emociona la actitud de algunos matemáticos como Frege, en los que toda una vida de estudios para forjar una teoría es destrizada por una nueva observación de Russell y, lejos de cualquier querrela narcisista, quedan deslumbrados por la verdad.

Contrasta esa solución del conflicto, con criterios de una verdad no definitiva y abierta a su falsación, con la certeza de que si soy psicoanalista y asisto a un congreso sobre hallazgos de la terapia sistémica en la anorexia mental, por ejemplo, aunque sus argumentos o sus vídeos sean deslumbrantes, raramente me convencerán y provocarán en mí un cambio de paradigma; y por ello yo seguiré el próximo mes tratando igual a mis anoréxicas, porque mi versión de la anorexia se basa en una filosofía global difícilmente modificable por hallazgos de otras escuelas que, en el mejor de los casos, colocaré en la periferia de mi sistema que blindará además una explicación global superior.

El interés de los cambios de paradigma entre psicoterapeutas —Ellis, por ejemplo, cuando abandona el psicoanálisis y se autohabilita como terapeuta racional-emotivo— tiene el valor de expresar su divergencia con el consenso de Frege con sus críticos y su similitud con las conversiones ideológicas. Una aparente constatación empírica —las hipótesis analíticas y la práctica del diván empeoran a los

enfermos depresivos— no le llevan a buscar por ensayo y error otras hipótesis alternativas en compañía de sus compañeros de escuela o a deducir lógicamente inscribirse en alguna corriente de terapia ya existente, sino a «inventar un nuevo paradigma» que le proporciona una nueva visión global del mundo y, literalmente, una nueva filosofía.

Lo mismo les ocurre a profesionales académicos de la psicología que llegan como pacientes a la terapia y al final se preguntan, como Boring, si tuvo éxito su psicoanálisis, ante la imposibilidad de saber siquiera si está mejor o peor que cuando inició la terapia o cuánto tiempo debe esperar para sentir sus efectos, comparada por otro académico más crítico sometido también a cura psicoanalítica con un proceso de adoctrinamiento, tal como recoge Rachman en su texto crítico con el psicoanálisis.

La elección de un terapeuta prehistórico

Levi Strauss nos ofrece un espléndido análisis de cómo un chaman canadiense, Quesalid, enfrentado al mismo dilema de encontrar una escuela que colme su vocación de curador, va resolviendo los pasos de su elección en el mismo clima de lo ajeno al sentido común y a las evidencias de la ciencia normal de su tribu, de forma similar que el moderno elector de escuela psicoterapéutica. Quizás de ahí el interés en analizar el relato.

Quesalid se acerca a la comunidad de curadores de su aldea de forma escéptica: confía poco en las técnicas de los hechiceros pero, puesto que los hay, él quiere ser uno de ellos, aunque en principio no descarta desenmascarar engaños e incluso contárselos como informante a Boas, un antropólogo y, por tanto, visitante de una cultura extraña del que ya se considera amigo y con quien comparte un cierto humor cosmopolita.

Las lecciones de brujería de primer año comprenden prácticas de pantomimas (fingir convulsiones), prestidigi-

tación, conocimientos empíricos sobre plantas, prácticas obstrélicas, fabricación de amuletos y un *Ars Mayor* consistente en un engaño: ante el enfermo se expulsa un plumón ensangrentado que pretende ser la enfermedad extraída del cuerpo enfermo por el brujo. En el primer aprendizaje se deja «la visión del alma» y la ascesis al mundo de los espíritus para más tarde, mientras a Quesalid se le enseña a morderse las encías y esconder plumas en la boca para vomitarlas a su debido tiempo.

Alumno aventajado, Quesalid deja correr el tiempo y vive su oficio como un ganapanes, pero, mientras está en aprendizaje, Quesalid realiza un viaje de estudios por las comunidades cercanas y en una de ellas obtiene éxitos que interpreta en clave de sugestión: curo porque creen en mí. En otra aldea observa a otro brujo que, lejos de expulsar la enfermedad con el plumón ensangrentado, sólo escupe con saliva limpia en la mano del enfermo pretendiendo haber sacado la enfermedad del paciente que no se cura. Frente a él, Quesalid logra curarlo con el plumón sangrante.

Y ahí es donde el escepticismo de Quesalid empieza a tambalearse mediante un proceso que podíamos designar como «narcisismo de pequeñas diferencias». Si el plumón ensangrentado cura más que la saliva, ¿no habrá algo de cierto en la técnica? ¿A qué teoría cabe asignar las diferencias de resultado?

La similitud del dilema de Quesalid con el del elector de escuela psicoterapeuta reside en la necesidad de elegir, una vez que se ha decidido por esa vocación, un sistema no basado en un criterio de verdad, sino en un resultado práctico que enlace con un sistema de creencias pleno de capacidad de mitificación.

Es decir, la capacidad de una técnica para guiar experiencias de dolor o sufrimiento por territorios de palabras que les den sentido. Sentido evidentemente inventado, pues la enfermedad no tiene más genealogía que el azar y el caos del contacto infeccioso o el disparo de un gen, pero sentido metafórico, que al fin y al cabo permite nombrar el

sentimiento, dirigir la acción, abreaccionar el afecto y esperar la cura con la sensación de estar haciendo algo y comprendiendo el proceso. Confirmación de la experiencia de eficacia que se obtiene a veces realmente, como en algunos rituales de dirección del parto en los que, al animar y dirigir el discurso del brujo, los esfuerzos de la parturienta para empujar y relajarse de manera adecuada por concordancia de los ritmos marcados por sus oraciones a diversas diosas reproducen un ritmo de versificación similar a los tiempos de las contracciones uterinas del parto.

La carrera de Quesalid, por lo que sabemos, continuó próspera durante toda su vida y lentamente fue articulando sus prácticas rituales en su sistema de creencias, estructurándolo como un sistema de eficacia simbólica curativa: al dar sentido, guiar, clasificar y explicar unos dolores y vivencias, protegía a ese paciente que sin esa guía podía perecer de miedo (como efectivamente comprueba Boas); y al dar salida al afecto íntimo en presencia del grupo confirmaba que la enfermedad también era como decían las tradiciones. Por ello, es autovalidación y retroalimentación de las creencias compartidas lo que protege a Quesalid del escepticismo y del queme: cada cura confirma que la realidad es como los maestros y las tradiciones dicen.

Igualmente aleccionador es el destino del viejo brujo, que muere de vergüenza y locura perdido en el bosque al comprobar el fracaso de su técnica curativa y su incapacidad para aprender la de Quesalid, quien por otro lado le niega sus secretos de curador a pesar de ofrecerle el viejo brujo a sus hijas como pago de sus saberes.

El interés de la historia y su paralelismo con las escuelas de terapia creo que tiene que ver con dos temas comunes:

En primer lugar, los sistemas de terapia no se ofrecen como verdad, sino como metáforas reorganizadoras de experiencias que tienen el mismo valor de guía vital, de mito que en las curas primitivas. Frente al sinsentido de la vida, la eficacia simbólica de las palabras terapéuticas consiste en enlazar unas vivencias difíciles de asumir —el dolor

de hoy no tiene ningún sentido, vivimos y morimos al azar— hacia unos carriles explicativos que ordenan las experiencias más allá de un autorrelato de ruido y furia idiota y sin sentido: cuando se edipizan o se cuentan en términos sistémicos, el caos familiar infantil adquiere orden. Se aprende cómo se debe querer a una madre o una hermana con amor maternal o fraternal frente a esas oscuras mezcolanzas sentimentales.

En segundo lugar, la historia de Quesalid tiene interés en la medida en que resalta cómo el descubrimiento del error en las concepciones psicoterapéuticas nada tiene que ver con el error científico, que simplemente significa que me equivoqué en calcular el valor de tales eventos —ieureka!, descubro gracias al antagonista-aliado la verdad—, sino que tiene que ver con la ruina de un sistema de creencias sobre cómo es la vida en general. En la medida en que con un modelo psicoterapéutico contribuimos al consenso creencial y moral de un grupo, su derrumbe nos sitúa en la vergüenza del viejo brujo que ruega a Quesalid que le diga su secreto «para que no se ría todo el mundo de mí».

Escuelas, habilitación psicoterapéutica, valores

El Estado como garante de la ayuda profesional a la población establece un sistema de habilitaciones —las especialidades médicas son un ejemplo— que constituye la garantía de que una práctica profesional va a tener un marco legal, determinado por derechos y obligaciones, y de que su violación constituye una mala práctica o una intrusión profesional perseguible por la ley.

Dicho sistema sustituye las viejas maestrías gremiales y superó con la institución universitaria las viejas querellas de escuela: el Estado no titula en acupuntura o en medicina homeopática, sino en medicina o anestesia que representan un saber universal, objetivo y reconocible como tal, de forma universal.

Al parecer lo mismo ocurre en psicoterapia, pero sólo al parecer. Porque en la medida en que se valora mal la iatrogenia producida en psicoterapia, el Estado autoriza a que cualquiera con un título de psicología o psiquiatría coloque una placa con el derecho a impartir la terapia dinámica, sistémica, gestáltica o lo que le parezca, sin otro límite que el de respetar el contrato psicoterapéutico personal que a veces se reduce a la obligación de escuchar e interpretar por parte del terapeuta y a pagar por parte del paciente. Por el contrario, cada escuela terapéutica desautorizará —eso sí, sin ninguna consecuencia legal— a cualquier terapeuta como intruso si no ritualiza y cumple de forma detallada las vías de admisión y la escolástica de pertenencia a la misma.

La institucionalización del psicoanálisis ha sido sin duda el modelo ideal para estudiar los problemas de admisión-exclusión de un neófito en una escuela de psicoterapia que, por su meticulosidad y burocratización, ha dado lugar casi a una especialidad, no sé si de psicohistoria o de chismorreos, en la que los institutos de psicoanálisis aparecen casi como escenarios de psicodramas en los que lo traumático de sus escisiones, con choques de hijas contra madres o rupturas matrimoniales, lo alejan del desarrollo de una ciencia normal.

Esto ha permitido múltiples estudios sobre la transmisión de un saber psicoanalítico sui géneris, ya que parte del supuesto de que la institución didáctica debe cuidar la personalidad que recibe ese saber, transformándola por una cura o purificación al mismo tiempo que le trasmite la teoría respetada en forma canónica.

Sherry Turkle, una de las más interesantes historiadoras de la cultura psicoanalítica francesa, y por extensión europea, continúa una reciente tendencia americana de entrar a saco contra los mitos de nuestras recientes tradiciones intelectuales —y que, por ejemplo, ha añadido realismo a la pretendida resistencia francesa al nazismo—, para sustituir ese confortable mito por una imagen más real y atroz que refleja unos años de ocupación nazi, en los que la

mayoría de la población francesa continuó con sus oposiciones y su carrera.

Respecto a la historia del psicoanálisis, Turkle en síntesis afirma que en la historia de todas las peleas por el análisis didáctico entre los institutos psicoanalíticos y las heterodoxias —la lacaniana es la que ella estudia en detalle—, la discusión sobre quién tiene derecho a la habilitación como psicoanalista, una vez aceptada la extraterritorialidad del derecho a incluir o excluir como psicoanalista respecto al Estado y la inclusión del psicoanálisis en un saber sofisticado, puede entenderse por similitud a la contradicción entre catolicismo y protestantismo.

En dicha contradicción, el lacanismo ha representado ese libre examen antiinstitucional en el que la autorización para ser psicoanalista, como la de ser predicador de una secta, no la da nadie más que la «vocación como analista practicante» y el que alguien acepte ser psicoanalizado, frente al camino del seminario a la parroquia ritualizado por la Iglesia.

Ese modelo de la doble acreditación en psicoterapia —la del Estado y la de la escuela a que se pertenece— exigirá en la práctica diaria que, si se quiere cumplir con cierto rigor el presupuesto ético de la libre elección de terapeuta, éste explicita su adscripción de escuela, toda vez que eso puede significar para un paciente que pide ayuda que se le recomiende acudir con su familia o solo, que se le aconseje que se enfrente a sus miedos o espere a obtener invisiones (*insights*), que se le dirija o no en sus decisiones vitales.

Pero la situación psicoterapéutica aún se complica más cuando se acepta que el diálogo terapéutico no es una intervención libre de valores sino que, por el contrario, una gran parte de las contradicciones entre escuelas terapéuticas, y aun entre terapeutas, es un conflicto de valores.

De hecho, muchas curas no son sino la adquisición de una competencia moral para poder cumplir normas: beber, quejarme o amargar al prójimo está mal, y yo soy capaz de no hacerlo puede expresarse como «me curé», pero mejor

como «adquirí normas morales», cumpliendo los terapeutas el papel de maestros de virtud que Foucault señaló.

De ahí que ni siquiera definiciones mínimas de lo que es la cura se puedan establecer por fuera de esa contradicción de valores. Cuando William Burroughs piensa que su psicoanálisis fue un éxito, que se endureció lo suficiente y que va a dejar de ser una ociosa mariquita dorada para ser el más duro de los yonkis, su terapeuta se horroriza y lo etiqueta de prepsicótico, recomendando se le impida el contacto con su hijo al que efectivamente tolera el consumo de drogas.

Las múltiples versiones que de casos célebres de terapias se dan siempre eluden los conflictos morales implícitos que los cambios terapéuticos suponen: ¿qué virtudes y cuánto de cada una debe ocasionar una cura?, ¿cuánta invasión o cuánto pensamiento racional debe aportar?, ¿cuánta autoridad es buena en un sistema familiar y cuánta manipulación es aceptable para el cambio?, ¿es bueno mentir pronosticando síntomas para cambiar el sistema familiar?

Berger ha señalado cómo esas cuestiones de los valores implícitos en las psicoterapias constituyen un factor central en la construcción de la realidad intimista. La vida es un juego de deseos y no un camino de perfección, en la medida en que es lo psi quien valida la realidad y no la religión o el grupo natural —familia, comunidad, es un lugar del que se debe uno independizar para llegar a la madurez según, de nuevo, el esquema psicológico de desarrollo—.

Los límites de la responsabilidad moral o aun legal también están determinados por las escuelas psi como ha señalado Marina Gergen, en un modelo sistémico constructivista, llega a plantear la irresponsabilidad de una asesina múltiple debido a las plurideterminaciones de todas sus acciones criminales por sus relaciones: la responsabilidad pasa a familia, escuela, novios... y llega hasta a los fabricantes y distribuidores de armas.

Y de nuevo el marco de trabajo público enreda un poco más este conflicto de valores al hacer trabajar en un marco de pseudoconsenso y legalismos a este heterogéneo grupo

de trabajadores que, por encima de un sencillo eclecticismo que simplemente etiqueta, calla y otorga respecto a las prácticas de los otros, se encuentran incapacitados para modificar los encargos institucionales y carecen de algún criterio de verdad para presentar a sus pacientes credenciales supraescolásticas.

Es de resaltar, en ese sentido, cómo ese marco de lo público ha acobardado extraordinariamente las decisiones morales del pasado, siendo inimaginables hoy soluciones terapéuticas que, como el caso Ellen West, al aceptar todos sus terapeutas y familiares que el deseo de muerte era irresoluble, era inmoral su represión, con lo que sus terapeutas disponen un alta para facilitar un suicidio que finalmente se consuma sin ninguna intervención legal.

De ahí que la única alternativa consensuada como norma ética dentro o fuera de los equipos es la transparencia moral del terapeuta en su presentación ante el paciente, al que según esta norma se debe facilitar una nota que explicita aspectos técnicos de pertenencia a escuela, método de trabajo y sistema de creencias, según un modelo reproducido por Fraca Tarrago y que supone una síntesis entre un minicurrículum y una miniexplicitación de valores. Valores a consensuar entre el terapeuta y el paciente, previos al inicio de la terapia, pues sólo desde esa homogeneización previa de valores va a posibilitarse la alianza terapéutica.

En el sector público, y tras los estudios de la facilidad de los gremios psiquiátricos para convertirse en cómplices de los horrores del Estado nazi y soviético, todos los tratados de ética para psicoterapeutas insisten en la necesidad de control de las jefaturas de servicio para que no puedan influir ni favorecer sistemas diagnósticos y terapéuticos que continúen los programas policiales por otros medios.

El *burnt out* como crisis epistemológica

Cuando algún compañero me consulta por qué se siente quemado, tengo siempre la tentación de sugerirle que, más que psicoterapia, lo que necesita es dirección moral que tapone su crisis de valores y aclaramiento epistemológico que le sitúe como artesano.

Me tienta enfrentarle a la pregunta clave que, según Kuhn, marca la desconfianza respecto a un paradigma, y que consiste en responder a la sencilla pregunta: ¿cómo corregir un error en tu práctica?

Cuando Kuhn estudia el cambio científico que dan Galileo o Kepler, en su paso de la astrología a la astronomía, resulta que la ruptura del paradigma no se debe al interés del objeto investigado (de lo que no se puede hablar es de lo que más interesa hablar, Wittgenstein *dixit*), tampoco al no-reconocimiento de errores que obviamente son reconocidos incluso por astrólogos o psicoanalistas (contra el criterio de Popper), sino a las diferencias metodológicas que para corregir errores emplean ambos cuando actúan como astrólogos o astrónomos.

Mientras el error astronómico se corrige mediante un nuevo cálculo o una nueva observación telescópica o un afinamiento del compás, el error astrológico suponía la puesta en duda de todo su sistema de creencias o, más aún, de la propia persona del astrólogo que se convertía en estúpido o malvado, y su acción equivocada era algo más que un error instrumental.

En psicoterapia nos encontramos con esa situación paradójica de que, mientras en las publicaciones casi nadie se equivoca, la realidad muestra a la psicoterapia como una práctica ingrata, con pocos éxitos terapéuticos duraderos y, sobre todo, con una enorme facilidad para transformar esas dificultades en autorreproches para el terapeuta.

Es esa contradicción la que hay en el fondo de la polémica respecto al estatuto psicoterapéutico, sobre si la psicoterapia es una tecnología que se basa en la aplicación de un

algoritmo procedente de una teoría científica a cada caso concreto o si, por el contrario, las intervenciones psicoterapéuticas son prácticas artesanales más cercanas a lo artístico y que se basan en un saber-hacer, dilema que atormenta a muchos terapeutas en búsqueda de confirmación científica.

J. Tizón es seguramente el más inteligente defensor de la primera posición que, en mi opinión, es errónea. Su defensa del cientificismo psicoterapéutico basada en la comparación psicoanálisis-conductismo, con conocimientos físico-químicos o la actuación sobre equilibrios molares y moleculares para ejemplificar la actuación contra el síntoma propio del conductismo o a favor de cambiar el carácter específico del psicoanálisis, me parece igualmente cogida por los pelos y artificial: cada escuela concibe la conducta estudiada con su aparato observacional no como un nivel de conocimiento, sino como una totalidad que agota en las descripciones internas o externas la conducta y que descalifica a las otras y que, por ello, aspira a descalificar a nivel práctico al resto. Lucha de paradigmas terapéuticos que el tiempo de indecisión convierte en fatal para todas por el sencillo razonamiento de que, si cien años no bastan para saber si el psicoanálisis y el conductismo se substituyen, quizás ninguno de los dos tiene éxito epistemológico.

Las posiciones en favor de lo artesanal para la psicoterapia mantenidas por la profesora Barjoli son más empíricas y convincentes: independencia de método respecto a la eficacia del terapeuta (hay terapeutas muy eficaces e ineficaces en todas las escuelas, cosa que no ocurre con los técnicos), el éxito terapéutico depende más del tiempo de práctica del técnico que de la escuela terapéutica, la práctica tiende a homogeneizar técnicas (con la vejez, terapeutas conductistas alargan intervenciones y analistas las acortan)...

La formulación final sería que los terapeutas, más que teorías sobre sus prácticas, tienen ideologías, y de ahí que el descubrimiento, con el tiempo de práctica, de la falsa conciencia que presidía el oficio, genere malestar y constituya una segunda vía hacia el queme.

Dilemas morales, objetivos terapéuticos y *burnt out*

Las palabras bueno-malo son, según los etólogos, líneas epigenéticas que a lo largo de la selección natural han permitido la supervivencia de «las especies morales», de poblaciones que han guiado su conducta en torno al apego parental o desarrollado fobias o filias que aumenten la eficacia reproductiva, como la prohibición del incesto o la prescripción del altruismo.

A nivel histórico, hasta la Modernidad, las conductas de los individuos aparecían dirigidas por esos esquemas consensuados sobre lo bueno-malo. Esquemas que, modulados por una facultad mental hoy olvidada, la voluntad, convertían la vida buena en el paso con éxito por una serie de papeles en el interior de unos grupos naturales: sé buen hijo, participa en tareas vecinales, cumple vocación, lleva a término familia.

Un buen hombre, una buena vida, era pasar con éxito por esos trayectos naturales. Fracasas, enviarse en juegos, alcohol, abandonarse a la gula, pereza, mala vida, traducían maldad y quiebra de voluntad, pero no enfermedad. En el mismo sentido, la virtud no se adquiría en la terapia de ningún especialista, sino que era el resultado no buscado de cumplir con éxito esas tareas de la vida buena.

Por lo mismo, en esa remota época de hace apenas *cin-cuenta* años, cuidar niños, ancianos, tontos o enfermos dentro de su familia y su comunidad no era algo técnicamente mejor que su contrario, simplemente quienes no lo cumplían eran grupos ajenos a la humanidad; y en los relatos, casi siempre con toques racistas con que nos educaba la calle, se nos narraban historias de barriadas de emigrantes que mandaban sus huérfanos a la inclusa o sus viejos al asilo, por lo que nos parecían individuos cercanos a los caníbales.

La Postmodernidad ha liquidado esos trayectos vitales definidos por lo bueno o malo, sustituyéndolos por una especie de contabilidad afectiva: ¿tal relación me compensa?,

¿valgo yo para cuidar a mi padre demenciado?, ¿me estaré sacrificando de más por mi familia o el sindicato y no cumpliré el deber de gozar que San Narciso ordena? El ideal formulado por Giddens de una relación pura basada exclusivamente en el sentimiento actual refleja ese desvarío que nutre el consumo de literatura de autoayuda y las consultas terapéuticas más variadas: «estaremos juntos mientras dure el sentimiento y, sin más reproches de ruptura que el hablarlo con autenticidad, nos separaremos civilizadamente».

Los psicoterapeutas ayudan tanto a responder a esas preguntas como a reforzar esas respuestas intimistas, mediante el ejercicio de una especie de gerencia de lo íntimo que receta cuánto de sacrificio solidario y cuánto de egoísmo es conveniente a cada individuo. Egoísmo —conducta racional, lo llaman ahora— que se constituye en lo adaptativo, debido a que los comportamientos solidarios disminuyen el capital humano y la meritocracia para ser, por ejemplo, psicólogo de un Centro de Salud exige horas de master y no de bondad.

El quemado se descubre en un papel de moralista bajo disfraz psicológico —viejo sueño del Circulo de Viena—, pero con un discurso fragmentado y contradictorio: cuidar a tu abuelo y disfrutar del tiempo libre es imposible; y la añeja receta del sacrificio por los viejos es rotulada de masoquismo o rigidez de carácter.

Si la confusión entre la indicación ética y el consejo psicológico quema, cuando se complica con funciones de juicios burocráticos que deciden qué personas pueden tener pensión o ayudas o deben circular por trabajos protegidos y cuáles no, la función terapéutica crea verdaderas crisis de identidad que bajo *quejas sobre el papeleo* a realizar, esconden el deseo de cumplir esa función real de juez de segunda con una distancia al rol tal que mantenga íntegra la ficción de las manos limpias, ignorando que, cuando ya se jugó un juego, no se puede volver a jugar de nuevo de forma ingenua, y el quemado que comprueba cómo la dominación se impone a través suyo, se siente como una

especie de publicista del realismo egoísta, como una especie de Dr. Pangloss que continuamente justifica el horror de lo real como el mejor de los mundos.

Por vía del ejemplo presentamos dos historias que pueden marcar esos dos caminos hacia el abandono de la profesión más o menos dramático, la una basada en una crisis moral y la otra en una crisis epistemológica.

ÁNGELA

Se trataba de una psicóloga de 28 años de edad que se suicidó hace unos años arrojándose desde un sexto piso, mientras trabajaba en un Centro de Salud Mental asturiano. En el momento de su suicidio seguía tratamiento psicoanalítico desde hacía tiempo, participaba en un grupo-curso de orientación sistémica y, desde diez días antes de suicidarse, tomaba antidepressivos prescritos por mí. Con posterioridad al suicidio y durante los cuatro meses siguientes a la muerte de Ángela traté a su madre, con quien convivía en el momento de suicidarse.

Recordando los días anteriores a su muerte, la madre de Ángela la recuerda con un terrible agobio laboral, obsesionada por hacer mal sus tareas cotidianas y por tener que presentar un trabajo bibliográfico, hablando de continuo sobre su incapacidad y con sentimientos de culpa por autoevaluaciones catastrofistas de su función terapéutica, que su madre me contaba así a posteriori: «se daba cuenta de que no valía para ese trabajo y eso la desesperaba».

Ángela procedía de una familia con fuerte patología psiquiátrica. Siendo niña, vio el suicidio de su abuelo materno y, durante su etapa de estudiante de psicología, su padre consuma un espectacular suicidio: la familia recibe una nota de él pidiendo que recojan su cuerpo de una escalera del puerto marítimo, atribuyendo la causa del suicidio a una inexistente ruina económica y asistiendo Ángela al rescate del cadáver en compañía de su única hermana.

Sin embargo, cuando yo la conozco como alumna de la Facultad de Psicología sobrelleva con un envidiable valor esa «herencia», y es una estudiante brillante y participativa en organizaciones estudiantiles y religiosas.

Termina la carrera y comienza el PIR, debutando a la vez con un episodio depresivo ansioso que trata de solventar sin formalizar tratamiento, pero pidiéndome a mí que le recete algún fármaco y la escuche, pues soy su director de tesina de licenciatura: el cuadro se caracterizaba por un estado de angustia despertado al tratar a un enfermo que le recuerda a su padre y reactiva un duelo tardío —«yo tenía que haber adivinado y ayudado a mi padre»—, que deteriora su autoestima y la hace dudar de su vocación y futuro como psicoterapeuta. En poco más de dos meses, con lo que pudo ser una terapia de apoyo y con 75 mg de amitriptilina, el cuadro cede sin aparentes secuelas continuando con normalidad su carrera profesional y académica.

A los 14 meses, reaparece otro cuadro de idéntico tinte afectivo pero en el que han desaparecido los contenidos cognitivos familiares y el discurso depresivo gira ya en torno a la inutilidad de trabajo en salud mental, formulado reiterativamente por Ángela con la interrogación sobre «si los psi no estaremos engañando al mundo y nuestras tareas no serán sino ficciones».

Aparece por primera vez ideación suicida y conductas de riesgo con conducción temeraria, y un episodio de ordaña que la lleva a un tratamiento psiquiátrico más formal y a reforzar por parte de un grupo de amigos una red de apoyos muy eficaz. Al ir cediendo esta crisis y mientras toma tricíclicos, me comenta su decisión —«no seas zorro, no te rías»— de iniciar psicoanálisis, lo que efectivamente lleva a cabo en Asturias tras algún tanteo madrileño, con lo que parece que todo vuelve a la normalidad. No obstante, cuando coincido con Ángela unos meses más tarde en un curso de terapia sistémica en Italia, me impresiona cómo manifiesta en sus conductas lo que le comento y niega con risas sobre lo antiguo de mis maneras y costumbres.

Al año siguiente, inicia una escalada de conflictos con el coordinador de su centro de trabajo, con discusiones continuas de encuadre, métodos e incluso insinuaciones por parte de aquél de la patología de Ángela como causa del conflicto con la autoridad, durante el que Ángela recibe el apoyo de sus compañeros de trabajo, pero que la lleva a un sobreesfuerzo en el que, por ejemplo, deja de tomar el café de media mañana para revisar historias o estira su horario laboral hasta las siete de la tarde.

La escalada culmina con Ángela de nuevo en depresión, pero con conductas de no abandonar su trabajo y deseos de que nadie se entere de sus trastornos pues, a la larga, piensa, lo usarían contra ella (idea que por otra parte comparto conociendo a su jefe clínico). Es por lo que me pide tratamiento, y sin perder una jornada de trabajo, ocho días después se suicidó en un salto mortal desde un sexto piso. En la evaluación que hago con su madre y con alguna amiga de estos últimos ocho días o de las horas antes del suicidio, el trabajo aparece como el centro de su vida y algo por lo que merece la pena matarse: en su mesa no hay cartas de despedida, sino una memoria sobre el centro de salud donde trabaja, su ropa para ir al trabajo está doblada sobre una silla cerca de la ventana y en la última conversación con su madre reiteró su incapacidad para aguantar a su jefe, sus dudas sobre la eficacia del trabajo terapéutico en general y de su valía en particular.

La otra historia representa el desarrollo hacia el *burnt out* a partir de una crisis epistemológica.

JEFREY MOUSSEIEF MASSON

Es un psicoanalista que alcanzó notoriedad cuando, siendo uno de los escasos privilegiados con acceso a los archivos de Freud, escribió una serie de textos contra la honradez intelectual del maestro que, al negar realidad al trauma

infantil y sustituirlo por la convencional fantasía, convertía la historia de un maltrato infantil real de Dora en una novela neurótica de deseos que permitía a Freud lucrarse económicamente del padre de la enferma. Con independencia de esa confrontación de escuela, traer a Mousseief Masson como ejemplo de carrera hacia el *burnt out* desde las consideraciones epistemológicas estaría justificado por dos textos —*Against therapy* y *Juicio a la psicoterapia*— que llevan a este autor al abandono de su profesión como terapeuta y no al tradicional cambio de escuela, en una de las pocas posturas coherentes en el gremio que le une a Jaspers, quien tras su texto fundacional jamás quiso escribir ni aun opinar sobre psicopatología. Una sucesión de citas de los dos textos de Mousseief mencionados nos puede ilustrar respecto a cómo una crisis epistemológica conduce al abandono de una profesión psicoterapéutica definida desde ese queme como «el mito de la sanación psicológica y la tiranía emocional»:

Comencé mi entrenamiento como terapeuta en el Instituto Psicoanalítico de Toronto en 1970 y 8 años más tarde fui aceptado como psicoanalista titular por la API (Asociación Psicoanalítica Internacional).

[...]

Durante mi aprendizaje en un clásico instituto psicoanalítico me asaltaron dudas —escribe nuestro autor— que supuse típicas: ¿tenía sentido todo?, ¿estaba yo mejor que mis pacientes o mis maestros mejor que yo?, ¿ayudaba la terapia?

Para resolver dudas continué mi análisis aumentando su frecuencia 5 días a la semana durante 6 años sin interrupción.

Tras ellos me volví a plantear: ¿entendía yo mejor los problemas del vivir?, ¿existía alguna destreza adquirida: ser empático o simplemente simpático, escuchar e interpretar aportaba algo valioso?, ¿qué destrezas había adquirido yo?

En otro texto se responde Mousseief:

Vi tres posibilidades: algo andaba mal en mí, algo andaba mal en el aprendizaje concreto que había recibido, algo erróneo existía globalmente en la teoría. Opté como tantos otros por las dos primeras respuestas y recibí nuevo entrenamiento terapéutico en Europa y EEUU.

[...]

Tras 6 años de práctica clínica, mis dudas persistieron y volqué mis esfuerzos en la investigación histórica del psicoanálisis como director del programa del archivo quinto de Freud, y fruto de ese trabajo fue el texto El asalto a la verdad sobre la seducción ya mencionada, y una posición de denuncia de las actividades terapéuticas como míticas y generadoras de tiranía emocional.

Podemos deducir de algunas citas el vigor de la postura antipsicoterapéutica del autor:

Aunque admire algunos terapeutas específicos, mi objetivo primordial es evidenciar que la idea intrínseca de psicoterapia es errónea, no importando cuán perspicaz o bondadosa sea una persona que, al convertirse en terapeuta, va a comprometerse en actos que forzosamente disminuyen la autonomía y libertad de la persona que acude a él en busca de apoyo.

El balance final de Mousseief Masson, al abandonar la profesión y considerarse quemado por ella, no puede ser más ilustrativo sobre los problemas burocráticos que rodean a la práctica terapéutica y que trataré en el siguiente apartado de la psicoterapia:

Durante mi carrera no obtuve mucho saber de la profundidad del alma humana, pero sí aprendí del poder, la jerarquía, el abuso y, sobre todo, la necesidad y credulidad de la gente en encontrar algo más fuerte,

más sabio, mejor y más feliz con cuya ayuda se puede aprender a vivir.

El escándalo de las Psiquiatrías Nacionales y las Escuelas Psicoterapéuticas

Prácticamente hasta que el Imperio Americano impone, por vía del consenso administrativo por el mecenazgo de la industria de psicofármacos, su clasificación de la DSM-III, existía en psiquiatría una serie de esquemas clasificatorios superponibles a las psiquiatrías nacionales: rotular a un paciente de *bouffe* delirante, reacción vivencial o disforia, identificaba la nacionalidad del terapeuta o al menos su adscripción teórica a la psiquiatría francesa o alemana que, a su vez, enlazaban con tradiciones psiquiátricas ligadas al asilo o a la universidad, según nos recuerda Jaspers.

Por lo mismo, las escuelas psicoterapéuticas aparecen ligadas a los avatares de su reparto nacional en función de factores biográficos de sus padres fundadores. Y si me permito calificar de escandalosa esta situación se debe a que ciencia y nacionalismo son predicados incompatibles y, por ejemplo, la no-percepción de la genealogía de los términos «física alemana» supone olvidar la pretensión de la canalla parda de ligar los intereses de la verdad a los de la patria o la raza.

De ahí la necesidad de escándalo ante la babel psicoterapéutica, de vigilar para que tras los particularismos de las escuelas psicoterapéuticas no se cuele ningún factor que vaya más allá del cómo se reciba una ciencia en un país —la tardanza en rendirse a la evidencia darwinista en España, por ejemplo—, para caer en esos eclipses de la razón que hoy encabeza el multiculturalismo.

El escándalo de las escuelas psicoterapéuticas nacionales, de ser tomado en serio, alejaría a las prácticas terapéuticas del concepto estricto de *profesión* que exige un cuerpo único de teoría y práctica, que homogeneiza a todos los practicantes y que el Estado garantiza. De ahí que el análisis

de unas prácticas que precisan una carrera cuya maestría es otorgada no sólo por el colegio de sus practicantes, que anula, por ejemplo, todos los aprendizajes —psicoanálisis didácticos— porque el didacta se acuesta con una paciente, es cuanto menos singular.

Por lo mismo, merece la pena considerar si cuando Ellis —descrito por su amigo Seligman como alguien con un discurso similar a un vendedor de aspiradoras— escribe que toda la mitología psicoanalítica de considerar en los pacientes depresivos una etiología de agresividad introyectada ha sido iatrogénica, cabría preguntarse si tras la confirmación de sus descubrimientos por Seligman, Beck o Ellis, quienes siguiesen tratando depresivos con métodos psicoanalíticos eran malvados o tontos y, por ello, merecedores de denuncia por mala práctica.

Y ésta es la contradicción eludida constantemente en los eclecticismos psicoterapéuticos que parecen aceptar un blando pragmatismo del «todos hacemos lo mismo, pero yo lo teorizo con unos paradigmas y tú con otros, pero cada uno es a su nivel eficiente».

Efectivamente, eso se acomoda con una práctica carente de paradigmas y cercana al bricolaje y la artesanía, pero aleja la psicoterapia del problema de *la verdad y el error*, que constituyen los dos ejes de cualquier práctica científica que, por definición, aspira a reducir en sus parámetros al resto.

Constante perceptible en clínica cuando un grupo de enfermos escapa de las clasificaciones psiquiátricas, como los epilépticos, cuya asociación acaba de reclamar ser sacados de los motivos atenuantes de delito, en un proceso simétricamente opuesto a la psiquiatrización de un montón de modernos vicios cubiertos bajo el manto de la enfermedad. Con ello, los epilépticos expresan su deseo de reducir el significado de su trastorno frente a toda aquella polisignificación psiquiátrica que de sus trastornos dábamos, y según los cuales la crisis epiléptica significaba tal o cual cosa, o el carácter epiléptico era gliscoide, o que sus respuestas en el Rochard eran los siete signos de Piatrowsky.

Todas esas significaciones eran mentiras frente a la única Verdad de que las epilepsias se producen por un hiperreclutamiento neuronal, igual que la úlcera de estómago por una infección sin ningún plus de significado.

Cabe señalar, además, cómo esas asignaciones de sentido, esas interpretaciones sobre lo que las enfermedades significan o esas terapias no son gratis en ningún sentido. Susan Sontag cuenta en carne propia el horror que supone tener cáncer y que le digan a una que su enfermedad es debida en parte a su forma de vida y a su carácter, ya que ambos influyen en el sistema inmune. Metáforas sobre el cáncer que suponen para el paciente que le pongan, encima de los horrores oncológicos, a hacer terapia y revisión de los errores vitales que llevaron al cáncer. Metáforas tóxicas que Sontag afortunadamente canceló con la escritura de un libro con el expresivo nombre de *Contra la interpretación*, en el que se mostraba partidaria de desmitificar todas las metáforas sobre enfermedades —del sida a la tuberculosis—, para afirmar su ausencia de belleza y espiritualidad o significado, y definir las a todas como pertenecientes al absurdo sin significación de la carne.

Tendríamos entonces que las psicoterapias serían más la profesionalización de unas prácticas artesanales que una verdadera profesión, tanto por la elección de objetos-quejas que no caben todavía o se salen de la práctica científica como por su habilitación para ese trabajo, que poseerían más ideologías que teorías respecto a dicha práctica en función de su globalidad y su incapacidad para corregirse según unos criterios de verdad-error.

Nunca nos equivocamos: verdades psicológicas – mentiras reales

En el inicio de la relación justicia-psiquiatría la peritación tenía como función restablecer una verdad que las circunstancias hacían ambiguas. Así, el psiquiatra como maestro de

verdad perita sobre el verdadero sexo de los hermafroditas —Alexine estudiada por Foucault, Reyes Carrasco por Vázquez Garrido—, identificando un género que sus maravillosas historias vitales oscurecían.

Cuando Reyes debe referir su vida a la justicia, sus continuos cambios de pueblo, de oficio, de amores, de nombre, arma tal lío a los escribanos, en cacería de identidad, que hasta la grafía del pendolista está llena de tachones —él, ella— hasta que a la audiencia llega un psiquiatra que identifica, sexualiza y da territorialidad a la que la justicia nombraba como «la sin sexo, la sin nombre, la sin patria, la sin hogar, la sin oficio».

En los finales de nuestro siglo, por el contrario, para autorizar las operaciones de cambio de sexo hay que olvidar cualquier referencia a lo real, o a la verdad o al sexo biológico. Hay que olvidar cualquier reflexión moral sobre si tratar el propio cuerpo como objeto y no como *fin* en sí, que decía Kant, es moral o inmoral, o si realmente tenemos obligaciones para con nosotros mismos, para centrarnos en la pregunta que nos hace a los psiquiatras la Justicia de nuestros días: ¿el sujeto desea realmente el cambio de sexo?, ¿qué efecto tendrá el cambio de sexo sobre su salud mental?, ¿estará subjetivamente más adaptado como hombre o como mujer?

Preguntas que dan la clave sobre la complementariedad nueva en lo jurídico-psiquiátrico: no se trata de desvelar verdad sino de producirla. El verdadero sexo será el que el sujeto desee verdaderamente, pues sólo del deseo cabe esperar guía.

De esta forma, la resolución de la sentencia como versión privilegiada, como dictado de verdad, se ve sustituida por la sentencia como mediación de conflictos o como pacificador social, que decía un ideólogo de los políticos de Filesa. Sentencia en la que la psiquiatría tiene como función cubrir el error más que probable en decisiones que tienen que ver con separaciones familiares, tutelas, incapacitaciones, delitos sexuales y un larguísimo etcétera de vida

cotidiana judicializada, donde Elster sugiere como solución más racional y menos costosa echar a suertes, como ya hiciera el sabio Salomón, y evitar, por ejemplo, las largas deliberaciones de la custodia infantil en el divorcio, cuyo costo objetivo y subjetivo jamás justifica lo certero del fallo.

Que el psiquiatra es experto en racionalizar mentiras tiene su constatación en la fundación del psicoanálisis. En una estremecedora carta, Freud le confía a Fliess el final de toda su teoría sobre el origen traumático de las neurosis: «Mis enfermos me engañan, cuando me cuentan las agresiones sexuales que nunca tuvieron lugar».

Pero lejos de suponer esa percepción del objeto mentiroso un punto final del programa investigador, a diferencia de un científico normal —Babinsky definía a los histéricos como simuladores de buena fe de los que ninguna ciencia se puede sacar—, Freud elabora toda su tópica del inconsciente y el Edipo a partir de la relación entre la mentira literal del relato y la verdad del deseo que lo sustenta.

Esa preferencia por la novela familiar frente al relato de la familia real, por la verdad subjetiva frente a la Verdad, es lo que sustenta el privilegio del relato psiquiátrico en su colaboración con los tribunales, que hoy plantean menos el problema de la imputabilidad y más el de la rehabilitación. Rehabilitación como fin último aceptado por todos los gremios de la disciplina que por ello ven en la psicoterapia la ciencia común que los unifica.

La propia competencia moral que se espera obtener del delincuente rehabilitado parte en los programas de terapia racional-emotiva de la adquisición de un egoísmo ilustrado, y no del desarrollo de sentimientos morales o juicios pertenecientes a un pasado de rigidez.

Con todo ese bagaje de ambigüedad moral, de laxismo, se entiende cómo la psicologización permite, cuando una sentencia es fruto de un error, interpretarla de nuevo en términos subjetivos y aplicar más psiquiatría.

Porque, frente a esta emergencia de la realidad sobre las mentiras psicologizadas, lo habitual es que los psiquiatras

despreciemos la historia —esos «juegos de verdad» a los que se refería con desprecio Lacan— y tendamos a resolver el caso poniendo esa verdad entre paréntesis, desplazando los diálogos terapéuticos hacia la búsqueda de la verdad del deseo: las histéricas de Freud mentían respecto a la historia del trauma pero expresaban con ello la verdad de su deseo sexual hacia el padre. Admisión de la mentira como metáfora que impide adquirir una norma moral —no debo acusar falsamente a nadie de agresión sexual— y, por el contrario, ayuda a iniciar unas elaboraciones de los conflictos familiares en las que los espacios psi son una especie de territorio sin normas o, peor, un espacio de expresión del deseo irresponsable que llevaba a una de mis pacientes a comentar que engañaba a su pareja por «higiene mental».

Objetos Psiquiátricos No Identificados y *burnt out*

La salud mental se propone unas tareas amplísimas que incluyen desde la rehabilitación de graves defectos psicóticos con extremas incompetencias conductuales hasta los más pequeños malestares del vivir cotidiano.

Esa función de coche escoba que recoge todas las quejas no encuadrables en otras especialidades o agencias de cuidados de una medicina social que define su tarea como el logro «del bienestar y el máximo desarrollo de toda la población», no puede por menos que incrementar el reclutamiento de casos psi sin cesar, en función de la realidad de un malestar que crece por doquier. Malestar al que la demagogia dominante ofrece soluciones técnicas —el mundo es el mejor posible y no admite más cambios que los subjetivos— que siempre terminan siendo psiquiátricas: del que pega a sus hijos y no acierta a salir de la pobreza o la marginación al que juega en exceso o se deja llevar por su gula, o el que no cumple con el deber de gozar o sufre de enfermedades psicósomáticas; se les promete que en el campo psi encontrarán consuelo.

La extrema ambigüedad de esa recogida de casos se ve agravada por otra profunda confusión que consiste en una especie de idolatría por lo público de los trabajadores psiquiátricos que aceptan dar ayuda —rotulan de caso psi— a cualquier definición de necesidad definida desde el Estado. Dado que los gobiernos de turno actúan de hecho como los propietarios de la administración, la figura del Gerente descubre cómo habitualmente la coyuntura es para él la totalidad del interés general. Aplicando políticas oportunistas (para muestra los avatares de los planes sobre la droga, las mujeres maltratadas o la tercera edad), logra la práctica gerencial descubrir la falacia de las supuestas contradicciones políticas de derechas o izquierdas en psiquiatría: la sustitución de unos psiquiatras reformistas por sus contrarios se parece más a un revival de la política de la restauración Canovista —quítate del sillón de mando para sentarme yo y hacer lo mismo— que a cualquier otra cosa, y la diferencia real para la asistencia psiquiátrica es muy escasa.

Todo ello con una simplificación extrema de las mediaciones sociales que conduce a abundantes sufrimientos personales a quien sinceramente crea en ese discurso, ya que, en la administración de lo público, la línea triunfante la representan las políticas de vitrina: el mejor plan psiquiátrico es lo que hay que enseñar en las próximas elecciones.

Por desgracia, tampoco en los intereses de los usuarios podemos encontrar una homogeneidad en sus intereses subjetivos que guíe una práctica de psiquiatría popular, toda vez que enfermos y familiares no se suelen asociar para defender los intereses generales, sino los de su grupo semiológico a veces con claras tendencias segregacionistas.

En el centro de salud mental en el que trabajo he oído decir repetidamente a los usuarios que los agorafóbicos (tienen asociación propia llamada Ágora) no deben esperar turnos para consulta dada la urgencia de su mal. A los familiares de los toxicómanos, exigir asistencia en otros centros ambulatorios distintos del de los locos (ellos no están locos). A los familiares de alzheimerianos pedir asistencias

domiciliarias privilegiadas y, más allá de toda razón, a comunidades de vecinos o asociaciones de barrios movilizarse contra pisos protegidos o centros de día, vecinos que terminan ejerciendo una fuerte presión sobre los trabajadores de salud mental. En los centros de atención a toxicómanos, tomar café en el bar de enfrente es una aventura para los trabajadores sanitarios por la violencia y el rechazo circundante, que llegó en Gijón, y en los últimos meses, a una furia incendiaria por parte de los vecinos de dichos centros.

De toda esa demanda, de todos esos OPNIS, hay uno especialmente traumatizante y que introduce graves dilemas morales en nuestras prácticas, y que consiste en la *gestión del mal*: conductas antisociales, contextos maltratantes, violadores, adolescentes envilecidos que han arruinado todo en derredor, deben ser acogidos en un ambiente psicoterapéutico de neutralidad moral y afectiva.

Freud ya había señalado como un «amor a todos» degrada siempre la relación, o como más rotundamente decía Adorno, «cuando un psicólogo dice “cuánto te quiero” a un niño repulsivamente agresivo se mofa de la verdad: un amor que no seleccione buenos objetos es desprecio para todos los seres humanos».

Trabajar en lo público supone entonces aceptar una demanda que rompe con varias de las contraindicaciones más sensatamente propuestas por Freud en sus escritos técnicos para la inclusión en psicoterapia:

No debemos atender sólo a la enfermedad sino también al valor individual del sujeto, y habremos de rechazar a aquellos enfermos que no posean unas condiciones de carácter en las que podamos confiar. No debe olvidarse que hay hombres carentes de todo valor.

Deben poseer [los sujetos de terapia] un cierto grado de inteligencia natural y un cierto nivel ético. Con las personas de escaso valor, pierde pronto el médico el

interés que lo capacita para abundar en la vida anímica del paciente.

Los últimos años están siendo especialmente quemantes en la práctica de la salud mental pública por la judicialización psiquiátrica que, superadas ya las peticiones forenses de evaluar cuánto tiene un sujeto de criminal y cuánto de loco, ha pasado a ordenar, mediante sencillos edictos judiciales, tratamientos psicoterapéuticos obligatorios, como ejemplifica la siguiente sentencia judicial que no resisto la tentación de reproducir en su parte final:

Fallo que debo declarar y declaro a XXX autor de los hechos que se dicen probados, constitutivos de un delito contra la libertad sexual ya definido, imponiéndole por ello la medida de tratamiento ambulatorio de carácter terapéutico, por un periodo de dos años, debiendo computar al efecto el tiempo que ha estado sometido cautelarmente a dicha medida y siendo susceptible de ser reducida y aún sin efecto, en función de los informes psicológicos que se emitan.

En otro párrafo de la sentencia se solicita de la Dirección de Sanidad que disponga lo necesario «para la ejecución de la medida adoptada». Y, como es lógico, algún compañero señalado por la dirección lleva ya unos meses ejecutando la terapia de escuchar el desganado discurso de un maligno adolescente y enviar informes a un juzgado.

Final

Como señala Tizón, el intento de racionalizar y definir qué es psicoterapia parte de donde menos se espera: «En EEUU los administradores y las compañías de seguros han puesto en pie Planes de Supervisión y Control para evaluar la calidad, racionalidad y eficacia de las técnicas terapéuticas».

Un plan tan aparentemente neutral y de tan sólido sentido común como decidir cuándo pagar por una terapia necesaria y cuándo rechazar pagar por unas técnicas de cosmética psicológica o entretenimiento anímico descubrió un absurdo epistemológico. Al carecer las prácticas terapéuticas de paradigmas comunes en los que compararse, la epidemiología psiquiátrica y los protocolos teóricamente objetivos se convierten en antologías del disparate (en el segundo trimestre de 1992 se registraban cero casos de consumo de cocaína en Asturias según la estadística oficial; por el contrario, las demandas de tratamiento de distimias, trastorno del apetito, fobias sociales o ludopatía seguían curvas caóticas debido a modas y deseos no equiparables a necesidades).

La dificultad de comparar estudios de resultados terapéuticos por escuelas, salvo el perfil del artesano ya descrito (el terapeuta con más experiencia es mejor, pertenezca a la escuela que pertenezca), llevó a publicar trabajos sobre la eficacia de la oración en la salud mental con resultados positivos para tan piadosa práctica.

En cambio, esa medida de la eficacia de nuestras prácticas sí que muestra unos resultados concluyentes a la hora de definir la psicoterapia como una práctica tóxica para sus practicantes: más de la mitad de los terapeutas con práctica privada —según las estadísticas más optimistas de J. Tizón— van a ser clientes de algún colega por malestares psicológicos lo suficientemente importantes como para justificar afrontar las molestias de tiempo y dinero que la terapia supone.

Pero si trabaja en equipos de Salud Mental Pública los riesgos pueden ser aún mayores: cerca del 35% de los terapeutas italianos en esa condición laboral se consideran quemados.

Se percibe en los equipos una queja general: la de estar inmersos en paradojas pragmáticas, al intentar crear en sus pacientes estados afectivos que en nada son productos psicológicos, sino que son epifenómenos de otras actividades

que no está en su mano indicar. Igual que cuando se organiza un taller de laborterapia para mejorar la autoestima se incurre en la paradoja marxista (Groucho), ya que nadie con sana autoestima pertenecería a un club semejante, los casos que llegan al equipo de salud mental presentan necesidades imposibles de cumplir con el tiempo o los medios que poseen dichos equipos. Al igual que la autoestima no es fruto de ninguna intención de lograrla, sino del trabajo real y bien hecho que la genera sin buscarla, el terapeuta en los equipos de salud mental es en ese campo un imposible especialista en lograr subproductos de estados no buscados, y su labor es similar a la de quien trata de dormirse a base de voluntad.

El elogio a la virtud del quemado en salud mental, como el de otros perdedores profesionales, no es tanto erotizar el masoquismo como reconocer que contribuye a aclarar lo imposible de las tareas asignadas a los psiquiatras. A lo largo de estas líneas creo haber descrito el centro de las funciones psiquiátricas en el Estado del bienestar: el de recrear un simulacro de afectividad fuera de las heladas aguas del interés egoísta, que dijo el otro Marx, de ser con nuestros trabajos psicosociales aquella mano invisible que convertía los intereses materiales del tendero en bienestar psíquico, de hacer el triste papel de Dr. Pangloss con nuestros oídos de alquiler.

Pero el quemado aún puede descubrir algo más. Por un lado, lo poco que de psicología hace falta para prever la conducta de la gente común que casi siempre, lejos de seguir oscuros impulsos inconscientes, se limita a mezquinas motivaciones al servicio del mercado y a la obediencia institucional. Por otro lado, saca a la luz cómo muchas de las demandas terapéuticas son, en realidad, peticiones de levantar las barreras que obstaculizan el recorrido de ese camino de sumisión: «tiene un carácter que pierde todos los trabajos», «está en la luna y no sabe cómo es la vida», son motivos que con frecuencia se dan a la hora de demandar el tratamiento de jóvenes aún no domados por la realidad, la

autoridad, el mercado, y a contracorriente de eso que la sociología moderna llama elección racional, motivación al lucro, evitación del gorrón, rechazo que es etiquetado frecuentemente como «trastorno de la personalidad» por el terapeuta de turno.

De ahí que el psiquiatra en *burnt out*, antes de abandonarse a las comodidades del burócrata o a las angustias depresivas de la incapacidad laboral, expresa la imposibilidad de superar la contradicción en la que todo terapeuta se mueve: entre esa prédica desadaptadora contra el amor al amo o a las leyes del mercado, donde la terapia sustituye a la construcción de un yo en continuación con viejas tradiciones de grupos naturales; y su contrario, en la participación de la tarea integrativa de crear una Personalidad Adaptada a lo Real, meta que con Adorno me atrevo a calificar de «abyecta», al constituir un intento de equilibrio y reconciliación con un mundo aún irreconciliado, una identificación con el agresor, una «máscara escénica de la sumisión».

Que el yo no soy yo

Agustín García Calvo

Que el yo no soy yo. Esto me sirve como ejemplo de la principal dificultad con que nos vamos a encontrar para intentar hacer algo esta mañana*. Hacer. Hacer. Hablar entendido como hacer, cosa sobre la cual volveremos al final.

La principal dificultad para nosotros es que esto es demasiado claro. Comprobadlo con el título: «Que el yo no soy yo». ¿Lo habéis entendido? ¿Habéis entendido lo que dice? Evidentemente, desde el punto de vista gramatical es inevitable, porque está dicho en lenguaje corriente: no hay más que un terminacho de jerga, que es precisamente el término ‘el yo’, pero, por lo demás, en cuanto a la sintaxis y todo lo demás, está en lenguaje corriente, así que el sentido gramatical —digamos— tiene que haber sido para vosotros evidente desde el principio y, en ese sentido, habéis entendido qué es lo que dice la frase «que el yo no soy yo».

¿Habéis entendido más? ¿Habéis entendido qué es lo que implica esa formulación, a qué sitio nos puede llevar, contra qué cosas nos tiene inevitablemente que lanzar? Eso es más dudoso, y ésa es la dificultad metódica que os quería poner por delante. Esto, como todo lo que voy a dejarme decir por esta boca, tiene la dificultad de que es demasiado

* El presente texto ha sido elaborado por el autor en base a la conferencia del mismo título por él impartida en las Jornadas «El papel de la psicología académica», celebradas en octubre de 2000 en la Facultad de Psicología de la UCM y organizadas por los coordinadores de esta obra (nota de los coordinadores).

claro. Y ésta es una dificultad evidente, sobre todo estando en academia, donde el curso normal es, para fingir que se entiende, recurrir a las jergas, reducirlo todo a jergas más o menos científicas, garantizando de esa manera que nada se entienda de verdad. Por mi parte, empleo en todo lo posible el lenguaje corriente, y si empleo algún término de la jerga como es el mismo de 'el yo', será solamente como objeto de ataque.

Porque —aquí está la dificultad— también la Psicología es una ciencia. ¿O no? Supongo que sí. La Psicología es una ciencia, y ser una ciencia, aunque no pretenda ser una ciencia tan ciencia como la Física, como la reina de las ciencias o ciencia por excelencia, pero, en la medida en que ha de ser una ciencia y que imite más o menos a la Física en cuanto al empleo, sobre todo, de los cuantificadores, de números, de cálculos, tanto en el registro de experimentos como en la estadística, en la medida en que es una ciencia, trata acerca de realidades, acerca de una realidad.

Las Ciencias tratan acerca de la Realidad. Ésta es otra cosa demasiado clara.

Que la Ciencia trate acerca de la Realidad implica que la ciencia está fuera de la realidad, puesto que trata acerca de ella. De forma que la Psicología, al tratar de la realidad, se escindiría ella misma de ser una realidad. Salvo que, claro, como sucede a cada paso, en lugar de hablar de la realidad de la que habla la Psicología, digamos con un término arcaico, el alma, en lugar de hablar de una realidad, ésta, el alma, o la personalidad, o la persona, o hasta el yo, en lugar de hablar de eso, hable de psicología. Por ejemplo, hemos entrado en una Epistemología de la Psicología, como a cada paso las ciencias pasan a ser una epistemología de sí mismas. Entonces sí, entonces ya la Psicología es el objeto de que se trata: no se habla del alma, se habla de la Psicología, y en ese momento, por supuesto, la Psicología ha entrado a formar parte de la realidad, y en la medida en que se habla de ella, ya no es ella la que habla; ya hay otra manera de hablar que queda fuera de esa realidad.

¿Veis lo que os prometía o amenazaba? Es demasiado claro. Es demasiado claro, y tanto temo a esta excesiva claridad que os pediría incluso que, sin aguardar a coloquios finales para los cuales no vamos a tener seguramente tiempo ninguno, me interrumpáis exigiéndome que os ponga las cosas un poco más oscuras, para ver si las entendéis mejor. Porque ése es el procedimiento habitual.

Si la Psicología es una ciencia, como debe serlo, trata acerca de la Realidad, digamos ésta, el alma, o la personalidad o la conducta personal o, como acabo de oírle decir al profesor Monedero, el propósito, los propósitos humanos, una definición que trataré de usar también más adelante. Trata acerca de esas realidades, llamémoslas como las llamemos: para eso es una ciencia.

Pues imaginad que abris un tratado cualquiera de Psicología y que os encontráis con una frase como ésta: «Síndrome de ansiedad de desprotección es esto que me está pasando ahora mismo según lo estoy escribiendo». Os encontráis esta frase y decís: «Esto no puede ser; evidentemente esto no puede estarlo diciendo el autor del tratado». Inmediatamente miráis a ver si está en letra pequeña y si es que está citando la carta o el testimonio de algún enfermo que sirve como caso de eso, pero que el autor para explicar el citado síndrome se exprese de esa manera y diga «Síndrome de ansiedad de desprotección es esto que me está pasando a mí ahora mismo según lo estoy escribiendo», no pasa.

En ningún tratado de ciencia, de ninguna, ni de Psicología, podéis encontrar formulaciones como ésas. Formulas como ésas que, si recordáis bien la fórmula que me acabo de inventar, implican «es esto». Vamos, la frase empieza muy bien, empieza con un terminacho, empieza con una cosa perfectamente manejable «síndrome...» (también me lo acabo de inventar ahora, no sé si corresponde a algo), «síndrome de ansiedad de desprotección». Vamos, estamos en plena jerga, es decir, estamos tratando de la realidad. Pero luego sigue «es esto». «Esto» no puede aparecer en ningún tratado de ciencia. «Es esto que me está pasando». «Me»

mucho menos todavía. ¿Cómo «me» va a entrar como término de un tratado de ciencia? «Está pasando ahora mismo», con el presente y con el «ahora mismo» ratificándolo. No, hombre. «Ahora mismo» en un tratado de ciencia no se puede decir. «Según lo estoy escribiendo», para acabar de rematar la faena, eso es una cosa que no cabe, este presente, «según lo estoy escribiendo», que aludiría al hecho mismo de estar formulando el tratado el propio autor. Esas cosas están excluidas de cualquier formulación científica. Cosas como ‘esto’, ‘aquí’, ‘ahora’, ‘me’, ‘yo’... Esos términos, que pertenecen a la lengua corriente y que los empleamos con más frecuencia que ningunos otros, a cada paso y para cualquier función del lenguaje, todos esos términos están excluidos de la ciencia. Una ciencia no puede tratar de ‘aquí’; no puede tratar de ‘esto’; no puede tratar de ‘mí’; no puede tratar de ‘ahora’. Todo eso está fuera.

Si una ciencia, o una filosofía, que yo no distingo para nada (la verdadera filosofía que hoy padecemos es la Ciencia, y lo demás que se llama filosofía no son más que complementos, restos, accesorios), si una ciencia o una filosofía se empeña en tratar de cosas de éstas, pues ¿qué hace? Trata, no de ‘aquí’, porque eso es imposible, pero trata de ‘el aquí’. ¡Ah! Eso ya es un término filosófico: ‘el aquí’. Eso ya puede ser un término científico. Trata de ‘el ahora’. De ‘ahora’ es imposible que trate. Para eso está la lengua corriente, pero el lenguaje de la ciencia no puede tratar de ‘ahora’. Tratará de ‘el ahora’. Pero ‘el aquí’ y ‘el ahora’, notadlo, se han convertido en realidades; por eso se puede tratar de ellas: ‘el aquí’, ‘el ahora’. Por tanto, pueden ser objeto de una ciencia o una filosofía, pero ya no son lo que eran. Ya no hacen lo que hacían ‘aquí’, ‘ahora’, ya no están diciendo precisamente eso.

Hace poco tuve que habérmelas en pleno reino de la reina de las ciencias, de la Física, con el libro de un físico, medio académico medio marginal, Barbour, que se titula *The End of Time*, donde proponía una Física sin tiempo. Y, efectivamente, esta física, cuyo desarrollo no es el caso trae-

ros aquí, acababa por reducir todo a configuraciones y variedades que sustituyeran al cambio temporal, de forma que el tiempo quedaba eliminado, y los entes últimos que quedaban eran los que llama «cápsulas de tiempo»: los ahoras. Esto de «los ahoras» ya lo decía Aristóteles mismo: *tò nyn, tà nyn*, los ahora. Pero evidentemente los ahora no son ahora. Los ahora no son ahora: los ahora están ya fijos en la realidad, y el intento de Barbour de hacer una Física sin tiempo es un intento que no tiene sentido. Es sugerente y honrado, hasta cierto punto, el intento; después de los progresos de la mecánica cuántica es, incluso, hasta lógico. Pero es, por supuesto, un imposible. La realidad está bruscamente fundada en la conversión de ‘ahora’ en ‘un ahora’; ‘el ahora’, ‘los ahora’. Está fundada justamente en esta reducción del tiempo que de verdad está pasando, que es inasible, incapaz de ser objeto de ninguna ciencia, en ‘un ahora’, ‘el ahora’, que ya son formas de la realidad y que, por tanto, pueden ser objeto de ciencias de la realidad, de filosofías.

Supongo que aparece bastante claro el cambiazo (si no, ahora en seguida me lo diréis) y, naturalmente, esto que os he mostrado con ‘aquí’ o ‘ahora’ podéis aplicarlo a todos esos términos que tienen esta condición de que no significan en sentido estricto, sino que hacen algo más: apuntan; apuntan en relación con el acto mismo de hablar.

Sí, en un tratado relativamente científico puede aparecer ‘ahí’, pero eso si ‘ahí’ es un anafórico que remite a un esquemita que el autor ha puesto. Es a lo más que se puede llegar. En una geometría ilustrada, por ejemplo, uno puede decir ‘esto’, pero si ‘esto’ quiere decir ‘el teorema que acabo de formular antes’: un anafórico que no nos saca para nada del texto. Pero de esto de verdad, esto que está aquí ahora mismo, de eso no hay ciencia que trate. Por lo tanto, de mí o de ti, mucho menos.

‘Mí’ o ‘ti’ no somos nadie real. ‘Yo’ es cualquiera. Es cualquiera con la sola condición de que esté hablando. ‘Yo’ es cualquiera que está hablando. Y ‘tú’ es cualquiera al que se está hablando. Y eso, señores, eso no puede ser objeto de

ninguna ciencia. De eso no se puede hablar. Si se habla de ello, ya ni es el que habla ni es al que se habla: es de lo que se habla. Y eso es lo que se hace. Eso es lo que, inevitablemente, tiene que hacer cualquier Psicología, que empieza, de unas maneras más torpes, desarrollando nombres con significado, sustantivos, por ejemplo, *psyché* entre los antiguos, *anima* o *animus* en la teoría de Epicuro y Lucrecio, y, siguiendo las dos, 'alma'. Teniendo en cuenta que el invento empieza (de una manera que me parece sumamente lógica) por aplicarse a las almas de los muertos. No hay ningún alma que se haya inventado antes de inventarse las ánimas de difuntos: éstas son las primeras formas de alma. El trasladar eso a los vivos es secundario, es un proceso que remata la obra, pero las almas primeras son las de los difuntos. El sitio donde en la prehistoria ya se desarrolla un culto y lamentación del difunto que implica la invención del nombre propio (en la prehistoria, en lo desconocido, es decir, antes de hace diez mil años) y es ahí, con el invento y la lamentación del nombre propio del difunto, donde aparece el invento del alma por primera vez, que después se desarrolla tan esplendorosamente, no ya con los trucos epicúreos de *animus* y *anima*, sino con todo el desarrollo moderno en el que no voy a entrar.

Como os advertí antes, el término en sí, este objeto de la psicología dicho como 'alma', es una cosa anticuada, suena muy mal (para algo las ciencias progresan), pero, a cambio de ello, se han desarrollado otros, como es 'la persona', 'la personalidad' y todos los demás nombres de los mecanismos anímicos a los que estáis de sobra acostumbrados. Y, en último término, con ayuda, a iniciativa de filósofos y, después, del propio psicoanálisis, se inventó el yo, que es la manera más hábil y directa de dar el cambiazó: en lugar de 'mí' está 'el yo'.

No sólo está 'el yo', sino que, si me descuido, está 'mi yo', y 'tu yo', es decir, meros disimulos para evitar decir 'alma', para evitar decir 'mi alma' y 'tu alma'; es decir, disimulos porque, en definitiva, con sólo el truco ese de sus-

tantivarlo y poner un artículo ('el yo' o 'mi yo' o 'tu yo') ya se le está convirtiendo en una realidad: en una realidad que yo no era cuando estaba vivo. Vuelvo con esto al título: que el yo no soy yo.

Esto es lo que el año pasado nos surgía imaginando o recordando a un niño en el trance de dos años, dos años y medio, de estar terminando en él la lucha entre la gramática común, la lengua común, con lo que cualquiera viene a este mundo, y el idioma de los padres que le ha tocado. Por esa edad, más o menos, con ese trance decisivo que la Psicología sólo torpemente reconoce y analiza, pero que, en cambio, para Freud, ya aparecía muy claro como límite: todo lo importante había sucedido antes, antes de ese trance de terminar la lucha entre la lengua común y el idioma que a uno le ha tocado. Tomemos a un niño, recordado, imaginado, en ese trance, al que los padres ponen ante el espejo y le dicen: «Mira, Celita, qué guapa estás con ese lacito rosa», o «Mira qué bien te sienta la chaquetita, Raimundito». El niño se queda mirando al espejo y todavía declara: «Pero ése... no soy yo». «Pero ése no soy yo». Hay algo en él que todavía está vivo y que, por tanto, tiene que hacer esta declaración: «Pero ése...», es decir, la imagen del espejo, que es lo mismo que el significado de las palabras que lo tienen, incluidos también el nombre propio de la persona, Raimundito o Celita, que son como formas del espejo, declara: «ése, evidentemente, es real, es real, me hablan de él, tiene su nombre, pero ese no soy yo; ése, a pesar de todo, no soy yo».

Bueno, así es en el trance que trato de presentaros como recordado, imaginado y, en todo caso, ejemplar. Después viene la asimilación, la historia de la Historia, la historia del Poder, el desarrollo de la Ciencia, de la Psicología entre las ciencias, que nos instruye acerca del yo, de la personalidad, de los síndromes de ansiedad, de la conducta, de los propósitos y todo lo demás; pero bueno, eso ya es la aburrida historia a la que estáis acostumbrados y en la que estáis metidos.

La realidad, ésa de que las ciencias tratan y de la que tratan también los hombres de negocios y de la que trata vues-

tra familia en las casas correspondientes, la realidad, aquello de lo que se habla, es, en un sentido preciso, falsa. Es decir, tiene razón el niño que dice: «Ése no soy yo». Es en un cierto sentido falsa precisamente porque trata de presentarse como verdadera. Sólo así se puede decir que la realidad es esencialmente falsa. Una realidad cualquiera, entre ellas la del invento del alma, que arrastró consigo el invento del cuerpo, que sólo se inventa después de haberse inventado el alma. Una falsificación detrás de otra. Una falsificación complementando la otra.

Todos recordáis las consecuencias... A lo mejor os ocupáis mucho de la medicina del alma y de la relación entre psicología y medicina, pero no olvidéis que, por otra parte, está el pobre cuerpo, que ha resultado del invento del alma, como una especie de corolario, y al cual desde entonces se le puede manejar, se le puede hacer objeto de toda clase de gimnasias, medicinas y profilaxis, que no son sólo las del alma, pero que son del mismo orden que ellas. Ésa es la triste historia. En ese sentido la realidad es falsa: porque pretende ser verdadera.

Fijaos (es un paréntesis político) que si la Realidad fuera verdadera, no tendrían que estaros haciendo creer en ella todos los días. ¿Para qué diablos os han traído a esta Facultad? ¿O a qué diablos os ponen delante de un televisor? A predicaros todos los días que la realidad es la realidad. A haceros que creáis, a reforzar, por si acaso alguna duda viene a perturbarla, vuestra fe, en la realidad, en que sabéis de lo que estáis hablando y, por tanto, que sabéis lo que estáis haciendo. Esto es un paréntesis consolador: es, evidentemente, una inseguridad de la realidad en sí misma lo que hace que tenga que estarse predicando cada día, en universidades o por televisores. Si fuera verdad, no tendría que predicarse. Es una cosa también muy elemental y demasiado clara.

La Realidad está hecha esencialmente por conversión de eso, lo que llamamos tiempo, que de verdad no se sabe lo que es (el tiempo que está pasando, ahora, mientras os estoy hablando, y que es inasible, y que no tiene dos senti-

dos a derecha e izquierda, que no tiene más que uno y, por tanto, ninguno), la conversión de eso en un Tiempo que se sabe, una idea de 'tiempo'. Es el fundamento mismo de la Realidad. Todas las demás realidades están fundadas sobre esta conversión del tiempo inasible en un Tiempo que se sabe, en un Tiempo que está ideado. Todas vienen de ahí. Era en ese sentido como en el libro del físico, en *El fin del tiempo* de Barbour, me encontraba con este trance, que hoy también, de otras maneras, he querido presentaros, que la gramática elemental, la razón común, se enfrenta con la Ciencia de la Realidad y trata de decirle las cosas que le está diciendo.

El psicoanálisis era un invento que, desde el propio fundador, digamos, desde Freud, se encontraba en una situación indecisa, porque, por un lado, la tentación de que aquello se convirtiera en una teoría, doctrina y, por tanto, en definitiva, ciencia, era muy poderosa, y con algunos resquemores Freud mismo, de vez en cuando, es evidente que cedía a la tentación. Por otra parte, en muchos momentos, como viene a lo largo de sus escritos, se revela hasta qué punto él era como el niño ante el espejo: era honrado. Es decir, reconocía que eso que él estaba haciendo no podía ser una ciencia; no podía ser una ciencia de la realidad. Como es natural, porque psicoanálisis, como sabéis, etimológicamente quiere decir 'disolución del alma'. Disolución del alma, es decir, con el término más moderno, disolución del yo, descubrimiento de la falsedad de la persona, de la falsedad del yo. O sea, más o menos lo mismo que estaba haciendo con vosotros este rato, que se puede decir que era un poco hacer psicoanálisis. Y eso, evidentemente, no podía convertirse en una teoría so pena de condenarse a muerte, claro. Porque, evidentemente, si aquello se convertía en una teoría, tendría que ser, de una manera o de otra, psicología, es decir, una ciencia acerca de la realidad del alma.

La disputa, que supongo que sigue a estas horas en la academia, entre dar entrada o no al psicoanálisis en las facultades, pues es todavía, hasta cierto punto, aunque

muy de lejos, representativa. Efectivamente, hay una tendencia asimiladora, que parece ser la progresista y que es la conservadora, como suele suceder bajo el Régimen, que diría: «¡Sí, sí, abarquemoslo todo! ¡También el psicoanálisis tiene derecho a entrar en las disciplinas académicas!». No sólo el psicoanálisis: hasta la parapsicología en muchas universidades está metiendo la nariz; de manera que imaginaos, ¿no? Ésta es la actitud progresiva, que es la conservadora, la reaccionaria: meterlo dentro, no vaya a quedarle todavía algún veneno al psicoanálisis, no vaya a implicar todavía alguna forma de peligro; si lo hacemos disciplina académica, se acabó; ahora ya lo tenemos seguro.

Y luego, hay la actitud que, siendo la reaccionaria, es, por cierto, la más honrada, que es la de los académicos de pro, que de ninguna manera pueden consentir que bajo el nombre de 'psicología' entre en las facultades eso del psicoanálisis. En ese sentido la disputa es reveladora. Con ella voy a ir terminando.

El psicoanálisis, a pesar de estas vacilaciones del propio Freud, y no digamos de los supuestos seguidores, es una disolución del alma, es una disolución del yo, un descubrimiento de la falsedad del yo. Y esto no puede ser una ciencia. ¿Por qué? Porque es una acción. Es con esto con lo que quiero terminar: con la oposición entre acción y saber, entre acción y ciencia.

La Ciencia está para confirmar la fe en la Realidad y, por tanto, para que estemos seguros de que no hay nada que hacer más que lo que ya está hecho. Lo que todos los días os predica la televisión, sobre todo, mostrándoos que no puede suceder nada más que lo que ha sucedido. Todos los días, por si os entra alguna duda, que no hay nada que hacer.

En ese sentido, al empezar, recordaba a mi antecesor en esta mesa, el profesor Monedero, que se inclinaba a decir «ciencia de los propósitos», porque, en efecto, si la Realidad está constituida por una ideación del tiempo, la Realidad es esencialmente futura. Futuro no es, para la verdad, para este corazón de niño que nos queda, no es nada que

esté ahí, que esté hecho, pero es, justamente, la realidad de las realidades; es de lo que se habla.

Fijaos en el Dinero, que es la realidad de las realidades: el Dinero es todo futuro. No hay más dinero que el futuro. Y del Dinero dependen todas las demás instituciones sociales, judiciales, académicas... todas dependen del Dinero como realidad de las realidades; y, por tanto, de lo que tratan es del futuro. Tratan justamente de conseguir que no suceda más que lo que ya se sabe. Imaginaos adónde se iría el Dinero si no tuviera un futuro sabido de antemano, a dónde irían la Banca y las Compañías de Seguros y programas o presupuestos de todos los Estados de Bienestar. Su condición es que el futuro se sepa, es decir, que se asegure que no va a pasar nada que no sea lo que ya se sabe. Así se pueden hacer pronósticos, presupuestos estatales y operaciones financieras de todo tipo. Y el resto (justicia, organizaciones familiares o estatales, academia, educación...) va sencillamente a la rastra. ¿No os hacen aquí todos los años un plan de estudios, haciéndoos constar que el Ministro allá en lo alto sabe de antemano todo lo que va a haber que saberse durante ese curso? Se sabe ya de antemano. Si no, ¿qué sentido tendría un plan de estudios? Un plan de estudios tiene ese sentido: cuidar, asegurarse de que lo que se va a aprender es lo que ya está sabido, no vaya a correrse algún peligro de algo.

De manera que, en ese sentido, efectivamente, la realidad es esencialmente futura, y la Ciencia, aunque parezca otra cosa, es una ciencia que, en definitiva, trata del Futuro, y que, por tanto, está dedicada a esta labor fúnebre de asegurarse de que no va a pasar nada más que lo que ya ha pasado, de que no va a haber ninguna sorpresa... En vano: en vano, porque, no ya un psicoanalista, sino un gramático cualquiera os puede decir: «Pero eso nunca es así». Nunca es verdad que ese Futuro esté hecho, y es en ese sentido como os contraponía para terminar la acción con la Ciencia.

La Ciencia está para asegurar la Realidad y, por tanto, la Fe y, por tanto, asegurarse de que no pase nada imprevisto.

Frente a ello está la acción: psicoanálisis en cualquiera de los sentidos, disolución del alma... empezando, como en el título de esta charla, por mostraros esta evidencia demasiado clara de que el yo no soy yo.

Nota biográfica de los colaboradores

Fernando Álvarez-Uría. Doctor en Sociología por la Universidad de París VIII y Profesor Titular de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Es coordinador de la Colección «Genealogía del Poder» de las ediciones La Piqueta y autor de *Miserables y locos. Medicina mental y orden social en la España del siglo XIX* (Tusquets, 1983). En colaboración con Julia Varela es responsable de la introducción, traducción y edición del segundo volumen de las *Obras esenciales* de Michel Foucault (Paidós, 1999). Ha coordinado la obra colectiva *Neoliberalismo versus democracia* (La Piqueta, 1998), y en colaboración con Julia Varela ha publicado los libros *Las redes de la psicología* (Liberarias, 1986), *Sujetos frágiles. Ensayos de sociología de la desviación* (FCE, 1989), *Arqueología de la escuela* (La Piqueta, 1991), *La crisis de los paradigmas sociológicos* (Episteme, 1994), *Genealogía y sociología. Materiales para repensar la Modernidad* (El Cielo por asalto, 1997), *La galaxia sociológica. Colegios invisibles y relaciones de poder en el proceso de institucionalización de la sociología en España* (La Piqueta, 2000) y *Sociología, capitalismo y democracia* (Morata, 2004).

Rafael Álvaro Vázquez. Licenciado en Psicología por la Universidad Complutense de Madrid, ha tenido formación y experiencia en los campos de Investigación e Intervención social, Evaluación de programas, Educación social, Animación sociocultural, Educación formal y no formal,

Acompañamiento terapéutico, Técnicas diagnósticas, Psicoterapias y otros afines, trabajando con gentes en diferentes momentos del ciclo vital y procedencia y en distintas áreas de los Servicios Sociales, para instituciones públicas, privadas y autónomas, dedicándose en la actualidad al ejercicio privado de la Psicología desde una orientación psicodinámica. Organizó en 2000 las jornadas universitarias «El papel de la psicología académica». Ha publicado *Esquizogénesis: tránsito por rumones en delirio* (Editor, 2004), *Adolescencia: bondad, amor, belleza, sueños e interiores* (Editor, 2005) y, además de la presente obra, ha editado con José Luis Romero *Psicópolis: paradigmas actuales y alternativos en la psicología contemporánea* (Kairós, 2005). Sus últimos trabajos giran en torno al campo clínico de la Psicología y su práctica.

Josep Alfons Arnau (Jau). Durante los últimos veintidós años, su actividad profesional en tanto que educador social ha sido: la práctica educativa en instituciones y centros a personas etiquetadas como «enfermas mentales», y a menores en situación de desamparo o/y «riesgo social». El soporte grupal e individual a dichas personas internadas o adscritas en dichas instituciones y centros y en ocasiones a sus familiares. El asesoramiento sobre problemas vitales para adultos/as, individualizado y en el ámbito privado. La docencia como profesor de cursos de formación de formadores organizados por la Generalitat de Catalunya, Ayuntamientos y otras Instituciones (cursos para educadores/as sociales, psicólogos/as, trabajadores/as sociales y otros/as profesionales de la relación de ayuda). Y la actividad de desarrollo de líneas teórico-prácticas de intervención en el campo de la llamada salud mental y de lo social. Participó en la creación del Colectivo Contrapsicológico Esquicie, que funcionó en Barcelona de 1995 a 2000, y ha colaborado a su vez, como miembro de su redacción, en la edición del Boletín de Contrapsicología y Antipsiquiatría *El Rayo Que No Cesa*, que se editó desde Barcelona de 1998 a 2002; y ha

realizado multitud de charlas y ponencias en universidades, centros sociales okupados, ateneos libertarios... de diferentes lugares del Estado español. En la actualidad coedita la página web *Contrapsicología y Antipsiquiatría*: www.antipsiquiatria.com.

Óscar Daza Díaz. Licenciado en Filosofía, Diplomado en Psicología, Especialista en Ciencia, Tecnología y Sociedad y Diploma Universitario en Comportamiento Humano, actualmente ejerce como Profesor de Educación Secundaria de Filosofía, Psicología y Ética, y trabaja especialmente sobre cuestiones de epistemología y genealogía sociohistórica de la Psicología, temática sobre la que ha impartido diversas ponencias en Congresos universitarios y de psicología.

Agustín García Calvo. Lingüista, escritor, orador, poeta, dramaturgo, pensador, es Catedrático Emérito de Filología Latina y autor, coautor, traductor y editor de múltiples obras en lingüística, literatura, filosofía, política, teatro y poesía, por las cuales ha recibido varios premios oficiales. Entre su prolífica producción podemos destacar los ensayos *Sermón del ser y no ser* (Visor, 1972), *La venta del alma* (Ediciones Libertarias, 1980), *Razón común* (Lucina, 1985), *De la felicidad* (Lucina, 1986), *Hablando de lo que habla. Estudios del lenguaje* (Lucina, 1989), *Contra el tiempo* (Lucina, 1993), *Contra la paz. Contra la democracia* (Virus, 1993), *Contra el hombre* (Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 1997; con I. Escudero), *Contra la realidad. Estudios de lenguas y de cosas* (Lucina, 2002), la obra de teatro *Baraja del rey don Pedro* (Lucina, 1998), o las traducciones de *Macbeth* de Shakespeare (Lucina, 1980), *Edipo rey* de Sófocles (Lucina, 1982), *De la naturaleza de las cosas* de Lucrecio (Cátedra, 1983) o *La Ilíada* de Homero (Lucina, 1999).

Silvia García Dauder. Activista feminista y queer, es Doctora en Psicología Social y Profesora de Psicología Social en

la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Ha realizado su tesis doctoral sobre «Psicología y Feminismo», y ha publicado varios artículos sobre epistemologías feministas y articulaciones identitarias.

Ángel J. Gordo López. Ha sido Profesor de Sociología y Psicología Social en la Universidad de Bradford (1994-99) y actualmente es Profesor Titular del Departamento de Sociología IV de la Universidad Complutense de Madrid e Investigador Honorario de la Unidad del Discurso de la Universidad Metropolitana de Manchester. Está interesado en el estudio de las relaciones entre subjetividad, poder y tecnología en distintos contextos institucionales y medios de comunicación. Su trabajo se enmarca en perspectivas discursivas, inspirándose para ello en avances postestructuralistas y los *cultural studies*. En la actualidad está trabajando con F. Álvarez-Uría y J. Varela en el Proyecto de Investigación (I+D+I) «La psicologización del yo en la sociedad de los individuos». Entre sus publicaciones se encuentra la coedición con J. Linaza del libro *Psicologías, discurso y poder (PDP)* (Visor, 1996), y con I. Parker de *Cyberpsychology* (Macmillan, 1999). También es coautor con E. Burman y otros del libro *Psychology discourse practice: from regulation to resistance* (Taylor & Francis, 1996), y con R. Cleminson del libro *Technological cultures, sexual cultures: a history of techno-sexual relations in western Europe* (en prensa).

José Ángel Paniego García. Licenciado en Psicología, Diplomado en Magisterio y Especialista en Educación en Valores, se pasa la vida haciendo dinámicas y juegos que llevan a las personas a reflexionar sobre sus valores y actitudes. Durante cinco años ha coordinado el Prácticum sobre Educación para la Paz de la especialidad de Psicología Social de la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha realizado diversas investigaciones en los campos de la Educación en Valores con todo tipo de poblaciones (infantil, primaria,

secundaria, universitarios, adultos) y ámbitos (escuela formal, movimientos de renovación pedagógica, ONGs, Universidades, barrios marginales, formación de profesorado), así como impartido cursos en las Comunidades Autónomas y Universidades de Madrid, Alicante, Oviedo, Cantabria o Valladolid, y también para diversas ONGs, fundaciones y otras entidades. Ha participado en diversos programas de investigación social, tema sobre el que también ha impartido cursos de postgrado. Vinculado a varios movimientos sociales, en especial al movimiento pacifista y de solidaridad Norte/Sur, es capaz de colgarse de un viaducto con una pancarta para protestar contra la guerra, el empobrecimiento o la degradación ecológica. Ha publicado y colaborado en diversos medios y revistas especializadas, y es autor de los libros *Educación para la solidaridad* (CCS, 1994) y *Cómo podemos educar en valores* (CCS, 1999).

Guillermo Rendueles Olmedo. Trabaja como Psiquiatra en un Centro de Salud Mental de Gijón. Ha sido Profesor de Psicopatología en la Universidad de Oviedo durante diez años y actualmente es Profesor en el Centro Asociado de la Universidad Nacional de Educación a Distancia en Asturias. Durante los años setenta y ochenta participó muy activamente en el movimiento antipsiquiátrico en la línea de la «psiquiatría democrática», potenciada en Italia por Franco Basaglia, y en la defensa de los derechos de los enfermos mentales desde la Asociación Española de Antipsiquiatría, así como en las luchas contra el franquismo. Ha publicado *El manuscrito encontrado en Cienpозuelos: la historia clínica de Aurora Rodríguez* (La Piqueta, 1989), *Las esquizofrenias* (Júcar, 1990), *Las psicosis afectivas* (Júcar, 1990), *Las neurosis* (Júcar, 1991) y *La locura compartida* (Belladonna, 1993). Ha coordinado la obra colectiva *Neoliberalismo versus democracia* (La Piqueta, 1998), y ha participado, entre otras recopilaciones, en C. Castilla del Pino (ed.) *La sospecha* (Alianza, 1998) y E. J. García Wiedemann (ed.) *Los tiempos de la libertad* (Ediciones del Serbal, 1998).

José Luis Romero Cuadra. Licenciado y Diploma de Estudios Avanzados en Filosofía, Especialista en Ciencia, Tecnología y Sociedad y en Materialismo Histórico y Teoría Crítica, y Diploma Universitario en Comportamiento Humano, ha ejercido como Profesor de Educación Secundaria de Filosofía, Psicología y Ética en varios Institutos. Ha trabajado en cuestiones de Filosofía y Sociología de la Ciencia, temática sobre la que ha impartido diversas ponencias en Congresos nacionales e internacionales, y actualmente es investigador con Beca Predoctoral en la Universidad Complutense de Madrid, donde está realizando una tesis sobre Filosofía de la Psicología. Organizó en 2000 las jornadas universitarias «El papel de la psicología académica» y en 2004 el «III encuentro estatal de iniciativas críticas en disciplinas psi: psicología, poder y sociedad». Ha publicado *Contra la manipulación ideológica* (Editor, 2000) y, además de la presente obra, ha editado con Rafael Álvaro *Psicópolis: paradigmas actuales y alternativos en la psicología contemporánea* (Kairós, 2005).

Grupo de Psicología Crítica «Versus». Ubicado en la Universidad de Málaga y editores del boletín *Lapsus (Un espacio para pensar la psicología)*, ha sido conformado por las estudiantes y Licenciadas en Psicología José, Carolina, Santi, Raquel, Lidia, Payo, José Antonio, Alfredo, Beatriz, Angie, Chema, Raúl, M.^a Ángeles, Fernando, Javi, Vicky, Ana, Elena y Sole. Actualmente Versus difumina su actividad en la Asociación de Intervención Psico-Social «Devenires», que desarrolla su trabajo en el Centro de Primera Acogida «Grazalema» de Málaga, y en el Laboratorio transdisciplinar de producción de saberes y prácticas transversales «RiZoMa». Web: www.sindominio.net/versus o <http://versus-psi.20m.com>.

HISTORIA DE UNA RUPTURA

Ramón García

El presente libro quiere ser una réplica, desde el sector psiquiátrico, al estado (y al Estado) general de cosas actual. «Convencidos de que durante los numerosos años de poder socialista se ha ido formalizando una clara ruptura con nuestra historia reciente», afirma Ramón García, «hemos creído oportuno aportar nuestro conocimiento directo de la realidad psiquiátrica española del último cuarto de siglo, con el fin de rescatar del olvido, al que se han visto forzadas, una teoría y unas prácticas (la antipsiquiatría y el pensamiento crítico por ella inaugurado), y devolverle, así, al presente de la disciplina —como proceso que es— su más inmediato pasado.»

228 págs., 9 €, ISBN 84-88455-22-4



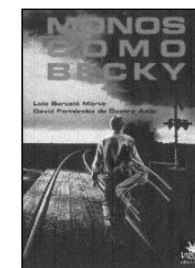
MONOS COMO BECKY

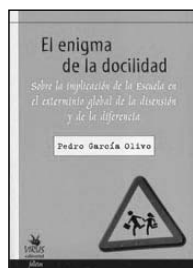
La figura de E. Moniz como eje de reflexión sobre locura, medicina y ética a partir del documental de Joaquim Jordà y Nuria Villazán

Lola Barceló, David Fernández de Castro

La figura del portugués Egas Moniz, Premio Nobel de medicina en 1949 por sus investigaciones acerca de la aplicación de la lobotomía en seres humanos, se convierte en manos de Joaquín Jordà y Nuria Villazán en el referente histórico que sirve de base para reflexionar sobre esquizofrenia y libertad individual individual, y sobre cirugía cerebral y ética en la ciencia occidental. El documento estructurado en varios niveles que combinan la reconstrucción histórica de la figura de Moniz con reflexiones acerca de objeto rodaje, mediante la técnica de convertir en actores de la reconstrucción histórica a los internos del Centro Psiquiátrico de Malgrat.

181 págs., 10,20 €, ISBN 84-88455-92-5





EL ENIGMA DE LA DOCILIDAD
Sobre la implicación de la Escuela en el exterminio global de la disensión y de la diferencia

Pedro García Olivo

Auschwitz no fue un resbalón de la civilización, un paso en falso de Occidente, un extravío de la Razón moderna, una enfermedad por fin superada del Capitalismo, lacra de unos hombres felizmente borrados de la

Historia; sino una referencia que atraviesa el espesor del tiempo y mira hacia el futuro, que nos acompaña y casi nos guía, llevándose sospechosamente bien con el corazón y la sangre de nuestros regímenes democráticos.

126 págs., 7 €, ISBN 84-96044-39-4



CONTROL URBANO:
LA ECOLOGÍA DEL MIEDO

Más allá de Blade Runner
Mike Davis

El urbanista Mike Davis aborda en sus ensayos la relación entre urbanismo y control social. Su análisis de la política urbanística de la gestión de la pobreza -es decir, de la desigualdad social y de la discriminación racial-

en la ciudad de los Ángeles, y del desarrollo de la industria carcelario-represiva le permite esbozar un futuro dantesco, por lo que se refiere del sistema político de libertades en Estados Unidos.

72 págs., 4,5 €, ISBN 84-88455-89-5

MANUAL DE GUERRILLA
DE LA COMUNICACIÓN
Cómo acabar con el mal
grupo autónomo a.f.r.i.k.a./Luther
Blisset/Sonja Brünzels



El surgimiento de nuevos movimientos sociales en la última década se ha visto acompañado de nuevas formas de ocupación del espacio público y de entender la (contra)información. Sin embargo, muchas de esas formas no son nuevas, sino que tienen precedentes históricos en las vanguardias artísticas y políticas surrealistas y dadaístas, y han tenido continuidad en corrientes de pensamiento activista que van desde el situacionismo, el movimiento yippie, los provos holandeses y el neoísmo hasta las formas actuales de plagiarismo, afirmación subversiva, tergiversación, distanciamiento y deterioro de imagen.

234 págs., 13,2 €, ISBN 84-88455-84-4

TOLERANCIA CERO
Estrategias y prácticas de la sociedad de control

Alessandro de Giorgi
[Prefacio de Toni Negri]



La crisis del fordismo y del Estado de Bienestar ha traído consigo un cambio profundo en las formas de concebir y ejecutar el control social. Esto ha sido posible gracias a la creación de un ambiente de inseguridad ciudadana, a la estigmatización de determinados grupos sociales y a una oportuna gestión de! miedo. La criminología neoliberal apuesta decididamente por el control preventivo del delito, más que por incidir en sus causas, y por la exclusión permanente (reclusión o expulsión) más que por opciones de reintegración social.

183 págs., 14 €, ISBN 84-96044-50-5



HABLAN LAS PUTAS

Sobre prácticas sexuales, preservativos y SIDA en el mundo de la prostitución

Regina de Paula Medeiros

La prostitución es una de las realidades más cercanas y desconocidas de nuestro entorno. A pesar de su persistente importancia como fenómeno, sigue siendo una práctica cargada de tabúes y estigmas, a lo que contribuye en gran manera su estatus legal, a caballo entre la prohibición y la tolerancia, y el rechazo que sufre desde posiciones que van desde el moralismo puritano, su asociación con la delincuencia y las enfermedades contagiosas, hasta su denuncia como una forma más de explotación.

232 págs., 19,2 €, ISBN 84-84055-76-3

PANÓPTICO

Revista de Crítica a la Política Criminal

Panóptico tiene por objetivo desenmascarar los discursos dominantes que el Estado moderno emplea —basados en la exclusión social, la criminalización y el desarrollo de sistemas de control policial, militar y penal— con el fin de asegurar la pervivencia de una sociedad donde la marginación y la desigualdad son las claves para entender la lógica de la aplicación de las leyes y la interpretación de los derechos.

Redacción:

Iñaki Anitua, Mónica Aranda, Marta Monclús, Iñaki Rivera

PANÓPTICO 1. **Dossier: Sida y Cárcel**

PANÓPTICO 2. **Dossier: Mujer y Cárcel**

PANÓPTICO 3. **Dossier: Inmigración y Cárcel**

PANÓPTICO 4. **Dossier: Movimientos sociales y Cárcel**

PANÓPTICO 5. **Dossier: Mercado de trabajo y Cárcel**

PANÓPTICO 6. **Dossier: La contrarreforma penal**

PANÓPTICO 7. **Dossier: Funcionariado penitenciario y Cárcel**